NOAH GORDON

EL DIAMANTE DE JERUSALÉN



Harry Hopeman, miembro de una dinastía de diamantistas, recibe un día una propuesta: recuperar un diamante legendario que ha despertado interés de gente muy dispar. El encargo, que llevará a Harry a abandonar Nueva York para instalarse en Tierra Santa, se convertirá en un viaje casi iniciático en el que el tratante se reencontrará con sus raíces. La historia del diamante, desde los tiempos bíblicos hasta la actualidad, sirve no sólo de hilo conductor para narrar las vicisitudes de la familia Hopeman, cuyos orígenes se remontan a los tiempos de la Inquisición, sino tamién para ofrecer una rica panorámica del judaísmo y su intensa relación con las culturas musulmana y cristiana a lo largo de los siglos.

»Con el acierto que le ha convertido en un referente del género de la narrativa histórica, *Noah Gordon* parte de una rigurosa documentación para ofrecer al lector una obra que es un absorbente viaje a través de la Historia, a la vez que una emocionante novela.

Noah Gordon

El Diamante De Jerusalén

ePUB v1.1
CharlyRB 10.07.12

Título original: *The Jerusalem Diamond*
Autor: Noah Gordon, 1979
Traducción: Elsa Mateo

Editor original: CharlyRB (v1.1)
ePub base v2.0



A Lise, Jamie y Michael, y a Lorraine.

AGRADECIMIENTOS

Muchas personas me han ayudado en la realización de este libro. No puedo nombrarlas a todas, pero debo dar las gracias a mi agente, Pat Schartle Myrer, y a mi editor, Charlotte Leon Mayerson, así como a Lise Gordon y a Lorraine Gordon por sus consejos en el aspecto editorial. Le estoy agradecido a Albert Lubin, director ejecutivo de la Asociación de Comerciantes de Diamantes de Nueva York, por guiarme en el mundo de los diamantes; al doctor Cyrus H. Gordon, profesor Gottesman de estudios hebraicos de la Universidad de Nueva York, por su colaboración en el área de la arqueología; a Lousia y Emanuel W. Munzer por recordar algunos de los momentos más sombríos de Europa; y al doctor Yigael Yadin de Jerusalén por hablarme de Masada.

Tengo una deuda especial de gratitud con Yisrael Lazar, maestro y amigo, por su buen humor y paciencia para responder a infinidad de preguntas sobre Israel, su tierra natal.

Todos los errores que puedan aparecer en cualquiera de estos temas son de mi exclusiva responsabilidad.

PRIMERA PARTE

PERDIDO

1
GENIZAH

Baruc se despertaba todas las mañanas esperando el arresto. El rollo de cobre en blanco era de metal del bueno, que había sido batido hasta dejarlo delgado y liso como una piel. Lo pusieron en un saco y lo trasladaron en secreto, como ladrones que eran, a una pequeña cueva en el extremo de un campo de rastrojos. El interior estaba oscuro a pesar de que más allá de la abertura se veía el cielo azul, y él llenó y encendió la lámpara y la colocó sobre la piedra plana.

*Tres de los conspiradores más jóvenes se sentaron afuera en actitud vigilante, con una piel de **shekar**, y fingieron estar borrachos.*

El hombre mayor apenas los oía. Volvía a sentir el dolor en el pecho y le temblaban las manos mientras se obligaba a coger el mazo y la lezna.

> Las palabras de Baruc, el hijo de Nerías de los sacerdotes que habitaban en Anatoth, tierra de Benjamín, a quien el mandamiento de guardar los tesoros del Señor le llegó por intermedio de Jeremías, el hijo de Hilcías el *Kohen*, en los tiempos de Sedecías, hijo de Josías, rey de Judá, en el año noveno de su reinado.

Eso fue todo lo que Baruc registró el primer día. Cuando el documento estuviera terminado, estas palabras iniciales serían una confesión que supondría su muerte si el manuscrito era descubierto antes de que llegaran los invasores.

Pero se sintió impulsado a dejar constancia de que no eran criminales corrientes.

Jeremías le había dicho lo que el Señor les había ordenado hacer. Baruc se había dado cuenta finalmente de que su amigo le estaba diciendo que robarían objetos sagrados del Templo.

—Nabucodonosor está jugando con el faraón Necao. Cuando sus hordas terminen de saquear Egipto, vendrán aquí. El Templo será incendiado, y los objetos robados o destruidos. El Señor nos ha ordenado que ocultemos los objetos sagrados hasta el momento en que puedan ser nuevamente utilizados para adorarlo a Él.

—Díselo a los sacerdotes.

—Comprendo. ¿Cuándo la casa de Bukki escucha al Señor?

Baruc se apartó cojeando tan rápidamente como se lo permitió su pierna enferma.

Se estaba muriendo, pero eso volvía aún más preciosos los días que le quedaban. Los riesgos le aterrorizaban.

Logró alejarlos de su mente hasta un día en que unos nómadas semisalvajes, que de ordinario recorrían el camino que rodeaba la ciudad, se acercaron a las puertas e imploraron protección. Unas horas más tarde, los caminos a Jerusalén estaban abarrotados de refugiados que huían del ejército más terrible del mundo.

Jeremías lo encontró. Baruc vio la luz que brillaba en los ojos del vidente, que según algunos era locura y según otros la iluminación del Señor.

—Ahora oigo Su voz. Constantemente.

—¿No puedes esconderte en algún sitio?

—Lo he intentado. Me descubre.

Baruc alargó la mano y tocó la barba del otro, tan blanca como la suya, y sintió que se le partía el corazón.

—¿Qué quiere el Señor que haga yo? —preguntó.

Se había reclutado a otros hombres. Cuando se reunieron, su número era dos veces siete y quizá por ello doblemente afortunados, pero Baruc tenía miedo de que fueran demasiados. Un delator podía destruirlos.

Quedó sorprendido al ver a algunos de sus compañeros conspiradores contra la casa de Bukki, la familia sacerdotal que controlaba el Templo. Shimor el Levita, jefe de la casa de Adijah, era el guardián del tesoro. Hilak, su hijo, se ocupaba del inventario y la conservación de los objetos sagrados. Hezequías controlaba a los centinelas del Templo. Zequerías tenía a sus órdenes a los porteros, y Haggai se encargaba de los animales de carga. Jeremías había incorporado a algunos jóvenes, por su fuerza y sus músculos.

Enseguida pudieron ponerse de acuerdo sobre unas cuantas cosas que serían seleccionadas para ocultarlas:

Las tablas de la ley.

El Arca y su cubierta.

Los querubines de oro.

Pero después de eso mantuvieron una enconada discusión.

Algunas de las mejores cosas tendrían que ser abandonadas. Los objetos macizos estaban condenados. La menorah. El altar del sacrificio. El mar de bronce, con sus maravillosos toros de bronce y las columnas bronceadas y adornadas con azucenas y granadas de bronce.

Estuvieron de acuerdo en ocultar el tabernáculo. Había sido construido para ser transportado y estaba guardado, desarmado y listo para ser trasladado.

Y los anillos y las barras del tabernáculo, hechos todos de oro novecientos años atrás por el artesano del Señor Besalel ben Uri.

El pectoral del sumo sacerdote, engastado con doce gemas, donadas por cada una de las tribus.

Trompetas doradas que habían convocado a los israelitas.

El antiguo tapiz, ricamente trabajado, que cubría la Puerta del Sol.

Un par de arpas, hechas y tocadas por David.

Vasijas de diezmos y unos cuantos platillos de plata.

Cuencos de oro de sacrificios, y vasijas de libaciones de oro batido.

Talentos de plata y oro procedentes del impuesto anual de capitación de medio siclo pagado por cada judío.

—Dejemos los talentos y ocultemos más objetos sagrados —sugirió Hilak.

—Debemos incluir tesoros no santificados —intervino Jeremías—. Algún día pueden servir para pagar una casa nueva del Señor.

—Hay barras de oro que valen muchos talentos —apuntó Hilak mirando a su padre, el guardián del tesoro.

—¿Cuáles son los objetos no santificados más preciosos?

—Una gema enorme —dijo enseguida Shimor.

—Un diamante amarillo grandioso —se apresuró a corroborar Hilak.

—Incluidlo —indicó Jeremías.

Se sentaron y se miraron con tristeza, conscientes de que no iban a poder incluirlo todo.

Durante tres noches seguidas, a medio camino entre el anochecer y la mañana, Hezequías retiró de la Puerta Nueva a los guardias del Templo.

La entrada principal del sanctasanctórum era utilizada sólo por el sumo sacerdote, que entraba en él en **Yom Hakippurim** *para interceder ante el Todopoderoso en nombre del pueblo. Pero había una entrada poco conocida a la que se accedía desde el piso superior del Templo. De vez en cuando, los trabajadores sacerdotales eran bajados para que limpiaran y restauraran el lugar sagrado.*

Así fue como el catorce robó el Arca sagrada y lo que contenía, las tablas de la ley que el Señor le había entregado a Moisés en el Sinaí.

Un joven sacerdote llamado Berequías fue bajado en el extremo de una cuerda.

Baruc permaneció claramente apartado del sanctasanctórum. Pertenecía a una familia sacerdotal, pero había nacido con una pierna más corta que la otra, circunstancia que lo convertía en un haya nega, un error del Señor. No se le permitía tocar las cosas sagradas, un honor reservado a las personas sin defectos.

Pero el temor de Berequías no podía superar el suyo mientras los demás arriaban la cuerda, y el joven, girando lentamente, entraba como una enorme araña en la umbría solidez del lugar sagrado.

Una luz pálida cayó al otro lado del hombre que se balanceaba en el aire y fue capturada en un destello de alas. Berequías hizo subir primero los querubines, y Baruc apartó la mirada porque el Indecible estaba sentado entre estas figuras en el Día Más Solemne para escuchar las plegarias del sumo sacerdote.

Luego la cubierta del Arca. Oro macizo, difícil de levantar.

¡Finalmente el Arca, que contenía las Tablas!

Izaron a Berequías, pálido y tembloroso.

—Recuerdo a Uzzah —jadeó.

Baruc conocía la historia. Cuando el rey David había intentado trasladar el Arca a Jerusalén, uno de los bueyes que la llevaban había tropezado. Uzzah, que caminaba cerca, había cogido con fuerza el cofre, para que no se cayera, y el Señor se había puesto furioso y lo había derribado de un golpe.

—Uzzah no murió por tocar el Arca, sino porque dudó de la capacidad del Señor para protegerlo —aclaró Jeremías.

—¿No es eso lo que hacemos cuando lo ocultamos?

—Yahvé lo protege. Nosotros sólo actuamos como Sus siervos —le dijo Jeremías en tono áspero al joven—. Ven. Este trabajo apenas ha comenzado.

Shimor e Hilak los condujeron directamente adonde estaban los tesoros y los objetos sagrados por los que se habían decidido.

Fue Baruc quien vio el rollo de cobre y sugirió que fuera utilizado para la lista de los escondites. El cobre duraría más que las hojas de papiro y sería más fácil limpiarlo si se volvía impuro para el rito.

Un camello transportaba el Arca y el Testimonio fuera del Templo de Salomón, y un burro llevaba la cubierta. Como si fueran palos sueltos en un cargamento de haces de leña, las alas de los querubines formaban una tienda con su tela basta.

Baruc había sido reclutado porque era escriba. Ahora Jeremías le dijo que grabara en el rollo de cobre la situación de cada escondite, y él se reunió con los trece hombres por separado, distribuyó los objetos y envió a los hombres a ocultarlos. Ninguno de los hombres conocía los escondites, los emplazamientos de los ***genizah****, salvo el que se le había asignado. Baruc era el único que conocía la situación de todos y lo que contenían.*

¿Por qué era el único en quien se podía confiar tanto?

La respuesta acudió a su mente durante un repentino asedio de la enfermedad, cuando el dolor congeló la respiración en su pecho y vio que sus manos se convertían en garras azules y exangües.

Jeremías había visto a Malakh ha–Mavet, el ángel de las tinieblas, que se cernía sobre él como una promesa. Su muerte inminente era parte de su responsabilidad.

Los sacerdotes Bukki aún se negaban a admitir que su mundo pudiera cambiar pero todos los demás olfateaban la guerra. Las maderas estaban apiladas contra la pared para encender el fuego, junto con el aceite que sería hervido y derramado sobre aquellos que pudieran atacar. Los manantiales de Jerusalén eran abundantes, pero no había suficiente comida. Todo el grano de la ciudad estaba recogido y almacenado en lugares vigilados, y todos los rebaños habían sido confiscados para hacer frente al horror que les esperaba.

Los que merecían compasión eran los que sobrevivirían al acoso; por eso Baruc no perdía el tiempo en compadecerse, aunque finalmente el dolor lo debilitó tanto que ya no pudo sostener la lezna ni levantar el mazo.

Algún otro tendría que terminar la tarea.

De los trece, Abiathar el Levita estaba mejor dotado como escriba, pero Baruc había empezado a pensar como Jeremías y eligió a Hezequías. El soldado no era un experto escribiendo y la tarea le resultó penosa, pero guiaba a los espadachines y sin duda moriría en el paredón, y los secretos morirían con él.

La mañana después de levantar las barricadas en las puertas, Baruc fue ayudado a acercarse al muro y vio que el enemigo había llegado por la noche y había instalado sus tiendas, que parecían lascas de un mosaico que llegaba hasta el horizonte.

Él y Hezequías regresaron a la cueva y lograron concluir el pasaje final:

> En el abismo debajo del Sakhra, al norte del Gran Desagüe un tubo que se abre en dirección norte, este documento con una explicación y un inventario de todas y cada una de las cosas.

Baruc esperó hasta que Hezequías hubo martillado la última letra y guardado el instrumento. Al otro lado del muro, los extranjeros de barba corta y sombrero en punta ya galopaban en sus peludas jacas por la ciudad de David.

—Ahora oculta el rollo —dijo.

2
EL DIAMANTISTA

Desde su despacho, gracias a un espejo doble colocado a cierta altura del suelo, Harry Hopeman dominaba la serena opulencia de Alfred Hopeman & Son, Inc. Las paredes, las alfombras y los muebles eran de color gris subido o negro suave, y la iluminación una delicada luz blanca que hacía que la colección Hopeman mostrara un brillo sin par, como si toda la tienda fuese una caja forrada de terciopelo.

Su visitante era un inglés llamado Sawyer. Harry sabía que había estado comprando bonos de empresas norteamericanas para miembros de la Organización de los Países Exportadores de Petróleo. También se sabía que la compra sólo era una parte del trabajo de Sawyer; ayudaba a mantener la lista negra de las empresas norteamericanas que hacían negocios con Israel.

—Tengo clientes interesados en comprar un diamante —dijo Sawyer.

Ocho meses antes, un cliente de Kuwait había encargado a Hopeman & Son un collar, y luego el pedido había sido anulado súbitamente. Desde entonces no se había vendido nada a nadie de los países árabes.

—Tendré mucho gusto en hacer que alguien le enseñe lo que tenemos —respondió, perplejo.

—No, no. Desean un diamante determinado, que está en venta en Tierra Santa.

—¿Dónde?

Sawyer levantó una mano.

—En Israel. Quieren que usted vaya allí a comprarlo para ellos.

—Es agradable que a uno lo necesiten.

Sawyer se encogió de hombros.

—Usted es Harry Hopeman.

—¿Y quiénes son «ellos»?

—No estoy autorizado a decírselo. Usted comprenderá…

—No me interesa —señaló Harry.

—Señor Hopeman, será un viaje corto que le abrirá puertas importantes y le proporcionará una enorme cantidad de dinero. Somos hombres de negocios. Por favor, no permita que la política…

—Señor Sawyer, si sus patronos quieren que yo trabaje para ellos, deben pedírmelo ellos mismos.

El visitante lanzó un suspiro.

—Buenos días, señor Hopeman.

—Adiós, señor Sawyer.

Pero el hombre se volvió.

—Tal vez podría recomendarme a alguien con una pericia similar a la suya.

—¿Entonces mi compañía sería retirada de la lista de firmas boicoteadas?

—¿Qué lista? —preguntó Sawyer con astucia. Pero estaba programado para oler un negocio; sonrío.

Harry también sonrió.

—Me temo que soy único —dijo.

La satisfacción que le produjo el encuentro no le ayudó a pasar la tarde.

Sobre su mesa había inventarios, informes de ventas, todo el papeleo que detestaba.

El hombre que dirigía la planta de tallado de piedras preciosas en la 47 Oeste y la mujer que dirigía la elegante tienda al por menor que Alfred Hopeman & Son tenía en la Quinta Avenida, estaban preparados para no necesitarlo. Esto le daba la libertad necesaria para ver cómo iba el trabajo y tener trato con los pocos clientes personales: los muy ricos que compraban joyas raras, los conservadores de museos que coleccionaban gemas con significado histórico o religioso. Estas eran las áreas que producían los mayores beneficios, pero tales transacciones no se realizaban todas las semanas. Los días como éste eran inevitables.

Espacios muertos.

Prescindió de su secretaria y marcó el número.

—Hola. ¿Puedo acercarme un momento?

¿Vaciló ella antes de acceder?

—Estupendo —dijo Harry.

Cuando él se dejó caer, con la mejilla apoyada en el borde del colchón, la mujer se tendió con su larga cabellera esparcida sobre la almohada y le dijo que se estaba mudando.

—¿Adónde?

—A un sitio más pequeño. Que sea mío.

—Ésta es tu casa.

—Ya no la quiero. Basta de cheques, Harry. —Tuvo que levantar la voz para hacerse oír por encima del televisor, que ella insistía en tener encendido cada vez que hacían el amor porque las paredes del apartamento, aunque caras, eran delgadas. Pero no había rabia en su voz.

—Bueno, ¿se puede saber…?

—He estado leyendo cosas sobre los ciervos. ¿Sabes algo sobre los ciervos, Harry?

—No tengo ni puñetera idea.

—No joden. En absoluto, salvo cuando están en celo. Entonces el macho monta a cualquier cierva, y en cuanto ha terminado se aleja de ella.

—Es muy difícil retener a un macho.

Ella no sonrió.

—¿No detectas cierta… similitud?

—¿Me estoy cargando la maleza?

—Harry Hopeman no es un animal, es un hombre de negocios. Se asegura de que la cosa está bien cuidada, y así puede volver a utilizarla. Entonces se marcha.

Él protestó.

—Yo no soy una cosa, Harry.

Él levantó la cabeza.

—Si te sientes tan… utilizada, no entiendo lo de los dos últimos meses.

—Me sentía atraída por ti —dijo ella serenamente, mirándole a los ojos—. Tu pelo, ese color bronce con pequeños toques de rojo. Y tu piel, que a muchas mujeres les gustaría tener.

—Tendrían que afeitarse dos veces al día.

Ella no sonrió.

—Dientes como los de un animal. Incluso tu nariz de as del fútbol.

Él sacudió la cabeza.

—Un tipo me golpeó. Hace mucho tiempo.

Entonces ella se echó a reír.

—Eso encaja. Para ti, las pequeñas tragedias de la vida se convierten en ventajas. —Con la punta del dedo le acarició los pelos oscuros de la muñeca—. Sólo mirarte las manos me ponía… tienes unas manos perfectas. Controladas. Siempre dejaba de trabajar para ver como mostrabas una perla o una piedra. —Sonrió—. Estaba preparada para ti mucho tiempo antes de que lo supieras. Pensé que podría cazarte. Tan joven y con tanto dinero, tan apuesto con tu estilo sencillo. Pensaba que tu esposa debía de haber perdido la cabeza o el atractivo para haberse ido de tu casa. —Él la miró—. Iba a esperar exactamente hasta el momento adecuado para recoger todo el premio.

—No es ningún premio —señaló él—. Nunca me di cuenta de que quisieras cogerlo.

Los dedos, que en otros tiempos habían mecanografiado las cartas de él, ahora le tocaron la mejilla.

—El momento nunca será adecuado. ¿Me necesitas, Harry, o me quieres de verdad?

Él sintió remordimientos.

—Escucha —dijo—, ¿tienes que hacernos esto?

Ella asintió. Sólo sus ojos la delataban.

—Vístete y despidámonos, Harry —indicó, casi con suavidad.

La calle Cuarenta y siete entre la Quinta y la Sexta, lo había atraído y le había

proporcionado consuelo desde que era un joven que lo pasaba tan mal como todos los jóvenes que aprendían el comercio del diamante. La manzana más rica del mundo era una lamentable colección de fachadas sucias y edificios viejos que le recordaban a un harapiento solitario que guardaba bolsas llenas de dinero debajo de la cama. Había unas pocas anomalías: una librería antigua y famosa, y una papelería. El resto pertenecía a la industria del diamante, más importante que en la parte alta de la ciudad, uno de los muchos lugares dispares en los que Harry Hopeman se sentía como en casa.

Pasó junto a un joven apenas mayor que un adolescente, que conversaba concentradamente con un hombre que podría haber sido su abuelo. Ambos estaban de pie delante de un escaparate en el que había pegado un letrero desteñido y roto en el que se leía:

MOLESTAR A LOS PEATONES
DESDE EL COCHE EN MARCHA
VA CONTRA LA LEY.
CÓDIGO ADMINISTRATIVO
435–10.1
Comité de Vigilancia de Joyerías

—No, pero tengo algo casi igual. Le daré unos cuantos —decía el joven con entusiasmo.

Harry sonrió al recordar su propio aprendizaje en esas mismas calles.

Las tiendas al por menor eran subproductos. La verdadera calle Cuarenta y siete podía encontrarse entre los pequeños grupos de judíos ortodoxos que se instalaban en la acera, islas entre los compradores que se arremolinaban, cuáqueros semitas vestidos con largos caftanes de color pardo y amplios sombreros con borde de piel llamados *streimels*, o con fedoras oscuras y trajes modernos, de color azul marino o negros. Saludó a los que conocía. Unos cuantos estaban examinando el contenido de paquetes de papel de seda, como niños que intercambiaran cromos… pero de estos cromos salían los estudios de los hijos, los aparatos de ortodoncia, el alquiler, la comida y el pertenecer a una sinagoga, la *shul*.

Un observador casual no habría sabido qué miraban. Los diamantes eran la forma más fácil de poner una cantidad inmensa de dinero en un espacio minúsculo. En su mayoría, éstos eran intermediarios que conseguían piedras de los importadores, como el padre de Harry, a menudo a crédito, y las vendían a los joyeros minoristas. Gran parte de ellos carecían de un local de exposición, incluso de despacho. Cuando hacía mal tiempo, abandonaban la calle y hacían negocios mientras tomaban un café, o en

los pasillos o salas de visita de la Asociación de Comerciantes de Diamantes, en cuya cámara acorazada muchos guardaban su mercancía todas las noches.

Algunos preferían los diminutos espacios de las conejeras que se extendían a ambos lados de la calle. Unos pocos seguramente pasaban a sitios más grandes. Algunas de las grandes fortunas de Estados Unidos habían comenzado con un comerciante de diamantes que hacía negocios en esta acera, con el despacho en el bolsillo, comprando y vendiendo cautelosamente, cerrando el trato con frases en yidis y apretones de manos en lugar de contratos.

Harry subió por la Quinta Avenida hasta la otra cara del negocio del diamante, haciendo una pausa en Tiffany & Co. para admirar una pieza del escaparate: un ejemplar blanco, sin igual, de unos cincuenta y ocho quilates, engastado como broche. Era impresionante, pero no se trataba de un diamante alrededor del que se pudieran crear leyendas. Y la suya era una profesión legendaria.

Disfrutaba incluso con la más fugaz visión de una de esas piedras fabulosas. Los cuentos de su infancia habían sido auténticas crónicas sobre el Collar de la Reina, el Gran Mogol, el Orloff, el Estrella Negra de África, el Montañas de Esplendor, el Cullinan. Algunos de estos grandiosos diamantes, ocultos en cámaras acorazadas, habían sido vistos por muy pocas personas durante este siglo. Pero los hombres que se reunían en el apartamento de su padre los domingos por la tarde para tomar té cargado, hablaban de esas gemas con familiaridad, como sus padres les habían hablado a ellos.

Algunas de las antiguas familias diamantistas sobrevivieron y se diseminaron casi como las marmotas que vivían a lo largo del Hudson. Se reprodujeron y aumentaron. Cuando los sitios quedaron atestados, los miembros más jóvenes se trasladaron a otras zonas, hasta que las ramas francesa, inglesa, alemana, italiana, holandesa y belga de la misma familia se dedicaron al comercio del diamante. Unos pocos diamantistas pueden seguir la pista de su familia generación tras generación, cosa que resulta extraña en estos tiempos en que la mayor parte de la gente no puede remontarse a sus bisabuelos. En yidis se dice que este tipo de hombres tienen *yikus avot*, la sabiduría de los ancestros. Alfred Hopeman, el padre de Harry, decía en tono confidencial que era descendiente de Lodewyk van Berken.

Hasta que apareció este lapidario judío de Brujas, los diamantes sólo relucían gracias a un feliz capricho de la naturaleza; la única manera de proporcionarles algún tipo de brillo era frotarlos uno contra otro. Van Berken era un experto matemático. En 1467 ideó una combinación precisa de facetas con las que esmeriló las caras de las piedras utilizando un disco que giraba rápidamente, untado con polvo de diamante impregnado con aceite de oliva. Fue capaz de pulir cada diamante para revelar su fuego, y guardó el método como un secreto de familia. Los parientes a los que formó dieron origen a las industrias holandesa y belga de tallado del diamante y

proporcionaron joyas a la realeza de Europa. Uno de ellos incluso talló una gema —tiempo después conocida entre los profesionales como el Diamante de la Inquisición— a cambio de la vida de un primo español que iba a ser quemado por hereje.

Éstas son las historias que Harry había conocido mientras los demás niños escuchaban cuentos de hadas.

En el verano de su segundo año en Columbia había viajado a Europa por primera vez. En Amberes, donde gran parte de la economía se basa en la industria del diamante, había encontrado una estatua pública de Lodewyk van Berken. El maestro está esculpido con el jubón y la pistolera típicos de su oficio, de pie, y con la mano izquierda apoyada en la cadera izquierda, mirando con expresión crítica un diamante que sostiene entre el pulgar y el índice de la mano derecha.

Al estudiar los rasgos sencillos, Harry había visto poco parecido familiar. Era consciente sin embargo de que su padre le había enseñado a pulir las piedras preciosas según el método de Van Berken, prácticamente intacto después de casi cinco siglos, tal como el propio Alfred lo había aprendido, lo mismo que todas las generaciones hasta llegar a Van Berken.

«¿Realmente sois parientes?», le preguntó una chica con la que viajó durante unos días. Era una muchacha tranquila y rubia, nieta de un obispo episcopalista. Pensaba que los semitas eran absolutamente exóticos, cosa de la que él se aprovechaba.

«Eso dice mi padre».

«Preséntanos».

Con expresión seria, le había presentado la estatua.

Una semana mas tarde, cuando fueron a Polonia para visitar Auschwitz, donde habían sido asesinados los parientes checos de su padre, quedó abrumado por la tristeza que le comunicaban los judíos muertos de su misma sangre, y la tranquila joven rubia lo sorprendió con la profundidad de sus sentimientos: tuvo un ataque de nervios. Pero en Amberes aún tenía de la historia una visión típica de comedia televisiva. «Qué raro, no parece judío», le había dicho.

Cuando regresó a su despacho tenía algunos mensajes telefónicos. Respondió a una llamada de California.

—¿Harry? ¡Dios proteja a Harry, a Inglaterra y a san Jorge!

—La voz que había conmovido a millones de personas ya sonaba confusa. El actor figuraba entre los más activos coleccionistas de diamantes del mundo. También se encontraba metido en una famosa separación.

—Hola, Charles.

—Harry, necesito tu ayuda. Tengo que comprar.

Se preguntó si el actor quería un símbolo de reconciliación o un regalo simbólico para un capricho pasajero.

—¿Grande, Charles, o insinuante y encantador?

Enseguida captó la pregunta.

—Grande, Harry. Grande y excepcional. Algo realmente satisfactorio.

Reconciliación.

—Me alegro de oírte, Charles. Esto requiere reflexión y análisis. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Ella acaba de marcharse a España. Tenemos tiempo.

—Fantástico. Y, oye Charles… —vaciló—. Me alegro por ti.

—Gracias, amigo. Sé que es así.

Devolvió la llamada de una mujer de Detroit. La mujer estaba intentando convencer a su esposo de que convirtiera parte de su capital en un diamante blanco azulado de 38,26 quilates.

—¿Cree sinceramente que es una buena inversión? —le preguntó la mujer.

—En los últimos cinco años, la mayoría de las piedras han triplicado su valor.

—Creo que se dejará convencer —comentó la mujer.

Harry no era optimista.

Cuando tenía veintitrés años había obtenido un enorme diamante blanco hindú por intermedio de un fiador. El crédito sólo le había sido otorgado porque el comerciante conocía a su padre desde hacia varios años. Él había vendido el diamante en menos de dos semanas a la madre de una muchachita llamada Barnard, de Tulsa, Oklahoma; la mujer se había hecho rica gracias al petróleo. Durante la transacción, que marcó el inicio de su éxito, él había experimentado una sensación casi sexual. La consideró «estremecedora», pero no era tanto una sensación física como una aguda e intensa intuición.

Ahora, la inactividad de este radar personal le indicó que la mujer de Detroit probablemente no era una cliente.

—No lo presione, señora Nelson. Una piedra tan grande no se vende tan rápidamente. La esperará.

Ella lanzó un suspiro.

—Me mantendré en contacto.

—No deje de hacerlo.

La siguiente llamada fue a Saúl Netscher, de S. N. Netscher & Co., Inc., importadores y exportadores de diamantes a nivel industrial.

—Harry, un hombre llamado Herzl Akiva quiere verse contigo.

—¿Herzl Akiva? —Harry buscó rápidamente los mensajes telefónicos y lo encontró—. Sí, ha estado llamándome. El nombre es israelí —dijo en tono resignado. Netscher, el mejor amigo de su padre, atacaba ferozmente cuando se trataba de hacer caridad, y era un infatigable recaudador de fondos para Israel.

—Trabaja en la oficina de una empresa textil de Nueva York. Reúnete con él, ¿quieres?

—¿Textil? —Harry estaba desconcertado—. Claro que lo haré, si tú quieres.

—Te lo agradezco. ¿Cuándo te veré?

—Podríamos quedar para comer, al final de esta semana… No, no me va bien. A principios de la próxima sería mejor.

—Cuando quieras. Ya conoces mi sistema. Dejé que tu padre sufriera los dolores de cabeza de educarte, y yo recojo los frutos.

Harry sonrió. Sentía un gran cariño por Saúl, pero a veces era un inconveniente tener un padre real además de uno que reclamaba los privilegios.

—Te llamaré.

—De acuerdo. Cuídate, muchacho.

—*Sei gezunt*, cuídate, Saúl.

Aunque no había ningún mensaje de su esposa, sintió el impulso de llamarla.

—¿Della?

—¿Harry? —Su voz sonaba como siempre, cálida y vivaz. Había estado casado con ella demasiado tiempo como para no oír su breve jadeo—. ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien. Simplemente me estaba preguntando si necesitas algo.

—Creo que no, Harry. Pero muchas gracias por preocuparte. El martes fui a la escuela de Jeff —señaló—. Me dijo que pasó un fin de semana muy divertido contigo.

—No estaba seguro. El domingo tuve que trabajar.

—Oh, Harry —comentó ella en tono cansado—. Enviarlo un año antes a un internado por culpa de nuestra situación ha sido duro para él. Como la separación, y todo lo demás.

—Lo sé. Pero él está bien.

—Eso espero. Me alegro de que me hayas llamado. ¿Podemos cenar esta noche? Tenemos que hablar de algunos detalles de su *bar mitzvah*.

—¿El *bar mitzvah*? Por el amor de Dios, aún faltan meses para el *bar mitzvah*.

—Harry, es absolutamente imprescindible hacer todo esto con meses de anticipación. ¿Prefieres que cenemos mañana?

—Mañana voy a cenar a casa de mi padre. Podría llamarlo…

—No, por favor —respondió ella de inmediato—. Dale recuerdos de mi parte.

—Lo haré. Bueno, hablaremos muy pronto sobre el *bar mitzvah*.

—Gracias por llamar. De veras.

—Adiós, Della.

—Hasta pronto, Harry —repuso ella con voz clara.

El Lamborghini que a veces conducía personalmente se encontraba en un garaje de East Nyack, donde lo estaban revisando. Sid Lawrenson, su hombre para todo, fue hasta Manhattan para recogerlo en el segundo coche, un Chrysler de tres años de antigüedad. Lawrenson detestaba la ciudad y condujo a demasiada velocidad, hasta

que disminuyó el tránsito que avanzaba en dirección norte y se encontraron en medio de Westchester County. La carretera en la que finalmente giraron se internaba en un valle supervalorado que se extendía entre colinas pobladas de añosos laureles y rododendros. La caseta del guarda marcaba el comienzo del sinuoso camino de entrada, oculto desde la carretera por una protección de altos robles, sicomoros y árboles de hoja perenne. La mitad de la casa había sido construida en los primeros años del siglo xviii por un mecenas de la West India Company; la otra mitad fue añadida más de un siglo después, pero tan hábilmente que resultaba difícil distinguir dónde acababa una elegante sección colonial y dónde empezaba la otra.

—Esta noche no te necesitaré, Sidney —dijo mientras bajaba del coche.

—¿Está… está seguro, señor Hopeman?

Harry asintió. Ruth, la esposa de Lawrenson y ama de llaves de los Hopeman, era una mujer dominante, y Harry sospechaba desde hacía tiempo que Sidney tenía una amiga de mejor carácter en algún lugar cercano, probablemente en la población.

—Entonces haré algunos recados.

—Que lo pases bien.

Se puso los tejanos y un jersey y luego tomó la cena que Ruth Lawrenson le había preparado. Cuando los Hopeman se separaron, la severa ama de llaves, que adoraba a Della y sólo apreciaba a Harry, había dejado claro para quién preferían trabajar ella y su esposo. Pero Della se había mudado a un apartamento pequeño en la ciudad, y los Lawrenson se habían quedado. Así pues, él y Sidney —pensó de pronto divertido— tenían motivos para sentirse agradecidos.

Después de cenar subió al cómodo y desordenado taller de la planta alta. La mesa de lapidario del rincón contenía sierras, limas, una pulidora y una colección de cristales de roca y piedras finas en distintas etapas de pulido. El resto de la habitación era mas un estudio que un taller. En un escritorio se apilaban libros con anotaciones y hojas manuscritas, y los estantes contenían una increíble combinación de publicaciones periódicas: *Biblical Archeology, Gems and Minerals, Oriens Antiquus, el Lapidary Journal, el Israel Exploration Society Record, Deutsche Morgenländische Gesellschaft Zeitschrift…*

Iba a ser una noche de primavera demasiado calurosa. Abrió la ventana de par en par para que entrara la brisa del río, y luego se sentó y empezó a trabajar en la investigación para un artículo: «Gemas rusas reales desde la corona de Iván de Kazan hasta el pectoral adornado con piedras preciosas de Mijaíl Fiodórovich Románov». Cada vez que estudiaba aquella época valoraba especialmente el vivir libremente en Estados Unidos y en el siglo xx, cientos de años después de que los conocedores reales eslavos, que ponían joyas incluso en sus zapatillas, hubieran pagado el trono incrustado de gemas con la sangre y la vida de millones de seres. Leyó rápidamente, tomando notas en fichas de tres por cinco en una letra esmerada aunque prieta, y se

sintió feliz por primera vez en el día.

Varias horas más tarde llamaron a la puerta.

—Le llaman por teléfono —anunció Ruth Lawrenson.

—¿Ocurre algo? —Ella nunca lo interrumpía cuando trabajaba.

—Bueno, no sé. Alguien que se llama Akiva dice que es muy importante.

—Dile que me llame mañana, a mi oficina.

—Ya se lo he dicho. Insiste en que es urgente.

El saludo de Harry fue cortante.

—¿Señor Hopeman? Creo que el señor Netscher le ha hablado de mí.

La voz tenía un acento que por lo general a Harry le gustaba, la voz de alguien que había aprendido el inglés como segunda lengua, con los británicos.

—Sí. En este preciso momento estoy ocupado, lo siento.

—Le pido disculpas. Por favor, créame. Debo verlo por un asunto de suma importancia.

—¿Por negocios, señor Akiva?

—Por negocios, señor Hopeman —vaciló—. Bueno, se podría decir que es mucho más que un negocio.

—Pase por mi despacho por la mañana.

—Eso sería una imprudencia. ¿No podríamos encontrarnos en otro sitio? —Hizo una pausa—. También es urgente que hable con su padre.

Harry suspiró.

—Mi padre está prácticamente retirado.

—Por favor, tenga paciencia. Lo comprenderá todo cuando nos hayamos reunido.

Sintió que el radar le enviaba unas débiles señales.

—Estaré en el apartamento de mi padre mañana por la noche. Es el 725 de la calle 63 Este. ¿Puede estar allí a las ocho en punto?

—Muchas gracias, señor Hopeman. *Shalom*.

—*Shalom*, señor Akiva —respondió.

A las cuatro de la madrugada lo despertó el teléfono. A la confusa conversación bilingüe se sumaron las interferencias.

—¿*Pronto*? ¿Señor Hopeman?

—¿Diga? Diga.

—¿Señor Hopeman?

—Sí. ¿Quién demonios es?

—Bernardino Pesenti. El cardenal Pesenti.

El cardenal Bernardino Pesenti era el administrador del patrimonio de la Santa Sede. Tenía a su cuidado los tesoros del Vaticano, las enormes colecciones de arte y la inapreciable serie de antigüedades: las cruces con piedras preciosas, las joyas bizantinas, los retablos, los cálices y otros vasos. Algunos años antes había dispuesto

lo necesario para que Harry comprara la corona con joyas de Nuestra Señora de Czestochowa, una transacción que en cierto modo había aliviado la deuda de la archidiócesis de Varsovia y había ayudado a hacer posible el esplendor negro y gris de Alfred Hopeman & Son.

—¿Cómo se encuentra, Eminencia?

—Tengo salud suficiente para hacer el trabajo de nuestro Santo Padre. ¿Y usted, señor Hopeman?

—Yo estoy muy bien, Eminencia. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Puede hacer algo. ¿Tiene previsto viajar pronto a Roma?

—No entra en mis planes, pero siempre se puede arreglar.

—Deseamos que nos represente.

—¿En una compra? —La Iglesia heredaba. Rara vez vendía, pero Harry no logró recordar cuándo había comprado por última vez.

—En la recuperación de un articulo robado.

—¿Una joya o una antigüedad, Eminencia?

—Un diamante que está a la venta en Tierra Santa. —El cardenal Pesenti hizo una pausa—. Es el Ojo de Alexander, señor Hopeman.

—¿Está pulido? —La piedra había sido robada hacía algunas décadas del Museo Vaticano. De pronto Harry se sintió profundamente interesado—. Mi familia ha tenido mucho que ver con esa piedra.

—Somos perfectamente conscientes de ello. Uno de sus antepasados la talló. Otro la engastó en la mitra de Gregorio para la Santa Madre Iglesia. En una ocasión su padre limpió la mitra y el diamante. Ahora nos gustaría que usted continuara esta tradición de servicio a la Iglesia, que fuera nuestro representante y devolviera la piedra al sitio donde debe estar.

—Tendré que pensarlo —señaló Harry.

Se produjo un breve y tenso silencio.

—Muy bien —dijo Bernardino Pesenti—. Debería venir aquí para que lo habláramos. Ahora Roma está hermosa, hace calor. ¿Qué tiempo hace en Nueva York?

—No lo sé. Fuera está muy oscuro.

—Oh, claro —dijo por fin el cardenal.

Harry se echó a reír.

—Nunca me acuerdo —comentó el cardenal—. Espero que pueda volver a dormir.

—*Prego* —dijo Harry—. Le llamaré dentro de un par de días. Adiós, Eminencia.

—*Buona notte*, señor Hopeman.

Harry se incorporó, buscando a tientas el teléfono para colgar el auricular. El hormigueo de su intuición era tan intenso que casi podía oírlo. Se sentó en el borde de

la cama y esperó a que se aliviara, para poder descifrar lo que estaba ocurriendo.

3
LA CITA

Cuando supo que quería disfrutar al mismo tiempo del placer de la erudición, de la acción y de las recompensas de los negocios, se dio cuenta de que necesitaría una extraordinaria autodisciplina para evitar que una ocupación absorbiera a la otra. Pero el erudito siempre aceptaba sin vacilación un día de regalo, y se alegró cuando desde su despacho le informaron de que su agenda estaba en blanco. Después de desayunar regresó al taller y escribió el artículo sobre las joyas rusas, utilizando las notas que había tomado la noche anterior. Trabajó meticulosamente; volvió a escribir dos o tres páginas y revisó el trabajo mientras tomaba la comida que Ruth Lawrenson le había llevado al mediodía en una bandeja.

A última hora de la tarde, el artículo estaba dentro de un sobre con la dirección, listo para ser despachado a *The Slavik Review*.

Se puso un chándal y zapatillas de deporte y luego recorrió el huerto que se extendía desde la casa hasta el río, dividiendo el bosque. Cuando llegó al sendero que rozaba la orilla, empezó a correr a ritmo regular, disfrutando de las breves apariciones del Hudson entre los árboles. Durante más de tres años había recorrido este camino, tres kilómetros río abajo, regresando por las tierras de media docena de vecinos. Rara vez encontraba a alguien, y esta vez no vio a nadie. Durante el regreso aceleró el ritmo; cuando la casa apareció ante su vista, corría a toda velocidad, luchando contra el aire como si éste fluyera como el río. Un ciervo se apartó de un salto en el momento en que él entraba en el huerto donde el animal había estado comiendo hojas nuevas. Desapareció de la vista dando un leve golpe con la cola blanca, y Harry desperdició oxígeno en una carcajada. Ahora sabía algo más sobre los ciervos: se comían sus manzanos. Jeff quería un rifle para cazar ciervos, pero sólo lo conseguiría pasando por encima del cadáver de Harry.

—¡Lárgate, maldito macho!

Mientras entraba en la casa, sudando, cayó en la cuenta de que podría haberse tratado de una hembra. Sus bufidos provocaron una mirada de soslayo de Ruth Lawrenson, que no creía que una persona con el corazón desgarrado pudiera disfrutar realmente.

Su padre llevaba puesta una chaqueta deportiva de estameña inglesa rala; camisa de seda hecha a la medida, blanca como compensación a la edad; fular castaño con un dibujo pequeño de cachemira de color azul opaco; pantalones gris claro, y zapatos de verano de cuero negro, limpios pero no brillantes. Alfred Hopeman usaba su impecable ropa hecha a la medida de forma discreta y natural, a la manera europea,

una buena costumbre que había adquirido como director gerente de Hauptmann's, una de las casas de diamantes más famosas de Berlín. Había salido de Alemania en 1931, vestido con un traje elegante pero casi sin equipaje. Una de las primeras cosas que hizo en Nueva York fue buscar un sastre. El secuestro y asesinato del bebé Lindbergh aún estaba presente en la mente de los norteamericanos; la ejecución de Bruno Hauptmann era tan reciente que él percibía la pequeña corriente de silla eléctrica que surgía en el rostro de las personas que le presentaban. Cuando le concedieron la carta de ciudadanía, cambió su apellido por el de Hopeman.

La Cuarenta y siete era una calle más tosca y ruidosa que la Leipziger Strasse de Berlín, pero a pesar de su traje perfecto, Alfred se sintió como en casa desde el principio. Los acontecimientos de su vida le habían dejado absolutamente claro, más que nunca, que él era judío, y disfrutó del ambiente judío del barrio neoyorquino de los diamantes. Durante cuatro años trabajó para los demás, ahorrando y esperando el momento oportuno hasta que por fin se independizó. Durante ocho años más trabajó en la Cuarenta y siete, comerciando con diamantes, tallándolos y puliéndolos. Aunque la nueva compañía nunca alcanzó la elegante distinción de su taller alemán, tuvo éxito. Estaba sólida aunque modestamente establecido cuando la fortuna estiró su brazo y lo escogió.

La DeBeers Diamond Corporation controla el noventa y cinco por ciento de todas las piedras preciosas que se extraen al año. Sólo unas pocas personas pertenecientes a DeBeers conocen por completo la enorme reserva de la que la corporación solo deja entrar en el mercado una pequeña cantidad para asegurarse de que los diamantes siguen siendo preciosos. Diez veces al año, en un edificio de oficinas de nueve pisos cerca de Fleet Street, en Londres, conocido popularmente como «el Sindicato» y oficialmente como la Organización Central de Ventas, un gran número de diamantes sin tallar son cuidadosamente separados en doscientas cincuenta colecciones más pequeñas, todas aproximadamente iguales en número, tamaño y calidad. Estas colecciones están destinadas a «los Doscientos Cincuenta», la minoría selecta de los comerciantes de diamantes de todo el mundo. A los comerciantes predilectos se les permite escoger personalmente las gemas en una exposición llamada «vista»; pero no existe el regateo, y se supone que cada comerciante coge lo que se le asigna. Muchos se quedan en su casa y aceptan el envío por correo ordinario. Antes de cada «vista» o envío por correo, cada comerciante debe pagar un millón de dólares a la organización. La mayor parte de las veces un cheque de reembolso acompaña la caja que recibe posteriormente, y que siempre contiene no menos de doscientos cincuenta mil dólares y no más de un millón en piedras preciosas sin tallar, o «en bruto».

Sólo en el caso de que quede un lugar libre por muerte o por enfermedad grave, es posible añadir un miembro nuevo a la selecta fraternidad. Alfred no tenía la menor idea de que pasaría a formar parte de los Doscientos Cincuenta. La alegría que sintió

cuando se lo comunicaron dio paso a la preocupación al saber la cantidad de dinero que necesitaría. Pero que su nombre se encontrara en la lista de DeBeers resultó ser garantía suficiente para conseguir el capital necesario. Vendió las seis primeras cajas de piedras en bruto a los mayoristas, sin quitar siquiera los precintos, a un diecisiete por ciento más caro de lo que había pagado a DeBeers. Al año y medio había devuelto todos los préstamos.

Cuando Harry abrió una nueva y elegante Alfred Hopeman & Son en la Quinta Avenida, se hizo cargo del taller de pulido en la calle Cuarenta y siete, y su padre empezó a enviarle directamente a él las cajas que recibía de Londres. Eso suponía una gran ventaja. Él le pagaba a Alfred el beneficio correspondiente y elegía a su gusto, acabando en su taller sólo las piedras más selectas y vendiendo el resto al por mayor a la industria. En efecto, ese acuerdo convertía a su padre en un pensionista acaudalado.

—¿Estáis en condiciones de tomar el té? —preguntó Essie.

—La cena era tan fantástica que no me ha quedado sitio.

—La habilidad culinaria de su madrastra era uno de los pocos temas de conversación con los que podían comunicarse. Su madre había muerto cuando él tenía nueve años y había crecido viendo a Alfred asociado a una larga lista de mujeres, algunas de ellas hermosas. Sin embargo, al llegar a la vejez, su padre se había casado con la *hausfrauen* más fea e insulsa. Y Harry tenía que admitir que su padre nunca había estado más contento.

—¿A qué hora esperáis a ese hombre? —preguntó Essie.

—Alrededor de las ocho.

—Se lo diré al portero. Desde que entraron ladrones, son especialmente estrictos, gracias a Dios.

—Se llama Herzl Akiva. ¿Os han entrado ladrones?

—Señor Akiva —oyeron que avisaba al portero—. A nosotros no, a los vecinos.

—¿En este edificio? —Miró a su padre.

Alfred se encogió de hombros.

Cuando Harry tenía once años, un día sus dedos regordetes habían encontrado unos bultos extraños dentro de un tarro de vaselina en el último cajón de la derecha del escritorio de su padre. Exactamente debajo de la superficie de la vaselina había una joya enorme y vulgar con las dos terceras partes pintadas de dorado, como una lentejuela gigantesca. Debajo de ella había ocultos seis pequeños diamantes amarillos. Cuando le preguntó a su padre de qué se trataba, éste le dijo que la joya grande era estrás, un amuleto que le había entregado su padre. Le explicó que se guardaba para convencer al ladrón de que el tarro contenía baratijas; porque a pesar de su reducido tamaño, los seis diamantes eran de excelente calidad y valían mucho dinero. Lo único que Harry sintió fue incredulidad al conocer el contenido del tarro

que tantas veces había apartado mientras buscaba gomas elásticas, clips para el papel y otros objetos de igual valor.

Le había preguntado a su padre:

—¿Por qué están ahí?

—No tiene importancia —le había contestado él.

Pero Harry lo persiguió obstinadamente. Por fin supo que un escondite similar le había permitido a su padre huir de Alemania.

—Esos animales nazis uniformados. Ojalá cogieran el cólera mientras esperaban en mi tienda para arrestarme.

Harry lo había mirado fijamente, sintiendo la presencia de los nazis.

—Y no metas más las narices en mi escritorio. ¿Entendido?

Algunos años más tarde, Harry había encontrado los profilácticos de Alfred en una caja de zapatos cerrada. Luego se echaron en falta unos cuantos; la caja de zapatos desapareció, y Harry fue llamado fuera de clase en su escuela ortodoxa del West Side y mantuvo una fría charla sobre sexo con el señor Sternbane, el psicólogo de la escuela. Pero el tarro de vaselina no había desaparecido. Había vuelto a ocupar el último cajón de la derecha porque su padre había decidido compartir la responsabilidad con él. Harry reconoció el cumplido. El secreto lo hacía diferente a los demás chicos de la escuela. Nunca volvió a abrir el tarro. Era suficiente que estuviera allí, y que él supiera lo que contenía. Los diamantes del escritorio no provocaron discusiones hasta que, años más tarde, él se dio cuenta de que ninguna compañía de seguros concedería una póliza para unas piedras preciosas protegidas de la ciudad de Nueva York por unos porteros y un disfraz de vaselina.

Le había pedido a Alfred que las guardara en la caja acorazada de la tienda. Su padre se negó y discutieron a causa de las piedras.

—Ladrones —dijo.

Alfred no le hizo caso.

—¿Cuándo podré ver a mi nieto?

—Él no te está evitando, pero la escuela no le deja tiempo para nada.

—La escuela *goyishe*. ¿Y Della?

—Ayer hablé con ella. Me dio recuerdos para ti.

Alfred asintió amargamente. Cuando el teléfono empezó a sonar, lanzó un suspiro.

—Está subiendo —anunció Essie.

—¿Qué podemos hacer nosotros por alguien que está en la industria textil? —preguntó Harry.

Herzl Akiva era un hombre de estatura mediana, pelo entrecano y bigote fino, casi completamente gris.

—Dedico muy poco tiempo a la industria textil. Trabajo para el gobierno, señor

Hopeman.

Alfred se inclinó hacia delante.

—¿El gobierno de Estados Unidos?

—El gobierno de Israel.

—Si lo envía mi amigo Netscher, usted debe de vender Bonos de Israel.

Akiva sonrío.

—No. ¿Qué sabe del Manuscrito de Cobre? —le preguntó a Harry.

—¿El Manuscrito de Cobre del mar Muerto?

Akiva asintió.

—Fue descubierto a principios de la década de los cincuenta, poco tiempo después que los fragmentos de papel de pergamino. No está en Jerusalén, en el Relicario de la Biblia con los demás manuscritos del mar Muerto. Se encuentra en Ammán, ¿verdad?

—En el Museo Jordano. ¿Conoce su contenido?

—Descripciones de los lugares en los que están escondidos tesoros y reliquias. Existe una disputa, que no se ha resuelto, acerca de si los objetos de valor de la lista provenían del Templo o de la comunidad monástica de Qumrán.

—¿Usted tiene formada una opinión?

Harry se encogió de hombros.

—Está fuera de mi especialidad. Pero siempre me ha parecido inverosímil que los hombres de Qumrán pudieran tener acumuladas tantas riquezas y tan variadas como las que se describen en el manuscrito.

—Supongamos que les digo que se ha descubierto otro manuscrito de cobre. Y que esto justifica la opinión de que el Templo fue la fuente de tesoros ocultos.

En medio del silencio, Harry podía oír la respiración de su padre.

—¿Nos lo está diciendo?

—Sí —respondió Akiva.

Les informó que hacía más de un año que David Leslau, profesor de Historia Bíblica en el Hebrew Union College de Cincinnati, había estado excavando la pared sur del segundo templo de Jerusalén. A casi seis metros de profundidad había encontrado detritos: fragmentos de cerámica, monedas y algunas herramientas manuales. A dos metros más de profundidad, sus excavadores llegaron a un desaguadero abierto, construido por los ingenieros del rey Herodes.

—El instinto le indicó al arqueólogo que debía seguir el desaguadero a través de la pared para encontrar pruebas que revelarían la historia del nacimiento y muerte del gran Templo de Dios —prosiguió Akiva—. Pero estaba prohibido. Había pasado meses rellenando formularios y esperando permisos antes de que le permitieran excavar en ese lugar. En dos ocasiones, los investigadores ortodoxos habían apedreado a sus trabajadores y había tenido que intervenir la policía para protegerlos.

Y él sabía que en el barrio árabe se corría el rumor de que la excavación era el comienzo de un túnel que entraría en el monte del Templo, que supuestamente saldría cerca de la Cúpula de la Roca, y que colocarían explosivos que destruirían la mezquita de Omán.

»No tuvo que tomar ninguna decisión. Siguió la sección del desaguadero que se alejaba del emplazamiento del Templo, y que corría casi en dirección sur, hacia la Ciudad de David.

»Después de más de veinte metros, Leslau vio que los que habían construido el desaguadero abierto lo habían enlazado con un sistema de desagüe aún más antiguo, una enorme alcantarilla hecha con piedras inmensas agujereadas en el centro. Alrededor de las perforaciones, las piedras habían sido ingeniosamente talladas como macho y hembra para que encajaran una dentro de la otra formando una inmensa tubería unida herméticamente.

»Leslau entró en la alcantarilla con una linterna y no vio nada fuera de lo común, salvo que en la sección superior una de las piedras había sido reemplazada por dos piezas más pequeñas. Pero cuando sus trabajadores quitaron esas piedras encontraron detrás algo que parecía un trozo oxidado de un tubo de escape. —El israelí los miró atentamente—. Era un rollo de cobre.

—Imposible —intervino Harry en tono categórico. Akiva aguardó—. Mantengo correspondencia regular con Max Bronstein, el colega más cercano a Leslau en aquella facultad. Lo más seguro es que él me lo hubiera contado.

—Han jurado que guardarían silencio, por razones políticas —apuntó Akiva—. Tanto el Vaticano como la comunidad musulmana de Israel se oponen a cualquier cosa que incremente la reivindicación judía sobre el este de Jerusalén, y nunca han dejado de trabajar para conseguir que se la declare ciudad internacional. Leslau descubrió el manuscrito en un momento en que la Iglesia y la mezquita de Omán estaban realizando una ofensiva diplomática concertada para prohibir toda excavación en el monte del Templo y en sus alrededores. Al principio se pensó que el anuncio podía hacerse después de que las cosas se serenaran. Pero para entonces el manuscrito había sido trasladado.

Harry asintió.

—El descubrimiento del manuscrito en el Monte habría sido una molestia para el islam, un duro recordatorio de que el Templo se encontraba allí antes que la Mezquita. Y revelar prematuramente el texto del manuscrito habría provocado una fiebre del oro en la que los eruditos competirían con los aventureros.

—Existe una razón más urgente para el secreto —dijo Akiva—. Se cree que algunos de los *genizot*, los escondites rituales, se encuentran en el desierto de Samaria, en algún punto al este de Nablus.

Harry lanzó un silbido.

—No comprendo —intervino Alfred.

—La región es actualmente la franja occidental. La misma en la que algunos desean establecer un estado palestino —explicó Akiva en tono sereno—. No es un sitio en el que nuestros enemigos quieran que se descubran antiguos artefactos judíos. Semejante hallazgo fortalecería las reivindicaciones históricas del Israel moderno sobre los territorios ocupados.

»Durante todo el año pasado, un egipcio ha estado poniéndose en contacto con occidentales de confianza en Jordania, intentando vender dos piedras preciosas. Dice que las piedras tienen importancia bíblica.

—Aquí es donde nosotros entramos en acción —aventuró Alfred mientras encendía un puro.

—Una de las piedras es un granate rojo.

Alfred Hopeman esbozó una sonrisa.

—Rara vez comerciamos con piedras finas.

Akiva asintió.

—Le interesará más la otra piedra. Un diamante grande. Amarillo, de los que ustedes llaman canario.

—¿Qué interés tiene usted en este canario? —preguntó Alfred en tono inocente.

—Ya he señalado que se piensa que el manuscrito de cobre es un registro de los tesoros ocultos que habían sido cogidos del Templo. Leslau cree que este diamante canario es uno de esos tesoros.

—¿Del Templo? —Harry estaba acostumbrado a trabajar con piedras preciosas religiosas, pero la idea de un objeto del Templo lo llenaba de admiración y respeto.

—Leslau cree saber dónde podría haber estado el escondite ritual del diamante. Dice que sale de un *genizah* profanado.

Harry farfulló:

—¿Qué tamaño tiene esa piedra?

—Es grande. —Akiva consultó una libreta pequeña—. Doscientos once quilates.

Alfred Hopeman lo miraba con expresión extraña.

—Es el Diamante de la Inquisición —dijo por fin el anciano—. Yo lo tuve en mi caja fuerte de Berlín durante tres meses. Debió de ser en mil novecientos treinta, o mil novecientos treinta y uno.

—Tenemos entendido que fue en el treinta y uno —especificó Akiva—. En el caso de que se trate de la misma piedra. Los vendedores se refieren a ella como el Diamante Kaaba.

—Así le han llamado los musulmanes —informó Alfred— después de que construyeran el santuario en la Meca, adonde todos los mahometanos se vuelven para rezar. Cuando era propiedad de la Iglesia le llamaban el Ojo de Alejandro, por uno de los papas llamado Alejandro. Un diamante extraordinario, caballeros, 211,31 quilates

tallados como un *briolette*, es decir en forma de pera, con setenta y dos facetas. En mil novecientos treinta y uno, Sidney Luzzatti & Sons, una firma de Nápoles, me lo entregó para que lo limpiara. Estaba engastado en uno de esos yelmos… ¿cómo se llaman, Harry?

—Una mitra. La mitra de Gregorio.

—Sí. Años después, por supuesto, algún ladrón quitó la piedra de la mitra y salió con ella del museo del Vaticano. Eso fue lo último que supe de ella. Hasta ahora.

—Fue robada del Vaticano en el cuarenta y seis —señaló Akiva—, y comprada en mil novecientos cuarenta y nueve, sin que se hiciera publicidad, por Faruk de Egipto.

—Ah —dijo Alfred.

—Eso completa la historia —comentó Harry a su padre. Tuvo la impresión de que Alfred estaba aturdido—. Papá —dijo—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, por supuesto.

—No figuraba en la lista del gobierno egipcio como parte del patrimonio que Faruk abandonó cuando abdicó al trono —indicó Harry—. He estudiado los registros de la subasta de los bienes de Faruk. Algunos objetos eran fantásticos, pero la mayor parte era *shlock*, el hombre tenía muy mal gusto. La única colección fuera de lo común era la de pornografía.

—Para criaturas —musitó su padre—. Un hombre puede hacer varias cosas con una mujer, lo demás son contorsiones. —Alfred cerró los ojos mientras se frotaba la mejilla—. Dios mío.

—No, no estaba en el inventario de la subasta —dijo Akiva. Miró a Harry y añadió—: Queremos que consiga ese diamante.

—Tendrá que ponerse en la cola —comentó él.

Essie, que entraba con una bandeja de pastas delante de una criada que llevaba otra con el servicio de café, se detuvo repentinamente y lanzó un grito.

Harry siguió la mirada de la mujer y vio que el lado izquierdo de la cara de su padre era como una masa a la que le falta harina, que tenía el ojo cerrado y la boca inclinada hacia la barbilla.

—¿Papá? —susurró Harry. No sabía lo que ocurría en el interior del cuerpo de alguien que sufría un ataque de apoplejía, pero se dio cuenta de que su padre estaba sufriendo uno.

Alfred empezó a balancearse y él lo cogió. Una rebanada de tarta había caído de la bandeja, y Essie se arrodilló para recogerla y limpiar la alfombra.

—¡Deja eso! —le gritó Harry a la mujer regordeta, que lo miraba asustada—. Llama al médico. —Estrechó a su padre entre sus brazos y lo acunó.

Viejo y arrogante bastardo.

Debajo de sus labios, la cabellera blanca parecía más rala que antes. Uno de los dos, él o su padre, había empezado a temblar.

4
LOS CUADERNOS DE ALFRED

Acomodaron a su padre en una habitación del extremo del pasillo en la que había varios aparatos de control cardíaco. Alfred ya no parecía arrogante a los ojos de su hijo. Tenía el lado izquierdo del cuerpo paralizado. Ya no llevaba la dentadura postiza. Bostezaba con mucha frecuencia, y cuando exhalaba, su labio superior se inflaba y estremecía de una forma que a Harry le resultaba insoportable.

Entró una doctora interna y se inclinó sobre la cama.

—Señor Hopeman —dijo en voz alta, pero él seguía en estado de coma.

Cuando ella salió de la habitación, Harry también lo intentó.

—Papá.

Su padre abrió los ojos y lo miró sin verlo.

—*Doktor Silberstein, ich bitte um Entschuldigung*, le pido perdón.

¿Por qué su padre imploraba perdón con voz aterrorizada, y quién era Silberstein? Alfred iba a la deriva y soñaba, manteniendo conversaciones en una única dirección, en un alemán ininteligible.

Sus pulmones estaban llenos de fluidos que burbujeaban al respirar, y alguien entró y le introdujo una espantosa cánula en la garganta y aspiró con ella el veneno.

Más tarde abrió los ojos y encontró el rostro de Harry. Lo miro con ansiedad.

—Yo… —Alfred intentó susurrar algo, pero no emitió ningún sonido. Tenía los ojos hinchados, y las manos se agitaron sobre la sábana. Intentaba desesperadamente decir algo a su hijo. Harry le levantó la almohada y le acercó un vaso de agua a los labios, pero estaba demasiado débil para beber, aunque la humedad le devolvió la voz.

—… debería haberte dicho…

—¿Qué, papá?

El Diamante de la Inqui…

—No hables. Descansa, papa.

—Defecto —dijo Alfred tras un esfuerzo. Pero no pudo continuar.

—¿El diamante es defectuoso?

El anciano apretó los ojos y volvió a abrirlos rápidamente.

Harry quiso asegurarse.

—¿El Diamante de la Inquisición tiene un defecto?

Su padre asintió al tiempo que respiraba pesadamente.

—No me importa —dijo Harry—. Al diablo con los diamantes. Lo que tienes que hacer es descansar, y te pondrás bien. ¿De acuerdo?

Alfred se recostó. Sus párpados se cerraron de golpe como las puertas de un garaje.

Harry, que estaba sentado en la cama, también se quedó dormido. Poco después, la doctora interna le tocó el hombro tímidamente. Cuando él miró la cama, tuvo la impresión de que su padre había salido a dar un paseo, dejando allí su cuerpo.

Jeff llegó a casa incómodo dentro del traje que ya le quedaba pequeño. Fue hasta donde estaba Harry y lo abrazó sin decir una palabra. Lo hicieron regresar a la escuela inmediatamente después del funeral. Él protestó pero se sintió aliviado. Della, que tanto había querido al anciano, lloró amargamente ante su tumba. Respetó el *shiva*, el luto ritual, con Harry y Essie. Calzados con zapatillas y sentados ante el espejo tapado, en bancos de cartón proporcionados por la funeraria, recibieron a los visitantes. Cuando él era niño, todos se sentaban en duros compartimientos de madera, en una casa de *shiva*, respetando el precepto de que los deudos no debían buscar alivio. Se dio cuenta de que el banco desechable representaba una adaptación moderna de la tradición. En cierto modo, habría preferido sentarse en un compartimiento de verdad. Las dos primeras tardes, el apartamento de su padre quedó atestado de gente de la industria que hablaba en tono grave en inglés, yidis, hebreo, francés, flamenco. El sonido políglota era tan parecido al murmullo de la Bolsa de Diamantes que sintió consuelo al oírlo.

Essie tenía la intención de observar los siete días completos de duelo, al estilo ortodoxo, pero a la tercera mañana él se sintió atrapado. Esa tarde se presentó Akiva.

—Espero que mi idea de evocar viejos recuerdos no haya contribuido a su enfermedad.

—Tenía la tensión sanguínea terriblemente alta. Siempre se saltaba la medicación, a pesar de las protestas de su esposa. Los médicos dijeron que era inevitable.

El israelí pareció aliviado.

—Usted nunca llegó a decirle lo que quería.

—Queríamos que le informara a usted sobre el Diamante de la Inquisición. Nos gustaría que comprara esa piedra.

—Hay otros que querrían lo mismo.

—Usted es judío, señor Hopeman. ¿Representará a alguien más en este asunto?

—Puede que no.

—Israel es una mujer cansada que tiene tres pretendientes —comentó Akiva—. Los judíos estamos casados con ella… Desde mil novecientos cuarenta y ocho tenemos derecho legal a ocupar su cuerpo, por así decirlo. Los árabes y los cristianos, amantes celosos, la cogen cada uno de un tobillo. Los tres tironeamos salvajemente en distintas direcciones, y a veces da la impresión de que vamos a partirla como a un arenque. Ahora cada uno de estos pretendientes quiere el diamante, lo mismo que quiere la tierra. Ciertos grupos árabes están desesperados por usarlo como un objeto

de propaganda, un talismán que puede ayudarlos a convertir el siguiente conflicto en una *yihad*, una guerra santa. Y si no se cometen errores, podría utilizarse de esa forma —sacudió la cabeza—. Es la lucha por la Tierra Santa, en menor escala. No les importa que el diamante tenga una historia judía. Existen documentos que demuestran que posteriormente perteneció al propio Saladino. Durante casi un siglo estuvo engastado en la corona, adornando el *Maksura*, la sede del mayor líder espiritual, en la mezquita de Acre, donde Saladino resistió durante dos años el poder cristiano de Francia e Inglaterra y ganó un sitio como el más grande héroe militar de la historia musulmana.

—La reivindicación de los católicos es igual de firme y más reciente —señaló Harry—. Ellos lo han poseído desde los tiempos de la Inquisición, cuando se convirtió en propiedad de la Iglesia en España. Quieren recuperarlo porque es de ellos. Se lo robaron.

El israelí asintió.

—Durante mucho tiempo formó parte de la gran colección que se encontraba dentro de las Murallas Leoninas.

—¿Y por qué motivo David Leslau piensa que provenía del Templo? —preguntó Harry.

Akiva vaciló.

—No hablaré de esto con usted hasta que se haya comprometido.

—Yo no me comprometo a nada. Acabo de enterrar a mi padre.

—Por supuesto, no es necesario que me lo recuerde. Tómese todo el tiempo que quiera. Pero nosotros lo necesitamos, señor Hopeman. El hombre que nos conviene, además de poseer pericia debe estar capacitado en una serie de aspectos. Debemos tener en cuenta la lealtad, la edad, la buena forma física. Y la disposición a aceptar cierta dosis de riesgo.

—Con un comprador erudito, no existe tanto riesgo.

—No será su capital. Lo hemos arreglado. El dinero lo donará un pequeño grupo de personas muy acaudaladas de este país y de Francia. No estaba hablando de riesgos de inversión —apuntó Akiva en tono cauto.

Harry se encogió de hombros.

—Olvídelo. Algunos soportaríamos cualquier incomodidad por una transacción relacionada con un diamante. Pero nadie que yo conozca se arriesgaría a resultar herido o a morir.

—El riesgo es realmente pequeño. Y existe toda clase de beneficios, señor Hopeman.

—Tonterías. Yo sólo soy un hombre de negocios.

El israelí lo observó con aire pensativo.

—Estoy convencido de que cuando para usted es importante ser un hombre de

negocios, es un hombre de negocios. Y cuando es importante ser un erudito, es un erudito.

Tal vez el juicio fue demasiado exacto; Harry sintió un profundo resentimiento.

—En este instante tengo una idea muy clara de lo que es importante para mí y de lo que no lo es.

Akiva suspiró. Sacó una tarjeta de visita del bolsillo y la colocó sobre la brillante mesa del comedor de Essie.

—Llámeme en cuanto pueda —dijo—. Por favor.

El testamento incluía generosamente a Essie; todo lo demás era para Harry. Él no pudo detenerse a revisar la ropa. Conservo una corbata como recuerdo; en cuanto al resto, el Ejército de Salvación tendría algunos patrocinadores excepcionalmente bien vestidos. Guardó las cartas y los papeles de Alfred en dos cajas de cartón y las ató con bramante. Colocó dentro de una bolsa de papel el tarro de vaselina que contenía las joyas, luego llamó a un mensajero de confianza y le hizo llevar la bolsa a la cámara acorazada.

En el atardecer del cuarto día, el apartamento volvió a llenarse de amigos de Essie, de abuelos marchitos de ojos tristes y ancianas con juanetes.

—Tengo que salir de aquí ahora mismo —le comentó a Della.

Essie los siguió hasta la puerta, furiosa por lo que consideraba un insulto a la memoria de su padre.

—Hay cosas de plata, fuentes…

—Todo es tuyo.

—No seas tan generoso. ¿Quién quiere todo eso? Yo me voy a casa de mi hermana, en Florida. Es un apartamento pequeño.

—Yo volveré mañana —anunció Della—. Y me ocuparé de todo.

Essie miró a Harry.

—¿Concluirás el *shiva* en tu casa?

Él asintió.

—¿Irás todos los días a la sinagoga o reunirás un *minyan* en la Asociación del Diamante? ¿Dirás la *kaddish* durante un año?

—Sí —le mintió, dispuesto a aceptar cualquier cosa con tal de alejarse del sabor de la muerte.

Cogieron un taxi hasta el apartamento de Della, y una vez allí se fueron a la cama.

Deprisa, como si fueran amantes.

—Maldición —jadeó ella.

El clímax desató las emociones de Harry, que se acurruco entre los brazos y las piernas de Della.

—Harry, Harry. —Ella simplemente lo abrazó hasta que cesó el llanto.

Permanecieron uno al lado del otro. Él la miró un instante y al ver su expresión

sintió odio por sí mismo. Estaba cansado de hacerle daño.

Se quedaron dormidos, él con la mano entre los muslos de ella, como sabía que a Della le gustaba. Un par de horas más tarde, él se despertó y notó que tenía la mano dormida. Pero si la apartaba despertaría a Della.

Finalmente lo hizo.

—No te vayas.

—Chst. —Le palmeó el hombro y la tapó con la sábana.

—¿Ocuparás su lugar entre los Doscientos Cincuenta?

—Es probable.

—Eso sería mas que suficiente para cualquiera —aventuró Della.

Él buscó frenéticamente los calcetines en la oscuridad.

—Podrías conseguir un puesto de profesor. O simplemente escribir. Y tener más tiempo para Jeff y para mí.

Él recogió la ropa y se la llevó a la sala.

—¿Qué es lo que quieres? —La voz de ella llegaba desde el dormitorio.

Él era perfectamente consciente de que Della tenía que presionarlo. Había sido su esposa en sus momentos conflictivos.

—No lo sé. Todo.

Unos minutos después se encontraba solo en la calle 86 Este, con las cajas de cartón cogidas del bramante, llamando un taxi. Llegó a Westchester antes del amanecer, se sentó en el taller y desató las cajas. Su padre había sido un verdadero acumulador de cosas. Guardaba montones de facturas, recibos y cartas. Algunas de éstas, escritas en alemán, se las había enviado Essie. Leyó lo suficiente para saber que ella y su padre habían mantenido una relación amorosa durante años, antes de casarse. A diferencia de su inglés hablado, su alemán escrito era puro y apasionado. Se quedó leyendo mientras el cielo se tornaba gris perla, y por primera vez vio a la mujer gorda y vieja como una persona.

Encontró unos libros mayores. Su padre llevaba minuciosamente la contabilidad, y ahora los libros eran tan viejos que ni siquiera le interesarían a Hacienda. En cambio tres cuadernos que él supuso que serían registros financieros, contenían diagramas. Había planos y ángulos de cristales cuidadosamente marcados para indicar la dispersión y la refracción de la luz, y descripciones detalladas escritas en la letra garabateada de Alfred Hopeman. Mientras giraba las páginas, Harry se dio cuenta de que su padre había hecho dibujos exactos y tomado nota de todas las gemas importantes que pasaban por sus manos. Lo que tenía en su poder era una leyenda de la industria del diamante: la fabulosa memoria de Alfred Hopeman.

Estaba mirando el segundo cuaderno cuando encontró el análisis que su padre había hecho del Diamante de la Inquisición. Era detallado y exacto, pero lo desconcertó. No mencionaba el defecto de la piedra que su padre había intentado

describir en su lecho de muerte.

Aún era demasiado temprano; se dio una ducha y comió algo. Luego telefoneó a Herzl Akiva.

—¿Le envío el cuaderno?

—Por favor, consérvelo, señor Hopeman. Como ya le dije, queríamos la información para que la utilice usted.

—Yo no he cambiado de idea.

—¿Le gustaría examinar el nuevo manuscrito de cobre?

Harry vaciló y se sintió perdido.

—No lo suficiente para ir a Israel.

—Supongo que está dispuesto a ir a Cincinnati.

—Por supuesto.

—Pase por el despacho de su amigo el doctor Bronstein. Le estará esperando —indicó Akiva.

5
EL MANUSCRITO DE COBRE

Harry mantenía correspondencia regular con Max Bronstein, pero hacía años que no lo veía. Compartían los recuerdos de dos compañeros de la *Yeshiva* de Brownsville que en otros tiempos habían pasado largas noches charlando mientras tomaban un café, reforzando su rebeldía, hasta que cada uno fue capaz de romper con la vida que les habían planificado.

Había sido una época rara para Harry, que se había sentido como un nadador contra la corriente. Al huir de Alemania, su padre había arrancado sus propias raíces, pero en Estados Unidos Alfred Hopeman supo quién era: Hitler había convertido a un hombre de mundo nacido en Berlín en un judío que se aferraba a sus rasgos étnicos y quería que su hijo recordara el holocausto. De modo que Harry fue a una escuela judía, en lugar de asistir a una de las escuelas de Nueva York, o a uno de los internados de Nueva Inglaterra a los que iban la mayor parte de sus amigos. Durante el último año que pasó en la Sons of the Covenant Orthodox High School, fue objeto de una verdadera lucha por conquistar su alma: el director, un hombre enérgico llamado Reb Label Fein, le había comunicado a Alfred Hopeman que su hijo era un magnífico estudiante.

—Un joven *gaon*, un genio en *Gemara*. El futuro de un joven como él no es responsabilidad fácil.

Después de reflexionar sobre ello, Alfred pidió consejo a su mejor amigo, Saúl Netscher.

—Envíaselo a mi hermano Itzikel.

Harry se mostró halagado y conforme cuando lo supo porque ¿qué alumno de la Sons of the Covenant Orthodox High School no conocía al admirado rabino Yitzhak Netscher, jefe espiritual de los *Chassids* y director de la Yeshiva *Torat* Moshe, una de las más prestigiosas academias religiosas del nuevo mundo?

Así que mientras sus compañeros iban a Amherst, a Harvard o a la Universidad de Nueva York, él se convertía en un escolástico. Todas las mañanas, excepto el *Sabbath*, vestido con el traje oscuro del uniforme, cogía el metro desde Park Avenue hasta Brooklyn. En un edificio de piedra arenisca y suelos que crujían, se había unido a Max Bronstein y a otros cuatro neófitos que mantenían discusiones interminables, con eruditos y sabios, sobre el Talmud y la literatura rabínica.

Era un extraño mundo de trabajo en nombre de la erudición, una escuela en la que los mejores alumnos nunca se graduaban. Algunos habían pasado quince años estudiando ante la misma mesa de roble llena de marcas, y no lo hacían para adquirir

riquezas ni honores, sino por amor a Dios. Otros habían sido eruditos incluso durante más tiempo, después de llegar a Brownsville con la *Yeshiva* de Lituania, huyendo de los nazis. El rabino Yitzhak tenía autoridad para otorgar smicha, la ordenación de rabino; pero sólo lo hacía cuando la extrema pobreza obligaba a un hombre a abandonar la contemplación y dedicarse al trabajo de rabino, o cuando la erudición del individuo no era impecable.

En aquellos tiempos, Bronstein era enjuto y de tez cetrina, y sus ojos se parecían a los que El Greco le había dado a Cristo. Después de seis meses y de mucho café, él y Harry se habían convencido de que Dios, como el whisky y la guerra, era una invención del hombre. Desconcertado y asustado por su propia audacia, Harry había abandonado la Yeshiva *Torat* Moshe para pulir diamantes en el taller de su padre hasta que comenzara el siguiente trimestre en Columbia.

Al margen de la tradición familiar, Alfred nunca empujó a su hijo al negocio de los diamantes, pero cuando él se acercó espontáneamente, fue un maestro meticuloso. Aunque para aquel entonces Harry había absorbido un montón de conocimientos a través de los poros, Alfred comenzó desde el principio, utilizando un diamante tallado como libro elemental.

«Cada uno de estos pequeños planos, cada superficie meticulosamente pulida, es una faceta. La faceta octogonal de la parte superior de una piedra redonda es la mesa. La faceta de la propia base del diamante es el *culet*. El borde exterior de una piedra tallada, precisamente donde estarían las caderas de una mujer, se llama arista»…

Sí, papá.

La piedad del padre de Bronstein era más escasa que la de Alfred, y el joven había huido de las tormentosas escenas familiares y se había ido a vivir a una buena distancia, a la Universidad de Chicago. A pesar de tener que trabajar —irónicamente, en un matadero *kosher*— había obtenido el título de licenciado en lingüística en dos años y medio. El obstinado Max Bronstein se tomó luego los ocho años siguientes para obtener el doctorado. Para entonces, una continua sucesión de artículos invariablemente sobresalientes le proporcionó una reputación y un puesto en el seminario de la Reforma, que él aceptó con la misma ecuanimidad que habría mostrado si se hubiera tratado de una escuela jesuita o budista. Por su parte, el seminario de la Reforma incorporó al mismo tiempo al mejor geógrafo lingüista de Estados Unidos y a un auténtico residente ateo como prueba de su liberalismo.

—Mira quién está aquí —comentó Max, como si Harry se hubiera despedido de él veinte minutos antes. Le dio un fuerte apretón de manos. Estaba más gordo y se había dejado bigote—. Harry, Harry.

—¡Cuánto tiempo sin vernos!

—Muchísimo.

—¿Cómo estás, Maxie?

—La vida es soportable. ¿Y tú?

Harry sonrió.

—Soportable es una buena palabra.

Charlaron en tono amistoso de los viejos tiempos, cambiaron impresiones sobre personas que ambos conocían.

—Parece que David Leslau ha dado realmente en el clavo —dijo Harry por fin.

—Pareces celoso.

—¿Y tú no lo estás? Esto ocurre una vez en la vida.

—Y los dolores de cabeza a los que ahora se enfrenta también se tienen una vez en la vida —repuso Bronstein en tono seco. Del cajón de su escritorio cogió un enorme sobre de papel manila del que extrajo unos negativos fotográficos grandes en los que Harry vio la escritura hebrea.

Harry cogió las fotografías.

—Estoy decepcionado. Pensé que iba a ver el original.

—¡Qué va! —exclamó Bronstein—. Mi amigo David no perdería de vista su descubrimiento. ¿Tú lo harías?

—No. ¿Qué puedes decirme?

Bronstein se encogió de hombros.

—Después de siglos, el cobre se ha oxidado casi por completo. David lo manipuló muy bien, más o menos como los británicos trataron el manuscrito en mil novecientos cincuenta y dos. En lugar de estabilizarlo con una capa de pegamento de avión, como hicieron ellos, utilizó una capa delgada de un plástico transparente desarrollado para el programa espacial. Luego el manuscrito fue cortado en dos, longitudinalmente, y los segmentos se despegaron como las capas de un trozo de cebolla. David empleó un torno de dentista para quitar el material corroído y suelto, y allí debajo aparecieron las letras, la mayor parte legibles.

—¿Fueron grabadas en el cobre con un instrumento cortante?

Bronstein asintió.

—Algún tipo de lezna golpeada con un martillo o con una roca. El cobre era casi puro, lo mismo que el cobre del manuscrito de mil novecientos cincuenta y dos. Los metalúrgicos opinan que las láminas de metal pueden haber salido del mismo sitio.

—¿Hay diferencias notables entre los manuscritos? —preguntó Harry.

—Varias. El que fue encontrado en el cincuenta y dos estaba hecho con dos láminas de cobre remachadas toscamente. El manuscrito de Leslau es algunos centímetros más ancho que el otro y fue hecho con una sola hoja laminada. Y el primer manuscrito, casi con toda seguridad, fue grabado por un solo hombre, mientras éste es obra de dos personas. Mira esto. —Bronstein levantó una de las fotografías—. La primera sección del manuscrito de David fue perforada por alguien que se iba debilitando cada vez más a medida que trabajaba. Tal vez un hombre muy

anciano, tal vez herido o agonizante. Algunas de las letras son confusas, y todas están grabadas superficialmente. A partir de aquí —dijo, mostrándole a Harry una segunda imagen—, las letras se vuelven definidas y claras. Y hay diferencias de sintaxis entre las dos secciones. Evidentemente, la tarea fue interrumpida y luego reanudada por un hombre más fuerte, quizás alguien más joven que escribió lo que le dictaba el escriba original.

—¿Me ayudas a echarle un vistazo? —preguntó Harry.

Bronstein colocó las fotografías delante de su amigo.

—Inténtalo tú mismo.

Lo que captó en el pasaje inicial le produjo escalofríos.

—¡Dios mío! ¿Crees que éste podría ser el Baruc de la Biblia, el compañero del profeta, escribiendo sobre su Jeremías?

Bronstein sonrió.

—¿Por qué no? —dijo—. Es tan fácil de creer como de no creer.

Las palabras eran esqueletos consonantes, descarnados por la ausencia de vocales, como en la escritura yidis o en la hebrea moderna. Harry se esforzó como un niño que empieza a aprender a leer.

—En el abrevadero… al otro lado del muro del norte…

—Fantástico —lo alentó Max.

—…enterrado tres codos por debajo de la roca sobre la cual… cantaba el rey, una vasija que contiene cincuenta y tres talentos de oro.

—No tendrás ningún problema.

—¿Qué abrevadero fuera del muro del norte? —preguntó Harry—. ¿Qué roca? ¿Qué rey?

—Ah —Bronstein sonrió burlonamente—. Estás empezando a comprender por qué pienso que no es probable que David Leslau se ponga a cavar la tierra y saque los tesoros del Templo. El abrevadero hace tiempo que no existe. La roca tal vez se ha convertido en polvo. Se podría suponer que el rey era David, dada la referencia al canto. Pero ninguna leyenda apropiada que se ajuste a David ha sobrevivido después de tantos siglos. Ni siquiera sabemos si la ciudad amurallada del manuscrito es Jerusalén. Y para colmo, los sacerdotes eran expertos en escritura enigmática. Seguramente disfrazaron todo lo posible cada referencia, de manera que incluso en la era en la que fue escrito sólo debió de tener sentido para las personas enteradas. —Bronstein cogió su maletín y se levantó de la silla—. Todos los libros de consulta están en las estanterías. Estaré cerca, por si me necesitas.

El manuscrito constaba de una larga serie de fragmentos, en cada uno de los cuales se daba a conocer el paradero de un *genizah* y se hacia una lista detallada de los objetos que habían sido escondidos allí. A Harry le llevó un buen rato leer los seis primeros pasajes, y la mesa en la que trabajaba quedó abarrotada de libros de

consulta. Hubo ocasiones en las que faltaba una letra y se vio obligado a adivinar el significado de una palabra, y en algunos casos tomó nota de una palabra o de una frase sobre la que tendría que consultar con Max. El punto en el que el segundo escriba se había hecho cargo de la tarea le produjo una conmoción. Fue casi como si pudiera ver al hombre, más tosco y menos sofisticado que el primero, incapaz de escribir bien o con firmeza incluso, y obviamente poco familiarizado con la tarea. Muchas palabras aparecían juntas, y a veces una línea continuaba en otra en medio de una palabra que no debería haberse separado, por lo que Harry avanzaba lentamente.

Más adelante leyó fragmentos que reconoció enseguida como la razón por la que Akiva había sido tan generoso al arreglarlo todo para que él examinara el material:

> *En el cementerio al que Judá fue castigado por apoderarse de los botines, enterrados a ocho codos y medio, una piedra reluciente jarras de plata y ropas de los hijos de Aarón.*

Y otra vez, tres párrafos más adelante:

> *En el cementerio al que Judá fue castigado por apoderarse de los botines, enterrados a veintiún codos, trescientos talentos de oro, seis vasijas de sacrificios y ropas de los hijos de Aarón.*

Miraron juntos las notas que Harry había tomado y cuando éste se lo pidió, Bronstein tradujo en su totalidad los dos fragmentos que resultaban especialmente interesantes. La traducción de Max no se diferenciaba de la suya.

—Los hijos de Aarón, evidentemente, son los sumos sacerdotes.

—Harry, no puedo hacer interpretaciones. Puedo traducirte el texto, pero eso es todo lo que estoy autorizado a hacer.

—¿Autorizado?

—Autorizado no es la palabra adecuada…

—Es extraño que un experto en lingüística tenga problemas para encontrar la palabra correcta.

Ambos se miraban furiosos.

—No podemos hablar mucho si David tiene que seguir trabajando allí con plena cooperación.

Harry se obligó a sonreír.

—Relájate, Max.

—Buscan tus servicios como profesional, supongo.

—¿Cómo sabes que no quieren que escriba un artículo?

—Cuando se mencionan los diamantes *mevinim*, el nombre de Harry Hopeman es

el primero de la lista.

—¿Y cuando se menciona a los historiadores? Venga, Maxie. Cuando surge mi nombre con una copa de por medio en la Academia Norteamericana, ¿cómo me valoran?

Bronstein levantó la mano derecha y giró lentamente la muñeca.

—Así así…

—Tonterías.

Max se echó a reír.

—Qué fantástico estar tan seguro en dos mundos distintos. ¿Cuántas veces has publicado este año?

—Siete.

—Yo me he deslomado trabajando para publicar tres artículos —dijo Bronstein lentamente.

—El tipo de trabajo que haces tú requiere mucho tiempo.

Bronstein se encogió de hombros.

—He podido leer algunos de tus escritos. Son esmerados, sólidos, sin atajos. Hace años que quiero preguntártelo… ¿cómo consigues hacer tantas cosas?

Él había terminado odiando la pregunta.

—Disfruto trabajando. Parece aburrido, ¿verdad?

—Tú nunca fuiste aburrido, Harry.

Intentó explicar su punto de vista.

—Mi trabajo me proporciona el mismo estímulo que otros parecen obtener con el tenis… o con las películas de sexo.

Bronstein asintió.

—A veces siento lo mismo con mi trabajo. Pero nunca hay tiempo suficiente, el mundo se inmiscuye. Los niños. Las mujeres. ¿A tu esposa no le gusta el tenis, o las películas de sexo?

—Tal vez ahora sí.

—Ah. —Bronstein apartó la mirada—. O sea que ahora no tienes obstáculos —dijo alegremente, intentando pasar el tema por alto.

Harry recogió sus cosas.

—¿Sabes qué es lo que quieren que haga?

Bronstein sacudió la cabeza.

—Por favor, no me lo digas —le pidió.

Había sido invitado a casa de los Bronstein para que conociera a la esposa y a los hijos de Max, pero había dado una excusa para no asistir. Mientras Cincinnati se empequeñecía debajo del avión y él veía la estación de tren y el río serpenteante, se dio cuenta de que ni siquiera le había contado a Max que su padre había muerto.

Encendió la luz de encima del asiento y estudió sus notas. Los hijos de Aarón

sólo podían ser los sumos sacerdotes. ¿El cementerio? No debía de haber existido un cementerio. En aquella época, la mayor parte de los cadáveres se depositaban en cuevas o en sepulcros abiertos en la roca. Pensó en las ropas sacerdotales. La mitra, el *efod* y el pectoral tachonados con las piedras de las tribus habían sido suficientemente extraordinarios y venerados para ser incluidos en un *genizah*.

¿El cementerio al que Judá fue castigado por apoderarse de los botines? Esto no sabía resolverlo.

En la media luz entre el sueño y la vigilia, siguió reflexionando en el mensaje del manuscrito, imaginando entre sueños la antigua ciudad asediada, sus hombres santos que trabajaban afanosamente para ocultar los tesoros religiosos y temporales de su mundo.

Sidney lo esperaba con el coche en Nueva York, y cuando llegaron a la casa, Harry fue directamente a su taller y se concentró en las concordancias y comentarios bíblicos.

Finalmente, en el séptimo capítulo del Libro de Josué encontró la solución.

«…El cementerio al que Judá fue castigado por apoderarse de los botines…».

Acán era el hijo de Jarmi, que era hijo de Zabdi, el hijo de Zare. Todos ellos pertenecían a la tribu de Judá. Mientras era un soldado del ejército con el que Josué había conquistado Jericó, Acán había desobedecido los mandatos del Señor en contra de los saqueos y había quitado a los vencidos ropas babilónicas y una barra de oro. Cuando fue descubierto su pecado, se le adjudicó la derrota de una batalla posterior, y Acán y su familia fueron condenados a muerte.

Para perpetuar el ejemplo dado con las ejecuciones, el lugar en el que fueron enterrados, un pequeño valle bordeado de colinas salpicadas de cuevas, recibió el nombre de valle de Achor.

Cuando Harry lo encontró en el mapa bíblico, se dio cuenta de que estaba exactamente al sur de Jericó, en la franja occidental.

6
MAZEL UN BROCHA!

Durante dos noches seguidas soñó con su padre. Cuando estaba despierto, había momentos en los que olvidaba que Alfred había muerto. Seguía deseando llamarlo por teléfono.

No tenía demasiadas cosas que hacer. La mujer de Detroit lo llamó dos veces por la piedra blanca azulada de treinta y ocho quilates, pero simplemente se estaba importunando ella misma; no llamaría por tercera vez. Harry buscó una piedra suficientemente grandiosa para el actor, pero iba a ser difícil encontrarla. A veces había que esperar a que apareciera algo adecuado en el mercado.

Por primera vez fue incapaz de empezar a investigar para un nuevo proyecto. Resultó casi un alivio que uno de los editores de *The Slavik Review* lo llamara para comentarle una supresión sin importancia en el manuscrito sobre las joyas rusas. El hombre lo elogió con entusiasmo.

—Debería pensar en ir a Pekín y preparar un articulo sobre las colecciones de piedras preciosas del Imperio.

Harry quedó momentáneamente fascinado. Sólo era una cuestión de tiempo el que un erudito occidental redactara una historia definitiva sobre las colecciones imperiales chinas. Y el resultado podía ser una obra decisiva.

—Las joyas se remontan al siglo x, a la dinastía Sung —apuntó el editor—. *Chinese Culture*, o uno de los otros periódicos podría solicitar al gobierno chino que le permitiera trabajar en el Museo del Palacio.

—… No es lo mismo que trabajar en algo relacionado con los comienzos de la propia cultura, ¿no? —comentó Harry.

Poco después cogió de su cartera la tarjeta de visita de Akiva. La rompió y la tiro.

—¿Eminencia?

—*Buon giorno*, señor Hopeman.

—Cardenal Pesenti, no puedo representarlo en la tarea de recuperar el diamante del que me habló la semana pasada.

—*Ho bisogno di te* —murmuró el cardenal—. Lo necesito, señor Hopeman.

—A pesar de eso —respondió, incómodo—, lo siento, Eminencia.

—Dígame, señor Hopeman —preguntó por fin el cardenal Pesenti—, ¿es un problema de honorarios? Estoy seguro de que…

—No, no. No se trata de honorarios.

—¿Va a representar a otros en este asunto?

—… No he decidido representar a nadie.

—Adiós, señor Hopeman —se despidió el cardenal Bernardino Pesenti.

El teléfono de Harry hacia un zumbido y sonaba a vacío. Colgó.

En el garaje de West Nyack le entregaron el Lamborghini. Entró con él en la carretera y sintió la frustración de tener que conducir en un mundo de noventa kilómetros por hora una máquina con un motor de doce cilindros, capaz de alcanzar los doscientos cincuenta por hora. La pintura de la carrocería era de color chocolate, y el cuero de color crema. Una semana después de comprarlo, oyó que Ruth Lawrenson le decía a Sidney que él había pagado por el coche más de lo que a ellos les costaría una casa. Ahora habían pasado varios años desde su locura por los motores. El único coche que aún ansiaba tener era un SJ Duesenberg, y existían pocas probabilidades de que llegara a poseerlo; sólo se habían fabricado treinta y ocho entre 1932 y 1935. A pesar de la época de fabricación, eran mejores que cualquiera de los fabricados en la actualidad, y como habían sido vendidos a personas como Gable, Cooper, Faruk, Alfonso XIII y Nicolás de Rumania, resultaba bastante fácil localizarlos. Sólo sobrevivían treinta de esos coches en algún lugar del mundo. El precio de cualquiera de ellos habría permitido a los Lawrenson comprarse tres casas, pero nadie vendía un SJ Duesenberg. Por eso quería uno. Reconoció sinceramente su codicia, la misma codicia por lo inaccesible que alimentaba el negocio del diamante.

No supo realmente adónde iba hasta que se encontró en la New England Thruway, y casi en Connecticut. La escuela de Jeff tenía un hermoso campus, y piedra, césped y ladrillos desgastados. Árboles de varios cientos de años mostraban sutilmente lo que proporcionaba la matrícula además de la educación. La habitación de su hijo olía a calcetines sudados y estaba desierta; pero por la puerta de la habitación contigua se asomó un chiquillo delgado como un palillo que lo observó desde detrás de sus gruesas gafas.

—¿Hopeman? —preguntó—. Está en el entrenamiento de béisbol.

Harry le dio las gracias, volvió al coche y condujo camino abajo hasta que oyó voces y el ruido del bate. Pero detuvo el coche a cierta distancia del campo. Se había despedido de Jeff inmediatamente después del funeral. El chico se había alegrado de regresar a la escuela; ahora, su visita inesperada seria una intrusión. ¿Y qué podía decirle a su hijo después de saludarlo… que la lección de la *sedra*, el fragmento de la *Torah* para ese día, decía que la pena es terrible pero el temor es peor?

Dio media vuelta y regresó por donde había llegado.

De nuevo en su casa, se sirvió una copa, puso música de Bessie Smith en el tocadiscos e intentó leer un libro, pero se quedó echado en el sofá, en la habitación en penumbras, repentinamente deseoso de verse reflejado en otro ser humano. Anhelaba el sexo. No un desliz culposo con Della sino simplemente un polvo animal sin trascendencia, con alguien que no le importara. Pensó en un nombre y pasó varios minutos buscando en el listín telefónico. Luego cogió el auricular y marcó el número

de la mujer.

Sonó cuatro veces y entonces respondió una voz masculina. Harry colgó el teléfono, como si se tratara de una broma pesada, y se quedó inmóvil, intentando decidir entre el libro, los discos y la botella. Luego se inclinó sobre la papelera y recogió la tarjeta que había tirado. El número le resultó fácilmente legible cuando juntó las dos mitades, de modo que cogió de nuevo el teléfono y marcó. Enseguida le respondió una voz femenina que recitó el número de teléfono en lugar de saludar. Era una voz vivaz, amistosa, sólo ligeramente nerviosa, como la voz de la centralita de cualquier sociedad anónima de Manhattan.

—Quiero hablar con el señor Akiva —anunció.

Cuando llegó al lugar del centro de Manhattan en el que habían acordado encontrarse, comprendió por qué el israelí había elegido un restaurante *kosher*. Akiva estaba sentado a una mesa con alguien que parecía un viejo duende gris.

Saúl Netscher.

—¿Qué demonios hace él aquí?

—Él me lo pidió —explicó Netscher con su voz rasposa.

Bajo, robusto y canoso, llevaba puesta una corbata que no combinaba con su arrugado traje marrón. Era tan descuidado con su aspecto como cuidadoso había sido su amigo Alfred.

—¿Necesitas hacer esto, Saúl? ¿Te estás buscando otra trombosis?

—Harry, no seas estúpido. Eso ocurrió hace cuatro años.

—Tienes delirios de juventud. Eres un viejo loco, deberían encerrarte.

—Cálmese, por Dios —intervino Akiva.

Cuando se acercó el camarero, Harry pidió, con expresión taciturna, hígado picado y ensalada. Akiva, que tal vez no sabía nada de los restaurantes *kosher* de Estados Unidos, pidió filete, y Netscher carne hervida y una botella de slivovitz.

—Él se quedará en Nueva York. No correrá absolutamente ningún peligro. Si a eso vamos, con toda probabilidad usted tampoco correrá peligro. Irá a Israel. Si el diamante es lo que ellos dicen, lo comprará. Y lo traerá inmediatamente aquí.

—No quiero que él quede implicado. ¿Por qué no lo comprende?

—Harry, no me gusta esta falta de respeto. Hablas como si yo no estuviera aquí.

Harry no le hizo caso.

—Y no me diga que no hay riesgos. Ya me ha dicho que los hay.

Akiva lanzó un suspiro.

—De acuerdo, hablemos de los riesgos —aceptó—. En nuestra región existen grupos guerrilleros a los que les gustaría hacerse con el diamante y utilizarlo como símbolo del arabismo. Indudablemente existen otros que disfrutarían si consiguieran la piedra, por el dinero que representaría. Pero la seguridad en Israel es buena, podemos protegerlo de ellos. Será más vulnerable ante los vendedores. Ellos le

entregarán el diamante sólo después de que haya sido pagado en Estados Unidos. Hasta que la transacción quede cerrada, usted se quedará allí como rehén.

—Como rehén —repitió Harry.

—Así es. Si intenta llevarse el diamante sin pagarlo, le matarán.

—He logrado hacer gran cantidad de negocios con los diamantes, sin toda esta… estupidez. Tendremos que arreglar una transacción más rutinaria.

Akiva se encogió de hombros.

—Así es como ellos lo quieren.

—¡Al diablo con lo que ellos quieren!

—Escucha, Harry. Todo está bien —dijo Netscher repentinamente—. Ellos amenazan con matarte si te comportas como un timador. Pero tú no eres un timador, mi querido Harry.

Había notado que un ligero temblor sacudía de vez en cuando la cabeza de Netscher; y cuando no tenía las manos entrelazadas, la izquierda le temblaba. Cuando Harry era niño, habían sido vecinos en la calle 96 Este, y casi todas las tardes él y su padre se reunían con Saúl en la YMHA de Lexington y la Noventa y dos. En el baño de vapor, los dos hombres habían tragado felices el vaho caliente mientras hablaban de toda clase de temas, desde Schopenhauer hasta la quiropodia, y Harry aprendió a sobrevivir en un infierno infantil de respiración difícil, agudas discusiones e ingles gigantescas y peludas. En aquellos tiempos, Netscher era un Charles Atlas en miniatura, un levantador de pesas tan hábil que los demás hombres le llamaban *Shtarkeh–Moyze*, lo más parecido que encontraron al Super Ratón. En una ocasión en que estaban en la ducha, le había enjabonado el pelo a Harry, y el chico creyó que se le había levantado el cuero cabelludo. A partir de entonces quedó convencido de que Saúl Netscher podía doblar el hierro con los dedos. Por fin había crecido lo suficiente para ocupar las tardes en sus propias cosas, y cuando su padre se casó con Essie, los encuentros diarios de ambos hombres en la YMHA fueron disminuyendo hasta que acabaron por desaparecer. Pero durante todos esos años Harry había seguido pensando en Netscher como *Shtarkeh–Moyze*. Ahora se dio cuenta de que entre su última visión y la de este momento, el Super Ratón había envejecido.

—Ve allí y haz un trato —sugirió Netscher—. Si la piedra te parece sospechosa, si cualquier cosa interfiere en la compra, vuelve enseguida a casa. Ellos no nos causaran problemas si realmente sólo son personas que tienen algo que vender.

El filete de Akiva parecía tan duro como Harry había imaginado, pero aquél lo abordaba con evidente entusiasmo y era el único de los tres que estaba comiendo.

—¿Cómo me pondré en contacto con ellos?

—Ellos se pondrán en contacto con usted —lo corrigió Akiva—. Les haré saber que usted viajará. El hombre que se pondrá en contacto con usted se llama Mehdi. Yosef Mehdi. —Akiva pronuncio el nombre varias veces, lentamente, hasta que

Harry asintió—. Él le llevará hasta la mercancía.

—Supongamos que quiere llevarme al otro lado de la frontera.

—Es altamente probable que quiera hacerle cruzar la frontera —dijo Akiva en tono sereno—. ¿Se da cuenta de por qué es de vital importancia que la persona que se ocupe del asunto en Nueva York sea alguien en quien usted confía absolutamente?

Harry comprendió.

—Depositará el dinero que obtenga de sus donantes en el Chase Manhattan Bank, a nombre de Saúl. Cuando yo me ponga en contacto con él y le diga que voy a comprar, y a qué precio, él transferirá el dinero adonde nos indiquen los vendedores.

—Me parece perfecto —comentó Akiva.

Netscher estaba radiante de alegría; les sirvió slivovitz.

Akiva terminó de revisar una tira de grasa en busca de algún trocito inexistente de filete.

—¿De acuerdo, entonces?

—No del todo —puntualizó Harry—. Pongo dos condiciones. Primera, no haré recados secundarios para usted. No me gustan sus tejemanejes. —Akiva asintió—. Y quiero tener la oportunidad de trabajar en el manuscrito de cobre con David Leslau.

—No.

—O no iré a ninguna parte.

—Entonces me temo que no irá. David Leslau es un arqueólogo celoso y temperamental. No compartiría su trabajo. —Se miraron fijamente—. Esta es la única razón por la que me llamó, ¿verdad?

—Sí —reconoció Harry.

Akiva suspiró.

—¿Quién le dijo que es usted un regalo de Dios para todo, señor Hopeman?

Saúl Netscher sonrió.

—En realidad, lo hice yo —afirmó mientras el camarero les servía el té. Partió con los dientes un terrón de azúcar, lo chupó para absorber el té caliente y asintió en un gesto aprobador—. El mérito es mío. Este hombre aún tenía pelusa en las mejillas cuando vino a verme como amigo. Perturbado. Me sentí honrado. Él estaba terminando la *Yeshiva*, se sentía confundido. Enamorado del mundo de los diamantes y ansiando ser un erudito. ¿Sabe lo que le dije?

—Tengo la impresión de que podría adivinarlo.

—Me hablaste de Maimónides —comentó Harry.

—Sí, le hablé de Maimónides. ¿Alguna vez se preguntó, señor Akiva, por qué el negocio de los diamantes es tan propio de los judíos? Porque en la Edad Media no podíamos ser agricultores como los demás, ya que no estábamos autorizados a poseer tierras. Estábamos autorizados a ser comerciantes. Pero sólo con cosas de las que nadie más se ocupara, como los diamantes. Y establecimos una sólida tradición, de

modo que en la actualidad, cuando alguien cierra una transacción con un diamante, al margen de cuál sea su religión, dirá: «*Mazel*!», y la otra parte responderá «*Mazel un Brocha*!», las palabras yidis que significan «suerte y bendición». Suerte y bendición. No está mal desearse algo así al final de una transacción comercial, ¿no le parece?

—Maimónides —le recordó Akiva en tono de cansancio.

—Ah, sí, Maimónides. El gran filósofo, escritor, abogado, médico… Y se le permitió convertirse en todas esas cosas porque tenía un hermano llamado David que compraba y vendía diamantes. Ambos crearon una pauta seguida desde entonces por docenas de hermanos judíos en todas las épocas. Uno dedicado al mercado, comerciante en diamantes, como yo. El otro dedicado a Dios, erudito o rabino, como mi hermano Itzikel. Dígame, señor Akiva, ¿sabe lo que le ocurrió al destacado intelectual cuando su hermano comerciante, David ben Maimón, se ahogó durante un viaje para comprar un diamante? —Akiva sacudió la cabeza—. Cuando Maimónides ya no tuvo a su hermano para que lo apoyara, asumió una nueva ocupación. Se convirtió también en comerciante de diamantes para ganarse el pan que le permitía ser un erudito. Y al joven que me pidió consejo le dije: «Tú no tienes un hermano. Pero en tu interior posees la, fuerza de dos hermanos». Y yo tenía razón, señor Akiva. Él es Harry Hopeman, el comerciante en diamantes. Pero también es un erudito cuyo nombre goza del respeto de otros eruditos. Si yo estuviera en su lugar, señor Akiva, no dudaría en hablar con David Leslau en nombre de él.

—Dígale a Leslau que he resuelto parte del texto del manuscrito —intervino Harry—. Puedo identificar al menos uno de los escondites.

Akiva lanzó un suspiro.

—Eso es mejor que cualquier argumento que yo pudiera inventar. —Apartó la silla de la mesa.

—Espere un momento —dijo Harry—. Usted me dijo que cuando me comprometiera, me explicaría por qué Leslau piensa que el diamante salió del Templo.

—Teniendo en cuenta que usted quiere imponerle su presencia a Leslau, le dejo a él la tarea —repuso Akiva—. Volveré a verlo dentro de unas horas. —Se marchó y los dejó mirándose, frente a los restos de la comida.

A Netscher le brillaban los ojos. Estaba amasando migas de pan sobre la mesa hasta convertirlas en gusanos grises.

—Y bien, Saúl…

—No depende de nosotros. —Netscher se encogió de hombros.

—Ni siquiera sabemos si es lo que dice ser.

—Lo es.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Le pedí pruebas. Me dijo que podía ir a la Segunda Avenida, al consulado

israelí. Fui ayer por la mañana. El cónsul general y yo hemos coincidido al menos en una docena de ocasiones para recaudar fondos. Nos dimos la mano, y me gustó la colaboración. Me regaló un puro y me dijo que no sabía nada del proyecto de Akiva, pero que él era un funcionario fantástico, que merecía cualquier cooperación.

—Eso es un alivio.

—¿Sí? —El anciano lanzó una bocanada de humo—. Este puro es terrible —comentó—. Akiva es un frío *momser* un hijo de puta. Le tengo más miedo a él que a los individuos con los que vas a reunirte.

—Yo no. Supongamos que mientras me tienen en su poder, tú… bueno, la gente se pone enferma, pueden ocurrir accidentes…

—Habla con claridad. Soy un viejo con el corazón enfermo. Podría morir mientras tú estás fuera, o incluso ante esta mesa. Tienes razón. Entregaré una carta a mis abogados. Si me ocurre algo, ellos se ocuparán de que se te transfiera el dinero. —Netscher le dedicó una sonrisa agradablemente sana, nada senil—. Harry, nada de sentimientos judíos de culpabilidad. Dejándome ayudar me estás haciendo un favor, no un daño.

Harry hizo una mueca. En la mente de Netscher, ambos estaban en las almenas, agitando la *Mogen David*, la Estrella de David. No existían extremos a los que su imaginación no pudiera llegar.

—Deja de jugar con las malditas migas.

—¿Sabes lo que he estado haciendo durante veinte años? Dedicarme a los bonos de Israel. A vender trozos de papel, persiguiendo a mis amigos. He reunido un montón de dinero, más de lo que este negocio representa. Pero ¿para qué sirve el dinero de los bonos de Israel? Para el desarrollo industrial. Quizás a lo largo de los años ayudé a instalar una fábrica de cemento israelí y una de cajas de cartón. —Se le había apagado el puro y lo encendió con chupadas cortas y enérgicas—. Esto es hacer, y no sólo hacer dinero. Esto es participar, a mi edad. —Cogió la copa de coñac —. Harry, has hecho algo amable: me has permitido zambullirme en la fuente de la juventud.

—¿Sabes nadar, amigo?

Netscher lanzó una carcajada.

—*L'chaim*! —exclamó, alzando la copa.

Cuando la gente se volvió para mirarlos, Harry se dio cuenta de que no le importaba. Cogió su copa y se preguntó si se sentiría mas seguro si aún pudiera creer que la mano pecosa podía doblar barras de hierro.

—*L'chaim*. Por la vida, Saúl —dijo sinceramente.

7
EL VALLE DE ACHOR

—¿Qué haré con el *bar mitzvah*? —le preguntó Della.

—Estaré de acuerdo con cualquier decisión que tomes.

Ella guardó silencio.

—Si pudiera, Della, lo planificaría contigo. Pero debo irme sin falta. Esto no puede postergarse.

—El *bar mitzvah* tampoco. Al menos llama a tu hijo para despedirte —señaló ella en tono amargo.

—¿Podrías decirme si Jeff Hopeman está en su habitación? —le preguntó al chico que lo atendió.

—¿Hopeman? … Eh, piernas pecosas, es para ti.

Harry sonrió. El también tenía muchas pecas de nacimiento.

—¿Sí?

—Jeff, soy papá.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Estoy muy bien. ¿Viniste a la escuela la semana pasada?

—Bueno, en realidad, sí.

—Wilson pensó que eras tú.

—¿Quién?

—Wilson. El tío de la habitación de al lado. ¿Por qué no te quedaste?

—… Estabas ocupado con el béisbol.

—¿En esa tontería de entrenamiento? Podría haberlo dejado.

—No quería molestarte, y tampoco podía esperar. Escucha, tengo que salir de viaje. Por negocios.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No tengo fecha de regreso. Me quedaré el tiempo necesario.

—¿Estarás de vuelta dentro de dos semanas?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Porque entonces terminan las clases. —Jeff vaciló—. No quiero ir al campamento. Mamá dice que tal vez tú podrías ponerme a trabajar.

—Es una idea fantástica —dijo Harry con cautela—. Pero si surgen obstáculos en las negociaciones, el viaje podría tenerme ocupado una buena parte del verano.

—De todos modos, ¿adónde vas?

—A Israel.

—¿Podré ir yo cuando se acaben las clases?

—No —dijo Harry con firmeza.

—Me tratas como a un bebé. —La voz de su hijo se quebró de rabia—. No puedo cazar, tengo que ir a ese campamento de verano. Ese campamento es espantoso.

—Éste será el último año que vayas. Te lo prometo.

Jeff no contestó.

—Te iré a ver cuando regrese, y podremos hablar un poco más sobre el trabajo. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Adiós, Jeff.

—Adiós.

Volvió a llamarlo en cuanto colgó.

—Oye. ¿Qué te parece si cuando terminan las clases vas a trabajar para Saúl Netscher? Aprenderás algo en su casa. Cuando yo regrese, empezarás a trabajar conmigo. ¿Trato hecho?

—¡Trato hecho!

—Lo arreglaré todo con Saúl. Él estará encantado de tenerte en su casa, pero te hará trabajar como un burro. Harás recados, barrerás, engrasarás la maquinaria. Cualquier cosa.

—¡Es realmente fantástico, papá! ¿Podré aprender a tallar?

—Eso lleva años, ya lo sabes. Y es muy difícil.

—Si tú lo hiciste, yo también puedo hacerlo.

Él se echó a reír.

—De acuerdo. Cuídate. Te quiero, hijo.

—Yo también te quiero —respondió el chico con deferencia.

Harry lanzó un suspiro.

Tres días antes de marcharse, recibió un sobre blanco con el correo de la mañana. No había nada que indicara quién era el remitente, pero pudo adivinarlo. Se trataba de un informe sobre el hombre con el que se iba a reunir en Israel.

Hamid Bardissi, también conocido como Yusuf Mehdi. Nacido el 27 de noviembre de 1919 en Sigiul, Egipto. Hijo de Salye (Mehdi) y de Abu Yusuf Bardissi Pasha. Su padre fue embajador de Egipto en Gran Bretaña durante tres años (1932–1935) y gobernador militar de la provincia de Asiut de 1924 a 1928. Desde joven, Abu Yusuf Bardissi Pasha fue amigo y consejero de Ahmed Fuad Pasha, que en 1922 se convirtió en el primer rey de Egipto cuando Gran Bretaña retiró su protectorado.

Hamid Bardissi nació diez meses antes que Faruk, el hijo del rey Fuad. Casi desde el principio, fue el constante compañero de juegos que se le

asignó al príncipe. Estudiaron juntos. A los dieciséis años acompañó a Faruk a la Real Academia Militar de Woolwich, en Inglaterra. Cuando sólo llevaban allí un trimestre, se reclamó su presencia en Egipto a causa de la muerte de Fuad.

En 1939, cuando Bardissi Pasha murió, Hamid Bardissi heredó 7.500 feddans de tierras algodoneras (equivalente a 3.150 hectáreas, o 7.780 acres). Se casó dos veces, como estaba autorizado a hacer según la ley musulmana, pero dejó de vivir con su primera esposa en 1941. La segunda esposa, con la que se casó en 1942, murió al año siguiente mientras daba a luz a un niño muerto.

Aunque nunca tuvo un trabajo oficial, Bardissi era temido y odiado por todos como el hombre de Faruk. Destruyó a sus rivales políticos sin vacilar y se le atribuyó el haber corrompido el Partido Wafd, que pasó de ser un movimiento antimonárquico virulento al frente político de Faruk. Según se informó, tanto el rey como él fueron condenados por asesinato por los hermanos musulmanes. Si esto es así, probablemente fue evitado por el golpe de Estado que apartó a Faruk del trono en 1952.

El 26 de julio de 1952, cuando Faruk se encontró frente al ejército del general Naguib en el Palacio Ras al Tin y aceptó abdicar, su hombre Bardissi se encontraba en Bélgica, recuperando un pequeño pero selecto grupo de gemas pertenecientes a la colección de Faruk que se había exhibido en Amberes en la Cuadragésimo Sexta Exposición Gemológica Internacional. Bardissi firmó un recibo por siete diamantes enormes; tres rubíes rojos transparentes que hacían juego, cada uno de un peso entre nueve y diez quilates; un cuarto rubí descrito como «del tamaño de un huevo de paloma, entregado por Gustavo III de Suecia en 1777 a Catalina II de Rusia»; y una bandeja que contenía «piedras históricas»… gemas con antecedentes supuestamente interesantes pero con poco valor intrínseco.

Bardissi nunca regresó a Egipto, donde aún existe una orden de detención contra él. Sus tierras fueron confiscadas por el Estado en 1954.

Según se informó, el rubí de Catalina II ha formado parte de la colección del Tesoro Iraní en Teherán desde 1954, pero el gobierno iraní no confirma ni niega este dato. La Colección del Tesoro Iraní nunca está abierta para la inspección.

Los tres rubíes que hacían juego fueron vendidos en 1968 a un hombre de negocios de Tokio llamado Kayo Mikawa. Es casi seguro que pertenecen a la colección de Faruk. Cuando fue interrogado por la Interpol, Mikawa dijo que había comprado las piedras en Londres a un hombre llamado Yusuf Mehdi.

La Interpol se puso en contacto con el gobierno de Egipto, de quien tiene

una solicitud de información permanente con relación a Bardissi. Dado que Egipto y Gran Bretaña no tienen tratado de extradición, los egipcios no pudieron tomar medidas.

Mehdi reconoció ante los ingleses que él era Bardissi. Les mostró a las autoridades una carta de Faruk con matasellos de Cannes, del 18 de noviembre de 1953, que afirmaba que las gemas eran propiedad personal de él y no del gobierno egipcio, y que traspasaba la propiedad de las joyas y de otros artículos a Bardissi como recompensa a los buenos y leales servicios prestados. Bardissi convenció a las autoridades británicas de que él era reclamado como figura política y no como delincuente, y que lo condenarían a muerte si lo devolvían a Egipto.

Fue puesto en libertad.

Después de eso, desapareció de la vista. Evidentemente, piensa que su vida aún corre peligro. Pero a principios de año, en Ammán, un hombre que dijo llamarse Yusuf Mehdi se puso en contacto con varios individuos conocidos por sus simpatías y contactos con Occidente, y planteó el tema de la posible venta de las gemas.

El caso de Hamid Bardissi se considera en El Cairo como «abierto pero en suspenso».

El Harry Hopeman System realizó un vuelo intercontinental no más difícil que pasar por encima de un edificio alto de un solo salto. En cuanto el avión alzó el vuelo, él se quitó los zapatos. Se puso unas zapatillas blandas y un jersey cómodo y miró una película, no lo bastante terrible para distraerse. Cuando sobrevolaban Terranova, comió el pollo recalentado y una naranja de Jaffa, dejó a un lado el champán dulce y pidió una botella de vino seco.

Pasó un buen rato estudiando el informe sobre Mehdi y los cuadernos de su padre, volviendo en repetidas ocasiones a las páginas dedicadas al Diamante de la Inquisición. Finalmente se colocó los auriculares y escuchó la música de Häendel, para él una garantía de somnolencia. Durante todo el rato estuvo bebiendo el vino a sorbos. Cuando a la botella le faltaban dos tercios de su contenido, casi había cruzado dos tercios del Atlántico. Se puso sobre los ojos la mascarilla de dormir, probó los diferentes canales de música y se decidió por los sonidos sibilantes de las rompientes. Tenía los dedos de los pies entumecidos, y el sonido del mar en los oídos; el regusto del vino añejo lo arrastró hasta deslizarlo en el sueño, como si se ahogara agradablemente a seis mil setecientos metros de altura.

Pagó las consecuencias del vino al mediodía siguiente, cuando el martillo dorado le golpeó entre los ojos mientras bajaba del avión en el Aeropuerto Ben Gurion. Hacía calor. Pasó la aduana despacio y finalmente consiguió un taxi. El conductor

manejaba el volante con la habitual tosquedad, y cuando atravesaron el barranco de las afueras de Jerusalén, donde la carretera estaba bordeada de armatostes de hierro retorcido, Harry se esforzó por evitar la náusea.

—Estos vehículos fueron destruidos mientras rompían el bloqueo durante la Guerra de la Independencia —le dijo el taxista—. Intentaban llevar alimentos y municiones a la ciudad. Durante las últimas guerras, los hijos de puta no llegaron aquí. Pero la primera vez, las armas árabes quedaron instaladas a ambos lados de la carretera. Dejamos estos restos como recuerdo.

Harry asintió.

—Ya había estado aquí.

Y cada vez que iba, los taxistas le explicaban lo de las pilas de hierros oxidados.

Telefoneó a David Leslau, pero el arqueólogo estaría fuera todo el día. Le dejó un mensaje.

Su habitación se encontraba en la parte posterior del hotel. Desde la ventana pudo ver una larga sección del maravilloso y antiguo muro, y una serie de edificios árabes de forma cúbica, el este de Jerusalén. La Ciudad Vieja lo llamaba, pero el sol caía a plomo y eligió las sábanas frescas de la cama blanda.

Cuando se despertó, se le había aliviado el dolor de cabeza. A las nueve y diez de la mañana estaba desayunando huevos, pan, aceitunas verdes pequeñas y té helado. En ese momento le telefoneó Leslau, que enseguida aceptó pasar por el hotel.

El arqueólogo y él sólo se conocían de nombre y por los trabajos que cada uno había publicado. Leslau resultó ser un hombre bajo y feo, con el pecho como el de un toro. Tanto su cabellera de color jengibre como su barba abundante necesitaban un corte, y una gruesa mata de pelo gris amarillento asomaba por la camisa sin corbata que hacía tiempo que había dejado de ser blanca. Tenía la piel curtida de tanto trabajar al aire libre. Llevaba los zapatos llenos de polvo y pantalones de sarga, y Harry se sintió demasiado bien vestido y limpio.

Se sentaron en los sillones de cuero del vestíbulo, mientras los turistas se apiñaban como gorriones.

—¿Qué fragmento ha traducido? —le preguntó Leslau enseguida, acercando sus gruesos dedos a una oreja.

Harry empezó a responder.

—Sí, sí. Jesús, Josué y el condenado Job. Mi pobre amigo, recién llegado de Estados Unidos con sueños de inmortalidad…

—No me hable de ese modo —le advirtió Harry en tono sereno.

—Usted es la cuarta persona que identifica el *genizah* descrito en ese pasaje. No la primera.

Harry lo miró.

Leslau lanzó un suspiro.

—Venga, venga —dijo.

Leslau tenía un viejo Volkswagen que se fingía tuberculoso en las colinas, razón por la cual él lo hacía correr a toda velocidad. La carretera serpenteaba y se ondulaba, cayendo constantemente.

—¿Ha estado antes en esta zona?

—No.

Pasaban junto a plantaciones de plátanos y cítricos.

—Un clima poco corriente. Como el de África. Realmente sudanés, como puede ver.

—Ya.

Leslau lo miró.

—Le he aguado la fiesta, ¿verdad? Bueno, no haga caso de lo que dije antes. Soy un cáustico hijo de puta. Lo sé, pero soy demasiado viejo para cambiar.

—¿Quién localizó primero el *genizah*? —preguntó Harry.

—Max Bronstein me envió a él casi de inmediato. Antes de recibir su carta, yo más o menos lo había descifrado. Y también había sido consultada una brillante mujer de la Universidad Hebrea, y después de una semana, aproximadamente, también sugirió que se trataba del valle de Achor.

Al llegar a la bifurcación del camino, Leslau giró hacia el sur e inclinó la cabeza a la izquierda.

—El *tel* de Jericó está a pocos kilómetros al norte de aquí. Ha proporcionado una excavación interesante para más de setenta años. Jericó es la ciudad más antigua del mundo; su origen se remonta al año ocho mil antes de nuestra era, mucho antes de que hubiera judíos. En el montículo, los excavadores encontraron nueve cráneos humanos envueltos en yeso en lugar de carne, y con conchas en lugar de ojos.

—¿Qué eran?

—Dioses —respondió Leslau.

Harry se volvió hacia él.

—Cuando excavaron los *genizot* mencionados en el manuscrito, ¿qué encontraron?

—Nosotros no excavamos los *genizot*. Simplemente los encontramos por tercera vez. Los *genizot* ya habían sido excavados. —El Volkswagen se sacudió mientras salían de la carretera principal. El coche avanzó por el lecho seco de un río hasta que llegó a una escarpa cortada a pico y no pudieron continuar—. Hasta ahora no hemos encontrado absolutamente nada —declaró Leslau.

Cogió una linterna de la guantera y le indicó a Harry que bajara del coche.

—Este es el valle de Buke'ah. En otros tiempos fue el valle de Achor.

A pocos kilómetros de distancia se veían exuberantes oasis, pero Harry siguió a Leslau por el desierto resquebrajado. Unos pájaros que no supo identificar, pequeños

y negros con la cola blanca, cantaban ruidosamente entre los tamariscos y las acacias.

—¿Cree que Acán y su familia realmente fueron apedreados aquí hasta la muerte?

—¿Una ejecución militar para dar ejemplo? Tiene un horrible viso de realidad —opinó Leslau—. Los ejércitos eran tan insensatos entonces como ahora. Creo que los mataron aquí. —Condujo a Harry a una abertura del acantilado—. Tenga cuidado.

La entrada tenía menos de un metro veinte de altura. En el interior, el techo estaba unos treinta centímetros más arriba. Leslau había encendido la linterna, iluminando una cámara de unos cinco metros por cuatro. El extremo más alejado del techo se inclinaba como el alero de un desván. En el suelo de tierra había dos rectángulos delimitados por estacas, como si fueran jardines vallados.

Harry se agachó junto al primero.

—¿Qué *genizah* es éste?

—…«Enterrado a ocho codos y medio, una piedra reluciente», etcétera.

—El diamante estaba enterrado aquí. Pero usted no encontró nada.

—Relativamente, claro. Encontramos algunas monedas francesas medievales. Aproximadamente a un metro, un denario carolingio. A dos metros, tres monedas más pequeñas conocidas como medias piezas. Un metro más abajo encontramos la parte superior de una daga. La hoja era de un acero mal templado. No era un arma bien hecha, así que probablemente pertenecía a un soldado raso, no a un caballero. Tal vez se partió cuando fue utilizada como herramienta para cavar. En la empuñadura tiene grabada una cruz de Lorraine de Bouillon.

—Cruzados franceses.

—Sin duda. De la Segunda Cruzada, suponemos, aunque entonces no llegaban muchos desde Francia hasta aquí. —Leslau apuntó la linterna al otro emplazamiento, del tamaño de una tumba—. Sacaron el diamante amarillo de este lugar y cayó en manos de Saladino, y más tarde fue capturado nuevamente por los cristianos.

—¿Qué pruebas tiene? —preguntó Harry.

—Verá. La primera referencia histórica a la piedra aparece poco después de que este *genizah* fuera violado. Cuando Saladino entregó el gran diamante a la mezquita de Acre, donde había ganado su fama como general, él mismo declaró que sus sarracenos se la habían arrebatado a los soldados franceses, un resto dispersado del ejército de Luis VII, que acababa de quedar totalmente derrotado por los turcos.

—Pero menos de cien años más tarde, el diamante amarillo fue tallado en la España cristiana —puntualizó Harry.

—Sí. Después de que lo tallaran, fue donado a la Iglesia por Esteban de Costa, conde de León, una especie de funcionario seglar de la Inquisición. Se la había quitado a un judío que había sido condenado, un «nuevo cristiano» reincidente. Al mismo tiempo, De Costa daba mucha importancia al hecho de que había sido cogido de la mezquita de Acre por caballeros españoles de pura sangre cristiana durante una

de las últimas cruzadas. —Leslau sonrió burlonamente—. La piedra ha sido tratada como una pelota por las tres religiones. Pero yo creo que la reivindicación de los judíos se remonta a tiempos muy, muy remotos. ¿Conoce bien la Biblia?

Harry se encogió de hombros.

—Recordará que al rey David se le negó el gran honor de construir el Templo, porque él tenía las manos manchadas de sangre.

—Segundo Libro de Samuel.

—Sí. Dice que David legó sus planes y sus tesoros a su hijo con el fin de que Salomón pudiera construir el Templo. Más adelante, la Biblia describe la herencia, que incluye «piedras de ónice y piedras para engastar, piedras relucientes y de diversos colores, y toda suerte de piedras preciosas».

—¿Las primeras Crónicas? —preguntó Harry.

Leslau sonrió.

—Capítulo veintinueve, versículo dos. Ese fue el principio del Templo. El final llegó ochocientos años más tarde, cuando se acercó el monstruo de Nabucodonosor. Si damos crédito al manuscrito, los sacerdotes hicieron una selección para ocultar los objetos más sagrados y más valiosos de su mundo. Supongamos, por ahora, que el diamante canario salió del tesoro del Templo… cosa que yo creo. Podría ser fácil de ocultar, y podría cambiarse, en un futuro más feliz, para ayudar a levantar una edificación adecuada para albergar los objetos sagrados que sobrevivieran.

—Akiva nos dijo a mi padre y a mí, en Nueva York, que Mehdi está intentando vender otra piedra. Un granate.

—Es más difícil autentificar un granate. Hay un solo diamante amarillo como ése, pero hay muchos granates. Si salió de aquí, podría ser un objeto sagrado. Tal vez una de las piedras retiradas de las «ropas de los hijos de Aarón»… el traje del sumo sacerdote.

Harry asintió.

—No habrían enterrado ropas sacerdotales normales, que podían ser reemplazadas. Pero habrían escondido las piedras donadas por las tribus y engastadas en el peto del sumo sacerdote.

—Tenga en cuenta el ingenio de los que hicieron el escondite —señaló Leslau—. El primer *genizah* era relativamente poco profundo. Calcularon que si era violado, los intrusos encontrarían el diamante amarillo grande y no seguirían más abajo, donde estaban ocultas las piedras preciosas más sagradas.

Harry pensó que ésa era la técnica que su padre había utilizado al ocultar las piedras preciosas en el tarro de vaselina.

—¿Cómo sabe que los cruzados no vaciaron también el *genizah* más profundo?

—El *genizah* más profundo fue violado mucho tiempo después. Lo único que encontramos al examinarlo fue un botón de cobre de un uniforme del Ejército

Regular Británico, de principios del siglo xx. —Leslau se sentó sobre el barro seco—. En los tiempos modernos este valle ha sido habitado por cabreros beduinos. Debido a que el forraje está tan disperso, las familias beduinas tienen inmensos territorios de pastoreo que pasan de una generación a otra y casi nunca son usurpados.

»Las autoridades israelíes son muy eficaces en este tipo de cosas. Encontraron a la familia cuyo territorio incluía el valle de Buke’ah. Ahora cultivan algodón en Tubas y viven en las primeras casas de toda su historia. Uno de sus ancianos recuerda que cuando era niño vino a esta cueva a enterrar contrabando.

—¿Contrabando?

—Su familia se dedicaba al contrabando. Dice que pasaban tabaco por la frontera para venderlo a los soldados británicos. Los británicos podían comprar todo el tabaco que querían, así que podemos suponer sin temor a equivocarnos que su familia contrabandeaba hachís. Él no recuerda el año. Pero dice que los turcos acababan de abandonar Palestina y que los británicos no llevaban allí mucho tiempo. Suponemos que fue en mil novecientos diecinueve. En cualquier caso, cuenta que cuando cavó un agujero profundo para enterrar su contrabando, descubrió objetos que había en el suelo de la cueva.

—¿Qué clase de objetos?

—No lo recuerda con claridad. Sabe que eran utensilios pesados de metal que le parecieron muy viejos, y piedras de cristal de colores en una pequeña bolsa de cuero podrido. Su padre lo llevó todo a Ammán y lo vendió a un anticuario por sesenta y ocho libras de plata. Recuerda la cantidad. Fue la mayor cantidad de dinero que la familia consiguió jamás de una sola vez.

—¿Alguien ha hablado con el anticuario?

—El anticuario murió hace treinta y dos años.

—¿Usted cree al beduino?

—No tiene motivos para mentir. Sin que nadie se lo preguntara, dijo que a veces, cuando los soldados no tenían dinero, su padre les cambiaba los botones de cobre del uniforme.

—Leslau apagó de repente la linterna—. Vamos —sugirió.

Pero Harry se quedó sentado en la oscuridad. Se estiró y apoyó la palma de la mano en el barro caliente y pétreo; no quería marcharse.

—Vamos, vamos —lo apremió Leslau.

Harry lo siguió fuera de la cueva, de mala gana.

—Esta tierra… —dijo Leslau—. Hay que acostumbrarse a ella. El ayer no deja de superponerse al hoy. En este suelo han vivido y han muerto muchas personas. Es imposible remover la tierra para plantar un árbol y no encontrar las huellas de ellas. Cuando el Ministerio de Carreteras cava el suelo, desentierra el sarcófago de un príncipe. Un agricultor árabe decide hacer más profunda su bodega y descubre un

mosaico que convierte su casa en un museo.

Se habían detenido en una cafetería al aire libre, en Jericó. Al otro lado de una pared de piedra, un anciano árabe vestido con traje oscuro y fez caminaba entre sus naranjos.

Se sentaron y tomaron el café a sorbos. Harry pensó en los hombres que habían huido de la muerte procurando aislar su religión en agujeros abiertos en el suelo.

—Eligieron bien los escondites —comentó—. Uno de ellos duró casi mil años, y el más profundo casi logra superarlo.

—Se ha recuperado muy poco —señaló Leslau—. He pasado meses estudiando el manuscrito. Hace nueve años, en una cueva de Jerusalén se descubrieron unas soberbias vasijas de bronce y plata. Estoy seguro de que uno de los pasajes, en su estilo retorcido y enigmático, se refiere a este escondite. Pero creo que los objetos realmente importantes, el Arca, el Tabernáculo, tal vez las mismísimas Tablas, se encuentran en algún sitio bajo tierra, no muy lejos de aquí, esperando ser descubiertos.

Mientras viajaban de regreso a Jerusalén, cada uno iba concentrado en sus pensamientos.

—Quiero trabajar con usted —declaró Harry.

—No —Leslau cambió de marcha violentamente—. No lo necesito. Tengo acceso a los mejores eruditos de Israel. Dependo de usted para comprar el diamante.

»Tal vez mañana podríamos descifrar el manuscrito y encontrar todos los objetos que describe. Es casi seguro que no lo haremos. Quizá nunca encontremos nada concreto. Pero el entusiasmo por el segundo manuscrito de cobre me asegurará la renovación de la subvención durante algunos años, y estoy dispuesto a pasarme la vida investigando. —Se encorvó sobre el volante y apartó la vista de la carretera para mirar a Harry a los ojos—. El diamante vale una enorme cantidad de dinero. Pero eso me importa un bledo. Quiero que lo compre porque proviene del Templo. ¡El Templo, amigo! ¡Imagínese!

Harry se lo imaginó, y lo miró fijamente.

—Si no encuentra las cosas enumeradas en el manuscrito, ¿se quedará aquí y seguirá buscando?

Leslau asintió.

—Ha hecho un trabajo importante. En caso de que fracasara, ¿por qué no pasa a otra cosa?

—Cuando estuvo en el Vaticano, ¿tuvo la oportunidad de observar el traslado de los restos mortales de santos?

Harry sonrió y sacudió la cabeza.

—En el Palacio Apostólico hay una sala recubierta de estanterías llenas de recipientes que contienen cenizas, trocitos de huesos y otros restos de los primeros

santos y mártires cristianos. Un bibliotecario coloca una pizca de polvo de estos recipientes en sobres que se despachan como cartas certificadas a las nuevas iglesias de todo el mundo. Según el derecho canónico, estos restos deben guardarse en el altar de cada iglesia. —Harry gruñó.

Leslau dejó a un lado los remilgos.

—Usted ve restos terrenales. Yo veo el motivo de que exista la ley. La Iglesia reconoció la absoluta necesidad de que el hombre moderno esté en contacto directo con los inicios de su fe.

—¿Y eso qué tiene que ver con usted?

—Yo he reconocido el valor del polvo —explicó Leslau—. Pero no estoy hablando de pasarme la vida buscando polvo. Lo que intento encontrar es el marco mismo sobre el que se apoya el Antiguo Testamento.

Harry bajó del coche y se detuvo.

—Me gustaría estudiar el manuscrito original.

Leslau pareció molesto.

—Creo que no —repuso—. *Shalom*.

Cerró la puerta de un golpe y el coche se alejó bamboleándose.

Harry observó cómo se alejaba, deprimido por la brusquedad. De pronto sintió todo el cansancio y la tensión del viaje. Cerca de allí, un anciano tironeaba rítmicamente de una cuerda, moviendo un abanico que espantaba las moscas de su carretilla cargada de dátiles. Harry compró medio kilo y se quedó de pie, pensando en la perspectiva de regresar a su solitaria habitación.

Akiva le había dado instrucciones de que esperara en el hotel hasta que Yosef Mehdi se pusiera en contacto con él, pero en lugar de eso echó a andar hacia el oeste, comiendo dátiles. Se aventuró por las estrechas calles laterales, y sintió que su tensión se aliviaba poco a poco. Detrás de la propaganda turística y de la exagerada publicidad comercial sobre Jerusalén la Dorada, había un núcleo de verdad que conmocionaba su alma.

La ciudad era maravillosa.

8
JERUSALÉN

Harry caminó despacio, observando los alrededores, mirando los rostros. Enseguida se perdió y caminó sin rumbo fijo, pero luego todo se volvió conocido; se dio cuenta de que estaba cerca de la universidad, y decidió ir al Museo de Israel.

Fue directamente hasta una pintura que ya había visto en tres ocasiones anteriores, se sentó en un banco y contempló *Cosecha en Provenza* como si mirara un diamante: primero como un todo, luego un pequeño fragmento por vez. Los colores eran casi un ultraje, el amarillo del campo, los haces naranja de cereales, el cielo azul verdoso como un destino amenazador bajo el cual un hombre menudo se esfuerza. Casi podía pasearse por el campo y palpar la demencia que había llevado al suicidio a Vincent Van Gogh dos años después de pintarlo.

Finalmente se apartó del cuadro y fue a contemplar una exposición de antiguos tesoros de cobre hallados en 1960 en una cueva de la pared de un acantilado, a trescientos metros de altura, por un arqueólogo que había estado buscando otros manuscritos del mar Muerto en el desierto de Judea. Los tesoros incluían hachas, cabezas de mazas, coronas y cetros, magníficamente trabajados. Pertenecían al período calcolítico, una era pre–hebrea, y al contemplarlos experimentó un profundo resentimiento por David Leslau, y un intenso anhelo.

Mientras se paseaba por el museo reconoció su propio pecado mortal. Sentía el enorme deseo de encontrar todas las maravillas enterradas. Codiciaba para sí la locura creativa de Van Gogh. Perseguía ávidamente a cualquier mujer interesante del mundo. Era un glotón supremo, quería todo lo hermoso.

El sol se había puesto cuando Harry salió del museo y echó a andar por la King George V Street. Como mariposas nocturnas, las prostitutas vestidas con ropas de verano se paseaban en parejas. Harry se sintió como en casa: esa podría haber sido la Octava Avenida. Comió en un cuchitril en una calle lateral de Jaffa Road, donde el cocinero hablaba ruso: cuatro blinis y luego un mar de borscht frío con algunas islas de patata caliente. Una vez fuera, mientras cogía un taxi, se le acercaron dos prostitutas.

—*Chaver* —dijo una de ellas—, ¿nos pagas un taxi? —Eran atractivas y jóvenes, una rubia y la otra morena. Lo desafiaban con la mirada.

Él pensó en la habitación solitaria del hotel y abrió la puerta del coche de par en par.

—*Bona achayot*. Adelante, hermanitas —dijo.

La rubia se llamaba Therese, y era baja y regordeta. Kovacha, la morena, era

delgada y parecía fuerte. Atravesaron el vestíbulo del hotel con gran dignidad y aplomo.

Al entrar en la habitación le sonrieron.

—Bueno —dijo él.

Alguien llamó a la puerta. Pero no se trataba de un detective israelí. No había nadie.

Volvieron a llamar.

El golpe sonaba en la puerta que daba a la habitación contigua. Cuando hizo girar la llave y abrió la puerta, vio a una mujer alta.

—¿Señor Harry Hopeman?

—Sí.

—Soy Tamar Strauss. He sido designada para trabajar con usted.

Hablaba con el acento semibritánico israelí. Tenía la piel tan oscura que a primera vista le pareció negra; tal vez de Irán, o de Marruecos, pensó. Tenía unos veintisiete años, y era fuerte; llevaba un vestido azul claro, de corte sencillo. Su boca era ligeramente grande, su nariz una curva huesuda, cruel y hermosa. Harry se dio cuenta de que la estaba mirando fijamente.

—¿Puedo entrar? —preguntó. En ese momento, Therese, o tal vez Kovacha, susurró algo y lanzó una risita. La mujer miró hacia dentro por primera vez—. Ah, interrumpo —dijo en tono cortes. Su expresión permaneció invariable.

Él se sintió como un quinceañero cogido con las manos en la masa.

—En absoluto —respondió, pero ella ya había empezado a marcharse.

—Como ve, me alojo aquí. Hablaremos mañana por la mañana. Buenas noches.

—Buenas noches —repuso él, y cerró la puerta.

Cuando regresó junto a Therese y Kovacha, la fiesta había terminado antes de comenzar. Le llevó un buen rato hacerles comprender que quería que se marcharan. Les pagó generosamente y las acompañó hasta la puerta.

—*Shalom* —dijo Kovacha, esforzándose por parecer triste.

—*Shalom*, Therese. *Shalom*, Kovacha. *Shalom*, *Shalom* —repitió Harry, como si se tratara de la primera lección de un delirante libro elemental de hebreo: Therese y Kovacha salen. Harry golpea la puerta de la habitación contigua, la puerta se abre de par en par.

La mujer se había cambiado. El vestido azul estaba en una percha, en el armario abierto, y ahora llevaba puesta una bata azul oscuro, de corte formal. Tenía un cepillo de pelo en la mano. Su pelo, que había estado recogido en un apretado moño, caía sobre sus hombros como una piel gruesa y negra.

—Ahora puedo hablar.

—Un momento, por favor. —La puerta se cerró. Cuando volvió a abrirse, el armario estaba cerrado y el cepillo fuera de la vista. Los pies de ella, estrechos y

morenos, con uñas como conchas, iban calzados con zapatillas—. Adelante.

—Gracias. —Él se sentó en la silla, y ella en la cama—. Señorita… ¿Strauss, dijo?

Ella asintió:

—Strauss.

—¿Por qué la eligieron para que trabaje conmigo?

—Se cree que puedo resultar útil.

—¿Quién puede creerlo?

Ella pasó por alto la pregunta.

—Soy anticuaria del Museo de Israel.

—¿Para qué necesito una anticuaria?

—Mi especialidad es refutar la autenticidad de objetos modernos que han sido manipulados para que parezcan antiguos.

—Estamos hablando de gemas, que son mi especialidad. Todas las gemas son antiguas. —De pronto comprendió cómo se sentía David Leslau—. No la necesito.

—Me temo que las instrucciones que he recibido no incluyen ofrecerle a usted la posibilidad de escoger —dijo ella en tono sereno.

—He venido aquí para hacer lo que acordé hacer. Y no me puse de acuerdo en trabajar con nadie.

—Consúltelo con la almohada —sugirió ella—. Mañana por la mañana podemos hablar de eso.

No tenía ganas de marcharse.

—Estuve en su museo toda la tarde —comentó. Se sintió molesto al ver que ella lo había obligado a acercarse a la puerta. Estaba dispuesto a hablar de Van Gogh con ella.

Por primera vez vio regocijo en los ojos de la joven.

—Espero que lo haya pasado bien. Buenas noches, señor Hopeman.

—Buenas noches, señorita Strauss.

—En realidad, soy la señora Strauss —lo corrigió mientras cerraba la puerta.

Una hora más tarde volvieron a llamar. Pero esta vez el golpe sonó en la puerta principal de la habitación de ella. Oyó que hacía pasar a alguien, un hombre de voz profunda. Hablaron en hebreo, pero Harry no pudo entender lo que decían.

Ambos reían a carcajadas.

Poco después encendieron el televisor.

Cuando llamaron por teléfono, Harry estaba tendido en la cama, oyendo la televisión de la habitación contigua, que sonaba a todo volumen.

—Aquí la recepción, señor Hopeman. Tenemos un paquete para usted.

—¿Ha llegado por correo?

—Creo que lo ha entregado alguien personalmente hace unos minutos. Venía en

taxi.

—Volveré a llamarle —dijo, y colgó. Pero cuando marcó el número de recepción, lo atendió la misma voz—. ¿Quiere subírmelo?

—Sí, señor.

Pocos minutos después, un botones le entregaba un paquete de forma cúbica, de unos diez centímetros de lado, envuelto en papel marrón, con su nombre y el del hotel garabateados en dos de las caras.

Cuando el hombre se marchó, Harry colocó el paquete en medio de la mesa.

Se duchó y se puso el pijama. Cuando salió del cuarto de baño, la televisión se apagó repentinamente y en la habitación contigua todo fue silencio.

Se acercó el paquete a la oreja, pero no oyó nada. Tres semanas antes, una moto cargada de explosivos había estallado en Jaffa Road, matando a varias personas; esa tarde él había visto las señales en el pavimento. Aquí las bombas iban dentro de muñecas, libros, latas de café; en paquetes pequeños envueltos en papel marrón y en sobres blancos.

Colocó el paquete en un cajón de la cómoda y lo tapó con ropa interior y camisas. Delante de la cómoda puso una pesada silla de cuero.

Estaba cansado e intentó dormir, pero como no lo lograba se dedicó a repasar los acontecimientos del día. Finalmente se levantó y comió algunos dátiles. Eran muy dulces y jugosos. Sacó el paquete del cajón. No se produjo ninguna explosión al abrirlo. La caja contenía bolas hechas con papel de periódico árabe, que desenvolvió con sumo cuidado. Dentro no tenían nada, pero en medio de ellas había una piedra del tamaño de una uva.

Quitó todo lo que había sobre la mesa, salvo la piedra.

Tenía una pátina densa y oscura, pero alguien había raspado la cubierta, abriendo dos ventanas. Cuando la sostuvo junto a la luz eléctrica, vio que la mayor parte era traslúcida, pero no tan clara como el agua.

Cogió la lupa y los instrumentos de medición de la bolsa; movido por un impulso, sacó los cuadernos de su padre. Giró las páginas hasta llegar al último punto del último libro, y debajo escribió con letra grande y clara:

Éste es el final
del diario técnico
de Alfred Hopeman, hijo de Josué el Levita
(Aharon ben Yeshua Halevi)

Giró la página y escribió:

Éste es el comienzo

del diario técnico
de Harry Hopeman, hijo de Alfred el Levita
(Yeshua ben Aharon Halevi)

Los instrumentos eran viejos amigos que parecían funcionar por sí solos. Harry apuntó las medidas, y el informe le llevó poco tiempo.

> *Tipo de piedra, granate piropo. Diámetro, 19,05 mm. Peso, 138 quilates. Color rojo sangre. Gravedad especifica, 3,73. Dureza, 7,16. Forma cristalina, cúbica, un dodecaedro rombal (caras plenamente desarrolladas en todos los lados, y delicadamente estriadas).*
>
> *Comentario: Es una piedra en bruto y sin engastar. Aproximadamente el setenta por ciento del granate está agrietado o empañado, probablemente con óxido ferroso. Su mala calidad no descartaría el hecho de que posee una historia; por el contrario en tiempos bíblicos poco se sabía sobre cómo juzgar la calidad de las gemas, y un granate encontrado en el desierto durante los vagabundeos de los israelitas y entregado por la tribu de Levi para que se incluyera en el peto del sumo sacerdote podría haber sido una piedra exactamente como ésta. Si se separara la zona defectuosa, podría obtenerse una piedra de unos 40 quilates, que sería una piedra fina de calidad media de segunda categoría, con un precio de venta de aproximadamente 180 dólares. No posee calidad suficiente para ser una piedra de Alfred Hopeman & Son.*

No logró dormir; su tiempo fisiológico estaba alterado. Desde la ventana vio que ahora el muro del este de Jerusalén brillaba bajo los focos como un escenario bíblico de Hollywood. Alternó entre los dos canales de televisión que aún emitían, uno hebreo y otro árabe, hasta que dejaron de funcionar.

Luego pasó un buen rato examinando las reproducciones fotográficas del manuscrito de cobre. Por mucho que forzó la vista, le resultó imposible distinguir las dos palabras que seguían sin descifrar en el fragmento sobre el *genizah* del diamante amarillo.

> *En el cementerio al que Judá fue castigado por apoderarse de los botines, enterrado a ocho codos y medio, una piedra reluciente* (algo) (algo)…

Volvió a coger el cuaderno de su padre y en la descripción del diamante hecha por Alfred Hopeman buscó una clave para descifrar las escurridizas palabras. Pero no encontró nada.

—Papá, ayúdame.

Sabía lo que su padre le diría si pudieran hablar. *Du bist ah nahr*. Eso era lo que Alfred Hopeman decía cada vez que Harry era incapaz de ver algo importante. Por lo general lo decía en tono sereno y de buen humor, pero eso nunca había alterado el significado. *Du bist ah nahr* eres un tonto.

Volvió a leer las notas una y otra vez, intentando visualizar el diamante amarillo tal como lo había visto su padre.

9
BERLIN

Cuatro años después de instalar su propio taller y tienda en la zona más elegante de Leipziger Strasse, Alfred Hauptmann fue invitado a una reunión en Amberes de comerciantes independientes que pretendían formar una asociación de minoristas de diamantes. La organización era respetada por la industria del diamante desde que el grupo DeBeers había formado un sindicato para comercializar las gemas, de modo que viajó a Amberes. La reunión fue muy concurrida, pero las asociaciones del diamante ya ofrecían servicios que cubrían muchas de sus necesidades, y los comerciantes prósperos eran tan extraordinariamente individualistas que había bastante resistencia a formar una nueva asociación. Y ninguno de los que se encontraban allí tenía el instinto organizativo o el anhelo de poder mostrado por aquellos que habían convertido las compañías mineras en lo que con el tiempo llegó a ser DeBeers.

Nadie pareció decepcionado al ver que la reunión había fracasado en su propósito. Hubo gran cantidad de intercambios animados y divertidos, y Alfred pasó el tiempo con tres de sus parientes que habían viajado desde Checoslovaquia para asistir a la reunión. Sentía un gran cariño por su primo Ludvik, a quien llamaba Laibel; habían convivido durante la época del aprendizaje en Amsterdam. Apenas conocía a Karel, el hermano menor de Ludvik, que dedicó la mayor parte del tiempo que estuvieron en Amberes a estudiar el conservador traje de rayas de Alfred, sus polainas de gamuza, el brillo suave de sus botas, y la flor recién cortada que lucía en el ojal. Su tío, Martin Voticky, se mostró satisfecho durante la comida cuando algunas personas se detuvieron en su mesa para estrechar la mano del joven diamantista de Alemania. Una de esas personas era Paolo Luzzatti, de Sidney Luzzatti & Sons, una firma de diamantes de Nápoles.

Ese mismo día, más tarde, mientras Alfred salía solo del Beurs Voor Diamenthandel, Luzzatti lo llamó.

—¿Podemos hablar?

Encontraron un café en la Pelikaanstraate. Luzzatti hablaba muy mal el alemán y Alfred peor aún el italiano, de modo que conversaron en yidis.

—Si estás dispuesto, podrías serle útil a mi empresa —declaró Luzzatti—. Nos han pedido que reparemos y restauremos una pieza muy especial.

—En mi taller tengo varias personas que hacen ese tipo de trabajo —repuso Alfred.

Luzzatti lo miró con expresión divertida.

—Es probable. Nosotros también las tenemos. Pero éste es un tesoro que se ha caído, y tal vez esté dañado. Se trata del Diamante de la Inquisición, y de la mitra en la que está engastado.

—Mi familia ha tenido mucho que ver con esa piedra —afirmó Alfred, entusiasmado, pero Luzzatti le interrumpió.

—Lo sabemos. Esa es una de las razones por las que pensamos en ti. Y estamos al corriente de tu trabajo en Sudáfrica con el sindicato. Seguramente sabes evaluar el daño de una piedra grande.

—Lo sé, se lo aseguro. Tratar con el Vaticano. —Lanzó un silbido.

—Sí.

La idea le entusiasmo.

—¿Me dejarán verlo ahora? Podría ir a Roma desde aquí.

—¡No, no! Es un asunto de lo más delicado. Una firma judía, la Iglesia católica… ¿comprendes? Se mueven con mucha cautela. No sé cuándo nos lo entregarán.

Alfred se encogió de hombros.

—Cuando se lo entreguen, hágamelo saber.

Luzzatti asintió. Le hizo señas al camarero para que les sirviera otro café.

—Dime, Hauptmann, ¿te gusta vivir en Berlín?

—Es la ciudad más estimulante del mundo —respondió.

Berlín era la ciudad en la que había nacido. Había pasado su infancia en una casa fea de piedra gris, en el Kurfürstendamm. La abandonó, conmocionado y aterrorizado, cuando tenía catorce años, tres días después de que sus padres murieran en el incendio de un hotel de Viena, donde se encontraban por razones de negocios. Su tío era el conservador de la herencia. Martin Voticky, que había convertido su apellido en una versión bohemia de Hauptmann al mudarse a Praga de muy joven, le parecía una figura severa y desconocida.

—Puedes vivir con nosotros, si lo deseas —le dijo Voticky—. O tal vez lo pasarías mejor en un internado.

Alfred hizo la elección equivocada.

Su tío tenía desagradables recuerdos de los institutos de enseñanza alemanes, y lo matriculó en una cara escuela de Ginebra en la que los alumnos eran el reflejo de las actitudes de sus padres. Mientras Alfred estuvo en Suiza, se acostumbró a oír su nombre sólo cuando lo llamaban en la clase, o cuando pasaba una tarde jugando al ajedrez con un chico llamado Pinn Ngau, un chino que era el otro intocable de la escuela. Cuando Pinn hablaba con los demás, se refería a Alfred como le Juif.

Después de tres años de cruel soledad, se graduó con verdadero dominio del francés y aversión a repetir la experiencia en la universidad. Cuando su tío le sugirió que fuera a Amsterdam a aprender a tallar diamantes con su primo Ludvik, aceptó

con entusiasmo.

Los tres años siguientes fueron los más felices de su vida. Ludvik pronto se convirtió en Laibel, el hermano que nunca había tenido. Compartían un desván con tejado de dos aguas que daba al Prinsengracht Canal, a tres edificios de distancia de un molino de viento cuyo chirriante eje los mantuvo despiertos durante varias noches y acabó pareciendo una interminable canción de cuna. Casi con la misma rapidez se aficionaron al aguardiente holandés, a las mujeres y a un arenque ahumado llamado bokking, aunque rara vez tenían tiempo o dinero para algo más que el arenque. Todos los días, excepto los domingos, asistían a clase de matemáticas y de óptica en el instituto técnico que Martin Voticky había elegido por el rigor de su enseñanza, y pasaban largas horas sentados ante su banco en una de las casas de diamantes más antiguas de la ciudad, trabajando con todos los metales preciosos y con variedad de piedras.

Ninguno de los dos llegaría a hacerse famoso en el arte de tallar pero después de cuatro años abandonaron Amsterdam con conocimientos técnicos que les resultarían inestimables en su carrera de comerciantes en diamantes.

Laibel regresó a Praga y al taller de su padre. Martin Voticky se había resignado a hacer sitio en la empresa también a su sobrino, pero Alfred le sorprendió al anunciarle que tenía sus propios planes. Solicitó un puesto en el Sindicato del Diamante. Al cabo de unas semanas, con la sensación de haberse convertido en un cosmopolita aventurero, se encontraba en Kimberley, Sudáfrica.

La ciudad se encontraba sobre una llanura africana, construida alrededor de lo que quedaba de la Mina Kimberley. En tiempos prehistóricos, la lava líquida se había abierto paso hasta la superficie y luego había vuelto a rezumar y se había enfriado. Los mineros descubrieron muy pronto que en la tierra azul de esa especie de «tubería» había diamantes enormes, y en la época en que Alfred la vio, la Mina Kimberley ya estaba agotada. Desde 1871 a 1914, los hombres habían extraído tres toneladas de diamantes, 14.504.567 quilates, dejando el Gran Agujero, un espacio abierto de casi quinientos metros de ancho y mil cien metros de profundidad, con doscientos metros de agua en el fondo. Estaba rodeado por una valla, y Alfred evitaba mirarla siempre que podía.

Debido a su dominio del francés, fue destinado a la Compagnie Française de Diamant, una de las compañías del holding, donde se dedicó a seleccionar, clasificar y evaluar las piedras en bruto. Trabajaba todo el día bajo la supervisión de personas que podían interpretar la estructura interna de un cristal como si fuera un material impreso. Analizó gran variedad de diamantes defectuosos, informando sobre cuáles podían mejorar al ser tallados, cuáles podían salvarse como gemas y cuáles servirían sólo para uso industrial. Era una experiencia de aprendizaje poco frecuente y le pagaban bien, pero detestaba la injusticia racial que veía todos los días, y el

clima. Y aunque comprendía que era necesario, nunca se acostumbró a la presencia de los hombres que, provistos de linternas, inspeccionaban los orificios del cuerpo de otros hombres en busca de piedras robadas.

Cuando expiró su contrato de dos años, el director de explotación de la Compagnie Française lo llamó y le preguntó si deseaba quedarse.

El director lo miró por encima de las gafas cuando Alfred se negó cortésmente.

—Caramba. Entonces, ¿adónde irá, Hauptmann?

—A Berlín —respondió.

> No me gusta tu plan, *le escribió tío Martin*.
>
> Tenías un futuro brillante con el sindicato. Y es una locura que un hombre tan joven como tú se meta solo en el negocio de los diamantes. ¿Quién va a comprarle una cosa tan cara a alguien tan joven? Si abandonas DeBeers, ven a Praga. Nuestro negocio es próspero y podemos darte trabajo. Dentro de diez o quince años serás experto y maduro, y te ayudaremos a instalarte.

Pero Alfred insistió, y Martin cedió. «Ya es hora de que te hagas responsable de ti mismo», dijo, y llamó a su sobrino a Praga. Martin cerró con llave la puerta de su despacho, abrió su caja fuerte y le entregó al atónito Alfred su patrimonio: una piedra cuya base estaba cubierta de pintura dorada.

«Ha pertenecido a la familia durante varias generaciones, ha pasado del hijo mayor al hijo mayor Yo te la entrego en nombre de tu padre».

Junto con la piedra pintada de dorado se guardaba su historia y los otros secretos de la tradición diamantista de la familia. La narración le llevó toda la tarde y conmovió a Alfred hasta la médula, alimentó algo en lo más profundo de su ser, le permitió empezar a comprenderse. Era una historia que casaba con sus sueños.

Por último, su tío le entregó el dinero que su padre le había dejado. No había sido una fortuna, y el coste de su educación lo había reducido. Pero Alfred también tenía una pequeña cantidad que había ahorrado de su salario en Kimberley. Tendría que ser suficiente.

No hubiera podido elegir mejor época para regresar a Alemania. Mientras él estaba fuera, su país había conocido la derrota, la revolución, el paro y el hambre, pero a mediados de los años veinte el mundo era más próspero y despilfarrador que nunca, y los inversores extranjeros habían empezado a colocar grandes sumas de dinero en la industria y el comercio alemanes. Se paseó por Berlín, buscando un lugar donde instalar su taller. Un hombre mayor o uno más joven podría haber sentido repugnancia por lo que vio, pero él se encontraba en la edad en que el vicio resultaba atractivo. Las avenidas aún eran anchas, limpias y hermosas, pero un ejército de prostitutas calzadas con botas de cuero verde rondaba la Friedrichstrasse

a cualquier hora. Los bares, los parques de diversiones y los garitos habían brotado en las calles que él recordaba como imperturbables barrios residenciales de trabajadores y comerciantes. En todos los rincones de Berlín había mujeres hermosas, las más elegantes que jamás había visto, de piernas largas, delgadas y apetitosas.

En el Kurfürstendamm, el ancho bulevar en el que había vivido con sus padres, la casa de piedra gris parecía notablemente intacta, excepto que uno de los dos árboles japoneses había sido talado y el otro había crecido. Se quedó de pie en la acera de enfrente durante un largo rato, mirando, casi esperando que se abriera la puerta lateral. ¡Alfred! Alfred, ven enseguida. Tu padre va a llegar en cualquier momento.

Por fin la puerta se abrió realmente y apareció un anciano. Tenía bigote gris muy poblado y parecía un oficial retirado del ejército. Miró repentinamente al otro lado de la calle, en el mismo momento en que un homosexual que pasaba se acercó lentamente a Alfred y le tocó el brazo.

—Na? —susurró el joven.

—No —respondió Alfred, y se marchó.

Encontró un apartamento en una casa del centro de Berlín, sobre la Wilhelmstrasse, y en él unos padres postizos que vivían en el apartamento del casero, en el primer piso. Herr Doktor Bernhard Silberstein era un médico retirado, de pelo y barba blancos, aquejado de tos crónica y con los dedos amarillentos por la nicotina. Su esposa, una anciana gorda y agradable llamada Annalise, aclaró que Alfred debía cenar con ellos todos los viernes, para recibir el ***Sabbath****.*

—No, no soy religioso —respondió él, demasiado cohibido todavía para darle si quiera las gracias correctamente.

—Entonces los miércoles —insistió Frau Silberstein, y no oyó ninguna objeción.

La primera vez que Alfred fue a cenar, la anciana le sirvió como aperitivo hígado de ganso, cortado en tajadas, con ***gribiness*** *(chicharrones). Luego el ganso propiamente dicho, relleno con fruta y la piel tan dorada que crujía en la boca, budín de patatas relleno, y lombarda. El postre consistió en un arrollado caliente de manzana con una delicada pasta que hizo suspirar a Alfred.*

—¿Juegas al ajedrez? —le preguntó Herr Doktor.

—Una partida rápida.

—Pero haremos el desquite —dijo el doctor Silberstein cogiendo las piezas negras. Jugaba muy bien, empezó diezmando las blancas—. ¿Por qué regresaste a Alemania?

—Me encanta Berlín. Hacia muchos años que soñaba con volver.

—La gente de aquí odia a los judíos —dijo suavemente el doctor Silberstein.

—En todas partes ocurre lo mismo.

—Mi querido joven, ¿conociste a Walther Rathenau?

—Claro, el ministro de Exteriores. El que asesinaron.

—Había una marcha del Freikorps que decía: ***«Knallt ab den Walther Rathenau, die Gottverfluchte Judensau»*** *(Matad a Walther Rathenau, es un asqueroso judío). ¿Conoces a los nazis, el Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista?*

—No, no me interesa la política.

—Es un partido pequeño. Escoria. Prometen librar a Alemania de los judíos.

—¿Cómo les fue en las últimas elecciones?

—Tuvieron un resultado lamentable, sólo doscientos ochenta mil votos en todo el país.

—Eso está bien —opinó Alfred.

Wertheim's, en la Leipzigerplatz, era un gran almacén de la realeza, un palacio de mármol y cristal. Sus fuentes eran de azulejos salidos de las fábricas de cerámicas del Káiser y contaba con ochenta y tres ascensores, escaleras mecánicas y kilómetros de trenes neumáticos. Ahora, un arquitecto llamado Eric Mendelsohn estaba construyendo otros grandes almacenes selectos sobre la Leipziger Strasse, para una familia de comerciantes en pieles llamada Herpich. Alfred estudió el edificio. Mendelsohn lo había diseñado para que se construyera casi exclusivamente de cristal, una innovación sin precedentes.

Dos jóvenes del despacho del arquitecto respondieron a sus preguntas y hablaron del tema entusiasmados. El proyecto introduciría un nuevo sistema para exhibir las mercancías. Por la noche, unas lámparas eléctricas ocultas iluminarían todo el interior de Herpich's en un resplandor de belleza. La idea fascinó a Alfred.

Unos metros calle abajo había un edificio en el que acababa de cerrar una zapatería. Cuando habló con el propietario, éste le pidió un alquiler más alto de lo que valía.

—Lo pagaré, si usted hace algunos cambios.

El propietario aceptó.

Mientras se llevaban a cabo las reformas, Alfred decidió dejarse crecer el bigote. Tío Martin le envió cartas de presentación a fabricantes de relojes económicos y de una línea de joyería de oro barata que se vendía bien. En lugar de usarlas, Alfred hizo varias llamadas telefónicas a Londres y escribió una serie de cartas. Había pensado muy detenidamente el tipo de cosas que quería vender, y fue preciso y concreto en sus pedidos. Su audacia llamó la atención a uno de los ejecutivos del sindicato, que pudo averiguar de quién se trataba consultando simplemente los archivos de la compañía sobre antiguos empleados. El hombre escribió diciendo que no podían suministrarle lo que pedía, pero le envió una lista de varios mayoristas centroeuropeos, y añadió que DeBeers recomendaría a estos mayoristas que le dieran crédito. Para alegría de Alfred, pudo abastecer la tienda casi totalmente mediante la firma de bonos, lo cual le permitió invertir la mayor parte de su capital

en la decoración: gruesas alfombras turcas, y cómodas sillas antiguas alrededor de pequeñas vitrinas en las que se guardarían las piedras. Las paredes que no estaban cubiertas por un espejo habían sido pintadas de color blanco tiza.

La inauguración de los Grandes Almacenes Herpich fue un acontecimiento ciudadano. Hubo discursos de políticos, se cortaron cintas y corrió el champán. Hombres y mujeres vestidos de gala pasaban junto a los escaparates y se maravillaban ante los visones, las martas cebellinas y las garduñas que se exhibían bañados por el brillo de las luces hábilmente ocultas.

Los peatones quedaban atraídos por una lámpara Kliegl gigantesca, expuesta en la calle. Iluminaba una pared color ciruela, en la que los escaparates de la anterior zapatería habían sido tapiados con ladrillos, para que armonizaran con el resto del edificio. Después de la salvaje jungla de pieles expuestas en los grandes almacenes, la pared resultaba tranquilizadora y reconfortante. Sugería misterio y recompensa. Cuando los peatones se acercaban, veían una pequeña abertura que parecía ofrecer una visión momentánea de la vida futura; detrás de un cristal, sobre un pedestal cubierto de terciopelo negro, se alzaba un diamante blanco sin engastar.

El único letrero era una pequeña placa de bronce junto a la puerta, grabada con una sola palabra: HAUPTMANN.

Tuvo el buen cuidado de pagar a los mayoristas con el primer dinero que ingresó. Al principio, dos de los proveedores pusieron a prueba su juventud. Entre ellos, Deitrich Brothers, una antigua casa alemana, y la Koenig Company, una firma judía más pequeña, controlaban los engastes de oro que entraban en Berlín. Irwin Koenig mencionó lo que Alfred sabía que era un precio ridículamente alto, y lo mismo hizo Deitrich Brothers. Sin los engastes, no podía vender anillos de diamantes. Era evidente que ellos habían fijado el precio y pensaban que le podrían obligar a pagarlo.

—No, gracias —le dijo a Koenig serenamente cuando regresó el proveedor—. He decidido comprar en otro sitio.

A Deitrich Brothers le dijo lo mismo.

Pasó una angustiosa semana hasta que Koenig fue a verlo con una oferta razonable. Alfred aprovechó la ocasión para obtener un precio más favorable aún de Deitrich y decidió comprar las posteriores provisiones de engastes en Praga, por intermedio de la tienda de Voticky. Poco después estaba haciendo negocios suficientes para contratar dos técnicos de Amsterdam, hombres que se habían formado en el mismo programa de aprendizaje que habían seguido Laibel y él.

Desde el primer momento disfrutó ganando dinero. Se compró un automóvil color pizarra, uno de los primeros productos de una fusión entre las compañías Daimler y Benz, y fue a ver a un sastre y empezó a encargar ropa. El doctor Silberstein, que tenía un solo traje manchado y leía las publicaciones del Instituto Psicoanalítico, le

dijo que estaba compensando la soledad de la infancia, pero él encontró un sastre más caro, el sastre más distinguido de la Tauentzienstrasse. El hombre conocía a un camisero y a un fabricante de botas que también hacía polainas. Tres veces al día, el recadero de una floristería entregaba flores frescas en la tienda Hauptmann.

El bigote alcanzó su plenitud y adquirió un tono rojizo, pero él le dio forma de cepillo, como el que llevaba el hombre al que había visto abandonar el hogar de su infancia. Imaginó que le daba el aspecto de un hombre cinco años mayor. Salvo por las escaramuzas con sus proveedores, su edad no era una desventaja. En el negocio de los diamantes, cuando uno llegaba a tener éxito, ser joven era una ayuda.

Aprendió a tener cuidado con las invitaciones, pero un día Lew Ritz, un norteamericano que estudiaba medicina en la universidad, le preguntó si quería acompañarlo a una fiesta. Él disfrutaba con Ritz, cuyo apodo yidis era Laibel, como el del primo Ludvik. Esa noche fueron en coche hasta las afueras del oeste de la ciudad, a una casa que se encontraba a orillas del río Havel. Les abrió la puerta una doncella vestida sólo con un delantal, y dentro de la casa las mujeres iban tímidamente desnudas. Todos los hombres iban impecablemente vestidos, y algunos de ellos se apiñaban alrededor de una bailarina que había llegado a Berlín con Josephine Baker Las mujeres negras eran una novedad en Alemania, pero él y Ritz repararon en otra joven y avanzaron hacia ella al mismo tiempo.

Se detuvieron y se miraron, y Ritz cogió una moneda.

La chica tenía un rostro bonito y los dientes torcidos. Era delgada, y Alfred notó que las marcas rosadas de las ligas estropeaban sus pálidos muslos.

—No —dijo al ver la moneda—. ¿Te importa, Laibel?

Ritz era un joven amable por naturaleza. Sacudió la cabeza y se apartó.

—Me llamo Alfred.

Ella pareció incómoda, tal vez incluso enfadada. Quizá prefería a Lew, pensó Alfred.

—Yo soy Lib.

—¿Qué estás pensando?

—Es un traje estupendo.

—Ni la mitad de estupendo que el tuyo —repuso él en tono grave.

Ella se echó a reír.

—¿Tenemos que quedarnos en este circo?

—Es una noche fría. Será mejor que coja mi ropa —comentó ella.

Cerca del quiosco en el que el doctor Silberstein compraba su periódico yidis, unos jóvenes camisas pardas habían empezado a vender ***El ataque****, un semanario antisemita. Se llamaban a sí mismos Tropas de Asalto,* ***Sturmabteilung****, e intimidaban a la gente, pero su partido había obtenido malos resultados en otras elecciones.*

—Sólo doce escaños. —El doctor Silberstein estaba contento—. Han ganado sólo doce escaños en un Reichstag de más de quinientos miembros.

—Después de todo —le recordó Alfred—, este país es la cuna de Albert Einstein, que es director de los Institutos Kaiser Wilhelm.

—También es el país… —el doctor Silberstein movió uno de sus álfiles para comer un peón—… en el que los ciudadanos esperan a Einstein en la puerta de su despacho en la Academia Prusiana de la Ciencia, o en su apartamento de la Haberlandstrasse para lanzarle toda clase de insultos porque es judío.

—Qué disparate.

El doctor Silberstein gruñó. Seguían celebrando las veladas de los miércoles como si fueran sagradas, y la manera de jugar de Alfred había mejorado rápidamente. La primera vez que ganó al casero fue todo un acontecimiento; ahora jugaban como fieras al acecho, sin pedir ni mostrar compasión. Bernhard Silberstein vivía acosado por los fantasmas. Unos financieros holandeses, cuatro hermanos llamados Barmat, habían sido acusados de hacer «regalos y contribuciones» a personas que ocupaban puestos elevados en el gobierno alemán. Los Barmat eran judíos, y el doctor Silberstein suponía que habría repercusiones.

—Tonterías —dijo Alfred—. ¿Acaso no hay delincuentes católicos y delincuentes protestantes?

—Debemos tener más cuidado que nunca. —El doctor Silberstein vaciló—. Y sobre todo debemos guardarnos de comprometernos en prácticas comerciales poco claras.

Alfred comprendió entonces en qué sentido se orientaba la conversación; Bernhard Silberstein era miembro del Consejo Judío, lo mismo que Irwin Koenig, el proveedor con el que Alfred había tenido problemas.

—Usted ya me conoce —señaló—. Dígame, ¿cree que estafé a ese gusano?

—Eso no importa. Lo que importa es que él dice que lo hiciste. El rabí Hillel decía: «No basta con evitar el mal. Hay que evitar la aparición del mal».

Alfred suspiró.

—¿Te gustaría asistir a una reunión del Consejo Judío el próximo martes por la noche? —sugirió el doctor Silberstein—. Estamos preparando un programa para celebrar el bicentenario del nacimiento de Mendelssohn.

—¿Felix Mendelssohn, el compositor?

—No, no, Moses Mendelssohn, su abuelo, que tradujo el Pentateuco al alemán.

—No puedo —repuso Alfred. Estudió el tablero y luego hizo lo que resultó una jugada vulnerable—. Últimamente estoy ocupadísimo —explicó.

Ella afirmaba que el hecho de estar circuncidado le otorgaba poderes especiales, que la esclavizaban. Cuando estaba agotado, ella le canturreaba, le llamaba su pequeño caballero judío, le pedía que se levantara y entrara en batalla. Ella era diez

años mayor que él. Todos la llamaban Lilo, pero su nombre era Elsbeth Hilde–Maria Krantz; su padre criaba cerdos en Westfalia. Durante siete años Lilo había trabajado como camarera, y había conservado su virginidad y casi hasta el último pfennig para reunir la dote que una chica de su clase necesitaba para casarse. Cada vez que tenía el día libre en la posada, se iba a su casa y se ocupaba de los cerdos o ayudaba en la matanza, según la época. Casi tenía el dinero suficiente cuando se disparó la inflación. De la noche a la mañana, los reichsmarks que había ahorrado con tanto esfuerzo perdieron todo su valor.

—Mi vida ya no tenía sentido —le contó mientras estaban acostados en la cama de ella y les llegaban los débiles sonidos de un fonógrafo que sonaba en otra habitación—. ¿Por qué tenía que elegir entre limpiar lavabos y oler a mierda de cerdo? Decidí ser actriz.

Ahora estaba empleada en una tienda de tejidos. En cualquier momento la llamarían para trabajar como extra en los Estudios UFA, y hablaba en términos vagos de una película en la que había trabajado; él pensó que sabía de qué clase de película se trataba.

Pero a él le gustaba su compañía. Iban a los cabarés, sobre todo a Tingeltangel, el preferido de los dos. A veces ella conseguía otra chica para Ritz, aunque éste se reía de ellos porque llamaban yatz al jazz, pero lo habitual era que ella y Alfred salieran solos. Él la invitaba al teatro y la llevó por primera vez a un concierto. En el Teatro Filarmónico, Artur Schnabel la emocionó hasta las lágrimas.

Alfred le regaló un collar y un brazalete. Le compró un abrigo de piel en Herpich, y a veces le daba dinero, pero no tenían ningún acuerdo establecido. Él estaba orgulloso de la vida que llevaba y se consideraba un individuo fantástico. Pero una noche entraron en el Tingeltangel durante el intervalo entre un espectáculo y otro, a tiempo para oír al conferencier quejarse de que el camarero de la barra había apagado la radio.

—Esta noche no hay música —se justificó el camarero—. No hacen más que hablar, hablar y hablar de Nueva York. ¿A quién le importa lo que pasa en Nueva York?

—¿Qué pasa en Nueva York? —preguntó Alfred, acomodándose en un taburete.

El camarero se encogió de hombros.

—Un lausig sobre la Bolsa —respondió.

Pocos meses más tarde, el portero del edificio en el que se encontraba la tienda le comentó a Alfred que la situación le recordaba a la de 1921.

—¿Dónde estaba usted en mil novecientos veintiuno, señor?

—En Suiza. Aún estudiaba.

El hombre suspiró.

—En el veintiuno, mis hijos a menudo se iban a dormir con el estómago vacío.

Era verdad, los niños volvían a pasar hambre en Alemania. Lo que menos le interesaba a la gente era comprar diamantes. De pronto, los técnicos holandeses no tuvieron nada que pulir ni engastar. Les pagó un despido tan alto como pudo y los dejó marcharse.

Lew Ritz le comentó que la actividad en la fábrica de sombreros que su padre tenía en Estados Unidos, en un lugar llamado Waterbury, se había estancado. Esa primavera, Ritz obtuvo su título de médico y regresó a su país. Al día siguiente de su partida llegó una carta de Tío Martin. Si Alfred quería, Martin podía prescindir de Karel en la tienda Voticky para que viajara a Berlín y ayudara a su primo. En realidad, la situación era tan difícil en Praga que tal vez también Laibel podría ir a trabajar para Alfred.

Él respondió aconsejándoles que se quedaran donde estaban.

—Están culpando a los judíos —dijo el doctor Silberstein.

A Alfred no le gustaba el aspecto del doctor. Annalise le había contado que su esposo estaba muy débil de salud. Tenía problemas cardiacos, y por eso nunca se curaba la tos. En las noches calurosas, el anciano tenía dificultades para respirar y se quedaba varias horas sentado junto a la ventana abierta, reclinado sobre unos cojines.

—Aún tengo un primo polaco en una ***Yeshiva*** *de Frankfurt am Main —prosiguió el doctor Silberstein—. Allí los nazis están apaleando a los judíos. La policía ni siquiera escucha sus quejas.*

—Berlín aún es una ciudad civilizada —lo tranquilizó Alfred.

—Deberías marcharte. Aún eres joven.

Alfred perdió la paciencia.

—Juguemos al ajedrez.

Los negocios empeoraron. En Ciudad del Cabo, un hombre llamado Ernest Oppenheimer había ocupado la presidencia de DeBeers y había descubierto que tenía otros problemas, además de la Depresión. DeBeers había acumulado una amplia provisión de diamantes, tan numerosa que, en caso de que las gemas fueran comercializadas, quedarían completamente devaluadas. Para colmo de males, se habían abierto nuevas minas en el Transvaal y en Namaqualand. Oppenheimer disolvió el sindicato y lo reemplazó por la Corporación del Diamante, destinada a lanzar las gemas al mercado poco a poco para mantener los precios elevados. ¿Pero de qué servía mantener el valor si no se vendía nada?

Al despertarse una mañana, Alfred descubrió que odiaba ser un hombre de negocios, tener que ir todos los días a una tienda a vigilar una puerta que rara vez se abría. Algunos buenos joyeros habían empezado a vender el tipo de baratijas que Tío Martin le había ofrecido a él en sus comienzos. En cambio él se permitió el lujo de pasar cuatro días en Holanda, donde encargó una línea de joyas azules y blancas de

Delft, de buena factura. Devolvió todas las gemas que tenía en la tienda a prueba, y liquidó todo lo demás excepto siete pequeños diamantes amarillos que guardó en su caja fuerte para poder seguir sintiéndose comerciante. Un reloj suizo reemplazó el diamante blanco que tenía en el hueco del escaparate. La nueva línea se vendía poco, pero de nada le habría servido acumular piezas más baratas. En los bosques que rodeaban Berlín, los parados empezaban a levantar tiendas de campaña.

—Para salir de este lío necesitamos un hombre fuerte —opinó el portero mientras observaba el elegante traje de Alfred. Había algo en la mirada del portero: era un nazi o un comunista, o tal vez sus hijos se estaban muriendo nuevamente de hambre.

Paolo Luzzatti, de Sidney Luzzatti & Sons le escribió desde Nápoles diciéndole que en cualquier momento lo necesitaría para realizar el trabajo del que habían hablado en Amberes años atrás. Alfred había pensado mucho en el Diamante de la Inquisición. La perspectiva de trabajar en la mitra de Gregorio era algo que le permitía combatir el aburrimiento. Por lo demás, la vida en Berlín empezaba a ser sombría. A él le encantaba pasear por Unter den Linden; ahora, dos o tres veces por semana había desfiles, miembros de las S.A. uniformados o comunistas de los barrios del este vestidos con camisas amarillas de trabajo. Cada vez que las columnas se encontraban, se deshacían en un estallido de violencia, como escarabajos luchando contra cucarachas en la calle más hermosa de la ciudad.

Las elecciones de septiembre resultaron desastrosas. Los nazis se habían jactado de que convertirían sus doce escaños en cincuenta. En lugar de eso, seis millones y medio de alemanes le hicieron un regalo a Adolf Hitler: ciento siete escaños en el Reichstag.

Una semana después de las elecciones, Paolo Luzzatti llegó a Berlín con la mitra de Gregorio en un saco de tela azul con cremallera engomada, el tipo de bolsa en la que un fontanero podría llevar la salchicha del almuerzo.

—Un objeto magnífico —comentó Alfred al ver la mitra.

—Tu familia trabaja bien.

Él asintió para reconocer el cumplido. Luzzatti's había incorporado una amplia cláusula adicional al seguro, y Hauptmann's tuvo que firmarla. Paolo daba vueltas de un lado a otro, nervioso, arreglando los papeles del seguro.

El yelmo de oro se había estropeado al caer. Luzzatti lo miró por encima del hombro mientras Alfred retiraba delicadamente el enorme diamante amarillo de su engaste y lo examinaba con la lupa. Ambos sabían con cuánta facilidad se puede resquebrajar un diamante a pesar de su dureza.

—Al parecer está intacto —dictaminó. Luzzatti suspiró.

—Tendré que hacer un examen más profundo para asegurarme. Me llevará algún tiempo. Mientras tanto —dijo sin dar importancia a sus palabras— también puedo reparar el engaste.

Paolo frunció el ceño.

—¿Conoces la técnica? Tiene que estar perfecto cuando lo devolvamos al Vaticano.

Él se encogió de hombros.

—Tal vez tenga que llamar a un orfebre. Aquí hay uno o dos muy buenos.

Finalmente, para alivio de ambos, Luzzatti cogió el tren de regreso a Nápoles y dejó la mitra a cargo de Alfred.

A pesar del seguro, en ningún momento dejó el diamante ni la mitra fuera del alcance de la vista. Por la noche se los llevaba a casa dentro de la bolsa azul y por la mañana volvía a trasladarlos a la tienda. Una noche que Lilo fue a visitarlo a su apartamento, él se los mostró.

—¿De quién son?

—Del papa.

Ella frunció el ceño. No era religiosa, pero él se dio cuenta de que consideraba inadecuado ese tipo de bromas. Especialmente en boca de él.

—Antes de pertenecer al papa, el diamante perteneció a un español. Al hombre lo quemaron en la hoguera por ser demasiado judío.

—A veces creo que estás loco —le dijo ella, irritada.

Cuando concluyó el examen, tuvo la certeza de que la piedra estaba intacta. Una mañana volvió a engastar el diamante en la mitra. Se preguntó si en el Vaticano sabían en qué estaba basado su diseño. Su antepasado había dado al yelmo exactamente la misma forma que tenían los dibujos que él había visto del misnepheth, la mitra del sumo sacerdote. Pero aquélla era de lino y ésta de oro. Resultaba sumamente difícil limpiarla, por lo que Alfred se sintió agradecido. Se tomó su tiempo. Hizo algunas pruebas y descubrió que no sería necesario llamar a un orfebre. Él mismo reparó la zona dañada dando unos golpecitos, una fracción de centímetro por vez: suaves golpecitos con un martillo que parecía obtener inspiración del talento y la habilidad con que su antepasado había forjado la mitra.

Por mucho que lo intentó, el trabajo no le sirvió para aislarse de todo lo demás. En octubre se reunió el nuevo Reichstag. Miles de personas se apiñaban a las puertas del edificio del Reichstag y lanzaban gritos a favor de Hitler. En contra de lo que dictaban las leyes, los miembros del partido nazi habían logrado entrar clandestinamente sus uniformes de Tropas de Asalto. Se cambiaron de ropa en los lavabos y convirtieron la sesión en un caos, cantando, pateando y gritando para hacer callar a cualquiera que intentara hablar Cuando la policía hizo salir por fin a los alborotadores, éstos organizaron un desfile a Herpich's, donde destrozaron los escaparates y se llevaron las pieles como botín. Alfred se quedó sentado en su tienda, oyéndolos pasar en tropel camino de Wertheim's. «Juda verrecke!», gritaban. «¡Muerte a los judíos! ¡Muerte a los judíos, muerte a los judíos, muerte a los

judíos!».

Lew Ritz le escribió diciéndole que estaba ocupando un puesto de interno en un hospital de Nueva York.

…«Tengo entendido que las solicitudes de visados norteamericanos han aumentado notablemente en Alemania. ¿Tienes pensado venir? Con la esperanza de convencerte de que lo hagas, te adjunto este papel. Lo necesitarías, porque no le conceden el visado a quien no pueda probar que no va a engrosar las filas de los que reciben alimentos gratuitamente. Espero que vengas. Si lo haces, te llevaré a un sitio que se llama Cotton Club y te darás cuenta de que nunca escuchaste «yatz» de verdad…».

El papel adjunto era una declaración firmada por el padre de Lew en la que afirmaba que a Alfred Hauptmann se le proporcionaría un puesto de trabajo en la Ritz Headwear Corporation en cuanto entrara en Estados Unidos. Alfred guardó el sobre en la caja fuerte. Pero cuando le escribió a Lew para darle las gracias, le recordó que los nazis sólo eran el segundo partido más grande de Alemania. «Paul von Hindenburg es el presidente de la República Alemana, y ha jurado defender la Constitución», escribió Alfred. Apartó de su mente el hecho de que Hindenburg tenía ochenta y cuatro años y dormía la siesta muy a menudo.

Lilo siguió demostrándole amistad y afecto, pero era evidente que lo que estaba ocurriendo había empezado a fastidiarla. Ya no le canturreaba a su pequeño caballero judío y a veces, tendida en la oscuridad, expresaba bruscamente sus temores.

—Los nazis tienen casas en diferentes zonas de la ciudad. Almacenes abandonados y edificios que habían sido fábricas, ¿sabes?

—No he oído nada.

—Sí, les llaman puntos de concentración. Llevan allí a sus enemigos para interrogarlos. A los comunistas y a los judíos.

—¿Cómo lo sabes?

—Alguien me lo dijo.

Él le palmeó el muslo para tranquilizarla. Probablemente era sólo un rumor, pero podía ser verdad: la gente desaparecía. Siempre aparecía algún cadáver en el Landwehr Canal.

Fuera donde fuese, Alfred veía hombres vestidos con uniforme nazi. Muchos de los camisas pardas eran nuevos. Hitler prometió trabajo y prosperidad en cuanto se hubieran reparado los errores cometidos en Versalles en 1919 y los judíos hubieran sido expulsados de Alemania.

Un editorial de ***El ataque*** *aconsejaba a los ciudadanos que no intentaran soluciones individuales al problema de los judíos, puesto que era una cuestión del estado. Pero cada día eran más los individuos que intentaban su solución personal.*

El primo polaco de Bernhard Silberstein sintió pánico por la violencia desatada en Frankfurt am Main y huyó de su ***Yeshiva*** *para ir a vivir con sus parientes a Berlín. Max Silberstein, joven de rostro atormentado y barba rala, era inmediatamente identificable como uno de los despreciables Ostjuden, un judío que había llegado a Alemania desde el este de Europa. Dos días después de su llegada fue hasta el quiosco a recoger el periódico para su primo y se topó con las Tropas de Asalto que estaban vendiendo* ***El ataque****. Regresó a casa con la cara pálida, los ojos brillantes y un letrero enganchado a la espalda de su chaqueta: soy un judío ladrón. Al día siguiente estaba en el tren, de vuelta a Cracovia. Para los Silberstein, ésa fue la gota que colmó el vaso. Pusieron sus cosas en orden y se fueron a vivir con una médica que tenía una granja en las montañas Harz.*

—¿Por qué no te vas de este país? —le preguntó el doctor Silberstein cuando se despidió.

—Aquí tengo un negocio —señaló Alfred, intentando hablar con serenidad.

—¿Vas a esperar hasta que todo el mundo intente marcharse, cuando ya sea demasiado tarde?

—Si es eso lo que piensa, ¿por qué usted no se marcha de Alemania?

—¡Estúpido! Hay que superar un examen médico para obtener un visado.

Se miraron fijamente.

—Olvídate del negocio —el doctor Silberstein se estaba poniendo demasiado nervioso, respiraba con dificultad—. ¿Qué posees de auténtico valor que no puedas llevarte contigo?

Alfred reflexionó un instante.

—Esta ciudad —respondió.

Sin embargo, la ciudad que él amaba casi había desaparecido.

Los nazis y los comunistas habían abandonado las trincheras y cuando él salía a caminar no era raro que tuviera que cambiar de itinerario para evitar una zona desde la que llegaba el sonido de los disparos.

Una mañana llegó a la tienda y encontró un enorme judío, con letras garabateadas con pintura blanca que aún chorreaban sobre los ladrillos color ciruela. Dejó el letrero tal como estaba, y tal vez sirvió de publicidad: todos los días entraban algunas personas agradables, y vendió una serie de piezas de Delft. El cristal de Herpich's fue reemplazado dos o tres veces y destrozado nuevamente, y por fin algunos escaparates fueron tapados con maderas y así quedaron. Corría el rumor de que la familia Herpich estaba considerando la posibilidad de vender la tienda a los cristianos. Tal vez fuera verdad. Había una tendencia a poner el comercio en manos de los arios, y una tarde Richard Deitrich entró en la tienda de Alfred y le comunicó que Deitrich Brothers había comprado la parte de Irwin Koenig en la empresa. Richard Deitrich tenía un rostro limpio y brillante, y un sastre muy bueno.

En la solapa de su abrigo gris, un alfiler con una esvástica indicaba que hubiera podido llevar uniforme.

—Esta es una tienda pequeña y encantadora. Siempre la he admirado —afirmó —. ¿Le interesaría vendérnosla, Herr Hauptmann?

—No he pensado en venderla.

—Para ciertas personas será más difícil hacer negocios, no sé si entiende lo que quiero decir. Si vende ahora, puede quedarse a nuestro servicio.

—No lo creo.

—Esto valdrá mucho menos dentro de un tiempo —le advirtió Deitrich en tono cortés.

Alfred le dio las gracias por la oferta.

Hauptmann era un apellido alemán, él era alemán. Pero ahora, en los restaurantes o mientras esperaba para comprar una entrada del teatro, sentía que la gente observaba su aspecto judío y lo rechazaba con la mirada.

El piso de los Silberstein seguía vacío. Él echaba de menos las partidas de ajedrez de los miércoles, y de pronto descubrió que Lilo estaba ocupada cada vez que la llamaba. Una noche, el camarero del Tingeltangel le dijo que ella había ido un montón de veces con un camisa parda.

Él le preguntó por teléfono si podían hablar. Cuando llegó, ella estaba vestida con bata, poniéndose en el pelo un rizador químico que olía a huevos podridos.

—Sí, es verdad —reconoció—. Tengo un nuevo amigo.

Él esperaba sentir furia, o una gran tristeza, pero no experimentó una cosa ni la otra.

—Él me ha dicho que van a aprobar una ley. Será dura con las mujeres alemanas que se relacionen con judíos. —Dio una calada al cigarrillo que colgaba tembloroso de sus labios—. No queremos que eso ocurra… —Ella lo observó a través del humo.

—Buena suerte, Lib.

—Que la tengas tú —puntualizó ella.

Durante la noche recordó que había enseñado a Lilo el contenido de la bolsa azul. Intentó apartar la idea de su mente. Si no otra cosa, sí habían sido honestos. Confiaba en ella.

Pero dio vueltas toda la noche.

Se levantó antes del amanecer Se sentó ante la mesa y trabajó concentradamente. Cuando concluyó, el oro relucía, el diamante brillaba, la mitra había quedado perfecta. La guardó cuidadosamente, con una buena cantidad de acolchado, en una caja que puso dentro de otra más grande, y la envolvió. Luego escribió en el paquete la dirección de Paolo Luzzatti. Cuando abrieron la oficina de correos, él ya esperaba en la puerta.

Ese viernes por la mañana lo despertó el sonido del teléfono.

—¿Herr Hauptmann?

Era el portero de Leipziger Strasse.

—Tengo malas noticias, señor —anunció el hombre. Alfred se aclaró la garganta —. Ha habido… un… robo.

—¿En mi tienda?

—Sí. Se lo han llevado todo.

—¿Ha llamado a la policía?

—Sí.

—Voy enseguida —respondió Alfred.

Pero se quedó veinte minutos más en la cama, como si fuera domingo y no tuviera absolutamente nada que hacer Después de levantarse se dio un baño, se afeitó, se vistió cuidadosamente, y preparó una maleta.

Cogió un taxi, pero le dijo al conductor que se detuviera a más de una manzana de distancia, en Harpich's, porque vio dos policías de las S.A. en la puerta de su tienda. Rodeó los grandes almacenes hasta un callejón que conducía a la puerta posterior del edificio de ladrillo.

Estaba cerrada, pero él tenía una llave. Cuando la abrió, encontró al portero.

—Buenos días.

—Buenos días, señor —El hombre se volvió y empezó a barrer.

La puerta del vestíbulo que daba a la tienda había sido forzada. Las existencias habían desaparecido y los accesorios y el mobiliario estaban destrozados. Alfred se escabulló en la trastienda y vio que habían intentado forzar la caja fuerte, pero no lo habían logrado. Tenía rascadas, y una pequeña parte de la puerta había quedado desconchada; pero se trataba de una Kromer: buen acero de Ruhr. Los dos S.A. se encontraban de pie delante del hueco que hacía las veces de escaparate. El cristal había desaparecido y el hueco estaba cubierto por dentro con una delgada puerta de madera a través de la cual pasaban los sonidos con tanta claridad que los oyó hablar de los pechos de una chica.

¿Estaban allí por culpa de la mujer del joyero alemán, o se trataba de un incidente casual?

Lo más importante en ese momento era si podrían oírle abrir la caja fuerte. Empezó a girar el botón de la combinación mientras el sonido de la escoba del portero bajaba por el vestíbulo y llegaba a la puerta de entrada.

—Eh, tú —lo llamó uno de los Tropas de Asalto—. ¿No has visto a Izzie?

—¿A quién? —preguntó el portero.

—A Isidore. El joyero.

—Ah. Herr Hauptmann.

La puerta de la caja fuerte se abrió. Alfred cogió la carta que le había enviado Ritz y el paquete que contenía la piedra pintada de dorado y los pequeños diamantes,

y se los guardó en el bolsillo.

—No veo a Herr Hauptmann desde ayer —dijo el portero.

Pasó siete horas en la embajada norteamericana, en la Tiergarten Platz, la mayor parte del tiempo en salas de espera. Cuando salió, el Damstadt National Bank, donde tenía abierta una cuenta, ya había cerrado hasta después del fin de semana, pero él ya tenía un visado norteamericano. Fue directamente a la Anhalter Bahnhof e hizo cola en la ventanilla de primera clase durante unos minutos, hasta que recordó y pasó a la tercera clase. En el tren los asientos eran duros y estrechos y el vagón olía a sudor pero por lo demás podría haber sido un viaje de negocios a Holanda como cualquier otro.

Tenía algunos conocidos en Amsterdam, pero no quiso ver a nadie. Por la mañana vendería uno de los diamantes y se iría a Rotterdam para coger el primer barco rumbo a Nueva York. Alquiló la habitación más barata que pudo encontrar para esa noche, en el cuarto piso de una pensión, luego fue a una cafetería de trabajadores y tomó un plato de bokking y una jarra de cerveza. Afuera había empezado a llover y sin que él se lo propusiera, sus pies siguieron una senda que su mente había olvidado y lo llevaron a la casa donde él y Laibel habían vivido en otros tiempos. Más abajo del canal, el molino que tanto habían querido ya no existía.

Cuando regresó a su habitación, no supo qué hacer La habitación era desagradable, no muy limpia. No quería meterse en la cama. Se sentó junto a la ventana y contempló la lluvia.

—Perdóneme, doctor Silberstein —susurró en dirección a los tejados húmedos y brillantes de Amsterdam.

SEGUNDA PARTE

EL ESCONDITE

10
TAMAR ESTRAUSS

En el sueño, Yoel estaba vivo y cubría el cuerpo de ella con la eficacia teutónica que no había sido capaz de abandonar con el resto de su patrimonio alemán. Tamar estaba disfrutando enormemente cuando se despertó en la silenciosa habitación del hotel.

Permaneció un largo rato tendida sobre el colchón lleno de bultos, agarrotada por una pena casi olvidada. Las alfombras olían a polvo.

Intentó volver a dormir, pero el sueño la abandonó. Se esforzó por formar en su mente el rostro de Yoel, pero no lo logró. La piel de él no era tan morena como la de ella, pero había sido bastante oscura para un *yecheh*, un judío alemán. Habían sido sus ojos, de un azul contemplativo que resultaba sorprendentemente pálido en el rostro oscuro, lo que la había cautivado la noche que se conocieron en una reunión en el museo. No habían sido presentados. Él la había mirado desde el otro lado de la sala.

Ella había apartado la vista y había picoteado un poco de ensalada.

Cuando volvió a mirar, él aún tenía sus malditos ojos askenazí fijos en ella, unos ojos que no tenían vergüenza. ¿*Beseder*? ¿De acuerdo?, le preguntaban.

Claro que no, *mamzer* arrogante, había respondido ella mentalmente, con expresión indignada.

Pero los traidores ojos de Tamar se cruzaron con los de él, y ésa fue su perdición.

Beseder respondieron.

Habían mantenido relaciones durante unos meses. Era el último año que él trabajaba como interno de un programa de salud pública en el Hospital Beilinson de Petah Tikva. Tenía un Volkswagen rojo de dos años con el que se escapaba a verla cada vez que podía. Iban al Café Alaska, en Jaffa Street, y a conciertos de la Filarmónica de Israel, a la que los padres de él estaban abonados, lo que la hizo pensar que eran ricos.

En el pequeño coche rojo libraban una placentera lucha cuerpo a cuerpo. Era tremendamente difícil rechazarlo, y una noche en la playa de Bat Yam, ella no pudo seguir haciéndolo. Él la lastimó. Después ella no podía parar de llorar. Él no se daba cuenta de que, de acuerdo con la cultura en que ella había sido educada, había quedado destruida. Pero la reconstruyó; la amaba.

Como si les expresara sus condolencias, la madre de él les deseó suerte. «A ti no te importa, pero puedo imaginar lo que ocurrió en la oscuridad, en la arena, para que él quedara atrapado», le dijeron a Tamar sus ojos claros y contemplativos como los de su hijo.

Él llamó *ya abba* al padre de ella y le llevó una versión moderna del precio nupcial, una cesta con frutas y una botella de arak.

—Vuestros hijos serán morenos —dijo *ya abba* con astucia.

—Eso espero —respondió Yoel.

Una semana mas tarde, Tamar regresó a Rosh Ha'ayin, el poblado yemenita en el que sus padres habían instalado el hogar, y encontró intacto el celofán que rodeaba la fruta; los plátanos estaban negros por la podredumbre y los melocotones y las naranjas blancos de moho. Lo tiró todo. Esa noche, *ya abba* le preguntó:

—¿Quieres a ese *yecheh*, el alemán?

Como ella no respondió, él asintió lentamente y fue a abrir el arak.

El período de interno de Yoel casi había concluido. Él había propuesto llevar a cabo un estudio de la mortalidad durante el embarazo entre los beduinos, y para satisfacción de ambos la propuesta fue aprobada, junto con un cargo en el servicio de salud materno–infantil del Hospital Hadassah.

Hicieron planes para vivir en Jerusalén. Cuando los padres de él les ofrecieron comprarles un apartamento, ella se sorprendió porque enseguida había modificado su primera impresión de que tenían dinero. En su pequeña y oscura tienda de muebles baratos vendían lo suficiente para poder vivir con cierto desahogo.

Pero había una indemnización de Alemania.

El padre de él había estado en Mauthausen, y tres de sus cuatro abuelos y una tía habían desaparecido mientras estaban en Buchenwald. A ambas familias les habían confiscado las propiedades. Su padre había presentado una reclamación después de la guerra, y últimamente les habían pagado una pequeña suma. Pero no querían gastar el dinero en cosas para ellos.

Tamar tampoco quería.

Un día el señor Strauss fue a buscarla y la llevó a tomar el té. Ella se sintió atraída por él. Se le veía cansado y estaba calvo. ¿Yoel llegaría a tener ese aspecto?

Él le palmeó la mano.

—¿Debo devolvérselo a ellos?

Así que, como si fueran millonarios, ella y Yoel se instalaron en tres habitaciones de un edificio bastante nuevo que daba al Yemin–Moshe, e intentaron olvidar los fantasmas que habían pagado su techo. El señor Strauss les ofreció conseguir muebles daneses con descuento, pero para alivio de Tamar, Yoel prefirió escuchar sus ideas. Compraron un colchón de muelles, dos cajoneras pequeñas, una mesa baja, dos pufs de piel de camello que rellenaron con una increíble cantidad de ejemplares de *Ha'aretz* y *Ma'ariv* convertidos en tiras. Buscaron algunas piezas bonitas de cobre batido para disgusto de la madre de Tamar, *ya umma*, cuyos amigos ya habían reemplazado las cosas de cobre por aluminio, que era más elegante. Yoel pasó tres fines de semana pintando las paredes de blanco y ella las decoró con adornos árabes

baratos que compró en el mercado de Nazaret.

Cuando concluyeron, la casa era aún mejor que Sana'a, donde ella había nacido.

Ya umma quería que ella se casara con el traje yemenita tradicional, pero triunfó el innato espíritu práctico de Tamar. Se compró un vestido de boda que pudo usar muchas mas veces, una sencilla prenda de lana peinada color lavanda claro que hacía resplandecer su piel oscura. La ceremonia se celebró en la sinagoga de techo de estaño de Rosh Ha'ayin. *Ya mori*, el rabino, se estaba volviendo senil y se arrastró penosamente por las siete bendiciones. Después de que Yoel rompiera el vaso, hubo un banquete a base de pollos asados rellenos al estilo Temani, huevos duros pelados, arroz aderezado con almendras y uvas, frutas y verduras diversas, vinos y arak.

Ellos se escaparon en el coche rojo en cuanto pudieron y viajaron directamente a Eilat, donde tuvieron tres días de buen tiempo. La menstruación de Tamar había comenzado exactamente antes de la boda. Todas las mañanas salían en una barca con base de cristal y observaban los corales y peces. Encontraron a unos hippies franceses que vivían en tiendas de campaña montadas en la playa, y se enzarzaron en una apasionada discusión sobre el comunismo; pero Yoel compró una botella de vino y fueron aceptados nuevamente en el seno del proletariado. Juntaron algunos corales. Ella chapoteaba y él nadaba.

Cuando regresaron a Jerusalén, *ya umma* los esperaba en la puerta del apartamento, como una esfinge. Tiró agua en el suelo y esparció hojas de ruda, dándoles la bienvenida al hogar al estilo antiguo, para perplejidad de varios inquilinos. Tamar se emocionó, pues sabía el esfuerzo que había supuesto para ella hacer sola el largo viaje en autobús. Ambos insistieron en que se quedara, pero ella besó a su hija y tímidamente le dijo a su yerno que disfrutara con la novia. Luego, contenta, cogió el autobús de regreso a Rosh Ha'ayin.

Para alivio de Tamar, hacer el amor fue infinitamente mejor en su propia cama. Se convirtió tan rápidamente en una participante deseosa, que Yoel, complacido, empezó a tomarle el pelo. Hizo una compra importante: un espejo de pared, el único mueble que no combinaba con el espíritu árabe del apartamento. Lo colocaron en un sitio en el que podían contemplar la piel blanca y morena de ambos fundida en la criatura maravillosamente veteada que formaban.

A Tamar, el matrimonio le dio suerte: prosperó en el museo. Un día llevaron al departamento de conservación un cuenco raro, un objeto de bronce fenicio con forma de cabeza de león, para reparar una pequeña muesca producida al trasladarlo.

Pero cuando ella lo examinó, el fragmento que faltaba dejó al descubierto una serie de capas estratificadas que, como mínimo, eran extrañas. Al raspar, una de las capas, resultó ser de cobre, con un aspecto incongruentemente nuevo. Otra era una mezcla de lacre rojo y de la soldadura blanda que se utiliza en las técnicas modernas. Cuando colocó el cuenco bajo los rayos ultravioleta pudo ver que se trataba de un

objeto de bronce auténticamente estropeado, sobre el que un herrero había construido hábilmente una superficie falsa que parecía a un tiempo antigua y excelentemente conservada.

El museo había estado a punto de comprar el cuenco por un precio varias veces superior al sueldo anual de ella. Mucha gente empezó a saludarla por la mañana, cuando llegaba al trabajo.

Resultaba gratificante, pero ella también disfrutaba en su papel de esposa. Aprendió que su marido no podía comer especias yemenitas, y que detestaba el cordero. Le chiflaban los *mishmish*, los pequeños albaricoques nativos, tan deliciosos que los árabes los mencionaban en una frase que describía la promesa de una felicidad lejana: «Cuando lleguen los *mishmish*». Yoel tenía la frase escrita en tarjetas que mostraba a la menor señal de impaciencia.

Yoel se llevaba bien con sus compañeros de trabajo, en parte —pensaba Tamar con un sentimiento de culpabilidad— porque su trabajo estaba al margen de la corriente principal de promoción de la carrera. Pero estaba obteniendo resultados. La mortalidad infantil y materna entre los beduinos siempre había sido trágicamente elevada; en su difícil vida nómada, los cuidados prenatales no existían. Yoel pasó los primeros meses discutiendo con la estructura del poder, vendiendo sus ideas. Se presentó en repetidas ocasiones ante la Comisión del Agua con las autorizaciones necesarias expedidas por su departamento, hasta que ellos aceptaron tender una línea por encima del nivel del suelo hasta los campos de pastoreo Beersheva de una de las tribus beduinas: una tubería de plástico negro, tan fea como una maldición pero capaz de arrojar bendiciones. Por primera vez, la tribu no tuvo necesidad de marcharse en busca de nuevos pastos. Yoel y un agrónomo del gobierno convencieron al anciano jeque de que se quedaran mientras el gobierno proporcionara pastos a su ganado. A cambio, el jeque hacia que todas las mujeres embarazadas se presentaran regularmente al servicio materno–infantil. Ingresar a las mujeres en el hospital fue la tarea más dura, ya que siempre les habían enseñado que un niño debe nacer en la tienda de su padre. Pero después de que las doce primeras mujeres y sus bebés sobrevivieran, el mensaje fue claro.

Yoel no dejaba de ir en coche hasta el campamento Beersheva si una mujer llevaba tiempo sin someterse a una revisión. Cuando Tamar estaba libre, a veces lo acompañaba para servirle de intérprete. En una de esas ocasiones, después de que él hubiera examinado y regañado a su paciente y de recibir la tímida promesa de que el mes siguiente iría a verlo, se sentaron en la tienda del jeque para tomar el inevitable café con dátiles.

El anciano beduino lo miró con expresión burlona y dijo algo.

—Dice que por qué haces esto —tradujo ella.

Yoel le dijo que le preguntara si acaso no eran hermanos.

—Dice que no.

—Pregúntale si algún día podríamos llegar a ser como hermanos.

—Dice que no es probable.

—Dile que no me importa lo que somos o dejemos de ser, siempre que nos ayudemos mutuamente y vivamos en paz.

El jeque miró a Yoel a los ojos, buscando peligros ocultos.

—Dice: ¿y si no podemos vivir en paz?

—Entonces no llegarán los *mishmish* —respondió Yoel.

Aquel mes de julio se separó de ella por primera vez para presentarse a cumplir sus treinta y un días anuales en la Reserva. Era médico castrense con rango de *seren*, capitán. Antes de que él se marchara, ella vio que las pesadillas alteraban su sueño. Él reconoció enseguida que estaba preocupado. Se había alistado como voluntario para el entrenamiento como paracaidista.

De modo que todas las noches, entre las dos y las cuatro, que era cuando los soldados israelíes estaban autorizados a hacer llamadas gratuitas a su casa, ella esperaba con los ojos nublados junto al teléfono. La décima noche, sonó por fin.

—Es facilísimo.

Ella no le preguntó a qué se refería; sólo una cosa habría reflejado tanto alivio en su voz. Después de cinco saltos más, él quedó capacitado y terminó la preparación en veintiún días. Cuando regresó a casa, ella le cosió el dragón rojo y blanco en los uniformes y admiró la boina roja y las botas rojas de paracaidista, que ellos llamaban zapatillas de ballet.

Su jefe era un comandante llamado Michaelman, cirujano del Hospital Eliezar Kaplan de Rehovot. En septiembre, el doctor Michaelman llegó a Jerusalén con su esposa para asistir a una reunión, y Tamar y Yoel los invitaron a comer. Dov Michaelman era un hombre delgado de pelo entrecano y ojos serenos, un oficial del cuartel general que mandaba a otros médicos en las unidades de combate. Eva Michaelman era una regordeta pelirroja de labios llenos absurdamente colocados en un rostro que, por otra parte, había llegado a la mediana edad. Después de comer, Yoel encendió la radio para escuchar las noticias, lo cual resultó ser un error. Informaron que las fuerzas blindadas egipcias empezaban a concentrarse en la orilla occidental del canal de Suez.

—Maniobras —comentó el doctor Michaelman—. Las hacen todos los otoños.

Curiosamente, lo que asustó a Tamar no fue la información facilitada por la radio sino el hecho de que mientras ella miraba, la dulce boca de Eva Michaelman se volvió tan vieja como el resto de la cara.

Tamar y Yoel fueron a visitar a la madre de ella para celebrar un Rosh Hashana yemenita y luego, para ser justos, decidieron pasar el *Yom Kippur* con los padres de él en la pequeña sinagoga askenazí.

Poco después del mediodía, tres oficiales del ejército entraron en la *shul*. Se abrieron paso entre los fieles cubiertos con el taled y se acercaron al *bema* para entregar una lista al rabino.

El sacristán pidió que guardaran silencio.

—Se ordena a los siguientes hombres que se presenten a sus unidades militares —anuncio el rabino.

El nombre de Yoel no estaba entre los mencionados. Desde el lugar donde estaban las mujeres, Tamar vio que su esposo se inclinaba hacia delante para hacer preguntas. Le resultó difícil respirar. Salió en el momento en que empezaban a sonar las sirenas.

Su suegro se reunió con ella.

—¿Qué es eso? —le preguntó Tamar.

El señor Strauss se rascó la barba gris que empezaba a asomar y miró el cielo por encima de la montura metálica de sus gafas.

—Quizás ha comenzado —dijo.

Regresaron a casa a toda prisa, pero la radio y la televisión estaban cortadas. No había emisiones mientras se celebraba el *Yom Kippur*.

—Al coche le falta gasolina —señaló Yoel.

—Las estaciones de servicio están cerradas.

—Las estaciones árabes de la Ciudad Vieja están abiertas.

Ella asintió; sabía que él iría a buscar noticias, además de combustible. Yoel se alejó a todo correr.

A las dos y cuarenta de la tarde, la radio abrió la emisión con un anuncio de las Fuerzas de Defensa Israelíes. A las catorce horas, los ejércitos egipcio y sirio habían lanzado ataques al otro lado del canal de Suez, y sobre los Altos del Golán.

«Debido a la actividad de los aviones sirios, las sirenas pueden oírse en todo el territorio. Son auténticas sirenas… Se han impartido órdenes para la movilización de reservistas. A la vista de la emergencia, aquellos que no tengan necesidad de transitar por las carreteras deben abstenerse de hacerlo…

Cuando Yoel regresó a casa encontró a Tamar escuchando extraños mensajes que a cada instante interrumpían la música y las noticias.

«Jacinto Púrpura, Jacinto Púrpura, por favor preséntese a las cuatro de la tarde en el punto de concentración».

—¿Cuál es el nombre en clave de tu brigada?

—Biblia. ¿No es una tontería?

—No —respondió ella con voz temblorosa.

Mientras se estaban mirando, la radio la nombró.

—Bueno —dijo él.

—¿Puedo ayudarte a preparar tus cosas?

—Sólo tengo que ponerme el uniforme y coger las cosas de aseo. No hay que

hacer nada más.

—Sí, hay que hacer algo.

En el cuarto de baño, ella se quedó un momento de pie con el diafragma en la mano; luego volvió a guardarlo en su pequeño estuche y lo colocó en el armario. Hicieron el amor demasiado deprisa y sin verdadero placer. Mientras él la penetraba, ella le susurró al oído lo que no había hecho.

—Tonta…

Ella vio la expresión de fastidio de él.

—¿Por qué me dices tonta?

—Esto terminará dentro de unos días. Luego ya veremos como vamos a mantener a una embarazada y a un bebé. —Pero la besó.

—¿Crees que hemos hecho un bebé? —le preguntó ella mientras observaba cómo se ponía el uniforme.

Él se encogió de hombros, absorto en sus pensamientos. Ella se dio cuenta de que al menos una parte de él estaba impaciente por marcharse, que disfrutaba de los peligros tanto como ella los odiaba.

—Yoel.

Él la besó de una forma que significaba más que el apresurado encuentro en la cama.

—*Shalom*, Tamar.

—Eso espero —repuso ella.

La ciudad se convirtió en una persona diferente. Todas las mañanas, cuando abandonaba el edificio para ir al trabajo, veía a unos viejos metiendo arena en sacos de arpillera con una pala. El tránsito civil era ligero. Muchos coches, como el Volkswagen rojo, habían sido embadurnados de barro y sumados al ejército con sus propietarios. En el sótano del edificio de apartamentos había un refugio; las mujeres llevaron los colchones hasta allí, y Tamar ayudó a cerrar con cinta adhesiva las ventanas y cosió unas cortinas para los apagones. Las empleadas del museo preparaban vendas con las sábanas.

La actividad facilitaba las cosas. Basados en las experiencias anteriores, todos esperaban una guerra breve, una defensa relámpago contra el invasor, seguida por una victoria rápida y arrolladora.

Pero durante tres días, las noticias difundidas fueron vagas y desconcertantes. Para entonces, los heridos habían empezado a llenar el Hospital Hadassah, y las informaciones empezaban a hablar abiertamente de la catástrofe producida por sorpresa y de las novísimas armas rusas. Los egipcios estaban sólidamente atrincherados en el lado este del canal, y los sirios ocasionaban numerosas víctimas en el Golán. Todo el mundo intentaba seguir el ritmo habitual. Con ridícula coordinación, Tamar descubrió otra falsificación, esta vez una pintura. Al mirarla con

rayos X, descubrió que el retrato que supuestamente tenía más de un siglo de antigüedad estaba pintado encima de un paisaje. Raspó para coger una muestra diminuta de la pintura utilizada en el cuadro original, y el análisis químico reveló la presencia de titanio, ingrediente de las pinturas sólo desde 1920. La pintura original apenas tenía unas décadas de antigüedad.

El director la llamó a su despacho.

—¿Qué le hizo sospechar? —le preguntó.

Tamar se encogió de hombros.

—Noté rastros de un pigmento punteado. De vez en cuando una pincelada diferente. En un fragmento había un pasaje confuso de un matiz a otro.

El director asintió.

—Tiene usted un don, señora Strauss. Puede encontrar una aguja en un pajar. Ésa es una habilidad que no todo el mundo posee —le dijo con aire pensativo.

Esta vez recibió un aumento de salario y dejó de ser asistente técnica para convertirse en conservadora. Se adoptó la medida de que cada nueva adquisición pasara primero por el escritorio de ella. Normalmente, esto le habría resultado estimulante. Pero apenas reparó en ello. Todas las noches su alarma se disparaba a las dos de la madrugada y la mantenía despierta hasta las cuatro. Pero el teléfono no sonaba.

Recibió dos cartas: dos notas informativas y prosaicas. Yoel le decía que se encontraba bien y que no esperara ninguna llamada telefónica. Las líneas se reservaban «para los soldados con problemas personales, como algún familiar enfermo, cosa que, gracias a Dios, no tenemos». No le decía dónde estaba, ni mencionaba la guerra en ningún otro sentido.

Durante el fin de semana, las cosas empezaron a cambiar en ambos frentes. Kissinger había estado intentando negociar un alto el fuego, que había sido rechazado por Sadat. De repente, los egipcios se mostraron bastante dispuestos. Las fuerzas de defensa israelíes se habían internado en Siria y recorrían la carretera que conducía a Damasco, y una mañana Tamar se despertó con la noticia de que Israel había cruzado el canal y trasladaba la guerra al interior de Egipto. Se esperaba que el alto el fuego se produjera en cuestión de horas.

Tamar quiso darle las gracias a Dios en el Muro Occidental. Cuando llegó, descubrió que cientos de personas habían tenido la misma idea. La multitud se arremolinaba, la gente esperaba con impaciencia a los lados, empequeñecida por la piedra de Herodes. Sintió muchas cosas, aunque tal vez surgían de su interior pues se encontraba aprisionada entre un anciano sollozante y un joven de expresión perpleja.

Se deslizó en un hueco entre la multitud. La gente que se encontraba junto al muro era considerada. Se quedaban sólo unos instantes y luego se apartaban, dejando paso a los demás. Apretujada y empujada, quedó por fin junto a los bloques

calentados por el sol.

La gente se acercaba con respeto a tocar las piedras, sollozando de gratitud, muchos escribiendo plegarias y metiendo el papel entre las grietas, siguiendo la leyenda de que esas peticiones eran concedidas por el Señor. El único papel que ella llevaba encima era una vieja lista de la compra. En el dorso garabateó su petición: que con el tiempo pudiera tener el hijo que esta vez le había sido negado. Introdujo el papel en una grieta, esperando con cierta frivolidad que no se confundiera el lado de la nota y tuviera que parir huevos, pan, queso, manzanas y un arenque.

Se apartó, dejando sitio a otra mujer. La multitud formaba una red de la que tuvo que deshacerse hasta que se abrió y le permitió avanzar por una corriente de sonidos tan fuertes como el dolor, como un *shofar* que sonara junto a su oreja. Un circulo de hasidim polacos danzaban cogidos de la mano, entonando en tono triunfal el fragmento de un salmo: «¡En Tu misericordia confío!» Algunos llevaban barba y eran canosos. Los niños, vestidos exactamente como sus mayores, con *streimels* adornados con piel y largos caftanes negros, compartían la capa de éxtasis tejida por las voces y los cuerpos. Mientras ella observaba, un oficial paracaidista se sumó a la cadena, girando y golpeando con sus botas rojas, con la cabeza echada hacia atrás y, como los demás, con los ojos vueltos al cielo. Finalmente el hombre se apartó y se quedó de pie, riendo y sin aliento, y ella vio que lo conocía.

—Comandante Michaelman —lo llamó—. ¡Dov Michaelman!

Al oírla, él la miró. Su sonrisa quedó congelada y luego se quebró, revelando un dolor tan intenso que la alcanzó con la precisión de una bala, y ella comprendió al instante.

Cientos de hombres fueron enterrados en la ceremonia de los héroes que se llevó a cabo en el Cementerio Militar de las Fuerzas de Defensa Israelíes. Moshe Dayan y el gran rabino de Israel, Shlomo Goren, pronunciaron los panegíricos. Ella veía el movimiento de sus labios, pero no oyó sus palabras. Durante la semana del *shiva*, los padres de Yoel fueron a su casa; se quedaban sentados, descalzos y con expresión perpleja; cuando se les hablaba respondían con monosílabos, y al anochecer se marchaban juntos arrastrando los pies, y regresaban al día siguiente a primera hora. La familia de Tamar llegó desde Rosh Ha'ayin, pero al tercer día *ya abba* perdió las fuerzas y empezó a beber. Cuando concluyó el periodo del duelo y todos se fueron a casa, ella agradeció el silencio.

El cheque del seguro llegó enseguida: eran diez mil libras. Todo lo relacionado con los veteranos muertos era despachado por el gobierno, incluidas las cartas de pésame del capellán principal, del comandante de las fuerzas de paracaidistas, la del general Elazar que le informaba que a su esposo, de feliz memoria, se le había otorgado un ascenso a titulo póstumo, y describía las circunstancias de la muerte del comandante Strauss. Tamar le entregó las cartas a su suegro, que las enmarcó y

colocó sobre el escritorio de la pequeña y oscura tienda de muebles, donde revisaba las facturas de compra y preparaba las facturas de venta.

Ella depositó el dinero del seguro y le dio instrucciones al banco de que le enviara cincuenta libras mensuales a su familia.

Mirara donde mirase, veía algo que seguía existiendo aunque él ya no estaba. En cierto modo, el apartamento era una extravagancia innecesaria para una sola persona, y los Strauss podrían utilizar el dinero que le habían dado a Yoel para comprarlo. Antes de tener la posibilidad de cambiar de idea, puso un anuncio. Las viviendas buenas escaseaban, y el apartamento se vendió casi de inmediato.

Unos días después invitó al señor Strauss a comer. Mientras salían del restaurante, le explicó serenamente lo que había hecho e intentó entregarle el cheque de la venta, pero él torció el gesto y la miró fijamente con los ojos húmedos, rechazando con las manos.

El anciano huyó de su lado y bajó a toda prisa por Yaffa Road.

Ella se dio cuenta de que el dinero manchado de sangre volvía a sus manos, enviado por nuevos fantasmas. Pero les pertenecía a ellos. Fue al banco y abrió una cuenta a nombre de los dos, y les envió por correo la libreta de depósito.

Los nuevos propietarios la apremiaron para que dejara el apartamento lo más pronto posible, pero Jerusalén era una ciudad superpoblada y cara, y resultaba difícil encontrar una habitación adecuada. Se dedicó a buscarla durante su día libre, pero en la calle los rostros aún reflejaban la alegría de la supervivencia, y se agudizó la depresión que sentía. Se encaminó a la Ciudad Vieja. Bajó por la Vía Dolorosa y entró en una tienda de regalos llamada Abdulla Heikal, Ltd., donde un ejército de Cristos con el cuello roto colgaba de medio millar de cruces de madera de olivo. Un rotograbado manchado de agua, recuerdo de una guerra anterior, sonreía mostrando los dientes por encima de dos hombres que llevaban *kaffiyeh* y discutían apasionadamente hasta que uno de los dos lanzó un suspiro y alzó las manos con las palmas hacia arriba. Ambos sonrieron una vez cerrado el trato, y el que había cedido asintió y se fue corriendo.

—¿Busca algo?

No, respondió movida por un impulso y en árabe, a menos que sepa de alguna habitación bonita para alquilar.

No, pero tenía un puf de la mejor piel de camello, una ganga.

Ella sacudió la cabeza y el interés del hombre se desvaneció en cuanto el anciano regresó cargado con una caja de cartón llena de bolsos de mujer.

Unos minutos más tarde, mientras regresaba por la Vía Dolorosa, el anciano corrió tras ella.

—Él me ha dicho que busca una habitación.

Lo miró con expresión vacilante y empezó a arrepentirse de su actitud irreflexiva.

—Véalo y decida después. —El anciano escribió en una libreta, arrancó la hoja con la dirección y se la entregó. Ahmed Mohieddin. Callejón del Pozo, esquina Aquabat esh–Sheikh Rihan.

Aquabat esh–Sheikh Rihan era más estrecha que Vía Dolorosa, y desde ella partían varios callejones. Tamar preguntó a cuatro personas antes de encontrar Callejón del Pozo, una hendidura entre edificios cubiertos de argamasa. La puerta de Ahmed Mohieddin era lúgubre, pero las casas árabes que se ven desastrosas por fuera suelen ser muy distintas por dentro. Un oscuro pasillo la condujo a un patio soleado, con plantas colocadas en barreños cerca del pozo que daba nombre a la calle. La esposa de Mohieddin la llevó por una escalera de piedra hasta una habitación con ventanas arqueadas. No había agua corriente, y en lugar de instalación sanitaria tenía sólo un retrete, pero Tamar le pagó a la mujer un mes de alquiler anticipado.

La primera noche que pasó en la nueva habitación se tendió en la cama en posición fetal, intentando suspender todo movimiento, todo sonido y sensación.

Él estaba muerto. Ella estaba viva.

Nadie más pensaba que esto era raro.

Era una aficionada a todos los vicios. Caminar resultaba más fácil. Se acostumbró a pasear por la Ciudad Vieja en las horas silenciosas de la noche. Cuando por fin sus nervios empezaban a estallar ante la evidencia de que la tierra estaba deshabitada, encontró un café junto a Puerta de Jaffa, como una cueva pobremente iluminada y llena de árabes que fumaban y jugaban a las cartas y a *shesh–besh*. Evidentemente era un territorio masculino, y se conformó con sentarse en una mesa pequeña de la calle y tomar una taza tras otra de café con abundante *hel* mientras escuchaba la amalgama de sonidos: voces y risas masculinas, el borboteo de los numerosos *nargillahs,* el chasquido de las fichas del *shesh–besh*. Ella y un hombre vestido al estilo norteamericano eran los únicos que ocupaban las mesas de afuera. Él era joven, tal vez algo mayor que ella, y tenía el estuche de una cámara en una silla, a su lado, y una Leica colgada del cuello. Ella apartó la mirada y luego se levantó y siguió deambulando por las calles empedradas en las que la luna era la única luz, y su respiración y sus pasos los únicos sonidos.

La tarde siguiente, cuando llegó Tamar, el joven ya estaba allí; ella le devolvió el saludo con cortesía. Él cogió la Leica y empezó a enfocarla sobre ella.

—No, por favor.

Él asintió. Se puso de pie, entró en la cafetería y se paseó entre los jugadores, haciendo fotos.

—Un sitio fantástico —comentó al salir. Se sentó a la mesa de ella tras recibir su autorización y pidió más café. Era un fotógrafo de modas de Londres, que había llegado unos días antes que las modelos para buscar los escenarios—. He estado observándola. Parece muy desdichada.

Cuando ella empezó a levantarse, él estiró una mano.

—No estoy intentando ser un patán, de verdad —le dijo en tono amable—. Lo que ocurre es que por naturaleza soy opuesto a la desdicha.

Ella se quedó y bebió su café a sorbos y en silencio. Cuando él le pidió que le mostrara los alrededores, ella bajó con él por las calles estrechas, señalando la Torre de David, el barrio armenio, el reconstruido barrio judío que había sido arrasado por los jordanos en 1948. Él no le hizo preguntas personales, y al cabo de dos horas todo lo que ella sabía de él, además de su profesión, era su nombre: Peter. Su compañía resultaba agradable. En un restaurante árabe de la calle de la Cadena le compró dolma con hojas de parra y cuscús, y le preguntó si quería arak.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Whisky, entonces?

—Me sienta mal.

—Ah. A mí me pasa lo mismo. —Sacó de su bolsillo una pequeña caja esmaltada y al abrirla dejó a la vista unas pastillas parecidas a bayas rojas.

—Tienes que tomarte dos. Una no sirve.

—¿Qué son?

—La felicidad.

Ella se negó, pero él sonrió y se tragó dos con el café para mostrarle lo fácil que era.

Después de tomarlas no sintió ningún cambio. Tampoco aparecieron los efectos cuando terminaron de cenar y salieron otra vez a la calle. Era inmune a la felicidad.

—Lo que tengo que encontrar ahora —dijo él— es un antiguo jardín árabe con una bonita fuente. ¿Conoces un sitio así?

—Sin fuente. Un jardín con un pozo. Muy bonito. Cuando llegaron al jardín de Mohieddin, ella se sentía levemente feliz.

Le faltaban los dedos de los pies.

Un agradable, muy agradable entumecimiento alrededor de la boca.

Una percepción nueva y especial del modo en que la luna plateaba la piedra y creaba sombras. Él silbó.

—Espera hasta que veas esto adornado con ochos de tejido doble tamaño gigante. ¿Cómo es por dentro?

—¿Feliz? —preguntó alguien mientras ella lo conducía escaleras arriba.

¿Quién?

—Feliz feliz feliz.

¿Quién había preguntado? ¿Quién había contestado?

El aire se volvía gelatinoso. Tamar cayó hacia atrás atravesando un líquido espeso hasta aterrizar en la cama.

¡Riendo!

Y lo observó avanzar en una danza de prendas que volaban.

Él parecía más grande que Yoel pero tenía menos pelo, era interesante; la felicidad era la amnesia total, sin dolor, sin sensación de ningún tipo; vio el rostro pálido y desconocido que se posaba sobre el suyo.

Y empezaba a menearse.

Y se meneaba.

Y ahora flotaba. Hizo su danza del desnudo a la inversa, recogió la cámara y desapareció de la vida de Tamar.

Ella se quedó tendida en la cama, y rió hasta quedarse dormida.

Por la mañana, aterrorizada, pregunto a sus compañeros del museo si conocían algún sitio disponible para vivir; un sentimiento de culpabilidad la llevó a inventarse una plaga de cucarachas.

La administradora de la tienda de regalos arrugó la nariz —¡puaf!—, pero enseguida sonrió: afortunadamente, había una habitación libre en el apartamento de su hija Hana Rath, en Rashi Street. Al atardecer, Tamar volvía a residir en la parte judía de la ciudad; aunque el hombre regresara a casa de Mohieddin con su felicidad, no la encontraría.

Pero detestaba la nueva habitación.

Por su pequeñez y las malévolas calcomanías de la pared, evidentemente había sido la habitación de los niños. Dvora, la criatura desalojada, tenía un cólico y se pasó toda la noche llorando junto a la cama de sus padres. Eli Rath era un ceñudo camionero que roncaba y se rebelaba contra su matrimonio mediante un estómago delicado. Los Rath discutían de la manera de hacer política de él, del sexo oral, de la manera de cocinar de ella, y sus desagradables palabras penetraban en las paredes delgadas y empujaban a Tamar a la adicción a los fétidos cigarrillos autóctonos.

Veintidós días después del encuentro con aquel hombre llamado Peter, ella se dio cuenta de que su período menstrual, que ya tenía que haber terminado, ni siquiera había empezado.

Esperó cuatro días más para estar segura, y luego fue a una clínica de Tel Aviv y se tendió con los pies en unos estribos durante apenas cinco minutos mientras un ruidoso aparato aspiraba el hijo por el que había rezado ante el Muro. Esa noche, en la habitación de los niños, en Rashi Street, la hemorragia fue menor que una menstruación y sintió poco dolor, pero en la habitación contigua la pequeña lloraba otra vez débilmente y Hana Rath le canturreaba: «Dvooorehlehhh… Dvooorehlehhh, mi amor…» Tamar se tendió de espaldas y mientras fumaba los fuertes cigarrillos, estudiaba los animales de las calcomanías y maldecía a Dios.

Al día siguiente estaba en condiciones de volver al trabajo, pero en lugar de eso se dirigió a la brillante oficina de reclutamiento de Rashi Street, situada a pocos edificios de distancia del apartamento de los Rath, y se alistó como voluntaria en el

Ejército.

Recibió entrenamiento como operadora de radio. Los servicios en el frente solían reservarse a las mujeres más jóvenes, pero ella señaló cuidadosamente a sus superiores que los pocos años de diferencia no la convertían en una mujer débil, y las circunstancias de su alistamiento estaban de su parte. Un día recibió la orden de presentarse en el campamento 247, en Arad.

El puesto se encontraba en un desierto, a pocos kilómetros de la ciudad; era un enorme cuadrado de limpios cuarteles marrones cercados por una alambrada, que rodeaban dos recintos cerrados interiores. Los edificios estaban bien conservados y el terreno consistía en césped y jardines bien cuidados de los que *Mogen David* podía enorgullecerse. Uno de los recintos albergaba una unidad de maniobras, una compañía de zapadores. En el otro vivían unos veinte hombres que vestían de paisano.

Había una pequeña caseta para la radio y un oficial con el que ella trabajaría, un capitán llamado Shamir que pronto regresaría a su estudio de grabación en la vida civil. No estaba interesado en nadie que no viviera para los altavoces de sonidos graves y los de sonidos agudos. El primer día ella le preguntó por el grupo de hombres de paisano.

—Trabajan para el Suministro de Agua.

—Ah. ¿Qué hacen?

—Trabajos sucios —respondió él sin levantar la vista de su equipo.

Era un campamento pequeño. Había un buen *shekem*, una mezcla de cantina y club militar que frecuentaba la gente cuando estaba fuera de servicio, y al cabo de una semana Tamar conoció prácticamente a todos, incluidos los que iban vestidos de paisano. No hizo más preguntas sobre ellos porque pronto se dio cuenta de que ni trabajaban para el Suministro de Agua, ni eran paisanos. Notó que además de los vehículos militares del campamento conducían dos coches con matriculas civiles: un jeep Willys de color gris y un break Willys de color beige. La puerta que daba al recinto interior se abría sólo cuando alguien pulsaba un zumbador desde dentro. Un letrero pequeño colocado en la valla indicaba que eran el Cuarto Destacamento Estratégico Especial, y su jefe era un delgado comandante a quien el sol le había bronceado la piel hasta volverla tan oscura como la de ella. Se llamaba Ze’ev Kagan y todos se esforzaban en obedecer sus órdenes. Al cabo de tres días, cuatro de los hombres le comentaron como de pasada quién era el padre del comandante.

Grupos de hombres salían del campamento y se alejaban en el desierto para hacer la instrucción, y Tamar vio que a veces eran acompañados por una o dos mujeres del destacamento Chen. Una tarde le preguntó a una de las soldados cómo se organizaban esas excursiones.

—Nunca hay problema. Simplemente tienes que pedir que te incluyan. A ellos les

gusta cuando viene una del Chen.

Dejó que el capitán Shamir la cargara con el trabajo que le correspondía a él, además del suyo. Empezaba a sentir que se convertía en una persona distinta, que abandonaba y reemplazaba las células de su vida anterior, y su subconsciente empezaba a convencerse de que Yoel estaba muerto. En ocasiones aún podía ver su rostro con todo detalle, pero en otros momentos tenía que obligarse a imaginar rasgos individuales y luego concentrarse para intentar reunirlos. A esas alturas, su cuerpo empezó a exigirle las cosas que él le había enseñado, y dormía mal. Cuando dormía profundamente, soñaba mucho con Yoel, y por lo general eran sueños sexuales. Realizaba entrenamiento físico todas las mañanas, pero eso no era suficiente.

Cuando entró en Operaciones, Ze'ev Kagan estaba sentado ante una de las mesas, escribiendo a máquina. El oficial de guardia era el capitán que estaba al mando de los ingenieros. La escuchó y asintió.

—Ze'ev. Empezarás a entrenar a tu gente por la mañana. ¿Puede ir contigo la teniente?

Kagan la miró.

—No podré permitirme el lujo de enviar a alguien con usted si decide que quiere abandonar.

—No querré abandonar.

Él le sonrió con expresión insegura.

—Me parece bien —dijo, y siguió escribiendo a máquina.

Salió con ellos tres días seguidos. Los hombres iban vestidos con mono, sin ningún distintivo. El primer día caminaron sólo quince kilómetros, pero a partir de entonces el comandante añadió cinco kilómetros diarios al trayecto.

Al regresar, Tamar se daba largas duchas calientes, pero los músculos se le volvieron duros y le dolían.

El tercer día, Kagan los hizo arrastrarse por el loes y subir y bajar a paso ligero colinas cubiertas de rocas, y ella se arrepintió de haberlos acompañado. Finalmente él ordenó hacer un alto y retrocedió hasta donde se encontraba ella, junto a un muchacho rubio llamado Avram, en medio de la doble fila de hombres.

La hizo salir de la fila, colocarse delante y caminar junto a él.

—Estoy perfectamente bien —dijo ella de mal humor.

—No estaba pensando en usted —puntualizó él, y Tamar comprendió que quería que se colocara donde pudiera verla cualquier hombre que se sintiera sin fuerzas.

No volvió a hablarle. Era un hombre corpulento, pero visto desde un lado, su perfil era anguloso y tan feo como el de un pájaro. Tamar percibió el olor de su propio cuerpo y de vez en cuando, al rozar el cuerpo de él, notaba que era duro.

Esa noche soñó con Ze'ev, y a partir de entonces la figura masculina que aparecía en el sueño a veces era Yoel, y a veces no.

Una mañana se preparó para salir con ellos, pero Shamir le dio una cantidad enorme de mensajes para enviar. Al atardecer, él se acercó a ella, que se encontraba en el *shekem*.

—¿Dónde estabas? —le preguntó.

Cuando ella se lo explicó, él le preguntó si volvería a salir con ellos el día siguiente.

—Aún no lo he decidido.

Él la miró a los ojos.

—Quiero que vengas —le dijo. Su rostro era tan oscuro como el de ella, pero sus ojos eran grises, como los de un askenazí.

En el campamento existía un código tácito. Dado que hombres y mujeres vivían muy cerca unos de otros, tenían el buen cuidado de no mezclar la vida militar con las relaciones personales. Pero era muy común que salieran en pareja cuando contaban con un permiso nocturno.

Él tardó tanto en pedírselo que ella había empezado a pensar que tal vez estaba equivocada.

Fueron a Tel Aviv, a un hotel pequeño que se encontraba en una zona de la playa de aspecto lamentable. El sonido del mar entraba por la ventana abierta. Cuando él se desnudó, su cuerpo oscuro resultó ser sorprendentemente blanco desde la cintura hasta la mitad de los muslos, y al principio, en su ansiedad, le pareció mucho mejor de lo que había imaginado en sus sueños, pero enseguida fue evidente que algo fallaba. Se habría compadecido de sí misma si no hubiera sentido tanta pena por él, aunque tuvo que dominar el irrefrenable impulso de reírse de ambos, como si estuviera viendo a dos torpes cómicos luchando en una pantalla distante.

Hizo todo lo que pudo por ayudarlo, pero fue inútil.

Él le contó que se estaba tratando con un psiquiatra. El médico lo había alentado a que lo intentara con ella, pero le había advertido que no se dejara abrumar por el fracaso.

¡Se disculpaba!

Cuando le pareció que podía hablar, le cogió la mano y le mostró lo musculosas que se le habían puesto las pantorrillas como resultado de las caminatas. Dijo con cautela que había leído algo acerca de estas dolencias. No eran nada raras, y estaba segura de que se trataba de algo pasajero. Las cosas mejorarían muy pronto.

—¿Cuándo? —preguntó él como un niño que exige una respuesta.

Ella cogió un cigarrillo del paquete de Nelson que él había puesto en la mesilla de noche, y cuando él se lo encendió vio que sus ojos eran los de un amante, llenos de pasión y de algo más que la llevó a preguntarse cómo había sentido la tentación de reírse de él y de sí misma. El fuerte humo le quemó la garganta y le llenó los ojos de lágrimas, y acarició a Ze’ev a ciegas, con tanta ternura como pudo expresar con sus

dedos temblorosos.

—Cuando llegue el *mishmish* —dijo.

Sólo le llevó tres semanas conseguir lo que los psiquiatras no lograban.

Ayudó muchísimo a Ze'ev Kagan. Era una razón para vivir.

Él no era el tipo de hombre que a ella le gustara. Su esposo se había esforzado por proporcionar a los beduinos salud y pastos permanentes. Ella sabía que Kagan envenenaba los pozos para acelerar la partida de las tribus beduinas sospechosas de proporcionar información secreta a los países árabes. Distribuía hachís para convertir a los confidentes en adictos.

Se ocupaba de los trabajos sucios. Sólo Dios sabia qué más hacia, o qué más había hecho.

Se vieron a menudo durante catorce meses. Finalmente, él se puso demasiado serio. Quería más de lo que ella podía darle. Tamar puso fin a la relación después de abandonar el Ejército y reanudar su trabajo en el museo.

Cuando Kagan le propuso que trabajara con él durante una breve temporada, ella creyó que estaba bromeando. Pero él le explicó en qué consistía el trabajo y ella reflexionó.

Finalmente decidió tomarse unas largas vacaciones del museo. Preparó una maleta y se mudó a la habitación del hotel contigua a la de Harry Hopeman.

El norteamericano la llamó y le pidió que desayunaran juntos. Cuando ella estuvo lista, dio unos golpecitos en la puerta. Se saludaron discretamente. Una vez en el comedor, esperó a que él pidiera al camarero lo que quería tomar y luego le dijo que se daba cuenta de que no se alegraba de contar con su ayuda.

—Ninguno de los dos tiene otra alternativa. Me han asignado la misión de trabajar con usted.

—Me gustaría hablar con la persona de la que usted recibe las órdenes.

—Señor Hopeman, a mí me han llamado para hacer que eso sea innecesario. No permitirán que usted sepa quiénes son.

Él frunció el ceño.

Sus rasgos carecían de atractivo pero su rostro duro adquiría una expresión interesante gracias a la vitalidad de sus ojos. Se fijó en sus manos mientras él untaba mantequilla en un panecillo. Existían mitos acerca de las manos. Dov Michaelman era un magnífico cirujano y tenía dedos cortos y rechonchos. Las manos de este hombre tenían dedos largos y elegantes. Los imaginó desatando nudos intrincados, enhebrando una aguja, acariciando a una mujer. Sonrió ante su insensatez; seguramente él era torpe y desmañado.

Se sintió contrariada al ver que él había interpretado erróneamente la sonrisa. Un norteamericano consentido, pensó; demasiado dinero, demasiado éxito. Demasiadas mujeres sonriéndole.

—Tengo trabajo en mi habitación —le informó—. No le molestaré mientras esperamos a que se pongan en contacto con nosotros.

Él cogió un pequeño paquete del bolsillo de su abrigo y lo puso encima de la mesa.

—Creo que no será una larga espera —señaló.

11
EL MONSEÑOR

—Como Gila County, en Arizona.

—¿Cómo es eso? —La voz de ella lo sobresaltó; había demostrado que era capaz de permanecer callada durante varios kilómetros.

—Caliente —dijo él sin apartar la vista de la estrecha carretera. Un remolque corría en dirección a ellos a toda velocidad; exactamente delante, un niño árabe avanzaba a saltitos sobre un burro. Harry frenó. El remolque pasó junto a ellos rugiendo, y ellos adelantaron al chico. Harry luchó con el cambio de marchas para poner la cuarta velocidad, y el costado de su mano tocó la de ella.

—Perdón. —Sintió un cosquilleo.

De Yemen al Bronx, un *kvetch* es un *kvetch*. En cuanto ella subió al coche, le pidió que desconectara el aire acondicionado. Insistió en que les haría daño, y dijo que lo mejor sería que él se acostumbrara a vivir con el calor.

El aire entró por la ventanilla y le golpeó la cara como si fuera la llamarada de un horno.

Esa mañana le habían hecho llegar una nota. Era breve y concisa y estaba escrita en la misma letra garabateada de la dirección del paquete que contenía el granate. Le indicaba que fuera a un hotel de Arad y se registrara.

—En el norte hace frío. En la cima del Hermon hay nieve todo el año.

—Pero Arad está en el sur, no en el norte —puntualizó él.

—Sí. Arad está en el sur —sonrió—. ¿Lo ve? Podemos coincidir —añadió.

Una ciudad llana, bañada por el sol. Las calles estaban llenas de soldados y de vehículos.

—¡Espere, por favor! —gritó ella cuando pasaban junto a un hotel—. Quiero entrar ahí. Venga, le invito a un café.

—No es nuestro hotel.

—Lo sé, lo sé. Vamos.

En la cafetería, un empleado de edad mediana, con la cabeza rapada y un bigote de turco golpeó dos veces la palma de la mano contra el mostrador.

—¡Ajá! —Su nombre resultó ser Micha. Señaló a Harry con su enorme dedo índice—. Será mejor que la trate bien. Ella es especial.

Harry se quedó callado mientras ellos conversaban. ¿Dónde está Itzak? En un kibbutz, en el norte. ¿Y Yoav? Trabaja de contable en Tel Aviv. ¿Dónde está el capitán Abelson? Sigue aquí, ahora es comandante.

—¿Y Ze’ev? —preguntó Micha—. No viene más por aquí. ¿Cómo esta Ze’ev?

—Supongo que bien.

—¿Supones? Ajá.

Por primera vez Harry notó que ella se sentía incómoda.

—Micha es el único que puede darle tanto significado a un ajá —comentó Tamar.

Micha les sirvió café.

—¿El campamento es más grande?

Micha se encogió de hombros.

—Hay demasiados soldados en las calles.

—Son de otros sitios. Hacen maniobras.

—Oh. Arad ha crecido.

Micha asintió con expresión taciturna.

—¿Pero no has estado en Dimona? Inmigrantes. Rusos, norteamericanos, cochinchinos, marroquíes. Demasiadas verduras distintas en una misma olla. Montones de problemas. —Se apartó para atender a alguien más.

Harry miró furtivamente a Tamar, que bebía su café. Aunque enemiga de la tecnología de la refrigeración, la blusa húmeda había empezado a pegarse a su piel. Apartó la vista.

—¿Es clienta de este bar?

—Estuve estacionada en un campamento del ejército, cerca de aquí. Venía muy a menudo.

Con Ze'ev, pensó Harry. Que había sido desterrado con un «ajá».

Terminaron el café y se despidieron de Micha.

—Demasiados soldados. Haciendo maniobras. La gente con la que va a reunirse no vendrá aquí, ya lo verá —dijo ella cuando estuvieron en el coche—. Tenían miedo de reunirse con usted en Jerusalén. No van a sentarse en medio de todos estos soldados israelíes.

Harry gruñó. Había tenido el cuidado de no pedirle su opinión.

Cuando encontró el hotel, supo que no había ningún mensaje para él. Hablaron poco durante la cena. Ella le aconsejó que pidiera pollo. Él pidió ternera, que resultó dura.

Poco antes de que oscureciera, un camello salió del desierto y empezó a comerse el arriate de flores de la parte de atrás del hotel. El recepcionista lo espantó con maldiciones y piedras.

Por la mañana, cuando atravesó el vestíbulo para reunirse con ella a tomar el desayuno, había otra carta para él en la recepción.

—Buenos días.

—*Boker tov*.

—¿Cómo son los huevos de aquí?

—Frescos.

Pidió huevos. Le dio la carta a ella y la miró mientras la leía. Le indicaban que regresara a Jerusalén y que esperara de nuevo en el hotel.

—O sea que usted tenía razón.

Ella lo miró.

—No le resulta difícil decirle eso a una mujer —comentó Tamar.

Él se encogió de hombros.

—La razón es la razón.

—Tampoco parece molesto por dar tantas vueltas inútiles.

—Tal vez no sean vueltas inútiles. Cuando uno se ocupa de objetos minúsculos que valen grandes sumas de dinero, el negarse a hacer negocios en un lugar inseguro es digno de elogio.

—¿Ahora volvemos a Jerusalén y esperamos en el hotel?

—Ahora volvemos a Jerusalén. Si llaman y no estoy, volverán a llamar. ¿Querrá mostrarme la ciudad?

Ella le sonrió.

—Con mucho gusto.

Nunca había visitado la Vía Dolorosa ni las iglesias, le comentó mientras recorrían el camino de regreso.

—No me gusta el este de Jerusalén. Se pueden ver cosas mucho más interesantes en la Ciudad Nueva.

—En realidad yo quiero ver la Vía Dolorosa.

Ella asintió. Pero cuando llegaron a Jerusalén, le dolía la cabeza.

De modo que se fue solo. Entró en la Ciudad Vieja por la Puerta de Herodes, pasando literalmente del oeste al este, por un laberinto de callejones estrechos. Estaban atestados de gente y sólo se oían las ruidosas discusiones de los comerciantes. Harry estaba seguro de que, salvo por las antenas de televisión que se elevaban en antiguos tejados de piedra y por los letreros de Coca–Cola y máquinas de coser Singer, nada había cambiado desde las Cruzadas.

Al cabo de unos minutos, alguien se le acercó:

—¿Guía, señor? ¿Vía Dolorosa y las iglesias? Siete libras. El guía era un árabe que ya llevaba cinco personas a remolque. Harry le pagó las siete libras y siguió a una familia francesa —la madre, el padre y una hija adolescente— y a dos jóvenes norteamericanos a los que la hija dedicaba miradas furtivas. La primera estación del Vía Crucis, donde Jesús fue sentenciado a muerte, era ahora una escuela primaria. El guía les enseñó las huellas, grabadas en las losas, de los juegos habituales entre los soldados romanos.

Pasaron la segunda estación, donde Jesús recibió la cruz, y la tercera y la cuarta, donde el prisionero cayó y encontró a su madre desfalleciente. La cuarta estación era una iglesia armenia. Desde ella llegaba una procesión de sacerdotes.

—Todos los viernes a esta hora de la mañana —explicó el guía— sacerdotes de todo el mundo, invitados por los franciscanos y por los metropolitanos ortodoxos rusos de Jerusalén, representan la crucifixión de Nuestro Señor.

»Fíjense en los diferentes trajes; cada uno corresponde a una orden religiosa diferente. Los dos caballeros de sotana blanca y solideo blanco son abades cistercienses, más comúnmente conocidos como trapenses. Los que van vestidos de gris son franciscanos. El de azul es un capuchino. El clérigo del capelo cardenalicio es un cardenal que se encuentra de visita.

Había además un sacerdote que llevaba zapatos y traje tropical blancos y peto negro, y varios con traje de calle negro.

El sacerdote que iba cargado con la pesada cruz interpretaba su papel demasiado bien. Tropezaba, y estuvo a punto de caer. Mientras se tambaleaba, se volvió. Tenía el rostro tan arrebatado por el esfuerzo, que por un instante Harry no lo reconoció.

Entonces supo sin ninguna duda quién era. Dio un paso hacia la procesión.

—Peter.

Los ojos del hombre que llevaba la cruz estaban deslumbrados por una experiencia tan intensa e íntima que Harry retrocedió.

Cuando la procesión descendió por Vía Dolorosa hasta la quinta estación, él la siguió.

—¡Señor! —lo llamó el guía, nervioso—. Es demasiado pronto. Primero tenemos que entrar en esta iglesia armenia.

Harry rechazó las palabras con un movimiento de la mano. Siguió a los sacerdotes a lo largo de otras nueve estaciones y luego se sentó pacientemente en la iglesia del Santo Sepulcro y observó a Peter Harrington ayudar al cardenal y dar la comunión.

Cuando terminó la misa, él se acercó hasta donde el sacerdote se estaba terminando de despedir. Harry le tocó el brazo y aquél se volvió.

—Hola, padre. —Vio una expresión de placer en los ojos del otro, además de algo perturbador. La cautela desapareció en un instante, pero le confirmó que había encontrado oposición bajo la forma de un amigo.

Por supuesto, fueron a comer.

Peter Robert Harrington había descubierto los voluptuosos placeres de la comida y la bebida cuando aún era estudiante en el Mount Saint Mary's, en Baltimore. Los cangrejos y la cerveza alemana le habían parecido excesos sin importancia. En aquel entonces necesitaba unos pocos excesos; trabajaba arduamente. Su capacidad para el estudio y su gran inteligencia le habían llevado al Collegio Americano del Nord para obtener la licenciatura en Teología Sagrada. En Roma sucumbió totalmente al arte clásico y a la cocina italiana. Después de ordenarse sacerdote, dieciocho meses insípidos como pastor auxiliar de una iglesia de un suburbio de Baltimore lo

ayudaron considerablemente: los cangrejos no eran tan irresistibles después de conocer el ossobuco con ñoquis.

Pero fue devuelto al Colegio Norteamericano de Roma.

Al principio esperaba hacer algún trabajo sobre teología, a la que sus superiores mencionaban invariablemente como «la reina de las ciencias». Afortunadamente para él, sus consejeros estimulaban su interés por el arte y quedó matriculado en la Accademia di San Luca, donde a su debido tiempo defendió su tesis («Los objetos artísticos sagrados como símbolos en los escritos de los padres fundadores de la Iglesia») con erudición suficiente para permitirle utilizar el sombrero de cuatro puntas, de seda negra, adornado con la borla púrpura, el birrete doctoral.

Se le asignó un puesto en el museo, a las órdenes del administrador del patrimonio de la Santa Sede. Entre sus obligaciones diarias estaba la de tratar con los donantes y los directores de galerías, personas que por lo general comían en restaurantes elegantes.

Cuando planteó por primera vez el tema de su debilidad en la intimidad del confesionario, fra Marcello se había enfrentado a él. «Seguramente está usted excesivamente preocupado. Aumente sus plegarias, coma con más prudencia y desista antes de la cuarta copa fuerte».

Pero cuando volvió una y otra vez a confesar que había bebido en exceso o había disfrutado de una comida suculenta como si fuera un sacramento, la sonrisa desapareció de la voz que llegaba desde la oscuridad.

Su confesor le había ordenado que hiciera media hora de meditación nocturna sobre el pecado de la glotonería, además de rezar todos los días el rosario y dedicarlo a la intención de que sus apetitos fueran controlados. Además, el padre Harrington se había impuesto por su cuenta otra penitencia. Después de cada desliz, se sometía a un ayuno de dos semanas, renunciando a los postres y al pan, a los que era desmesuradamente aficionado. Y todas las mañanas salió a correr, combatiendo su debilidad con ejercicio, abstinencia y plegarias.

Un día vio a otro hombre que corría en la Piazza Bologna, un joven norteamericano. Esa tarde el cardenal Pesenti los presentó. Ambos se cayeron bien y se hicieron amigos casi al instante. Durante la estancia de Harry en el Vaticano comían juntos a menudo, en diferentes restaurantes. Discutían constantemente en tono amistoso, y cada uno reconocía en el otro una mentalidad fuerte e inflexible que resultaba atractiva y desafiante al mismo tiempo. Harry aprendió del sacerdote montones de cosas sobre comidas y vinos.

Y él le había enseñado al padre Harrington muchas cosas sobre diamantes.

El sacerdote lo llevó a un lugar de King George V Street. Se trataba de un bar estilo americano, de los destinados a captar los dólares de los turistas en muchas grandes ciudades del mundo.

—Es el único lugar de este país en el que sirven whisky irlandés.

Pidieron uno doble para cada uno.

—*L'chaim, chaver*.

—A su salud, padre.

—Ya no puedes llamarme padre. Hace casi dos años que soy monseñor, Harry.

—Mañana llevarás el capelo cardenalicio.

—No, no. He cometido el error de entrar en el cuartel general como oficial subalterno. Cualquier soldado podría amonestarme.

—A ti te importan un bledo los ascensos, Peter. Vi tu cara mientras llevabas la cruz. —Se inclinó hacia delante—. Naciste con suerte, eres uno de los elegidos.

—Gracias, Harry —dijo Peter suavemente mirando a su amigo; luego se concentró en el menú—. Te aconsejo el goulash.

—Israel no es país de carne vacuna.

—En este lugar tienen carne recién llegada de Chicago.

Cuando lo probaron, resultó picante y sabroso.

—Mejor que cualquier goulash que puedas comer en Chicago —comentó el sacerdote.

—Bueno, aquí utilizan carne importada.

El monseñor sonrió, pero no con la mirada.

—¿Recuerdas la ternera de Roma?

Harry lanzo un suspiro.

—En Le Grand. ¿Sigue siendo maravillosa?

—Sí. —El monseñor jugueteó con la servilleta—. ¿Has visto el diamante?

—No.

—Yo tampoco. He estado dos semanas esperando como un estúpido en el Instituto Pontificio de la Biblia.

—Es como si alguien lo hubiera bloqueado todo y nos tuviera a nosotros como reserva —dijo Harry incómodo. Observó a su viejo amigo—. ¿La policía no puede hacer algo por ti?

—Fuera de Italia, no.

—¿Estaba asegurado?

—¿Qué museo tiene seguro? Cuando algo está en tránsito, sí. Pero dentro de las paredes del museo, nunca. Nuestros objetos y pinturas no tienen precio. El seguro anual sería asombrosamente elevado —dijo en tono taciturno.

—Sin embargo, estáis intentando volver a comprarlo.

Monseñor Harrington se encogió de hombros.

—Queremos el Ojo de Alejandro. No es un problema de dinero. Aunque ellos tengan una factura de compra, para nosotros es como recuperar un hijo pagando a los secuestradores. ¿Te digo qué es lo que no entendemos, Harry?

—Si quieres…

—No logramos entender por qué no estás trabajando para nosotros.

—Este diamante tiene una larga historia judía.

—¡Es nuestro! ¡Es una piedra que nos fue robada a nosotros!

—Ha sido robada más de una vez. Me gustaría que tuvieras eso en cuenta, Peter.

—¿Es que me he equivocado contigo? ¿Eres de esos hombres que compran mercancías robadas?

—La sangre es más espesa que el agua —dijo Harry—. Más espesa incluso que el agua bendita. En la actualidad no podéis obligarme a que trabaje para vosotros. No podéis quemarme vivo ni meterme en la cárcel.

—Tonterías —respondió monseñor Harrington disgustado—. Esa es una vieja historia. Vosotros nunca os libráis del pasado.

—Nosotros aprendemos del pasado. Echa un vistazo al pasado, monseñor. ¿Cómo consiguió la Iglesia ese diamante? ¿A quién pertenecía antes de que fuera de la Iglesia?

—Pareces un sionista hablando de Israel.

—¡Eso es, es exactamente lo mismo! Y precisamente por eso tengo que comprar este diamante. Nos fue arrebatado algo precioso, y ahora nos condenáis por recuperarlo y conservarlo.

El sacerdote sacudió la cabeza.

—Es nuestro. En mi museo hay una maravillosa mitra con un agujero enorme donde tendría que haber un diamante. Esa mitra la utilizan los papas. Voy a aplastarte, Harry.

—No, Peter —dijo él suavemente.

—Sí. Por mi vocación, naturalmente, por la Iglesia. Pero sobre todo por mí. No es una actitud muy cristiana, ¿verdad?

—Es muy humana. Cuentas con mi comprensión.

—La seguridad de un Hopeman. ¡Qué buen jesuita habrías sido, Harry! Lástima que no seas católico.

—Yo también nací con suerte. Soy uno de los elegidos.

Se miraron fijamente a los ojos, impresionados por el encono que ahora los separaba.

—Será mejor que pida un par de coñacs —sugirió Peter Harrington en tono arrepentido.

—Los postres no son gran cosa en este país. Pero vas a echar de menos algunos panes cuando hagas penitencia por tus excesos.

Peter torció la boca y echó la cabeza hacia atrás. Harry también reía.

—Oh, bastardo judío —dijo Peter por fin.

Pidió las copas. Se miraron, y Harry volvió a estallar en una carcajada, como

reacción a la tensión. Ambos se echaban hacia atrás y hacia delante, jadeando. Empezaban a dolerles los músculos del estómago.

El sacerdote blandió un dedo.

—¡Te aplastaré!

—¿Con ese culo de cerdo *no–kosher* monseñor? —logró decir Harry claramente.

—¿Y qué esperabas? ¡… Importado!

Se miraron y volvieron a estallar en carcajadas. Harry se moría de risa. El camarero reía con ellos, sin saber por qué.

12
Masada

Por la mañana, cuando la mujer yemenita lo llamó, en su cabeza latía un mensaje urgente: «No bebas con sacerdotes». Se tragó una aspirina con zumo de tomate y aceptó que ella fuera su guía. Tamar lo llevó al museo, donde las galerías eran frescas y tranquilizadoras, y los guardias la trataban como si perteneciera a la realeza. Era una erudita, y sus comentarios iluminaban los objetos bonitos y lo llenaban de placer. Al final de la hermosa mañana se sentía mejor, y muy animado.

—¿Adónde vamos a comer? —preguntó.

Cogieron un taxi hasta la Puerta de Jaffa y ella lo condujo hasta un pequeño edificio de piedra que tenía media docena de mesas en la calle.

—Adentro debe de estar más fresco.

—No les gusta que entren mujeres.

Se sentaron a una mesa que se encontraba en la sombra. Tal como él le pidió, ella encargó variedad de ensaladas típicas que comieron con trozos de pita que utilizaron como cucharas, y té con menta.

En el interior de la cafetería, los hombres hablaban a gritos. Estaban jugando con dados y fichas. Ella llamó *shesh–besh* al juego; cuando le explicó en qué consistía, él se dio cuenta de que se trataba del backgammon.

—Pensé que no le gustaba esta zona de Jerusalén.

—Me encanta. Pero durante un tiempo viví en este barrio. Fue una mala época para mí. —Lo miró fijamente—. Lo traje hasta aquí porque anoche recordé que no se puede huir de las cosas que uno teme.

—Yo lo hago constantemente —afirmó Harry.

El camarero se acercó y ofreció a Harry un nargillah. Dos árabes se sentaron cerca y fumaron las pipas de agua, que borboteaban cada vez que daban una calada. Harry sacudió la cabeza.

Le habló a Tamar de monseñor Harrington.

—La gente que le pidió a usted que trabajara conmigo… ¿Querrá decirles que lo vigilen?

—Sí, lo haré.

—Empiezo a pensar que necesito todas las ventajas —dijo—. ¿Usted está divorciada?

—Él murió —repuso Tamar, y siguió bebiendo su café.

Estimado señor Hopeman:

Por favor trasládese a Masada y espere allí hasta que nos pongamos en contacto con usted.

Permítame que le dé las gracias por su admirable paciencia y cooperación. Lamento que haya sido necesario retrasar nuestra transacción, pero estoy seguro de que lo comprende.

Espero verle pronto.

Atentamente,
YOSEF MEHDI

Ella no pareció sorprendida.

—Masada se encuentra en el desierto, alejada de la gente. Llegan autocares de turistas, pero con el calor del verano, cada vez vendrán menos. Y no habrá soldados que asusten a nuestros amigos.

—¿Tendremos que alojarnos en tiendas de campaña?

Tamar reflexionó.

—En la ladera de la montaña que da al mar Muerto hay un hostal en el que podríamos quedarnos. Pero por lo general en él se alojan turistas jóvenes, y es posible que Mehdi no quiera acercarse a usted en presencia de ellos. En la ladera que da al desierto hay una cabaña que de vez en cuando utiliza un guardabosques de Parques Nacionales y Reservas Naturales. Si está deshabitada, tal vez pueda obtener permiso para utilizarla.

Media hora más tarde, Tamar lo llamó por teléfono.

—Todo arreglado —dijo.

Volvieron a trasladarse en coche a Arad. Mientras ella hacía unas compras, él llevó el coche alquilado a una estación de servicio donde hizo revisar el aceite y el agua, y cargó gasolina. Como si fuera una idea tardía, compró una botella de coñac israelí. Luego fue a recoger a Tamar, que iba cargada con las provisiones.

No muy lejos de Arad abandonaron la carretera asfaltada y el suelo pasó a ser de arena y piedras sueltas que se movían bajo las ruedas. Circularon junto a dos camellos inmóviles y Harry le preguntó a Tamar si el desierto albergaba otros seres vivos. Muchísimos, respondió ella: gacelas y víboras, hienas y manadas de chacales. Últimamente se había visto un leopardo negro no muy lejos de donde ellos se encontraban.

—Pare en lo alto de la próxima cuesta —le indicó ella. Subieron una pequeña colina y él frenó. A unos ocho o nueve kilómetros de distancia, Masada se alzaba nítidamente en una nada azotada por el viento.

—¿Ve las terrazas que se extienden en la parte superior? Allí, a la izquierda. Allí es donde el rey Herodes se sentaba en las noches cálidas con una gorda *chatichah* en cada rodilla.

—¿Una gorda qué?

—*Chatichah*. —Sonrió burlonamente—. Lo que los norteamericanos llaman una preciosidad.

Él le devolvió la sonrisa y arrancó. El coche avanzó bamboleándose por el camino zigzagueante y en mal estado. Masada empezó a crecer. Harry pudo ver con gran expectación que estaba salpicada de cuevas de oscuras bocas. ¿Quién podía saber lo profundas que eran? Por primera vez pensó que no había sido una estupidez haber ido hasta allí.

En la cabaña había una nevera vieja pero que funcionaba, una cocina económica de dos quemadores, un retrete por el que caía débilmente el agua, y una ducha con la alcachofa oxidada. Los muebles tenían un aspecto lamentable, o estaban rotos. La cama era un catre individual del ejército.

—Es encantadora —dijo Harry—. Nos la quedamos.

Estaba sacando las provisiones del coche cuando levantó la vista y vio una hilera de soldados armados. Arrastró la caja de la compra hasta la cabaña y la dejó en el suelo.

—Supongo que son israelíes.

Ella miró por la ventana y se acercó a la puerta. Había unos veinte soldados, incluidas dos mujeres. Harry había hecho el servicio militar en la infantería norteamericana, y los miro con simpatía mientras se acomodaban a la sombra de la cabaña. Volvió a sentir las piernas doloridas, los pulmones ardientes, la pesada mochila pegada a la espalda de la camisa húmeda. Las dos Chen eran atractivas a pesar de las manchas de sudor y de las cantimploras cubiertas de calcetines que les ensanchaban la cintura. Harry fue hasta el coche y cogió la cámara.

El oficial se apartó de Tamar y gritó en hebreo, y luego en inglés:

—¡Nada de fotos! ¡Nada de fotos!

Harry guardó la cámara, pero el hombre siguió despotricando contra él.

Le devolvió la mirada y le dijo:

—Tranquilícese.

Tamar dijo algo en tono brusco.

El oficial dio una orden que provocó gruñidos. Pocos minutos más tarde, los soldados se marcharon.

Tamar y Harry regresaron a la cabaña en silencio y se dedicaron a guardar las provisiones.

—No fue precisamente una lección de democracia, ¿verdad? —comentó él por fin.

—Le prometí que le reclamaría a usted la película —señaló Tamar.

—Ni siquiera toqué el disparador.

—Necesito la película.

Salió y cogió la cámara. Ella observó cómo rebobinaba la película y quitaba el carrete.

—Lamento que tenga que desperdiciarlo —se disculpó ella.

Él buscó otro carrete en su bolsa. Finalmente puso todo en el suelo: ropa interior, camisas, pastillas salvavidas, calcetines, libros de bolsillo, carretes de fotos y varias bolsas de ropa sucia dirigidas a Della.

Tamar leyó los rótulos y lo miró fijamente.

—¿Envía la ropa sucia a Estados Unidos?

No se le ocurrió ninguna respuesta satisfactoria.

—¡Dios mío!

—No lo hace ella. La envía a la lavandería.

Tamar puso la sartén y el hervidor en el fregadero y empezó a lavarlos.

—El suelo está mugriento. Ahí hay una escoba.

—Estoy acostumbrado a que haya un poco de desorden. Mi esposa y yo no vivimos juntos.

—¿A quien narices le importa cómo vive usted, señor Hopeman? —repuso ella mientras restregaba enérgicamente.

—¿Qué es lo que a usted le importa? —respondió él. Cogió una de las mantas de ejército que estaba doblada sobre el catre. Guardó dos trozos de maguey y algunos plátanos en su bolsa y se sintió más que nunca como un marido que abandona el hogar; salió y cogió el coñac del coche. Luego subió por el sendero que conduce a la parte más alta de Masada.

Sabía que a ese camino le llamaban Rampa Romana porque había sido abierto por la Décima Legión para poder llegar al reducido grupo de judíos que fueron la última resistencia armada contra Roma.

Se suponía que las vigas utilizadas por los romanos para apuntalar el sendero aún eran visibles. Cuando llevaba recorridos dos tercios del camino, vio algunas de esas vigas sin ninguna dificultad.

Se detuvo y las examinó. Estaban desteñidas, pero por lo demás parecían encontrarse en buenas condiciones. Conservadas por la sal y el aire seco durante dos mil años.

Quedó azorado. Madera de verdad, colocada por unas manos como las suyas, que lo ponía en contacto con lo que había ocurrido hacía veinte siglos.

Cerca de allí había acantilados rojo grisáceos, montañas truncadas cuyas cimas parecían cortadas por alguna cimitarra natural. Y cada una estaba llena de cuevas.

Subió penosamente hasta la meseta de la cima y encontró un paisaje similar: cielo y piedras. Semiconstrucciones agazapadas como los sótanos de edificios bombardeados, y algún que otro tejado de piedra intacto. Soplaba un viento caliente y seco y le resultaba difícil respirar, ya fuera por el viento o por el esfuerzo de subir.

Metió sus cosas dentro de una de las pequeñas construcciones de piedra; el interior estaba oscuro y frío.

Algo pequeño paso arrastrándose a su lado y él lo miró.

—Lo siento. *Shalom, Shalom*, seas lo que seas.

Se sentó para recuperar el aliento, y mientras su vista se acostumbraba a la oscuridad vio que las paredes y el techo estaban toscamente enyesadas, con un yeso tan gastado que resultaba agradable al tacto; evidentemente era antiguo. El suelo era de tierra compacta, frío pero seco. Extendió la manta.

Cuando salió a explorar el lugar, tuvo una extraña sensación. Sentía que lo estaban observando.

Ridículo, se dijo.

Pero unos minutos después levantó la mirada y comprobó que no era ridículo: sobre unas ruinas vio el perfil de una cabra negra contra el cielo; el animal lo observaba con la cabeza inclinada.

Dio varias palmadas, pensando que la ahuyentaría, pero la cabra no se movió ni emitió un solo balido. ¿O era el balido lo que las ahuyentaba? Siguió caminando. Cuando volvió a mirar, la cabra ya no estaba.

La choza de la que se había apoderado formaba parte de varias construcciones parecidas de piedra que se alzaban en el borde de un acantilado. Mucho más abajo, un desfiladero salpicado de cantos rodados se extendía en dirección al albergue juvenil, un edificio semejante a una barraca, aproximadamente a ochocientos metros de distancia.

Más allá brillaba el plomo fundido del mar Muerto.

No vio señales de vida en el hostal. Cerca del mismo, el cable de un funicular se elevaba hasta la cima de Masada, y al pie se veía el vagón abandonado. El operador del funicular se había ido a su casa, seguramente a Dimona o Arad.

Harry se encontraba en medio de un ardiente y solitario silencio alterado sólo por el sonido del viento. A solas con Masada.

Caminó de un lado a otro. Las que al principio parecían construcciones parecidas en realidad eran muy diferentes. Algunos de los edificios de piedra eran largos y bajos, probablemente los que se utilizaban como depósitos. Otros eran como la choza en la que había dejado sus cosas. Cada uno tenía un pequeño hogar instalado en una esquina o contra una pared. Otros contaban con una escalera que descendía hasta lo que evidentemente habían sido los baños rituales, ahora secos. No habría necesitado los *mikves* para lavarse. Había dos construcciones modernas de piedra, una para mujeres y otra para hombres, identificadas con el ridículo signo 00 de los lavabos. Entró y abrió uno de los grifos; dejó correr el agua fría por sus manos y su cara y se mojó la cabeza para combatir el calor.

En el extremo norte de la pequeña meseta se alzaban las ruinas del palacio.

Algunos de los suelos eran de mosaicos de sencillos dibujos geométricos. Bajó una escalera hasta la terraza del medio y enseguida comprendió por qué Herodes la había hecho construir. Era el único sitio de Masada protegido del sol y al mismo tiempo del viento abrasador.

Se quedó de pie en el fresco silencio que un rey muerto le había proporcionado y vio kilómetros de costa y de campo. Seguramente se podía divisar al enemigo varias horas antes de que llegara.

Desde allí logró ver cuatro ruinas de los campamentos romanos. Había ocho campamentos en total, construidos alrededor de Masada y conectados por varios kilómetros de pared de piedra que también pudo distinguir fácilmente.

Setenta años después de la muerte del rey Herodes, una guarnición romana de las cercanías de Masada había sido aniquilada en un golpe de estilo comando por un reducido grupo judío. Cuatro años después de tomar la fortaleza, los judíos de Masada eran los últimos que resistían contra el poder de Roma. Flavius Silva, el gobernador romano, había marchado sobre Masada a la cabeza de la Décima Legión y de tropas auxiliares y campesinos. Había rodeado la montaña con los campamentos y los muros, bloqueando todas las vías de salida.

Aun así habían sido necesarios quince mil sitiadores durante tres sangrientos años para derrotar a los defensores, que sumaban novecientos sesenta incluidas las mujeres y los niños. Cuando por fin la Rampa Romana quedó terminada y se acercaba el final, los judíos habían preferido morir por sus propias manos antes que convertirse en esclavos de los romanos.

Harry contempló los campamentos. No había en ellos ningún signo de vida. Si algo quedaba, eran animales pequeños e insectos. Pero se sintió incomodo mientras abandonaba la fresca terraza de Herodes y desandaba el camino hasta la superficie caliente de Masada.

Cuando llegó a la choza que ahora consideraba suya, el sol ya se había puesto. El crepúsculo arrastró una brisa más fresca. Los pequeños plátanos que Tamar había comprado verdes esa tarde ya empezaban a llenarse de manchas; peló uno y lo encontró dulce.

Apareció la cabra negra.

Se acercó lentamente, y él le tiró la piel del plátano; para deleite de Harry, el animal se la tragó. Precisamente mientras él daba otro mordisco al plátano, el animal se tiró un pedo.

—¡Cerda, fuera de aquí! —gritó.

Pero la cabra se echó sobre su propia panza. La sensibilidad de Harry quedó dominada por su sentido del ridículo y se echó a reír. La digestión del animal seguía siendo lamentable; él se dio cuenta de que era eso lo que hacían las cabras. El hambre pudo más que su excesiva delicadeza, y él y el bilioso animal compartieron un

maguey mientras oscurecía.

La brisa levantaba una leve tormenta de polvo.

Las piedras que rodeaban a Harry se convirtieron poco a poco en hierro negro.

Pero no por mucho tiempo. Una luna increíble flotaba perezosamente sobre el horizonte, y él se sintió como un pastor. La luz de la Luna era tan intensa que pronto pudo ver casi tan bien como si fuera de día. La iluminación suavizaba la superficie de la piedra. Abrió la botella de coñac israelí y tomó un buen trago; le pareció tan bueno que cuando recuperó el aliento tomo otro. El brillo del mar Muerto parecía sólido como para caminar por encima. En el otro extremo, en Jordania, vio el destello de unos faros. Se preguntó qué clase de hombre sería el distante conductor árabe. Se llevó la botella al interior de la choza, se tendió sobre la manta y bebió un poco más hasta que el suelo frío y duro se fue volviendo poco a poco más blando pero también más caliente. Se incorporó y se quitó la camiseta de un tirón; hizo lo mismo con las zapatillas y por fin con las bermudas y los calzoncillos Jockey, y fue relajándose hasta quedarse dormido.

Lo despertó su propia tos. Tenía la garganta seca y sentía más calor que nunca. Cuando salió, la Luna estaba oscurecida por una delgada nube de polvo que parecía llegar desde el este arrastrada por un débil viento. Era penetrante. Llevó su camisa hasta el grifo y la mojó para envolverse con ella la cabeza. Cuando regresó a la choza, la camisa ya había empezado a secarse.

—¡Harry!

—¡Aquí estoy! —respondió mientras se ponía los calzoncillos.

Tamar estaba tosiendo. Él la hizo entrar en la choza y le dio a beber coñac, que la hizo estremecerse pero le alivió la tos.

—¿Qué es esto?

—Se llama *sharav*. Es la línea de alta presión que llega desde Egipto.

—¿Por qué demonios no te quedaste abajo?

—Tenía miedo de que bajaras la montaña sin rumbo fijo. No muy lejos de aquí se extravió un sacerdote norteamericano y murió.

Él cogió el rostro de la joven entre sus manos y la besó. Sus lenguas se tocaron. En una ocasión había leído un periódico en el que un joven lector preguntaba: «¿Es pecado mortal besarse dándose la lengua?» El columnista, un hombre de mediana edad, había respondido: «No, no es pecado mortal. Pero sí una clara invitación al acto sexual». Cuando volvieron a besarse, la lengua de él transmitió la pregunta y la respuesta. Ella no puso ninguna objeción mientras él la ayudaba a quitarse toda la ropa menos la blusa.

—¿Cómo se llamaba ese sacerdote norteamericano? —le preguntó en tono soñoliento—. ¿Era un obispo?

¿Acaso le importaba?, pensó mientras sus calzoncillos caían sobre la manta.

Desabotonó la blusa de Tamar y le acarició los pechos, primero con una mejilla y luego con la otra. Sus pezones estaban blandos, hasta que él los lamió. Entonces se volvieron más grandes de lo que había imaginado.

Jadeaban, a causa del *sharav* y de la pasión. Había polvo dentro de la choza y todo estaba seco. La única humedad era la del centro de la mata de pelo de la joven, y cuando Harry la tocó, ella dio un salto. La tomó entre sus brazos y la hizo recostarse mientras le acariciaba los costados y descubría un lunar increíble.

—No.

Se besaron frenéticamente. Él la acarició hasta que ella dobló las rodillas; entonces le levantó las piernas y las apoyó sobre sus hombros. Se abrió paso entre ambas, empujó al ritmo de los latidos del corazón de un gigante. Luego más rápido, produciendo un leve sonido succionante cada vez. Unos brazos aprisionaron su cabeza. La boca sensible de ella le rozaba el cuello, sus dientes lo raspaban. Tamar seguía el ritmo. Demasiado experta, pensó él vagamente.

—Sí, por favor —susurró Tamar.

Él quería convertir ese momento en una carrera voluptuosa. Intentó pensar en otras cosas. En los impuestos, en un diamante para el actor. En los romanos que esperaban más abajo. Se quedó sin respiración mientras, oh, Señor, demasiado pronto, ella gemía y él caía montaña abajo.

Se quedaron tendidos, jadeando, cada uno explorando la boca del otro con los labios, hasta que él se dio cuenta de que estaba apoyando todo su peso sobre ella. Tamar levantó una mano y con la punta del dedo recorrió los párpados de Harry, su nariz, sus fosas nasales, el interior de sus labios. Luego lo deslizó sobre su lengua.

—El obispo Pike —dijo.

Cuando volvió a despertarse, su reloj marcaba las cuatro cuarenta. Estaba solo. Afuera el calor era opresivo, pero el aire estaba despejado y el *sharav* había cesado. Más abajo, sobre la llanura desértica, el polvo flotaba como si fuera niebla.

Se dio un largo baño y se sintió mejor. Al regresar miró por encima de la pared que se alzaba cerca de la Rampa Romana y vio a Tamar fuera de la cabaña. La luz pálida era cruel con sus muslos, dura incluso para unas piernas tan largas. Estaba inclinada sobre un recipiente colocado sobre una roca, lavándose el pelo. Todo había sucedido en la oscuridad. La próxima vez quería verle la boca, la curva de la nariz, la forma en que sus ojos a veces reían y a veces no.

Las corrientes de aire de Masada eran extrañas. Oyó las salpicaduras cuando ella vació el recipiente de agua y luego el tintineo cuando lo golpeó contra la roca.

El sol empezaba a salir.

Entró en la choza y cogió la piedra roja de la bolsa; se la acercó a un ojo y enfocó la cara del granate hacia la luz. Brillaba como… ¿cómo qué?

El ojo cálido de un Dios benefactor.

Estrella que alumbras con tu calor, pensó. Fue lo más parecido que pudo recordar a una bendición, pero le resultó extrañamente reconfortante mientras volvía a quedarse dormido.

13
EIN GEDI

Cuando arrastró sus cosas por la Rampa Romana quemada por el sol, Tamar y el coche habían desaparecido, pero en la puerta abierta de la cabaña había una nota: «Vuelvo enseguida. Hay zumo en la nevera. T».

La nevera era tal vez la más vieja que había visto en su vida: una Amkor, la respuesta israelí a la General Electric. Se sirvió un vaso de zumo de naranja y lo bebió mientras examinaba las pertenencias de Tamar. Encima de su mochila había un sujetador limpio; el resto de su ropa limpia estaba doblada y apilada en el alféizar; la pila estaba rematada por unos calcetines blancos hechos un ovillo y unas bragas blancas de algodón dobladas. Cerca de la cama, en el suelo, se veía un libro ajado, escrito en árabe. Había enrollado el tubo de pasta dentífrica.

Estaba espiándola otra vez.

Como no tenía nada mejor que hacer, cogió de su bolsa las reproducciones fotográficas del manuscrito de cobre. Se tendió en la cama y se dedicó a estudiarlas. Pero ya las había examinado una y otra vez; lo que decían le resultaba ininteligible.

Se alegró al oír el ruido del coche. Tamar parecía acalorada pero alegre; como si la viera por primera vez, él observó que llevaba el pelo trenzado en un apretado moño. Le gustó. Llevaba un pantalón corto y una camisa vieja del ejército anudada debajo de los pechos, como un puño apretado.

—*Erev tov*. Eres un dormilón.

—*Shalom*. ¿Dónde has estado?

—En Arad, para hablar por teléfono. Tu amigo el monseñor ha tenido más suerte que nosotros.

—¿Qué? —Harry se sentó.

—Sí, anoche se reunió con alguien en Belén.

—¿Con Mehdi?

Ella se encogió de hombros.

—Era un hombre de edad mediana, corpulento. Se reunieron en la puerta de la iglesia de la Natividad a las ocho y cuarenta y cinco de la tarde y se quedaron allí durante una media hora charlando. Luego el monseñor entró en la iglesia. Encendió tres velas y pasó aproximadamente una hora rezando. Unos minutos más tarde cogió un *sheroot* de regreso a Jerusalén.

—¿Y Mehdi?

—Desde Belén lo llevaron en un Mercedes azul registrado a nombre de una compañía importadora de Gaza, aunque es casi seguro que se trata de un registro

falso. El coche se dirigió al sur. Lo siguieron durante varios cientos de kilómetros. Casi hasta Eilat, donde atravesó la frontera y entró en Jordania.

Coincidieron en que si Mehdi iba a buscarlo se dirigiría a Masada, y no a la pequeña cabaña que había al pie de la colina. Después de un desayuno a base de queso y pita, y de un café tan fuerte que apenas pudo beberlo, Harry volvió a subir la Rampa Romana. A pesar del calor, en la meseta había turistas. El funicular avanzaba desde el pie este de la colina, donde dos autocares de turistas se apartaban de la carretera. Él se unió a un grupo de sudorosos judíos de Chicago que se quedaron sentados a la sombra de un antiguo depósito mientras el rabino les relataba la historia de los Defensores. El rabino mezcló varios datos importantes, pero al parecer Harry fue el único que se dio cuenta. Cuando finalizó el relato, los turistas de Illinois formaron una fila junto al funicular que llegaba y se alejaron de su vida flotando. En el viaje de regreso del funicular fueron reemplazados por un grupo de Reading, Pensilvania. El rabino de Pensilvania era joven y estaba mejor preparado que su colega de Chicago, pero tenía un estilo severo y pedante; Harry se fue al lavabo de hombres hasta que concluyó el sermón. No había señales de Yosef Mehdi.

La tarde se hizo muy larga.

Cuando regresó a la cabaña, Tamar había preparado la comida: ensalada *felafel* tan condimentado que él comió lo menos que pudo sin ofenderla y terminó los plátanos que quedaban para satisfacer el hambre. Ella hizo una mueca cuando le vio añadir leche envasada al café.

Dentro de la cabaña hacía un calor sofocante. Al anochecer llevaron una manta afuera y ella cogió su guitarra y empezó a cantar en árabe. Su voz no estaba a la altura de su interpretación, pero tenía una cualidad que lo impresionó. Se quedó tendido junto a ella y sintió que le invadía la acidez.

—¿De qué trataba? —preguntó cuando ella concluyó la canción.

—De una muchachita que está a punto de casarse. La noche anterior se pregunta cosas sobre el hombre. ¿Es viejo? ¿Es joven? ¿Bebe? ¿La golpeará?

Cuando Harry sonrió, ella sacudió la cabeza.

—Tú no puedes comprender —comentó.

—¿Qué es lo que hay que comprender?

—La cultura. Las niñas son objeto de trueque y se las obliga a casarse cuando son demasiado jóvenes. Tienen hijos antes de que su cuerpo esté preparado. Cuando tienen mi edad, ya son viejas.

Vio que ella estaba muy seria.

—¿Y tú cómo te libraste de eso?

—Apenas lo conseguí. Un maestro convenció a mi padre de que yo debía asistir a un instituto de enseñanza media. Él aceptó; pensó que así podría conseguir un trabajo como empleada en una tienda. Pero se puso furioso cuando me examiné para ingresar

en la universidad. Decía que ningún hombre se casaría con una mujer que tuviera tantos estudios.

Harry se estiró y le acarició el rostro.

—Estuve alejada de mi padre durante tres años. Eso nos causó un gran dolor.

Pobre Tamar.

—Los padres —dijo, y pensó en Jeff con cierta inquietud—. Cuando yo era niño, mi padre me enviaba todos los años a un campamento de verano, como hago yo con mi hijo. —Ella no sabía lo que eran los campamentos de verano, y él tuvo que explicárselo—. Mi padre quería que yo mejorara mi habilidad con el idioma, de modo que tenía que escribirle una carta en hebreo todos los días. Él nunca me contestaba, pero todos los días me devolvía las cartas que yo le había escrito. Tenía que corregir la ortografía y la gramática.

—Pobre Harry.

Él cogió la guitarra. Sólo sabía tocar algunas cuerdas del banjo. Cantó una versión de 1920 de «Encontré una chica de lujo en una tienda de baratijas», y ella aplaudió. Él tuvo que explicarle qué era una chica de lujo y qué era una tienda de baratijas, y le pidió que le enseñara la canción árabe.

—Más tarde. —Tamar le quitó la guitarra y la dejó cuidadosamente a un lado.

—Mi dulce Harry —dijo un instante después.

Se soltó el pelo, que cayó hacia delante y le hizo cosquillas cuando se inclinó sobre él. Le dio varios besos rápidos y húmedos.

—Disfruta, simplemente —sugirió—. No te preocupes por la gramática y la ortografía. No tienen que ser perfectas. —Y lo fueron, por supuesto.

A la mañana siguiente, el aire quemaba. Él se alarmó, pensando que el *sharav* había regresado, pero Tamar sacudió la cabeza.

—Sólo es un día caluroso.

—Mehdi no vendrá hasta aquí con este calor.

—Tal vez elija exactamente este momento para venir —reflexionó ella.

—¡Que se vaya al cuerno! —Se sentía un poco mareado. Se metió en el coche y encendió el acondicionador de aire. Al salir aún fue peor. Entró en la cabaña y le dijo a Tamar que iría a refrescarse en el mar Muerto.

Ella hizo una mueca.

—No te gustará. La sal se mete en las heridas. Cualquier pequeño corte escuece muchísimo. —Sonrió al ver la desesperación de él—. Vamos, te llevaré a un sitio mejor, Harry.

Lo llevó en coche hasta un paraje que se encontraba sólo a dieciséis kilómetros al norte, una zona de hierbas en Ein Gedi.

Cuando bajaron del coche, debajo de las palmeras, el aire era más fresco. Lo condujo por un sendero hasta una cascada que brillaba al caer sobre una charca

protegida por la sombra.

—La zona lluviosa del país desagua aquí. En invierno, la cascada produce un ruido infernal. Ahora es pequeña.

No necesitaba que ella se disculpara. En un abrir y cerrar de ojos se desvistió y se metió en la charca, que resultó ser caliente y le produjo una fuerte impresión.

Ella se echó a reír.

—Es un manantial de agua caliente.

Ella se quitó la ropa y la dejó cuidadosamente doblada junto a la orilla. Unos peces diminutos pasaban como destellos entre sus piernas. Harry se sentó en el suelo arenoso y dejó que el agua le salpicara la cara. Ella había llevado jabón y se lavó el pelo debajo de la cascada. Él también se enjabonó el pelo. Era un lugar maravilloso para hacer el amor, pero cuando él intentó besarla, ella apartó la cabeza.

—Cerca de aquí hay un kibbutz. Y una escuela al aire libre de la Asociación para la Conservación de la Naturaleza. Puede venir alguien en cualquier momento.

—Eres demasiado práctica —le dijo él sonriendo.

El aire les secó el cuerpo rápidamente. Mientras se vestían, Harry se sintió mejor.

—¿Tú no eres un hombre práctico?

Mientras se abotonaba la blusa, se volvió para mirarlo.

—Harry, no vas a estropearlo, ¿verdad? Espero que no te vuelvas serio y poco práctico.

La pregunta lo sorprendió. Lo último que se le habría ocurrido pensar era mostrarse serio con ella.

—No quiero sentirme así por nadie —explicó ella—. Nunca más.

—Seremos amigos. De ésos que disfrutan uno del otro —anunció él—. ¿Te parece una descripción práctica?

Tamar le sonrió.

—Muy práctica.

—Entonces no te preocupes por las responsabilidades.

—Nada de ortografía ni de gramática —añadió ella. Se acerco a él y lo besó suavemente en el momento en que aparecieron tres hombres con palas, seguidos por un cuarto hombre que empujaba una carretilla cargada de plantones de plátanos. Intercambiaron saludos amistosos. Tamar le sonrió a Harry con expresión inocente.

Mientras caminaban hacia el coche, él admiró las hermosas palmeras datileras.

—Eso es lo que significa tu nombre.

—Sí, *tamar* la palmera. Hace mucho tiempo este sitio se llamaba Hazazon–Tamar, que significa donde podan la palmera. Cuando estudiaba geografía, no tenía problemas para recordarlo. Pensaba en él como el sitio en el que me cortaban el pelo.

Detestaba marcharse del oasis. Condujo lentamente de regreso a Masada, bajo el calor sofocante. Esperaba que Mehdi no hubiera llegado mientras ellos estaban

ausentes. Después no le importó. El hombre se estaba convirtiendo rápidamente en una abstracción; ya no estaba seguro de que Yosef Mehdi existiera.

Cogieron frutas, maguey y una botella con limonada, y volvieron a subir a la meseta. Tamar se puso a escribir un informe para el museo, al fresco de la terraza de Herodes. Harry consideró que tenía que estar más al alcance de la vista y encontró un sitio a la sombra, cerca de la llegada del funicular. Se dedicó a mirar una vez más las reproducciones fotográficas del manuscrito de cobre.

En mitad de la lectura encontró un fragmento qué lo obligó a detenerse. Volvió a leerlo varias veces.

Fue corriendo hasta la terraza de Herodes.

—¿Puedes traducir esta frase, por favor?

Tamar la estudió.

—Parece que dice *haya karut*.

—¿No *haya koret*?

—Podría ser *haya koret*. Como no hay vocales escritas, puedes elegir tú mismo.

—Exacto. —Harry se olvidó del calor—. Verás, la he estado interpretando como *haya koret*, la forma activa del verbo. —Le mostró sus notas—. Así es como he estado traduciendo este pasaje:

> *»En el lugar en el que los árboles se podan cerca del lagar al pie de la más pequeña de las dos colinas del este, un guardián de oro, enterrado en arcilla a veintitrés codos.*

Si suponemos que es *haya karut* en lugar de *haya koret*, es decir la forma pasiva del verbo en lugar de la activa, y si añadimos una coma, lo que tenemos es lo siguiente:

> *»En el lugar en el que los árboles están podados, cerca del lagar al pie de la más pequeña de las dos colinas del este, un guardián de oro, enterrado en arcilla a veintitrés codos.*

Tamar lo miró.

—¿El lugar en el que los árboles están podados?

Él asintió lentamente.

—Hazazon–Tamar. Donde la palmera está podada —concluyó.

Cuando disminuyó el entusiasmo inicial, discutieron. Él quería regresar a Jerusalén enseguida para decirle a David Leslau que había descubierto el emplazamiento de un *genizah*.

—Tenemos que quedarnos aquí, esperando a Mehdi.

—Imagina que no viene.

—Imagina que viene. Después de dos mil años en la tierra, unos pocos días más no tendrán importancia para el *genizah*.

—En esos pocos días alguien más podría hacer la misma traducción. —Tamar lo miró fijamente—. No lo comprendes.

—Creo que empiezo a comprenderlo —dijo ella.

Esa noche hablaron sólo lo imprescindible. Ella abrió unas latas de un grasiento estofado de cordero para la cena, seguidas de más café cargado. Él no hizo ningún comentario, pero Tamar notó su reacción.

—Mañana puedes preparar tú la comida —dijo en tono apacible.

Esa noche durmió de cara a la pared, como una esposa enfadada. Él mantuvo el equilibrio en el borde del catre, evitando las caderas de Tamar, que había llegado a admirar especialmente. Ella empezó a roncar con un sonido desagradable. Harry pensó que no había peligro de que se pusiera serio con ella.

Por la mañana temprano volvió a subir a la meseta. En la relativa frescura de una de las chozas de piedra estudió detenidamente las copias del manuscrito. Cada enigma podía quedar resuelto mediante una clave diminuta como la que ella le había proporcionado mencionando el nombre antiguo de un lugar desierto.

No sabía lo suficiente.

Leslau tenía mas conocimientos, pero no había podido hacer nada.

Se enfrentó al hecho de que en realidad no quería ayudar a Leslau. Existían pocas probabilidades de que este trabajo llegara a ser suyo, pero de todas formas lo codiciaba.

Vio que llegaba alguien desde el Sendero de la Serpiente: un hombre musculoso y achaparrado, vestido con pantalones color tabaco y camisa blanca sin mangas y abierta en el cuello. Tenía la piel oscura y un bigote estilo árabe adornaba su labio superior. Cruzó la meseta mirando de un lado a otro, tal como haría un turista, avanzando en dirección a Harry.

Cuando llegó a su lado, se detuvo y asintió.

—*Shalom* —lo saludó Harry.

—Hola. —El hombre tocó la puerta de la choza—. Estas paredes son fantásticas, ¿eh? Sencillas y bien hechas. Esta gente sabía lo que hacía.

—Han durado mucho tiempo.

El hombre miró a su alrededor.

—Se supone que debo encontrarme aquí con alguien.

Harry suspiró.

—Yo también.

El hombre sonrió.

—Ha sido inteligente al esperar a la sombra.

—Soy Hopeman.

—¿Qué?

—Harry Hopeman. De Nueva York.

—Oh. —Estrechó con cautela la mano que Harry le ofrecía—. Lew Friedman. Cincinnati.

Se sintió más agraviado que ridículo.

—Eh, ahí viene. ¡Emily! —Le hizo señas con la mano a una chica rubia—. Ella dio un rodeo con el coche para subir por el camino más fácil mientras yo venía por el más sinuoso.

—Muy inteligente. Que le vaya bien. *Shalom–shalom*.

Volvió a quedarse a solas y se sentó en el agradable suelo de tierra con las piernas cruzadas como un aprendiz de árabe.

Aunque sospechaba que tenía tantas posibilidades de resolver otro pasaje como de desgastar Masada, volvió a leerlos uno a uno, probando sinónimos y cambiando la puntuación mientras esperaba que llegara el hombre llamado Yosef Mehdi y lo llevara adonde pudiera comprar el diamante Kaaba o, tal vez, ser crucificado por sus pecados.

Llegaron tres autocares de turistas. Un niño le preguntó a Harry si estaba vendiendo algo. La mayor parte de la gente se limitaba a echar un vistazo al interior de la choza mientras pasaban, como si él fuera un animal de zoo carente de interés.

A media tarde todos se habían ido. Se abrió el vagón del funicular y descendió un solo pasajero, un hombre corpulento que avanzó hacia él jadeando, con una expresión de placer tan atormentado que Harry supo que había ido a Masada para poder, por siempre jamás, decir a los chicos del templo que se había puesto el *tefillin* en la *shul* más antigua del mundo. Con el *kepah* negro ladeado tan elegantemente como las plumas de un mosquetero, aferraba una cargadísima bolsa *tallit* de terciopelo azul con una estrella judía bordada con hilos de plata, el tipo de bolsa llena de bultos que había llevado el padre de Harry. Era prudente suponer que además de un *siddur*, el taled y un juego de filacterias enrolladas, la bolsa contenía tal vez un paquete de chicles, una naranja o una manzana, tal vez un rollo de Tums. Mientras se acercaba, Harry le sonrió.

—Está allí.

—¿Qué?

—La sinagoga.

El hombre dejó la bolsa *tallit* en el suelo y extendió una mano regordeta de uñas arregladas.

—Soy Mehdi, señor Hopeman —anunció.

Se acomodó en el suelo de tierra dando una serie de gruñidos y suspiros, y sonrió con pesar.

—Usted no tiene un problema de peso. No se da cuenta de lo que es.

Harry sacudió la cabeza, fascinado.

—¿Tiene el diamante?

—¿Conmigo? No.

—¿Cuándo puedo verlo?

Mehdi apartó la mirada.

—Hay algunos problemas.

Harry esperó.

—Debemos ponernos de acuerdo en un mínimo.

Harry quedó estupefacto.

—¿Una oferta mínima?

—Sí. Dos millones trescientos mil dólares.

Él sacudió la cabeza.

—El momento de hablar de ofertas mínimas era antes de que yo saliera de Nueva York.

El hombre asintió, disculpándose, y murmuró que era inevitable.

—Escuche. En los últimos veinte años usted ha tenido al menos cuatro piedras preciosas. Aún tiene una serie de diamantes que sin duda intenta vender en el futuro, uno por vez.

Mehdi lo miró asombrado.

—Parece que sabe muchas cosas sobre mí.

—Así es. —Se inclinó hacia delante—. Le prometo una cosa. Si soy tratado injustamente, haré todo lo que esté en mis manos para que le resulte absolutamente difícil vender diamantes en cualquier lugar del mundo occidental.

—Yo también sé quién es usted, señor Hopeman. Sé la posición que ocupa en la industria del diamante. Pero no me gustan las amenazas.

—No son amenazas —puntualizó Harry—. En la sala del consejo de cada Bolsa del Diamante hay una larga mesa de conferencias. A su alrededor se reúne un grupo especial de jueces. Si esa clase de tribunal apoya una demanda contra una persona, a esta persona se le puede impedir que haga negocios con los diamantistas reconocidos del mundo entero. Eso no significa que no pueda deshacerse de las gemas mediante canales menos escrupulosos. Pero saldría perdiendo.

»Usted me ha hecho recorrer medio mundo. Y me ha causado no pocas incomodidades y molestias. Prometió que a cambio podría estudiar el diamante Kaaba y hacer una oferta por él. Espero que se me permita hacer exactamente eso. —Cogió el granate de la caja y lo colocó cerca de Mehdi—. No vale nada.

—Claro que no —coincidió Mehdi.

—Usted la describió como una piedra con valor histórico. ¿Tiene alguna prueba? ¿Algún tipo de documentación?

El hombre sacudió la cabeza.

—En el inventario siempre figuró como una piedra de la época bíblica.

Harry gruñó.

—Bueno, no es que carezca totalmente de valor. Le ofrezco ciento ochenta dólares por el granate.

Mehdi meneó la cabeza.

—Es suyo, es un regalo. Ya ve, yo confío en usted. Dejemos que exista confianza entre usted y yo.

—¿Confianza? —Le inquietaba la idea de que Igual podía ser una maldición como una bendición—. Usted me guarda en reserva. Nadie le pagará ese precio. Creo que ya está negociando con otro comprador, y que parte del precio es una cuestión política.

—¡Qué imaginación! Usted supone demasiado, señor Hopeman.

—Tal vez.

—Lamento las molestias que le he causado. De verdad. Vaya a un hotel, donde se sentirá más cómodo. Me pondré en contacto con usted dentro de dos días. Lo prometo solemnemente.

—No, no. Ya he esperado bastante en lugares inverosímiles. Escríbame una nota. A American Express de Jerusalén. Ellos me la entregarán.

Mehdi asintió.

—Me quedaré en Israel ocho días más. Eso significa que tiene una semana y un día para hacerme llegar su carta. Si para entonces no tengo noticias suyas, regresaré a Nueva York y presentaré una demanda. —Miró a Mehdi a los ojos—. La política ya lo arruinó una vez. Y puede arruinarlo nuevamente.

Mehdi se puso laboriosamente de pie. Harry no supo si lo que había en su mirada era admiración o desdén.

—*Shalom*, señor Hopeman.

—*Salaam aleikhum*, señor Mehdi. —Se estrecharon la mano.

Cuando el funicular abandonó la meseta, Harry recogió sus cosas y descendió por la rampa. Tamar levantó la vista rápidamente mientras él entraba en la cabaña.

—¿Alguna novedad?

Él le contó lo ocurrido.

—¿Crees que tenemos problemas?

—Creo que se ha puesto de acuerdo con los árabes. —Recorrió la sórdida cabaña con la mirada y lanzó un suspiro. Al menos podría salir de este lugar, de esta situación.

—¿Qué pueden ofrecerle ellos que no podamos ofrecerle nosotros?

Harry ya estaba guardando la ropa sucia en la bolsa.

—Honor —dijo.

Mientras atravesaban las afueras de Jerusalén, le preguntó a Tamar si quería ir al hotel.

—No. A mi apartamento —respondió ella. Le indicó por dónde llegar. Fueron a parar delante de un ruinoso edificio de piedra, en una calle de ruinosos edificios de piedra.

—¿Te ayudo a bajar tus cosas?

—Sólo tengo una maleta pequeña. Y la guitarra no es pesada.

—De acuerdo. Te llamaré pronto.

Ella sonrió.

—Adiós, Harry.

Cuando Harry telefoneó, el despacho de David Leslau estaba cerrado.

Por lo general, Harry era un huésped de hotel, exigente. Ahora, la habitación parecía increíblemente limpia y amplia. Se quedó un buen rato debajo de la ducha y luego pidió la cena muy cautelosamente al servicio de habitaciones: pollo guisado, ensalada de champiñones y champán. Después de la comida, las sábanas blancas y el colchón decente resultaron una experiencia sensual.

Pero no durmió.

Oyó el ruido del ascensor. Una voz en el pasillo, y el zumbido del acondicionador de aire. El gemido de un motor eléctrico en algún lugar recóndito del edificio. Cuando estaba a solas en Masada, no se había sentido solo. En Jerusalén se sintió repentinamente desolado.

Se levantó de la cama y cogió sus cuadernos. Se concentró en el informe sobre el Diamante de la Inquisición y empezó a leer las palabras que Alfred Hopeman había escrito cuarenta años antes en Berlín.

> *Tipo de piedra: diamante. Diámetro: 4,34 centímetros. Peso: 202,94 quilates. Color: amarillo canario. Peso especifico: 3,52. Dureza: 10. Refracción individual: 2,43. Forma cristalina: hexaquisoctaedro; este diamante estaba formado por el interdesarrollo gemelo de dos enormes cristales hemiédricos.*
>
> *Comentarios: Esta gema es de buena calidad, pero su inmenso valor se debe a su gran tamaño e historia.*
>
> *Cuando no están tallados, los diamantes octaédricos son invariablemente estriados, con hoyos triangulares. No existen tales hoyos en este diamante tallado. Las setenta y dos facetas son maravillosamente regulares. Existe una delicada proporción desde el* ***culet*** *hasta la arista, y desde la arista hasta la mesa. Posee fuego, pero ni el fuego ni el color canario se muestran en todo su potencial en su forma* ***briolette****, o piedra tallada en forma de pera y rodeada por facetas en todos sus lados. Sin embargo es un diamante que inspira*

admiración, pues ofrece la mejor obra del primer período. Fue tallado hace aproximadamente quinientos años por las manos de un artista experto.

14
UNA PIEDRA PARA EL SANTO PADRE

El hijo crecía como un melón en el vientre de Anna, su esposa, obligándola a moverse laboriosamente cuando realizaba sus tareas. Sin embargo, el suelo de la pequeña casa estaba tan blanco como el de cualquier casa de Gante. Su hijo Isaac estaba abrigado y bien alimentado, y siempre había leña acumulada o ardiendo en la chimenea.

—¿No puedes descansar? —le preguntó Vidal en tono malhumorado.

—Estoy bien. —Sonó la campanilla de la puerta principal, y ella salió del taller.

Él suspiró. El pequeño diamante blanco que se encontraba encima de la mesa, frente a él, estaba cubierto de marcas de tinta que él cambiaba constantemente, a medida que hacía nuevos cálculos en la pizarra. No tenía una mente rápida, lo reconocía mejor que nadie. No era débil, gracias al Altísimo, pero tampoco era el tipo de mente que le permitía a su hermano Manasseh ser rabino y erudito, ni la que había mostrado a su difunto tío Lodeyck, que en paz descanse, los secretos del tallado de las gemas que eran la salvación de su familia en estos tiempos difíciles. Las manos de Julius eran seguras y hábiles, pero estaba obligado a revisar sus cálculos un montón de veces antes de confiar en su planificación.

Anna regresó.

—Es un monje.

—¿Un benedictino, de la abadía?

—Un dominico, Julius. —Parecía preocupada—. Dice que viene desde España —añadió.

Nadie más que Anna estaba autorizado a ver su taller. Fue a la sala de estar donde el visitante esperaba junto al fuego.

—Que tengáis un buen día. Yo soy Julius Vidal.

El hombre, que dijo llamarse fray Diego, le entregó un regalo: dos botellas de vino español. Julius se había acostumbrado a los hábitos de color castaño claro de los monjes del lugar y el hábito negro del fraile lo devolvió al pasado con un sobresalto.

—He hecho un largo viaje para verte. Vengo desde el priorato de Segovia. Nuestro prior fray Tomás, desea encargarte que prepares un diamante en León.

Julius frunció el ceño.

—¿Tal vez un diamante que posee el conde De Costa?

—El diamante ha sido donado a la Santa Madre Iglesia.

—¿Quién lo ha donado?

Fray Diego frunció los labios.

—Esteban de Costa, conde de León. Será un regalo para nuestro Santo Padre de Roma.

Vidal asintió, seguro de que el fraile sabía que había sido llamado a España en dos ocasiones por el conde De Costa, y las dos veces se había negado a ir.

—Vuestro prior me honra.

—No. Tú ya has tallado un diamante llevado por tres papas.

Vidal sacudió la cabeza.

—Era joven, y aún aprendía mi oficio. Hice lo que mi primo me dijo que hiciera. Corté donde mi tío me dijo que cortara. Para acabar una piedra como la descrita por los agentes del conde De Costa se requiere la habilidad de un Van Berquem.

—Lodewyck van Berquem ha muerto.

—Su hijo Robert, mi primo y mentor, está vivo…

—En Londres, como tú muy bien sabes, prestando servicios como joyero a Enrique VII. Los ingleses han lanzado un hechizo sobre estas tierras bajas. Usan sus productos y artesanos como si les pertenecieran a ellos —dijo el monje en tono severo.

—Esperad a que haya terminado el trabajo para el rey Enrique —le aconsejó Vidal.

—No hay tiempo. El papa Alejandro nació en Valencia, y es viejo y está enfermo. El regalo debe ser entregado mientras un español sea pontífice. —Fray Diego sacudió la cabeza—. ¿No estás ansioso por dejar este lugar? Tú eres de nuestra maravillosa Toledo, ¿verdad?

—Ahora soy de aquí. —Descolgó un pergamino enmarcado de la pared y lo sostuvo para que el monje lo leyera. Estaba firmado por Felipe de Austria, y daba la protección de los Habsburgo y los Borgoña a Julius Vidal, junto con su familia, sus posesiones y sus herederos.

El fraile lo examinó, visiblemente impresionado.

—¿Tu padre no era Luis Vidal, de oficio curtidor de Toledo?

—Mi padre ha muerto. Era un comerciante de cueros que empleó a una veintena de curtidores. —Sintió deseos de agregar «para hacer un cuero que los españoles no conocen, ya que desterraron a los judíos».

—¿Y su padre fue Isaac Vidal, un comerciante de lanas de Toledo… —Julius no dijo nada. Se puso en guardia— …cuyo padre era un tal Isaac ben Yaacov Vitallo, gran rabino de Génova?

Se miraron. Vidal empezó a sentir un hormigueo en la piel.

El clérigo insistió:

—¿Es verdad que tu bisabuelo fue Isaac Vitallo, gran rabino de Génova?

—¿Y si fuera verdad?

—¿Sabes cuál es el nombre completo de mi prior de Segovia?

Vidal se encogió de hombros.

—Es fray Tomás de Torquemada.

—¿El inquisidor general?

—El mismo. Y me ha dicho que te comunique que don José Paternoy de Mariana está encerrado en una cárcel de León.

—Vidal sacudió la cabeza—. ¿El nombre no significa nada para ti?

—¿Qué debería significar?

—Es un ex profesor de botánica y de filosofía de la ciencia en la universidad de Salamanca.

—¿Y? —Vidal refunfuñó. Ya estaba harto del sacerdote.

—Biznieto de un tal Isaac ben Yaacov Vitallo, gran rabino de Génova.

Vidal se echó a reír.

—Vuestra Inquisición tendrá que buscar un testigo mejor que yo —dijo—. Nunca oí hablar de este… pariente. Pero si lo conociera, no os diría nada.

Fray Diego sonrió.

—No vengo a buscar un testigo. Hay pruebas suficientes.

—¿De qué? —preguntó Vidal.

—De que es un converso, y un cristiano lapso.

—¿Un judaizante? —preguntó Vidal en tono seco.

El fraile asintió.

—La primera vez fue despojado de su posición como profesor y sentenciado a llevar el sambenito durante dieciocho meses. Esta es una segunda ofensa. Sin duda quedará liberado mediante el fuego en un auto de fe.

Vidal hizo un esfuerzo por dominarse.

—¿Y habéis venido hasta aquí para decirme que vais a quemar a otro judío?

—Nosotros no quemamos judíos. Quemamos a los cristianos que se condenan ellos mismos comportándose como judíos. Tengo instrucciones de informarte que… —el fraile escogió sus palabras con sumo cuidado—… si accedes a tallar la piedra del papa, se mostrará una clemencia especial.

Vidal lo miró furioso.

—¡Maldita sea! ¡No es pariente mío!

La expresión de fray Diego revelaba que no le gustaba que un judío le hablara de ese modo.

—Don José Paternoy de Mariana era hijo de fray Antón Montoro de Mariana, que antes de su conversión al cristianismo y su posterior ordenación fue el rabino Feliz Vitallo de Castilla. Fray Antón era hijo de Abrahem Vitallo, mercader de lanas de Aragón. Que era hijo de Isaac ben Yaacov Vitallo, gran rabino de Génova.

—¡No iré!

Fray Diego se encogió de hombros. Cogió un pergamino de su bolsa y lo colocó sobre la mesa.

—De todas formas, tengo órdenes de entregarte este salvoconducto firmado por el propio fray Tomás para que entres en España, y de esperar un tiempo razonable mientras piensas en el mensaje. Volveré, señor.

Cuando el fraile se hubo marchado, Vidal se quedó de pie delante de la chimenea. Cuando Lodewyck van Berquem padecía la enfermedad que había acabado con su vida, alguien le había preguntado por su salud. Julius recordaba lo que su tío había respondido: «Soy un judío que aún respira y siente. Por lo tanto, hay esperanza».

Llevó afuera las dos botellas que el fraile le había dejado y las vació. El vino español parecía sangre sobre la nieve.

Anna llegó desde la parte posterior de la casa.

Él lanzó un suspiro. Cuando la rodeó con sus brazos, el futuro lo golpeó en un costado.

—Debo ir a Amberes a hablar con Manasseh —le dijo besándole el pelo.

—Evidentemente, es absurdo —le dijo su hermano.

Se sintió aliviado y asintió.

—Sin embargo, me gustaría poder ayudar a ese De Mariana.

—¿Qué se puede hacer por otro? —dijo amargamente—. Sin duda, el maldito dominico miente. Si De Mariana fuera realmente pariente nuestro, nosotros lo sabríamos.

—¿Tú no lo recuerdas? —preguntó Manasseh en tono reflexivo.

—¿Y tú?

—Su padre… Recuerdo que nuestro padre maldecía a un primo suyo que en otros tiempos había sido rabino, y que se había hecho sacerdote después de la matanza de mil cuatrocientos sesenta y siete, cuando muchos se convirtieron para salvar la vida.

Se quedaron sentados en la pequeña sinagoga y guardaron silencio. Entró una anciana que llevaba un pollo desplumado en un cesto de paja. Le mostró el bazo a Manasseh y esperó ansiosamente mientras él pensaba si el pollo era ***kosher*** *o no.*

Julius lo miró con resentimiento. Él era el hermano mayor. Debía recordar cosas que Manasseh no podía recordar. El hecho de que sus papeles estuvieran invertidos reforzaba su idea de que tenía una mente lenta.

A los pocos minutos la mujer se marchó cojeando, contenta.

Manasseh suspiró y volvió a sentarse.

—En España sería quemada por preguntar si el pollo está suficientemente limpio para comerlo.

—Nosotros no estaríamos vivos si un pariente no hubiera intercedido por nosotros. Si tiene nuestra sangre…

Se miraron. Manasseh cogió la mano de su hermano y la sostuvo entre las suyas, cosa que no hacia desde que eran niños. Julius vio aterrorizado que el rabino de Amberes estaba terriblemente asustado.

—Con respecto a Anna y a mi Isaakel…

—Se quedarán aquí, con nosotros.

Palmeó la mano de su hermano.

La nevada que acolchaba los caminos llenos de baches le permitió trasladar a Anna hasta Amberes en trineo con un mínimo de incomodidad. Ella hablaba con alegría forzada. Cuando llegó el momento de la partida, se aferró a él y luego se apartó repentinamente. Él observó cómo salía de la habitación tan rápidamente como se lo permitió su cuerpo hinchado. Sabía que ella tenía miedo de dar a luz mientras él estuviera lejos.

Con ese triste pensamiento bajó por Jodenstraat, alejándose de la casa de Manasseh. Su caballo era un castrado muy fuerte. Él siempre llevaba una buena montura porque era un **mohel***, además de tallador de diamantes, y recorría las zonas rurales para practicar la circuncisión al nuevo hijo varón de cualquier familia judía.*

Llevaba los bisturíes en las alforjas, junto con los instrumentos necesarios para trabajar el diamante, y tal como había acordado previamente, se detuvo a pasar la noche en Aalte, en casa de un comerciante de quesos cuya esposa había dado a luz a un niño siete días antes. A la mañana siguiente, Vidal levantó al hermoso y gordo bebé de la silla apartada para el profeta Elijah en todas las ceremonias de circuncisión, y lo colocó en las rodillas de su padrino para llevar a cabo la operación. Mientras realizaba el acto de **periah***, de empujar hacia atrás la piel del diminuto órgano para dejar al descubierto el glande, al padrino le temblaban las rodillas.*

—¡Quieto! —protestó. Su bisturí ejecutó la Alianza de Abraham y el bebé lanzó un alarido al tiempo que perdía el prepucio. Vidal sumergió su dedo en la copa y le hizo chupar el vino al bebé, recitando la bendición mientras el pequeño recibía el nombre de su difunto abuelo: Reuven.

Los familiares sollozaban y gritaban: **azal tov!** *Julius se sintió animado. Debido a sus dos vocaciones, la gente se refería a él como* **Der Schneider***, el cortador. Manasseh siempre insistía en que tenía que ser más cuidadoso con una circuncisión que con el diamante más costoso. ¿Y por qué no? Mientras envolvía el diminuto pene con una gasa limpia, pensó que las madres de estos niños sabían muy bien cuál era la gema más preciosa que cortaba* **Der Schneider***.*

A media tarde entró en el puerto de Ostende. Le resultó fácil encontrar el **Lisboa***, una galera portuguesa desvencijada, de velas latinas. Le dio un vuelco el corazón al ver el aspecto salvaje de la tripulación que se ocupaba del cargamento. Pero no había ninguna otra embarcación que partiera con rumbo a San Sebastián, y el viaje*

por tierra, a través de innumerables baronías pequeñas y belicosas, era impensable.

Para su desesperación, después de pagar y de embarcarse, descubrió que fray Diego, cuya compañía esperaba evitar, también había reservado un pasaje. En la galera viajaban otros tres pasajeros, caballeros españoles que ya estaban borrachos y que a ratos se mostraban belicosos y gritaban invitaciones sexuales a los marineros.

Julius ató la brida de su castrado a un puntal y se acomodó en la cubierta, sobre un lecho de paja, pues prefería la compañía del caballo. El ***Lisboa*** *se alejó con la marea. El rocío helado del mar del Norte pronto le impidió dormir en la cubierta. Esperó mientras pudo soportar el frío glacial; luego amontonó la paja alrededor del animal y se fue al minúsculo camarote de popa, que ya estaba ocupado por los demás. Cuando abrió la puerta sintió náuseas. Se quedó lo más lejos que pudo de los caballeros y se acercó al fraile, que soltó unas palabrotas. Vidal se volvió de cara a la pared y se quedó dormido.*

Estaba acostumbrado a las travesías por mar, pero por la mañana las náuseas de los demás le hicieron sentirse mal. Durante los tres días siguientes, el barco surcó el mugriento oleaje del canal de la Mancha y aquellos hombres se convirtieron en una compañía lamentable. Las comidas consistían en un espantoso pescado salado y pan echado a perder. Le gustaba el vino verde de los portugueses, pero notó que el malestar de los caballeros se acentuaba después de beberlo, de modo que comió la cantidad de pan que pudo y se contentó con sorbos del agua que probaba de los toneles.

Cuando rodearon las islas del Canal, cesó el viento. El malestar de los pasajeros quedó aliviado cuando los remeros comenzaron su dura faena. Doblaban la espalda haciendo avanzar la embarcación sobre la superficie lisa del mar sólo mediante la fuerza humana.

Fray Diego había revelado a los caballeros que Julius era judío. Ellos hablaban en voz alta de que eran antiguos cristianos, y de la importancia de la limpieza, la pureza de la sangre. A pesar de que olían como el ganado, cuando él entraba en el camarote se llevaban las manos a la nariz para evitar el ***Foetor Judaicus****, «el hedor judío». Uno de ellos contó un relato interminable sobre un judío que había robado algunas hostias consagradas de una iglesia. El canalla había llevado las hostias a su sinagoga, había colocado una de ellas en el altar y le había clavado un cuchillo afilado. ¡De la hostia había manado sangre! Cuando el asustado ladrón arrojó el resto de las hostias al fuego para deshacerse de las pruebas, la silueta de un niño se había elevado al cielo, por lo que el judío había confesado todo a las autoridades. Primero fue marcado con unas pinzas al rojo vivo, y luego quemado.*

Vidal intentó no hacerles caso. Algunos miembros de la tripulación tenían monedas del reino de España y las intercambiaron con él, que así reemplazó las

monedas de cobre de sus alforjas con maravedíes y dineros. Al caer la cuarta noche, volvió a soplar el viento. El aire viciado lo obligó a abandonar el camarote; cuando llegó a la cubierta encontró a uno de los caballeros, el que había relatado el cuento, apartando sus bolsas del montón de paja.

Pensó en el hijo que aún no había nacido.

El hombre desenvainó la espada. Con la mano izquierda cogió la alforja que contenía los preciosos instrumentos de Vidal y en actitud burlona la hizo balancear sobre la barandilla de la cubierta.

—Arrojadlas al mar —le advirtió Vidal, desesperado—, y tendréis que dar cuenta de ello a Torquemada.

Fray Diego pasó a su lado y dijo algo rápidamente. El pálido caballero, repentinamente sobrio, le devolvió las alforjas.

Después, las cosas mejoraron. Ya no se mofaban de él cuando se detenía en la cubierta a rezar. Lo evitaban. El dominico le repitió hasta la saciedad que aquellos hombres lo habrían matado y arrojado por la borda si no hubiera sido porque él, su buen y fiel amigo, había intervenido; y que serían apreciadas unas palabras de elogio hacia él ante quien correspondía. El fraile era peor que un mareo.

El viento no amainó. El quinto día por la mañana, la galera llegó al límite sur del gran golfo de Vizcaya y recalaron en San Sebastián bajo una lluvia torrencial.

Fray Diego salió del camarote de proa el tiempo suficiente para decirle que la galera también haría escala en Gijón.

—Permanece a bordo hasta llegar allí. Es más cerca de León.

Él no respondió. Hizo bajar a su castrado por la tablazón de cubierta hasta desembarcar, y se alejaron andando. El caballo había soportado bien el viaje. Cuando la tierra firme dejó de balancearse bajo sus pies, Vidal montó a caballo. El aire era más perfumado y suave que el de Gante, muy frío.

Compró dos cebollas a un campesino arisco de ojos pequeños. Al llegar a un pequeño pinar en una colina, desmontó y se sentó con la espalda apoyada en un árbol; desde allí pudo ver un prado lleno de ganado, un campo de trigo y un olivar.

Sintió deseos de tener consigo a su hijo y mostrarle aquel lugar «Mira, Isaac, la tierra donde nació tu padre. Lo echaron de aquí pero la tierra no tiene la culpa de eso. ¿No es hermosa? ¿No son fantásticas las cebollas españolas?».

No eran tan fantásticas como él recordaba. Les faltaba algo imposible de conseguir: un trozo de pan hecho por su madre, cortado de una hogaza aún caliente.

Le habían llamado Julio.

Pero eso había cambiado al llegar a los Países Bajos. Su padre, que había tenido que abandonar su capital, había intentado en vano trabajar como un fabricante de botas y guantes. Los gremios aceptaban que los judíos les compraran, pero no que se unieran a ellos. Cuando su padre murió, el hermano de su madre se hizo cargo de los

dos sobrinos extranjeros. «Olvídate de Julio. Debes llamarte Julius», le había dicho su tío con firmeza. Él mismo había sentado el precedente al abandonar Italia como Luigi, estudiar matemáticas en París como Louis y, después de comprender que un judío no conseguiría un cargo académico, marcharse a Brujas y convertirse en Lodewyck, tallador de diamantes.

Vidal suspiró. Bebió agua de un arroyo para tragar mejor las cebollas y volvió a montar. Cesó la lluvia y salió el sol, y en Vitoria pudo comprar pan a unos peregrinos que iban camino de la catedral de Santiago de Compostela. Debió de parecerles lo suficientemente distinto para despertar sus sospechas; un rato después de separarse de ellos, fue alcanzado por unos guardias de la Inquisición. Quedó paralizado, pero el salvoconducto de Torquemada infundía respeto.

En las cuatro horas siguientes fue detenido en dos ocasiones más por hombres armados a los que les enseñó el documento. La tercera vez, a última hora de la tarde, ya había llegado a León y los guardias eran soldados de De Costa. Lo escoltaron al galope. Le resultó extraño ser uno de los veloces jinetes. Le gustó la sensación que experimentó al ver el paisaje que se deslizaba junto a él, y los sonidos que lo rodeaban. Pero los animales y la gente huían desesperadamente al ver los crueles y despreocupados cascos de los caballos.

Iba a ser tratado como un huésped. Le asignaron una habitación grande en la que había alimentos y vino. Había olvidado que existía el agua de rosas. Los flamencos sólo utilizaban jabón, para el que Anna guardaba las cenizas de la chimenea.

Esa misma noche fue llamado. El conde era un hombre corpulento y desaliñado, y tenía una constante sonrisa de suficiencia.

Vidal sabía de la existencia de De Costa por los refugiados que vivían en Amberes. Durante años había demostrado que algunos conversos acaudalados eran secretamente partidarios del judaísmo. Los bienes de éstos siempre eran confiscados, y De Costa había comprado gran cantidad de propiedades a bajo precio. Isabel estaba especialmente agradecida a quienes hacían que la Inquisición funcionara, ya que estos desaprensivos eran los únicos que le pagaban los impuestos sin quejarse. De Costa había sido nombrado conde en 1492, el año de la expulsión masiva de los judíos.

Varios años antes había adquirido el gran diamante amarillo y una buena cantidad de tierras, que eran propiedad de un converso llamado don Benvenisto del Melamed, un constructor de buques y nuevo cristiano que había cometido el error de permitir que la corona llegara a tener con él una enorme deuda por los barcos de la flota. Melamed había comprado el gran diamante amarillo a la familia de un caballero que lo había obtenido como botín durante las Cruzadas, en la gran mezquita de Acre. En lugar de donarlo a los Reyes Católicos o a su Iglesia, el

constructor de barcos había cometido un último error: se había quedado con él.

Esa actitud egoísta fue para De Costa prueba suficiente del fatal judaísmo de Melamed, y éste había sido acusado de forma anónima de diversos cargos, y posteriormente quemado para purificar su alma cristiana. La pareja real, con una deuda gigantesca súbitamente cancelada, se mostró bien dispuesta cuando las posesiones del ejecutado fueron adquiridas por su leal y religioso súbdito De Costa.

El conde le mostró a Vidal la enorme casa solariega de piedra. Julius no le preguntó por el anterior propietario.

En una habitación enorme había artefactos de las Cruzadas que De Costa había reunido con pasión de coleccionista: espadas sarracenas, moriscas y cristianas, escudos y armaduras de muchas naciones, y una serie de banderas de batalla hechas jirones.

—Éste es mi favorito —anunció.

Atados a los costados de una pesada montura militar había lo que Vidal creyó que eran dedos humanos secos, hasta que vio que cada uno estaba innegablemente circuncidado.

—Pollas mahometanas —confirmó De Costa con una sonrisa burlona.

—¿Cómo sabéis que todos eran musulmanes? —preguntó débilmente.

El conde pareció sorprendido, como si jamás se le hubiera ocurrido pensarlo. Lanzó una carcajada y palmeó a Julius en la espalda por ser tan ingenioso.

A la mañana siguiente fue acompañado a un edificio del centro de León. Era una de las infames prisiones secretas de la Inquisición. Desde la calle podría haber sido confundida con una imponente residencia. En el interior había soldados armados y monjes dominicos.

Un fraile que dijo ser alcaide, o guardián, examinó su salvoconducto.

—Sí, el prisionero De Mariana está aquí.

Lo condujo por una serie de pasillos hasta una puerta, al otro lado de la cual alguien tosía. Al quedar abierta, Vidal vio que la habitación era muy pequeña. El orinal apestaba, pero por lo demás la celda estaba limpia. En el suelo había material de escritura, una palangana, un pequeño trozo de jabón, una navaja de afeitar y un taburete de tres patas. En un catre yacía un hombre delgado, de pelo blanco, que se había despertado al oír las llaves en la cerradura. Se sentó y miró a Vidal. Su pálido rostro estaba limpio y afeitado, pero sus ojos azules se veían legañosos.

—He venido a ayudarte.

El hombre no dijo nada.

—Soy Julius Vidal, tallador de diamantes de Gante, en los Países Bajos. Me han dicho que somos parientes.

El hombre se aclaró la garganta.

—No tengo parientes.

—El abuelo de mi padre era Isaac ben Yaacov Vitallo.

—No conozco a ningún pariente.

—Esto no es una trampa. Yo poseo una habilidad que ellos necesitan. Creo que puedo salvarte.

—No soy un réprobo, por lo tanto no necesito ser salvado.

—He venido para salvar tu cuerpo. De tu alma debes ocuparte tú.

El hombre lo miró.

Vidal se sentó en el taburete.

—¿Sabes algo de tus antepasados, la familia Vitallo?

—Desciendo de conversos. Es bien sabido. ¿Por qué iba a negarlo? Mi padre murió siendo un buen sacerdote en Cristo. Y yo he dado mi único descendiente a la Santa Madre Iglesia.

—¿Un hijo?

—Una hija. Mi Juana, una hermana de la Misericordia.

Vidal asintió.

—Qué extraño que las vidas de dos parientes sean tan distintas. Mi hermano es rabino. Nacimos en Toledo, donde murieron miles de judíos víctimas de la peste negra. Más de ciento cincuenta años después, seguíamos teniendo miedo.

—Yo nunca tuve miedo cuando era niño —puntualizó De Mariana, como si intentara demostrar algo—. Se dice que Toledo fue fundada por los judíos. ¿Lo sabías?

—Sí.

—Creo que es una mentira judía —apuntó el anciano con perspicacia.

—El nombre viene de **Toledot***, o hebreo por «generaciones». Una ciudad hermosa. La casa de mi padre estaba cerca de una sinagoga.*

—Ahora es una iglesia. Conozco muy bien Toledo.

—Tal vez te refieres a la iglesia de Santa María Blanca, en lo que antes era una sinagoga, cerca del río Tajo —aclaró Vidal—. Esa ya era una iglesia cuando nosotros vivíamos allí.

—La sinagoga más nueva también es una iglesia ahora. Yo mismo he asistido a misa allí.

—¿Aún existe el cementerio judío?

De Mariana se encogió de hombros.

—En verano, mientras nuestro padre estaba en la sinagoga, mi hermano y yo jugábamos entre las tumbas. Yo solía practicar la lectura en hebreo con el epitafio de un chico de quince años, Asher Aben Turkel, muerto en mil trescientos cuarenta y nueve.

Esta lápida es un recuerdo

para que una generación posterior pueda saber
que debajo de ella yace oculto un muchacho
fantástico, un chico querido.
Perfecto conocedor,
lector de la Biblia,
estudioso de la Mishna y la *Gemara*.
Había aprendido de su padre
lo que su padre aprendió de sus maestros:
los estatutos de Dios y sus leyes.

—Que Dios me ayude. Empiezo a creerte. ¿Cómo es posible que un judío esté aquí, vivo?

—Puedes creerme, primo. —Vidal palmeó la mano del hombre y la encontró sumamente caliente—. Estás enfermo. Tienes fiebre —dijo en tono angustiado.

—Es la humedad de esta celda. Como no tengo fuego, a veces la ropa me queda húmeda. Ya pasará. Me ha ocurrido otras veces.

—No, no. Has de recibir tratamiento. —Vidal se acercó a la reja y llamó a gritos al alcaide y le dijo que el prisionero estaba enfermo y necesitaba los servicios de un médico. Sintió un gran alivio cuando el hosco guardián asintió.

—Será mejor que te deje, para que recibas cuidados.

—Vuelve. Vuelve, aunque seas una ilusión —dijo De Mariana. Afuera, unos ancianos tomaban el sol sentados en una plaza, y unos niños gritaban y perseguían a un perro que ladraba. Vio un mercado pequeño y agradable. Tenía hambre y se detuvo en un puesto en el que una mujer vendía alubias estofadas.

—¿Llevan cerdo?

Ella lo miró con desdén.

—¿Pretendes que tengan carne por semejan te precio?

Él sonrió y le compró una porción.

Tenían un sabor que casi había olvidado. Comió con fruición, sentado al abrigo de una pared que estaba cubierta de avisos: varios días después se celebraría un auto de fe; se vendía una vaca lechera, lista para la reproducción; también un perro pastor, y aves de corral desplumadas o vivas. Había un edicto de fe en el que se pedía a la población que se pusiera en contacto con el despacho del tribunal de la Inquisición…

… quien conozca o haya oído hablar de alguien que observe el *Sabbath* según la ley de Moisés, poniendo sábanas limpias y otras prendas nuevas, y poniendo mantel limpio en la mesa y sábanas limpias en la cama los días festivos en honor del *Sabbath*, y evitando las luces a partir del anochecer del

viernes; o que haya purificado la carne que va a comer, lavando la sangre en agua; o que haya cortado el cuello del ganado o de las aves que va a comer, pronunciando ciertas palabras y cubriendo la sangre con tierra; o que haya comido carne en Cuaresma o en otros días prohibidos por la Santa Madre Iglesia, o que haya hecho el gran ayuno yendo descalzo todo ese día, o rezado oraciones judías por la noche, implorando el perdón de los demás, los padres colocando las manos sobre la cabeza de sus hijos sin hacer la señal de la Cruz, o diciendo algo que no fuera «Yo te bendigo en nombre de Dios»; o que bendiga la mesa a la manera judía; o que recite los salmos sin el *Gloria Patri*; o a cualquier mujer que después de dar a luz haya pasado cuarenta días sin entrar en la iglesia; o que haga la circuncisión a sus hijos o les dé nombres judíos; o que después del bautismo lave el sitio donde haya estado el aceite y el crisma; o que alguien esté en su lecho de muerte y se vuelva hacia la pared para morir, y cuando esté muerto lo laven con agua caliente, afeitando todas las partes de su cuerpo…

Cuando terminó de comer miró las armas. Nunca había llevado espada y seguramente la usaría con torpeza. Pero ***Der Schneider*** *no tendría problemas para utilizar una más pequeña. Compró un puñal corto de acero de Toledo y lo ató a su cintura. Buscó entre las pieles del puesto de un peletero hasta que encontró una piel de oveja bien curtida. La llevó a la prisión y una vez allí se enteró de que el médico ya se había marchado. A De Mariana le habían aplicado ventosas en el pecho y le habían practicado una sangría. Ahora estaba más débil que antes, y apenas podía hablar.*

Vidal lo arropó con la piel de oveja y fue a examinar el diamante.

De Costa lo puso sobre la mesa y sonrió.

—Es especial —logró decir Vidal. Era mucho más grande que cualquier otro que hubiera intentado acabar.

—¿Cuánto tiempo te llevará?

—Yo trabajo lentamente.

De Costa lo miró con suspicacia.

—Es demasiado importante para darse prisa. Es necesaria la mayor precisión, y la planificación exige tiempo.

—Entonces debes comenzar enseguida. —Evidentemente, tenía la intención de observarlo.

—Debo estar solo cuando trabajo.

De Costa no ocultó su disgusto.

—¿Necesitarás materiales especiales?

—Tengo todo lo necesario —respondió él.

Pero cuando se quedó solo, fue peor.

La piedra se alzaba ante él como un huevo opulento. La había odiado desde el primer momento. No tenía la menor idea de cómo tratarla.

Al día siguiente, De Mariana no parecía más fuerte que después de que le practicaran la sangría, pero se alegró de ver a Julius.

Se sofocaba y estaba notablemente desmejorado. La tos había empezado a producir una flema gris.

Vidal decidió mostrarse optimista.

—Te recuperarás rápidamente en cuanto te lleve a Gante. Allí por lo menos un judío puede respirar libremente.

Los ojos azules lo atravesaron.

—Yo soy cristiano.

—¿Incluso después de… esto?

—¿Qué tienen que ver ellos con Jesús?

Vidal lo observó con asombro.

—Entonces, mi erudito cristiano, ¿en qué sentido eras un judaizante?

De Mariana le pidió algunas de las hojas de papel que había en el suelo.

—Esto es toda mi vida. ***Herbario de la flora conocida****. —Se lo mostró a Vidal; cada página contenía dibujos de plantas, así los nombres latinos y vulgares, el hábitat, las variedades y su utilidad para el hombre—. Estaba preparando una sección sobre las plantas del período bíblico. Las traducciones son malas. Para asegurarme de que fuera fiel, compré un pergamino.*

—¿Una ***Torah****?*

—Sí. Y lo hice abiertamente. Todas las traducciones las obtuve de un sacerdote que era hebraísta. Durante un tiempo no hubo problemas. Pero yo sé más de lo que sabe la mayoría sobre las propiedades medicinales de las hierbas. Mis colegas, mis alumnos… cada vez que alguien se ponía enfermo, me pedían un paliativo. No soy médico, y sin embargo llegué a ejercer de tal. Un día, al escuchar mi clase de botánica, un obispo que se encontraba de visita sugirió que era un trabajo peculiarmente judío. Soy un maestro severo, tal vez demasiado inflexible…

—¿Fuiste acusado por alguno de tus alumnos?

—Fui arrestado, primo. Mi sacerdote traductor había muerto. Yo era un nuevo cristiano que poseía un manuscrito hebreo. Me metieron en la cárcel y me dijeron que confesara para librarme del infierno.

»¿Cómo iba a confesar? Finalmente me obligaron a mirar mientras otros eran torturados. Existen tres métodos favoritos: el ***tormento de garrucha****, en el cual cuelgan al prisionero de una polea, por las muñecas, con unas enormes pesas atadas a los pies. Lo levantan lentamente y lo dejan caer con un tirón repentino que suele dislocarle los brazos o las piernas. En el de la toca, atan al prisionero. Lo obligan a*

abrir la boca y le ponen un trozo de tela en la garganta para que por él baje el agua que se vierte con una jarra. Cuando me llegó el turno a mí, utilizaron el potro. Con unas cuerdas me ataron el cuerpo desnudo y las extremidades al potro de torturas. Las ataduras se tensaban cada vez que hacían girar el potro —sonrió con tristeza—. Pensé que podía ser un mártir leal a mi Cristo. Cuando dieron dos vueltas, confesé todo lo que querían oír.

La celda quedó invadida por el silencio.

—¿Cuál fue el castigo? —preguntó Vidal por fin.

—Fui despedido de la facultad y me obligaron a caminar en público durante seis viernes, azotando mi cuerpo con una tralla de cáñamo. Y se me prohibió ocupar cargos públicos, ser cambista, tendero, e incluso actuar como testigo. Me dijeron que si volvía a cometer el mismo error sería condenado a las llamas, y me dieron el sambenito para que lo llevara durante un año y seis meses. Todo el dinero gastado para mi sustento en la cárcel había sido cargado a mi nombre, y mi esposa y yo tuvimos que vender una pequeña granja para pagar a la Inquisición lo que yo le debía.

Vidal se aclaró la garganta.

—¿Tu esposa está viva?

—Creo que no. Había enfermado y envejecido, y yo le causé grandes sufrimientos. Cuando concluyó mi condena, mi esclavina de penitente, según dicta la ley, fue enviada a la iglesia de mi parroquia para ser exhibida permanentemente con los sambenitos de otros judaizantes condenados. La vergüenza que ella pasó… —Lanzó un suspiro—. Hubo otras catástrofes, grandes y pequeñas. Incluso antes de que quedara acabado, mi herbario fue incluido en el Índice de Libros Prohibidos.

—¿Nunca lo terminaste? —le preguntó Vidal.

—Ya está concluido. No necesité más el manuscrito confiscado porque tenía mis traducciones. Reanudé su escritura. Pensé que podría ser publicado en el extranjero. O en España, cuando esta locura hubiera pasado.

—Lo publicarás en Gante, primo.

De Mariana sacudió la cabeza.

—No me dejarán ir.

—Lo han prometido.

—¿Que me liberarán?

—Que mostrarán una clemencia especial.

—No, no. Tú no lo comprendes. Para ellos, una clemencia especial puede significar un estrangulamiento rápido antes de la hoguera. Creen que el fuego es necesario para que mi alma vaya limpia al paraíso. Señor no sería tan terrible si ellos no creyeran en lo que hacen.

Vidal empezó a sentir náuseas.

—Hay algo que no logro comprender. Si trabajabas en tu casa, y en secreto, ¿cómo llegaste a esta situación por segunda vez?

De Mariana casi se levantó de la cama, furioso. Había una expresión de locura en sus ojos.

—¡No fue mi Juana quien me acusó! ¡No fue mi hija! —gritó.

Vidal sólo había visto otras tres gemas grandes en toda su vida. La primera era un diamante de forma irregular que pertenecía a Carlos el Temerario, a la sazón duque de Borgoña. Había sido tallado por Lodewyck antes de que Vidal se convirtiera en su aprendiz. Algunos años más tarde, cuando volvieron a llevárselo para que lo limpiara, Julius había quedado maravillado por la simetría de las facetas que cubrían completamente la corona y el envés de la piedra.

—¿Cómo lograste tallarla, tío?

—Trabajando con cuidado —había respondido Lodewyck.

Y lo había conseguido. El fuego de la joya, conocida por el nombre de la Florentina, había mostrado a los ricos y poderosos que un judío de Brujas había descubierto el secreto de convertir pequeñas piezas de piedra raras en maravillas relucientes.

Hacía varios años que Vidal era aprendiz cuando su tío acabó una segunda piedra grande para el duque. Se trataba de otro diamante poco común, delgado y largo, que pesaba catorce quilates. Van Berquem lo había tallado y engastado en un anillo de oro que el duque le había regalado al papa Sixto de Roma, para que lo usara en ceremonias especiales. A Julius se le había permitido hacer una parte del esmerilado.

Siete años más tarde, cuando llegó otra piedra grande de Borgoña, el aprendiz era casi un artesano y estaba en mejores condiciones de participar. Habían tallado hábilmente la informe gema dándole forma triangular sacando el mayor provecho posible de su diseño natural. Vidal y su primo Robert habían hecho la planificación y el labrado en facetas bajo la atenta dirección de Lodewyck. Habían engastado el diamante pulido en una creación exclusiva de Vidal: dos manos de oro entrelazadas que formaban un magnifico anillo que Borgoña le había dado al rey Luis XI de Francia como prueba de su lealtad.

Lodewyck y Robert habían recibido 5.000 ducados y fama, pero a Vidal le habían dado confianza suficiente para ganarse la protección de los Borgoña.

Ahora se encontraba solo y desprotegido, y pasó horas observando este diamante amarillo, como había examinado la piedra triangular más pequeña con su tío y su primo.

Abrió puntos de observación en la dura piel, como Lodewyck le había enseñado. Las profundas ventanas españolas que tenía a sus espaldas permitían que la luz penetrara en la piedra; pero no era suficiente, de modo que la levantó delante de las

llamas de un grupo de doce velas hasta que le tembló la mano.

Mirarla era como sumergirse en un sueño, un mundo de brillantez en el que estallaba una infinidad de llamas. Pero la dorada belleza terminaba en una nube tan pronunciada que al verla lanzó una exclamación. La cálida claridad amarilla se volvía blanca, y cerca de la base del diamante el color lechoso se tornaba oscuro y horrible. La imperfección era importante y le preocupaba, pero su responsabilidad sólo tenía que ver con el aspecto exterior: la forma y el labrado en facetas. Para conseguir una forma graciosa, tenía que eliminar los desniveles de la piedra. Examinó la veta como si el diamante fuera un trozo de madera, trazando líneas de tinta a lo largo de los sitios que soportarían un corte.

Podría estropearse fácilmente.

Cuando los soldados llegaron para guardar el diamante hasta el día siguiente, estaba cubierto de marcas de tinta. Vidal se volvió para que ellos no vieran la expresión de sus ojos.

—Ha empeorado —comentó el alcaide.

Cuando Vidal entró en la celda vio con desesperación que su primo tenía la mirada vacía y que su boca y su nariz estaban cubiertas de llagas supurantes. Vidal limpió el rostro sofocado y pidió al alcaide que llamara al médico.

De Mariana tuvo que hacer un esfuerzo para hablar.

—Parte de mi manuscrito. Oculto. ¿Me lo traerás?

—Por supuesto. ¿Dónde está?

—El invernadero. En el terreno de mi casa. Te haré un plano.

—Pero sus dedos estaban demasiado débiles para mover la pluma.

—No importa. Lo único que tienes que hacer es decirme cómo llegar hasta allí. —Vidal apuntó las instrucciones, deteniéndose para hacer alguna pregunta.

—En una caja verde. Debajo de unos tiestos de arcilla, en el lado norte. —La flema le obstruía los pulmones.

—Lo encontraré, no temas. —De pronto vaciló. El encargo le llevaría varias horas—. No estoy seguro de que deba dejarte.

—Vete. Por favor —le dijo De Mariana.

Nunca azotaba ni espoleaba a su caballo, pero ahora tuvo que hacer un esfuerzo para resistir la tentación. Durante la mayor parte del largo viaje llevó el caballo a medio galope. En varias ocasiones, mientras atravesaban el bosque, hizo que el caballo abandonara el camino y esperó. Pero nadie lo seguía.

Cuando llegó al pueblo de De Mariana, la puerta de la iglesia estaba abierta. Al pasar frente a ella pudo ver el interior; una fila de sambenitos —las prendas sin mangas que llevaban los penitentes que habían sido acusados por la Inquisición—, colgaban sobre los bancos como ropa recién lavada. Se preguntó cuál de los sambenitos habría pertenecido a De Mariana.

La hacienda le hizo comprender por primera vez que De Mariana era un hombre acaudalado. Era una finca de tamaño considerable, pero mostraba un aire general de descuido. No se veían campesinos trabajando la tierra, y en los pastos no había animales. A cierta distancia del camino se alzaba una casa enorme de estilo árabe. Tenía las cortinas echadas. Vidal no pudo ver si estaba habitada.

El invernadero estaba donde su pariente le había indicado y era un cobertizo largo y de techo bajo. En el interior en medio de una gran cantidad de materiales y recipientes, había una mesa con restos de plantas que habían muerto por falta de riego, y una cómoda silla colocada frente a los bosques y praderas del Oeste; se oía el canto de los pájaros. Cualquier hombre habría disfrutado sentado allí, contemplando cómo el sol se ponía sobre sus tierras.

Registró el lugar y encontró los papeles. La caja no estaba cerrada con llave. Las primeras páginas parecían dedicadas a diversas formas de cardos, y a él le resultaron poco interesantes.

Fue hasta la casa y golpeó con el aldabón. Un instante después, un criado abrió la puerta.

—¿La señora De Mariana?

—¿Queréis ver a Doña María?

—Sí —dijo, contento de que ella estuviera viva—. Dile que soy Julius Vidal.

La anciana se acercó lentamente y con dificultad. Tenía un rostro hermoso, de nariz fina.

—Señora, soy un pariente de vuestro esposo.

—Mi esposo no tiene parientes.

—Señora, él y yo tenemos antepasados comunes. Los Vitallo de Génova.

Le cerraron la puerta en las narices. La casa quedó sumida en el silencio.

Vidal volvió a montar y se alejó.

Una ira espantosa crecía en su interior. Pero cuando llegó a la cárcel de León, tuvo nuevos motivos de preocupación. Por primera vez no respetaron su pase y no lo dejaron entrar. Esperó hasta que el guardia llamó al alcaide.

—Ya no está aquí. Ha muerto —anunció el fraile.

—¿Ha muerto? —Vidal lo miró perplejo.

—Sí, mientras le hacían una sangría. —El hombre dio media vuelta.

—Aguardad. Alcaide, ¿dónde están sus cosas? Había unos papeles. Unos escritos.

—No hay nada. Ya ha sido quemado todo —repuso el guardián.

Fuera de la prisión lo esperaba un grupo de soldados de De Costa que lo escoltó hasta la casa. Ahora que su pariente estaba muerto y ya no servía como rehén, él era más un prisionero que un invitado.

Cuando lo dejaron a solas con la piedra, abrió sus bolsas y sacó frascos,

paquetes e instrumentos, pero cuando volvió a mirar sus cálculos deseó que su tío lo hubiera elegido a él para rabino y a Manasseh para aprendiz.

Desesperado por tener que tallar la piedra más grande que había tallado en su vida, dividió el diamante con líneas imaginarias, tratando cada sección como si fuera una única piedra pequeña y disponiendo los grupos de facetas de manera tal que actuaran recíprocamente, como si fueran facetas individuales de una piedra más pequeña.

¿Y si el resultado final carecía de fuego?

«Lodewyck, cabrón, dime qué debo hacer».

Pero Lodewyck jamás volvería a darle una respuesta. Finalmente ablandó resina y la utilizó para sujetar firmemente el diamante al extremo de una guarnición de madera; ésta quedó colocada en el torno de banco, y Vidal estrió levemente el diamante, haciendo marcas superficiales donde creía que debía colocar el cincel. Pero no pudo levantar el mazo y hacer los cortes. Sus dedos no obedecían lo que ordenaba su mente.

Oyó el bullicio que llegaba desde afuera. Por la ventana vio la multitud que pasaba por la calle.

—¿Qué ocurre? —le preguntó al guardia que se encontraba junto a su puerta.

—Vienen a observar el espectáculo, el auto de fe. Vale la pena verlo. —El joven soldado lo miró con entusiasmo—. ¿No os interesa verlo, señor?

—No —respondió.

Volvió al interior e intentó concentrarse en la piedra. No supo con certeza si cambiaba de idea porque sentía que debía haber un testigo del mal, o porque un veneno hervía en su interior, respondiendo al mal con tanta fuerza como cualquiera de las personas que él despreciaba. Se acercó otra vez al guardia.

—Vayamos a verlo —anunció.

La procesión se reunió en la catedral, encabezada por civiles armados con picas y mosquetes.

—Son los carboneros —le indicó el soldado—. Reciben honores porque ellos proporcionan la leña con la que son quemados los criminales. —El guardián estaba de buen humor. No había imaginado que asistiría a un auto de fe.

Esteban de Costa, el conde de León, encabezaba un contingente de nobles y portaba el estandarte de la Inquisición. Le seguía un cuerpo de dominicos con una cruz blanca. Tras ellos unos veinte prisioneros, los hombres separados de las mujeres. Iban descalzos y vestidos con el sambenito amarillo, sobre el que había sido dibujada una cruz, delante y detrás, con pintura roja. A continuación avanzaban arrastrando los pies dos hombres y una mujer los condenados, vestidos con sambenito blanco en el que se veían dibujados demonios y llamas. La mujer de mediana edad, con el pelo revuelto, tenía la mirada vacía. Apenas podía caminar. Un

joven, apenas un hombre, llevaba en la boca algo parecido al bocado de una brida. El tercer prisionero caminaba con los ojos cerrados, moviendo la boca.

—¿Por qué el chico va amordazado?

—Es un pecador impenitente, señor y temen que menoscabe el auto de fe con alguna blasfemia.

Cerraban la procesión los guardias de la Inquisición, con uniforme negro y blanco y una cruz verde cubierta con crespón negro. La multitud avanzaba detrás de ellos.

En la plaza se había instalado una plataforma de madera y un patíbulo. Los dominicos subieron a la plataforma y empezaron a celebrar una misa. La gente seguía llenando la plaza, algunos se sumaban a las oraciones y otros se detenían en el mercado a comprar comida o bebida.

Cuando concluyó el servicio se leyeron los nombres de los criminales menos importantes. Al ser pronunciado su nombre, el criminal levantaba una vela apagada, como reconocimiento de su deshonra pública.

Los tres condenados fueron conducidos al patíbulo y atados a estacas mientras el inquisidor decía cuáles eran sus crímenes. Teresa y Gil de Lanuza eran madre e hijo, relapsos que habían sido acusados de conspirar para llevar a cabo la circuncisión de un niño. La mujer había confesado, pero su hijo no. El otro hombre era Bernardo Ferrer un sodomita convicto.

Un murmullo se alzó entre la multitud. Un verdugo que se encontraba detrás de Teresa de Lanuza había pasado un garrote alrededor de su cuello y la estranguló. La mujer murió en el acto, con el rostro congestionado. Tres dominicos abandonaron su puesto y subieron al patíbulo con antorchas encendidas. Se acercaron uno a uno a Gil de Lanuza y le hablaron apasionadamente; luego pasaron la antorcha cerca de su cara.

—Quieren convertirlo —murmuró el soldado—. Le muestran la sensación que producen las llamas.

Un temblor visible desde donde estaba Vidal sacudió el cuerpo del hereje. Un sacerdote quitó la mordaza de la boca del joven, que murmuró algo. El sacerdote se volvió y alzó la mano para que la multitud guardara silencio.

—Hijo mío, ¿qué has dicho?

—Me convierto a la auténtica fe.

Un estremecimiento de júbilo invadió a los espectadores. Junto a Vidal, una mujer asustaba al niño que llevaba en brazos, que se unió a su ruidoso llanto.

—Alabado sea Dios —entonó el soldado con voz ronca.

Los dominicos se arrodillaban.

—Hijo mío —dijo el sacerdote—, ¿a qué auténtica fe te conviertes? ¿En qué ley mueres?

—Padre, muero en la fe de Jesucristo.

Los dominicos se levantaron y abrazaron al joven.

—Eres nuestro hermano —gritó el sacerdote—. Nuestro amado hermano.

El joven abrió los ojos desmesuradamente, a causa de la emoción. Le temblaba la boca. El verdugo que estaba detrás de él lo estranguló.

Los carboneros empezaron a subir manojos de broza, leña y carbón. Manejaban los materiales con facilidad, amontonándolos en el suelo, alrededor de los condenados.

Concluyeron muy pronto la tarea.

Todos observaron al último condenado que quedaba vivo. Bernardo Ferrer tenía los ojos cerrados para no enfrentarse a la realidad.

—¿A él no le dan la posibilidad de arrepentirse? —preguntó Vidal.

El soldado miró con delicadeza a la mujer que llevaba al niño en brazos.

—El suyo es un crimen para el que no hay perdón, señor.

Un inquisidor hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, y un verdugo avanzó con una antorcha encendida. Cuando tocó la pira, ésta quedó envuelta en llamas. La madera seca crujió y produjo pequeñas explosiones al tiempo que ardía.

Vidal intentó huir de allí, pero los cuerpos que lo rodeaban se lo impidieron. Miró a la víctima, que seguía viva.

Ferrer quedó colgado de las cuerdas, como si intentara reunirse con las llamas.

El humo se elevó. El calor hizo que las tres figuras atadas a las estacas parecieran estremecerse y danzar.

Las llamas parpadearon entre las grietas del suelo y encendieron las ramas amontonadas alrededor de los condenados. Una lengua de fuego serpenteó entre la broza y trepó hasta el borde del sambenito. Ferrer gritó algo, pero su voz se perdió.

Su pelo se encendió como una aureola.

Su cuerpo se derrumbó cuando las llamas alcanzaron las cuerdas que lo sujetaban. Instantes más tarde, el suelo se hundió debajo de él en una lluvia de chispas.

¿Tan poco tiempo para quemar a un hombre?

Vidal estaba terminando la oración por los muertos. A su lado, la mujer abrazó al niño. El soldado se santiguó, y la multitud empezó a marcharse a su casa.

Curiosamente, cuando reanudó su trabajo con el diamante, y tal vez porque había visto lo peor que podían hacer los hombres, había perdido el miedo.

Cogió el martillo y el cincel y dio dos golpes fuertes. Los horribles desniveles eran demasiado delgados para partirse limpiamente. Se astillaron, pero lo que quedó le permitía trabajar con comodidad; era lo que él quería, una forma más redonda y graciosa, que ofrecía posibilidades.

Sacó de su bolsa las distintas partes de un torno para esmerilar que se accionaba

con un pedal, y lo armó. Luego cogió un frasco que contenía el polvo de diamante que recogía cuidadosamente cada vez que tallaba o pulía una piedra. Colocó una pequeña cantidad en un recipiente y añadió aceite de oliva hasta obtener una pasta espesa con la que untó un disco de cobre llamado rueda bruñidora, la pieza cortante del torno esmerilador.

Se acercó a la puerta.

—Necesito velas. Todas las velas que puedas conseguir.

Las distribuyó por toda la habitación. Sus llamas combinadas apenas le proporcionaban el tipo de luz que necesitaba para el trabajo final, pero le permitirían realizar el primer trazado superficial de las facetas más grandes.

Puso el torno en movimiento, y por primera vez acercó la piedra al disco que giraba. Pocos minutos después, la presión que aplicaba había logrado que el polvo de diamante quedara adherido al cobre del disco, convirtiéndolo en una lima eficaz.

Ese era todo el secreto que Lodewyck había descubierto y que la familia conservaba: nada corta el diamante, salvo el diamante.

Pasó toda la noche encorvado sobre el torno, esmerilando la piedra.

Al amanecer había trazado las facetas más importantes; espero con impaciencia a que saliera el sol para ver bien y empezar la parte más delicada del tallado. Con las primeras luces empezó a trabajar en las facetas más grandes y a cortar otras más pequeñas alrededor de los ángulos externos del diamante para que formaran un dibujo que Lodewyck había llamado briolette.

La piedra era un bloque gris de aspecto metálico.

Al mediodía, un sirviente llamó a la puerta para servirle la comida, pero Vidal lo despidió. Trabajó sin parar y empezó a visualizar lo que debía hacer.

Cuando oscureció, interrumpió la tarea; había llegado a un punto en el que la iluminación perfecta sería crucial para el resto del tallado. Hizo que le llevaran la comida y agua para bañarse, y se tendió en la cama, hambriento y sin lavarse, y se quedó dormido con la ropa puesta hasta que lo despertó la luz del nuevo día.

Esa mañana alguien intentó abrir y luego golpeó la puerta.

—Marchaos.

—Soy yo. Quiero ver mi diamante.

—No está listo.

—Abre la puerta ahora mismo.

—Lo siento, mi señor. Es demasiado pronto.

—Judío asqueroso, echaré la puerta abajo. Serás…

—Mi señor eso no salvará el diamante del papa. Debo trabajar sin que me interrumpan —dijo, consciente de que el éxito de su trabajo seria lo único que le permitiría salir con vida de aquel lugar.

De Costa se marchó enfurecido.

Existían grandes peligros. La piedra debía ser esmerilada en la dirección de la veta —como cuando se cepilla un trozo de madera— para evitar que se dañara el diamante y el disco esmerilador. Podía desgastar el diamante pero no podría volver a poner lo que había quitado, y por eso debía estar siempre alerta y no cortar excesivamente. Y debía parar el torno de vez en cuando para permitir que el diamante y el disco se enfriaran, porque si la fricción recalentaba la piedra, su superficie se astillaría formando lo que Lodewyck llamaba «escamas glaciales».

Sin embargo, tomaba forma.

Poco a poco, el aspecto gris metálico de la superficie se convirtió en una piedra amarilla.

Y la piedra amarilla se volvió más clara.

El cuarto día por la mañana concluyó la última faceta. De otro frasco cogió polvo mineral de hueso del más fino y pasó el resto del día puliendo el diamante a mano.

Esa noche permaneció un buen rato de pie, contemplándolo. Luego rezó el Hagomel, la oración de acción de gracias. Por primera vez en su vida supo que Lodewyck había hecho la elección adecuada. Manasseh no habría logrado esto.

Recogió con una pluma hasta la última mota del polvo producido por el esmerilado, y desarmó el torno. Luego se bañó y se vistió para el viaje. Cuando tuvo todo guardado en las alforjas, abrió la puerta con la llave.

De Costa se había pasado dos días bebiendo y de mal humor. De pronto vio al judío de pie delante de él, con el diamante en la mano.

El conde cogió la piedra. Cuando logró fijar la mirada en ella, empezó a reír de alegría.

—Pide lo que quieras. ¿Una virgen? ¿La furcia más hábil de toda España?

A pesar de estar borracho y tan entusiasmado, tuvo el buen cuidado de no mencionar el pago en dinero.

—Me siento feliz de haberos servido. Ahora debo regresar a casa, Señor.

—Antes tenemos que celebrarlo.

Aparecieron los sirvientes con más botellas. De Costa colocó el diamante delante de las velas. Lo giró hacia un lado y hacia otro.

—Me has sorprendido, judío.

Empezó a hablar con fervor.

—No siempre he sido noble. Incluso ahora hay quienes se mofan de mis orígenes. Pero seré dos veces noble, al menos caballero de Malta. El papa español ha convertido a seglares en cardenales, por mucho menos.

Vidal esperó, al principio con aire triste y luego con creciente aprensión. Sería fácil que De Costa ordenara la muerte de alguien con quien se había ido de la lengua.

El hombre estaba al borde de la inconsciencia. Vidal le llenó la copa.

—Con vuestro permiso, mi Señor. Por vuestra salud y felicidad.

Tuvo que llenarle la copa varias veces. El conde podía conservar el mismo nivel de ebriedad durante un tiempo asombroso. Casi había vaciado otra botella cuando por fin se cayó de la silla.

Vidal se puso de pie y lo miró con repugnancia.

—Canalla —dijo.

No había guardias a la vista. Se llevó la mano al puñal de acero de Toledo.

Se dijo que era un estúpido. Por fin era libre de marcharse. ¿Valía la pena arriesgar la vida?

Miró el diamante que seguía debajo de las velas. En el amarillo aterciopelado de cada una de las facetas que él había tallado parecía arder un cuerpo.

Cogió el puñal y se inclinó sobre el hombre que yacía en el suelo. El conde se movió una vez. Gimió débilmente y se quedó inmóvil. Noble o no, su sangre teñía las manos de Vidal.

Ya era de día cuando un soldado lo descubrió. El hombre se quedó como clavado al suelo. Al principio pensó que su señor había servido de alimento a algún animal. Lanzó un grito.

Esteban de Costa se movió y se pasó la lengua seca por los labios.

Recordó el diamante y lo buscó con la mirada para saber si había desaparecido, pero lo vio cerca de las velas apagadas. Se estiró para cogerlo y un dolor inaudito pareció desgarrar su cuerpo.

Cuando bajó la mirada, sus gritos se unieron a los del guardián. Pero su miembro ensangrentado parecía peor de lo que en realidad estaba: había sido circuncidado, no castrado.

Encontró la nota más tarde, cuando parte de la conmoción se había aliviado, aunque no así el dolor.

Aquí tenéis otra para vuestra montura

Julio Vidal

Vidal había cabalgado sin parar durante toda la noche y hasta bien entrada la mañana pues había decidido ir a Ferrol en la creencia de que cualquier búsqueda se emprendería en dirección a Bilbao y Gijón, los puertos más cercanos.

Si no encontraba ningún barco, tenía pensado retroceder y ocultarse en las montañas.

Pero había una bricbarca de dos mástiles perteneciente al Gremio de los Tejedores, que cargaba lana en España para convertirla en paños flamencos. Compró un pasaje y esperó a bordo, vigilando el camino del este hasta que levaron

anclas y zarparon.

Cuando perdieron de vista la tierra, Vidal se acurrucó en la cubierta, presa de una repentina debilidad.

Alzó la vista y contempló una vela tan redonda y tensa como el vientre de Anna.

Que ya debía de estar plano.

Se apoyó en un fardo hediondo de lana sucia y miró las velas preñadas que lo conducían hacia el nuevo hijo.

TERCERA PARTE

LA BÚSQUEDA

15
MEA SHE'ARIM

Una mujer atendió el teléfono del despacho de Leslau y le dijo que el profesor no estaba.

—Tengo que hablar con él. Soy Harry Hopeman.

—¿Harry qué?

—Hopeman.

—Ah, *kayn*.

Evidentemente, el nombre no significaba nada para ella.

—¿Puedo encontrarlo en otro número?

—En su casa no tiene teléfono.

—¿Está trabajando en su casa? Déme la dirección, por favor. —Se produjo un silencio—. Le aseguro que él lo considerará importante.

—Rohov Chevrat Tehillim —dijo de mala gana—. Número veintiocho.

—Gracias. ¿Qué parte de la ciudad es?

—Está en Mea She'arim —respondió la mujer.

Hace más de un siglo, un grupo de *hasid* lituanos y polacos se separó del barrio judío de Jerusalén. En las afueras de la Ciudad Vieja construyeron un barrio amurallado que, según se decía, contenía exactamente cien unidades de vivienda, de modo que llegó a ser conocida como «las cien puertas», o Mea She'arim. En la actualidad, la mayor parte de la muralla original ha desaparecido. Superpoblada a lo largo de generaciones para las que el control de la natalidad era un pecado, Mea She'arim se ha convertido en un barrio bajo que es un enjambre de gente y ha rebasado sus límites y dado origen a su alrededor a barrios similares de devotos.

Mientras Harry buscaba Chevrat Tehillim, la calle de la Sociedad del Salmo, vio claros indicios de tutela religiosa. En una pared, un enorme letrero impreso en inglés, hebreo y yidis proclamaba:

> ¡HIJA JUDÍA!
> LA TORAH TE OBLIGA
> A VESTIRTE CON RECATO.
> NO TOLERAMOS
> QUE LA GENTE PASEE
> POR LAS CALLES
> VESTIDA CON IMPUDICIA.
> *Comité para la Defensa del Pudor*

En la manzana siguiente, otro letrero plurilingüe atacaba al gobierno israelí por permitir que el cuerpo humano, creado por el Altísimo, fuera profanado por autopsias.

No había letreros con los nombres de las calles. Cada calle se parecía a cualquier otra, llena de edificios de piedra con tiendas en la planta baja, debajo de varias plantas de apartamentos. Harry miró a su alrededor con desesperación. Dos niños jugaban a un violento tócame tú, y sus rizos revoloteaban salvajemente mientras corrían. Pasó a su lado una mujer joven cargada con un bulto de ropa para lavar, pero evitó la mirada de él. Vio a un anciano sentado a la sombra de un edificio cercano, vestido con caftán negro y *streimel*. El anciano le indicó la dirección que debía seguir, pero cuando por fin encontró Chevrat Tehillim, los edificios no estaban numerados.

Entró en una tienda que vendía objetos religiosos; su intención era preguntar por el número que buscaba, pero su mirada quedó capturada por unos gorros maravillosamente bordados, y pasó unos minutos eligiendo unos cuantos para el *bar mitzvah* de Jeff. El propietario le dijo que el número veintiocho era el edificio de al lado de la tienda.

—¿A quién busca?

—Al profesor Leslau.

El hombre lo miró con curiosidad.

—En el tercer piso. El apartamento de la izquierda.

La escalera del número veintiocho era estrecha y oscura. Alguien había estado cocinando pescado. Cuando llegó a la puerta de la izquierda del tercer rellano golpeó con los nudillos pues no encontró el timbre. Hubo un largo silencio; en el momento en que golpeó por segunda vez, una voz de mujer preguntó quién era.

—Quiero ver al profesor Leslau.

Un instante después el profesor Leslau abrió la puerta.

—Hopeman. ¿Cómo ha podido conseguir encontrarme aquí?

Harry le habló del hombre de la tienda.

—¿Él le dijo que era este apartamento? —Leslau tensó los labios—. Es un hijo de puta.

Detrás de él, Harry vio a la mujer, que tendría unos cuarenta años. Llevaba un pañuelo atado a la cabeza y su cuerpo desgarbado ocultaba sus formas bajo una bata suelta de color marrón y mangas largas.

—Esta es la señora Silitsky, señor Hopeman.

Ella respondió a la presentación con expresión seria. No llevaba maquillaje. Tenía rostro anguloso, parecido a un gorrión, y nariz afilada.

—Haz pasar al caballero —sugirió.

—Lo llevaré a mi apartamento —anunció Leslau.

—Como quieras.

—Pero después nos veremos, ¿verdad, Rakhel?

Ella asintió.

—Que lo pase bien, señor Hopeman.

—Buenos días, señora Silitsky.

Siguió a Leslau una planta más abajo y entraron en la puerta de la derecha.

—No lo entiendo. ¿Por qué me envió adrede al apartamento que no correspondía?

—Es complicado. —Leslau agitó la mano como si apartara algo que le molestaba —. ¿En qué puedo ayudarle?

El escepticismo de los ojos pardos de Leslau fue desapareciendo lentamente, a medida que escuchaba, para dar paso a un interés creciente y luego a un entusiasmo casi involuntario.

—Un guardián de oro. ¿Qué es lo primero que piensa cuando oye la palabra «guardián»?

—En los querubines dorados que custodiaban el Tabernáculo.

—Totalmente correcto —comentó Leslau suavemente—. Vayamos hasta Ein Gedi.

Tuvieron que caminar cinco manzanas hasta llegar al Volkswagen del profesor.

—¿Por qué no lo aparca más cerca?

—Solía hacerlo. Alguien me cortó los neumáticos.

Pasó junto a ellos el propietario de la tienda en la que Harry había comprado los *yarmulkahs*. Leslau no dijo nada, pero el hombre se volvió y le llamó *noef* rufián.

Cuando llegaron a Ein Gedi recorrieron lentamente la carretera principal, de arriba abajo, buscando un par de colinas que se ajustaran a la descripción del manuscrito. Luego cogieron los caminos secundarios que atravesaban el kibbutz y que pasaban por la escuela al aire libre.

—La ciudad antigua podría haber estado cerca del agua dulce —señaló Leslau—. Las colinas que buscamos estarán al este de los manantiales.

Había dos colinas hacia el noroeste. Un grupo de colinas apiñadas al noreste se extendían hacia las montañas bajas formando un dibujo tan irregular que Harry quedó desconcertado; parecía imposible separar dos colinas cualesquiera del resto. Pero Leslau sacudió la cabeza y señaló.

—Ahí están.

Tuvieron que bajar del coche y caminar unos quinientos metros hasta el pie de la colina más pequeña. La más grande de las elevaciones era unos cuatrocientos metros más baja. El terreno parecía inexplorado y poco singular.

—Podría ser aquí —señaló Leslau—. ¡Si al menos pudiéramos encontrar un querubín! Ahora mismo empezaría a buscar el otro. Oculta en algún lugar entre ellos está *aron hakodesh*, el arca de la alianza.

Embriagados por las posibilidades, casi se olvidaron de comer; pero en el viaje de

regreso a Jerusalén, Harry se dio cuenta de que tenía hambre. Comieron en un pequeño café árabe. Al principio cada uno estaba absorto en sus pensamientos y en sus sueños, y apenas hablaron.

Pero cuando llegó el café, Harry miró a Leslau con curiosidad.

—¿Por qué un profesor del seminario de la Reforma vive en Mea She'arim?

Leslau hizo una mueca.

—Cuando llegué a Israel, parecía una idea genial. Quería empaparme de la riqueza del lugar y transmitirla a mis alumnos.

—Los estudiantes norteamericanos no lo comprenderían.

Leslau asintió.

—La religión en Mea She'arim se transmite como una reliquia de familia, exactamente en el mismo estado en que fue recibida. Incluso se ponen exactamente lo mismo que llevaban sus antepasados en Europa. Sus oraciones jamás cambian, ni siquiera en la entonación. Y tampoco su terrible código.

—Eso es lo que hace que el barrio sea pintoresco y encantador —dijo Harry suavemente—. Tienen derecho a vivir como eligen.

—Pero en Mea She'arim todo el mundo tiene que vivir como quiere.

—No existe una ley del hombre ni de Dios que diga que no se le puede decir a un judío religioso, a un *frumer Yid*, que se vaya al infierno. Es la química entre la ortodoxia y los librepensadores lo que mantiene en efervescencia al judaísmo.

—La señora Silitsky y yo mantenemos una relación.

—¿Y? Ese es asunto suyo, David —repuso él en tono cordial.

—Es asunto de Mea She'arim. —El arqueólogo estaba pálido—. Es una *agunah,* una mujer atada.

—¿Una *agunah*? —Una mujer casada cuyo esposo ha desaparecido, pero no puede demostrarse que está muerto. Harry sintió que quedaba lentamente atrapado en un folletín yidis de las páginas del *Jewish Daily Forward*.

—Su esposo, Pessah, desapareció hace dos años. No logra encontrarlo. Según la ley talmúdica, sin el consentimiento de él, ella no puede divorciarse ni casarse de nuevo durante siete años.

—Contrate a un abogado. Llame la atención de las autoridades, como haría en Cleveland.

—En Israel el divorcio no está admitido por las autoridades civiles. Rakhel fue declarada «persona non grata» por los líderes religiosos que ella siguió en otros tiempos. Ellos la rechazaron antes de que yo la conociera.

—¿Qué había hecho?

—Mea She'arim está controlada por sectas como el *Naturei Karta*, los Guardianes de la Ciudad. Creen que Dios creará el verdadero Estado judío sólo después de enviar al verdadero Mesías. Condenan el Israel hecho por el hombre como

algo apócrifo. Por eso no pagan impuestos ni envían a sus hijos a escuelas subvencionadas por el Estado. Y no votan. En mil novecientos setenta y tres, el gobierno de Golda Meir tenía problemas graves y ella pidió un voto de confianza para la tarea de su coalición. Rakhel votó por primera vez en su vida.

»Ella y Pessah Silitsky discutían amargamente por eso y por otras cosas. Ella había empezado a comprar periódicos y los leía cuando su esposo no estaba en casa. Con dificultad, y contra su voluntad, había empezado a pensar de una forma nueva y amenazadora.

Leslau dejó escapar una sonrisa.

—Pero podríamos decir que él la abandonó por culpa del *cholent*. Ella prepara un *cholent* maravilloso, a la antigua usanza. Como está prohibido encender o apagar el fuego durante el *Sabbath*, los viernes por la tarde ella pone la carne y las verduras en una olla. Todo se cocina lentamente sobre una lámpara de alcohol durante el viernes por la noche y el sábado, para tener una comida deliciosa al final del *Sabbath*. Un viernes por la noche, mientras ella se iba a la cama, se rompió una pata de la mesa de la cocina y el *cholent* cayó al suelo. Lo peor fue que el alcohol llameante salpicó la alfombra, la pared y las cortinas de la cocina. El esposo de Rakhel salió del dormitorio y la vio luchando por apagar las llamas.

—¿Y?

—Está prohibido apagar el fuego durante el *Sabbath*. —Leslau se encogió de hombros—. Al día siguiente fue a visitarlos su *rebbe*. Le preguntó si su vida había corrido peligro. Ella respondió que no lo sabía. En ese caso, dijo él, había cometido un pecado espantoso. Más aún, a él le habían informado que Rakhel había comprado alimentos en tiendas que no pertenecían al vecindario. Él mismo había certificado que las tiendas de Mea She’arim eran *glat kosher* impecablemente puras. Como ella había comprado los alimentos en otro sitio, en tiendas que el *rebbe* no había inspeccionado personalmente, no podía asegurarle a Pessah Silitsky que su esposa no le había servido *trayfs*, comida que no era *kosher*, en su propia casa.

»Esa tarde, Pessah volvió temprano del trabajo. Guardó unas pocas cosas de valor en una maleta y salió de la casa. Ella no volvió a verlo nunca más.

Se miraron.

—No sabía que aún ocurrían cosas de este tipo —dijo Harry.

Leslau apartó la silla.

—Ocurren en la pintoresca y encantadora Mea She’arim.

—Será bien recibido si se suma a la excavación —señaló Leslau inquieto, mientras paraba el Volkswagen delante del hotel. Harry sacudió la cabeza y luego intentó no tomar a mal el alivio que vio en la mirada del hombre. Leslau le estrechó la mano.

Sabía que el arqueólogo estaba expresando su gratitud. Se sintió incómodo.

—*Shalom*, David. Me mantendré en contacto con usted.

Tomó una solitaria cena en el comedor del hotel. Cuando subió a su habitación, ésta ya no le pareció un refugio lujoso. Se tendió en la cama y pensó en el gordo Leslau y en su ortodoxa señora Silitsky. Unos inverosímiles Romeo y Julieta. Sin embargo, el idilio de ambos había despertado en Harry sentimientos que lo sorprendieron. Fue más consciente que nunca en su vida de lo solo que estaba.

Llevado por el impulso, llamó por teléfono a su esposa.

No obtuvo respuesta. En Nueva York era media mañana; Della quizás estaba haciendo compras. O tal vez estaba con otra persona, en un apartamento que él no había visto nunca. Analizó la idea como quien se toca una muela careada con la lengua. Se habría sentido mejor si le hubiera dolido.

Un rato después cogió el listín telefónico de Jerusalén y buscó el número de Strauss, Tamar.

Ella pareció sorprendida al oírlo.

—¿Puedo ir a verte?

—Estoy trabajando, preparándome para volver al trabajo mañana mismo.

—Aún no has terminado las vacaciones.

—En este momento no te resulto útil. ¿Por qué iba a agotar las vacaciones?

—Haz un viaje conmigo. Enséñame Israel.

—¿Eh? —vaciló—. No creo que quiera hacerlo.

—Eso significa que no estás segura de no querer. Deja que vaya a verte. Podemos hablar de ello.

Ella aceptó casi con indiferencia.

En mitad de la noche se despertó y descubrió que sus cuerpos encajaban uno en el otro como dos cucharas. Se aferró a la realidad deslizando la mano por debajo de un pecho de la joven.

Ella se movió.

—¿Qué? —dijo, y se quedó callada.

—¿Harás algo por mí?

Medio dormida, ella empezó a complacerlo, y él se echó a reír.

—No es eso. Quiero que les pidas a ellos que busquen a un hombre llamado Pessah Silitsky.

Ella se incorporó y lo miró.

—¿No puedes esperar a que sea de día?

—Sólo estaba pensándolo.

—Dios mío…

Él se levantó y fue al cuarto de baño. Cuando regresó, ella se había apartado al otro lado de la cama y emitía un leve sonido, no exactamente un ronquido.

Le gustaba el colchón de Tamar. No tardó nada en volver a quedarse dormido.

16
UN PASEO EN AUTOCAR

Lo que él había imaginado era un lugar apacible, tal vez con una buena playa, pero Tamar guardó algunas cosas en una mochila y lo acompañó al hotel para que él hiciera lo mismo. Le dijo que cogiera el tipo de ropa que había usado en Masada.

—¿Adónde vamos? —le preguntó.

—¿Por qué no dejas que sea una sorpresa?

—Nada de acampar.

—No acamparemos… exactamente.

Se detuvieron en una tienda de fruta y ella compró una enorme bolsa de naranjas, del tipo que los norteamericanos llaman «jaffas» y los israelíes, «washingtons». Cogieron un *sheerot* hasta Tel Aviv. Delante de un hotel de aspecto lamentable, frente al Mediterráneo, se unieron a un grupo de personas que esperaban en la acera.

Harry se sintió alarmado.

—No pienso viajar con una excursión organizada —le advirtió en voz baja.

Ella sonrió.

Algunas personas del grupo eran de mediana edad, y había media docena de colegiales. Vio que abundaban las cantimploras.

—¿Al menos vamos al norte, donde hace fresco?

Un hombre que estaba cerca oyó la pregunta y le dijo algo en hebreo a su compañero, que miró a Harry y mostró una amplia sonrisa.

Un autocar viejo que alguna vez había estado pintado de azul giró en la esquina y chirrió hasta detenerse delante de ellos.

—Escucha el motor. Es tan malo como un *dybbuk* —musitó el hombre que estaba junto a Harry. Las ventanillas del vehículo estaban opacas por el uso y la mugre; la carrocería se tambaleaba sobre los cuatro neumáticos más grandes que él había visto en su vida.

—¿Cuánto tiempo pasaremos dentro de esto?

—Venga —dijo ella.

En el interior, el aire estaba viciado. Desde que era niño le había resultado imposible viajar en un autocar sin marearse. Después de una batalla que le costó un nudillo despellejado, logró abrir la ventanilla.

—Shimon, aquí hay dos asientos. Por aquí —gritó con voz aguda desde el otro lado del pasillo una niña del grupo de escolares.

Un hombre recogió el dinero y anunció que era Oved, el guía. Les presentó a Avi, el conductor, que cerró las puertas de golpe como si preparara una trampa. Hubo

algunos vítores poco entusiastas mientras el autocar suspiraba, se tambaleaba y empezaba a avanzar. Tamar, que estaba a su lado, sacó de su bolsa un libro sobre arte etrusco y empezó a leer. Harry se sintió engañado. En lugar del descanso que había imaginado, estaba volviendo al lugar en el que había estado con esta mujer, y se enfrentaba a la incomodidad y a una situación que no podía dominar.

—¿Adónde demonios vamos? —le preguntó directamente.

—Al Sinaí —anunció ella.

El paisaje podría haber correspondido, sucesivamente, a Florida, Kansas, California. Pararon en un campamento militar el tiempo suficiente para recoger a un capitán y tres soldados rasos que llevaban Uzis, una guardia armada que Tamar dijo que era necesaria porque se estaban alejando de la protección gubernamental. Mientras Harry dormitaba, Avi, el conductor, abandonó la carretera. Cuando se despertó y miró hacia afuera, vio que los campos se habían convertido en un terreno de arena y rocas, llano y sin huellas. Hacia el este, unos tocones negros se arqueaban contra el horizonte de una forma que le hizo pensar en Montana.

—¿El Sinaí? —le preguntó a Tamar.

Ella asintió.

—Negev.

Pasaron junto a un hombre vestido de negro, montado en un camello que avanzaba a paso ligero. El hombre sólo les dedicó una rápida mirada, pero los colegiales norteamericanos lo saludaron a gritos e hicieron montones de fotografías a través de las oscuras ventanillas. Media hora más tarde llegaron a un oasis en el que una sola familia de beduinos administraba una especie de parada de descanso. La comida consistía en un trozo de salchicha que sabía a cuerda, grasienta y muy condimentada, y una botella de naranjada casi caliente, con un fuerte regusto químico. El grupo de escolares expresó ruidosamente su desaprobación. Harry masticó y tragó, consciente de que se había comportado como un norteamericano desagradable.

Un chico que vivía en el oasis preguntó si podían llevarlo hasta una población cercana. En el autocar, Tamar conversó con él en un árabe fluido.

—Se llama Moumad Yussif. Tiene catorce años. El año que viene se casará y engendrará muchos hijos.

—Sólo es un niño.

—Su esposa tal vez tenga once o doce. Así eran las cosas, incluso entre los judíos, donde yo nací.

—¿Te acuerdas de Yemen?

—No muy bien. Vivíamos en una ciudad que se llamaba Sana'a. Allí la vida era difícil para los judíos. A veces se producían disturbios, y nos quedábamos en nuestros pequeños apartamentos hasta que se nos terminaba la comida, porque teníamos miedo

de salir a la calle. A la vuelta de la esquina había un minarete. Todas las mañanas el almuecín me despertaba como un reloj. «*Alaaaaaa Akbar!*…».

El chico que estaba en la parte delantera del autocar reconoció las palabras. Sonrió con expresión vacilante y gritó algo.

—Le gustaría fumar un cigarrillo.

Un soldado que se encontraba junto al muchachito árabe, en la puerta del autocar, le ofreció un paquete. El chico sacó de su bolsillo una pistola niquelada y apuntó. Apretó el gatillo, y desde la boca del arma se elevó una lengua de fuego: era un encendedor.

—¡Dios! —jadeó Harry. Los soldados estallaron en carcajadas. El chico apretó el gatillo una y otra vez, encendiendo cigarrillos para los guardias armados. Un rato más tarde llegaron a la población, y el muchachito dijo *Salaam aleikhum* y bajó del autocar.

Esa tarde el viaje hizo sentir sus efectos. Los escolares se encorvaron sobre sus asientos para jugar, inventando empresas americanizadas que amasaban fortunas en Israel.

—*Rav–Aluf* Motors. «Lo que es bueno para *Rav–Aluf* Motors es bueno para el país».

—Kissen Tel Excavations, Ltd.

—Avdat General Supplies. «Simplemente pídalo, somos Avdat». —Se oyeron algunos gruñidos.

—Afula Brush Company —dijo Harry, sorprendido de sí mismo.

La chica que estaba junto a Tamar, al otro lado del pasillo, lo miró con aire satisfecho.

—No está mal. ¿Quieres ser el hombre Afula Brush?

—Estoy ocupado, viajo con ella. Se llama Tamar. Yo soy Harry.

—Yo soy Ruthie, y él, Shimon. Es israelí. ¿Ella es tu esposa?

—Es mi novia. ¿Él es tu esposo?

La niña sonrió, aceptando la implícita amonestación.

—Es mi amigo —respondió, besando a su compañero en la mejilla.

El autocar pasó por una serie de desfiladeros cuyas rocas proyectaban largas sombras. Cuando los abandonaron, al llegar a Elat, la oscuridad ocultaba el mar Rojo, pero mientras el autocar avanzaba por la carretera alrededor de un puerto bañado por la luz de la Luna, pudieron oír el ruido de las olas. Pasaron sin aminorar la marcha junto a un hotel moderno y muy iluminado, y finalmente Avi, el conductor, frenó delante de un pequeño motel junto a la playa, en el que les proporcionaron el alojamiento incluido en la excursión.

La cena estaba compuesta por chuleta de ternera y sopa de cebada. Comieron sin entusiasmo, demasiado hambrientos para quejarse de la calidad. Pero las habitaciones

resultaron ser celdas pequeñas y húmedas, con las sábanas mugrientas, llenas de manchas viejas.

—Vamos —dijo él.

—¿Adónde?

—Iremos a ese hotel grande por el que pasamos. Podemos regresar por la mañana, antes de que se marche el autocar.

—No quiero ir a otro hotel.

—¡Mierda! —protestó él bruscamente. Se sentó en la cama y miró a Tamar—. Puedo viajar en ese ridículo autocar y comerme esa comida repugnante, ¿pero por qué esta noche no podemos dormir en una cama decente?

Ella se dio la vuelta, salió y cerró la puerta.

Al principio él creyó que se iría sin ella. Pero cuando la siguió, no cogió sus cosas. La playa estaba al otro lado de la calle. Encontró a Tamar sentada en la arena, abrazándose las rodillas, y se sentó a su lado. La marea había subido, y por encima de las olas vieron las luces brillantes del otro hotel.

—¿Qué ocurre con este lugar, Tamar?

—Es un hotel agradable. En él pasé mi luna de miel.

Harry fue enseguida al motel y le dio una buena propina al recepcionista para que le proporcionara unas mantas limpias y una botella de vino blanco. Cuando regresó, ella estaba sentada en el mismo sitio; extendió las mantas y abrió la botella. El vino no estaba mal. Bebieron mientras la Luna asomaba desde detrás de las nubes y les permitía ver la espuma que formaban las olas al romper en la playa.

—¿Quieres que haga algo? —le preguntó ella con la cabeza apoyada en su hombro.

Él sacudió la cabeza.

—¿Y tú?

Ella le besó la mano.

—Quédate conmigo, simplemente.

Se tendieron sobre la manta y se abrazaron.

—Podría amarte —dijo él durante la noche. Las palabras surgieron solas, y al oírlas se sintió aterrorizado. Ella no respondió. Tal vez estaba dormida.

No fue tan terrible como dormir en Masada, pero por la mañana se sintió entumecido. Tomaron el buen desayuno que ofrece hasta el restaurante más pobre de Israel —aceitunas, tomate en rodajas, huevos y té— y volvieron a subir al autocar. Una carretera ancha y lisa los llevó hacia el sur. Un par de horas más tarde pudieron bajar del autocar en Sharm'el Sheikh para estirar las piernas y visitar el retrete.

Las Fuerzas de Defensa de Israel les proporcionaron una comida a base de ensalada. Los jóvenes soldados *Tsahal* eran amables y amistosos, pero había demasiadas armas a la vista; Harry se alegró cuando las autoridades aprobaron la ruta

que pensaban seguir y el autocar abandonó el campamento armado. Pasaron por un sitio en el que los camellos habían atravesado la alambrada y entrado en un campo de minas; sólo quedaban unos cuantos huesos blancos de los animales. Oved, el guía, distribuyó tabletas de sal y les advirtió que cuidaran el contenido de sus cantimploras. Los jóvenes norteamericanos empezaron a cantar canciones que hablaban de nieve, frío y chimeneas. Luego pasaron a los villancicos de Navidad, informando al reverberante desierto que había nacido el Salvador.

Una anciana israelí que estaba sentada sola en la parte delantera del autocar se volvió y miró a los que cantaban.

—Me gustaría ver nieve —comentó Tamar.

—¿Nunca has visto nieve?

—Dos veces. Pero cuando nieva en Jerusalén… —se encogió de hombros— es una miseria, y desaparece en un abrir y cerrar de ojos. Me gustaría ver una capa gruesa y… ya sabes.

La nostalgia se apoderó de él con una intensidad poco habitual.

—Te gustaría. Sé que te gustaría. —Observó cómo hundía su hermoso pulgar en la piel de una naranja.

—Pensé que estos chicos eran judíos.

—Creo que lo son.

Ella hacia un pulcro montón con las pieles sobre su regazo.

—¿Por qué cantan canciones que hablan de Jesús?

—Este es un entorno que intimida. Tal vez buscan algo que les resulte familiar.

—¿Las canciones cristianas son algo familiar? —Partió la naranja y le dio la mitad.

—Por supuesto. Hmmm… qué buenas. —Las naranjas eran más pequeñas que las que había comido en Nueva York, pero más dulces; tal vez habían madurado en el árbol, y no en las cajas de embalaje—. La mayor parte de los chicos aprenden villancicos en la escuela. Estados Unidos es un país cristiano.

Ella asintió.

—Cuando te sorprendes, dices «¡Jesús!». ¿Te das cuenta de que lo dices?

Él sonrió.

—Supongo que sí. ¿Podemos comer otra naranja?

Esta vez Tamar dejó que él quitara la piel.

—Como mi padre, que aún llama «Allah» a Dios. Y varias veces he visto a judíos occidentales supersticiosos que tocan madera para tener buena suerte.

—¿Y?

—Es una cosa que hacen los cristianos. Los primeros cristianos tocaban madera y pedían la bendición de Dios porque la cruz de Cristo era de madera.

Harry partió la segunda naranja con mucha mayor torpeza que ella. Se dio cuenta

de que no tenía con qué limpiarse las manos pegajosas.

—No elegimos nuestras costumbres ni nuestro lenguaje. Los heredamos.

—Hay una expresión inglesa y norteamericana que no soporto —apuntó Tamar—: jódete.

Harry comió cuidadosamente su naranja. Los escolares ya no cantaban.

—En este rincón del mundo tenemos palabras para hacer el amor, por supuesto. Pero ni en árabe ni en hebreo existe una expresión para decirle a alguien cuando estamos furiosos: «Te odio, vete a hacer el amor». Debería ser una bendición, no una maldición. «Que Dios te acompañe y te permita hacer el amor». Cuando me siento feliz, me gustaría decirle a todo el mundo: «¡Jodeos todos! ¡Que joda el mundo entero!».

Harry creyó que los escolares nunca dejarían de reír.

Casi una hora después de que él estuviera hastiado de ver kilómetros y kilómetros de maravillosa playa, el autobús se detuvo en un chalet. El guía les dijo que podían disfrutar del agua durante dos horas. El primer piso de la casa estaba cerrado con llave y era inaccesible, pero en la planta baja había dos tocadores y un cuarto de baño con instalación sanitaria. Harry llegó a la playa antes que Tamar; cuando entró corriendo en el agua y se zambulló, se desvanecieron la fatiga, la irritación y el agarrotamiento. Se alejó nadando, feliz de poder estirar los músculos, y luego giró y se mantuvo a flote mientras observaba la casa como a través de un gran angular; era sólida y blanca y tenía techo de tejas. De no ser por el guardia armado, habría encajado perfectamente en un suburbio de Florida. No era el tamaño ni la arquitectura lo que la volvía Impresionante, sino el hecho de que estaba sola; su propietario tenía un reino vasto y exclusivo de desierto y océano. Dos de los soldados israelíes, con las armas preparadas, estaban de pie en un patio de piedra que daba al mar. Gritaban y le hacían señas para que volviera, como los vigilantes que silban a los adolescentes para que salgan de la zona más profunda.

Regresó nadando lentamente, disfrutando del agua. El grupo de turistas era una muestra de contrastes. Las chicas del grupo de estudiantes mostraban su cuerpo joven y firme en biquini, y chapoteaban. La anciana israelí llevaba una bata desteñida que le quedaba grande, y un sombrero de explorador de miraguano. Se puso en cuclillas hasta que el agua le llegó al cuello, y se balanceó como si estuviera soñando, como Harry recordaba que hacían las viejas en Coney Island.

Tamar, que llevaba un traje de baño negro, estaba estirada de espaldas, en la orilla. Harry se tendió a su lado y apoyó la cabeza en el muslo brillante y moreno. El sol caía a plomo y el agua caliente formaba espuma alrededor de ellos.

—Este viaje casi empieza a tener sentido.

—¿Pero no del todo?

—No del todo.

El guía, peludo como un oso, caminó pesadamente hacia ellos y lo estropeó todo.

—Esto es bonito, ¿eh?

—Muy bonito. ¿Quién es el propietario de esta casa?

—Había pertenecido a Faruk. Cuando él huyó, el gobierno de su país se apoderó de ella, y luego la tomamos nosotros, durante los Seis Días. Ahora se utiliza muy poco, salvo para los turistas.

Harry entrecerró los ojos para protegerlos del sol y observó la casa; fuera donde fuese, era seguido por un rey muerto. Se preguntó si Faruk habría llevado allí alguna vez el Diamante de la Inquisición.

—¿Por qué hay centinelas? ¿Corremos peligro de que nos ataquen?

Oved sonrió.

—Para vigilar los tiburones, que abundan en estas aguas. Después de todo, esto es el mar Rojo.

Apartó de su mente la idea de darse otro baño. Los colegiales recogían conchas, algunas de ellas hermosas, pero el premio lo capturó la anciana entre la espuma sin abandonar su posición en cuclillas: un brillante trozo de coral del tamaño de un pomelo. El único recuerdo que Harry se llevó al autocar fue una quemadura de sol. Tamar le esparció loción sobre los hombros con sus dedos ligeros y carnosos que lo excitaron. El olor del bálsamo tapó el perfume de las pieles de naranja. Avi, el conductor, giró en un camino lateral lleno de piedras y el autocar empezó a traquetear. Harry tenía calor y estaba cansado, dolorido a causa de la quemadura del sol y maravillosamente vivo.

—¿Qué es esto? —preguntó, en el mismo momento en que Oved anunciaba que la edificación que se alzaba ante ellos era el monasterio de Santa Katerina. Se parecía más a una fortaleza de piedra o a una prisión, y se alzaba literalmente al final del camino. Permanecieron sentados en el autocar durante un rato incómodamente largo.

—¿Por qué no entramos? —preguntó Harry.

—Hay una sola puerta, que permanece cerrada con llave desde el mediodía hasta la una, y desde las tres treinta hasta las seis treinta, mientras los monjes descansan y rezan —explicó Oved—. Es una costumbre que se respeta desde hace cientos de años.

A las seis y treinta y dos, un anónimo brazo de color castaño abrió el portillo, y todos bajaron del autobús y entraron en fila india. Oved los condujo hasta un patio y luego por una escalera para mostrarles la otra forma en que se podía entrar o salir del monasterio: una cabria que se balanceaba en el aire desde los altos muros de piedra. Un monje vestido con capucha de color castaño pasó flotando sin reparar en la presencia de los turistas.

—¿Han hecho votos de silencio? —preguntó Tamar.

Oved sacudió la cabeza.

—No, pero sólo algunos de ellos hablan hebreo o inglés. Están acostumbrados a la presencia ocasional de turistas, a los que no consideran su mayor bendición. —Les contó que el monasterio había sido construido por Justiniano I en el siglo v, al pie de la montaña que los árabes llamaban Jebel Moussa, en el sitio en el que se cree que Dios se le apareció a Moisés entre los arbustos quemados; la biblioteca contenía unos diez mil volúmenes, muchos de los cuales eran manuscritos antiguos, incluido un ejemplar del famoso *Codex Sinaiticus*.

—¿Qué es eso? —preguntó alguien desde atrás.

Oved pareció incómodo.

—Tiene que ver con el Nuevo Testamento. Es un comentario, creo.

—No —intervino Harry—, es el Antiguo Testamento escrito en griego.

—¿Por qué copiaron el Antiguo Testamento? —preguntó Tamar.

No encontró una forma elegante de evitar la respuesta, aunque el guía esperaba con evidente enfado.

—Aún no existía el Nuevo Testamento. Pero los primeros cristianos querían que sus servicios fueran diferentes de los servicios de los judíos. En lugar de utilizar pergaminos, plegaban hojas de papiro o de vitela y cosían los pliegues. Los códices fueron el comienzo de los libros tal como los conocemos ahora.

Oved le dedicó una mirada siniestra y reanudó su conferencia.

—El *Codex Sinaiticus* original fue retirado de Santa Katerina en mil ochocientos cuarenta y cuatro y colocado en el Museo Imperial de San Petersburgo. En mil novecientos treinta y tres un grupo inglés lo compró al gobierno soviético por cien mil libras, la mitad de las cuales fueron donadas por escolares, y fue a parar al Museo de Londres.

—¿Podemos ver la copia que se conserva aquí? —preguntó Harry.

—Imposible —respondió el guía con satisfacción. Los condujo escaleras abajo hasta una pequeña habitación que recordaba un cobertizo para las herramientas; pero en lugar de herramientas, algunas estanterías contenían filas y filas de cráneos humanos, y en otras había montones de huesos, clasificados y apilados: fémures y tibias a un lado, costillas a otro, columnas vertebrales y huesecillos de manos y pies a otro.

La niña llamada Ruthie echó a correr, seguida por algunos compañeros.

—El único esqueleto que hay aquí montado es el de San Esteban —informó Oved —. Los otros huesos son los restos de los monjes que han servido en este lugar a lo largo de mil quinientos años. Cuando un monje de Santa Katerina muere, es enterrado hasta que su cuerpo se descompone. Entonces se desentierran los huesos, se limpian y se colocan con los de sus predecesores.

Tamar cogió a Harry de la mano y salieron del osario. En el patio, el conductor intentaba vender a los pálidos jóvenes norteamericanos una cena de galletas y el resto

de la salchicha grasienta que les habían servido en la comida del día anterior. Dijo que dormirían en dos dormitorios, uno para las mujeres y otro para los hombres.

—Son las reglas del monasterio. De todos modos, sólo dormiremos unas pocas horas, y así podremos llegar a la cima de la montaña al amanecer.

Harry y Tamar cogieron su bolsa de naranjas y subieron a la azotea. Ya era noche cerrada. La pomposa luna llena que habían visto en Masada era una alta astilla de plata. Hicieron el amor la primera vez estrechándose con desesperación, aún atormentados por los huesos. La segunda vez fue mejor, cada uno atento al placer del otro. Pero la mente de Harry trabajaba a toda prisa, ocupada en cosas en las que él no quería pensar. A pesar de los esfuerzos de Tamar, Dios no le puso la mano en el hombro ni le dijo: «Jódete, Harry Hopeman».

En su opinión —y la punta de la bota que exploraba su costado lo confirmó—, el guía había sido contratado por alguien que odiaba a los turistas.

—Levántese. Si quieren venir con nosotros a ver la salida del sol, tiene que ser ahora mismo.

Tamar se despertó en cuanto él le tocó la mejilla. Con los ojos legañosos, se pusieron torpemente los zapatos y bajaron la escalera.

Los turistas estaban reunidos en el patio.

—¿Alguien tiene una linterna? —preguntó Oved.

Nadie respondió.

—Bueno, eso significa que sólo tenemos dos. Yo iré delante con una, y Avi se colocará al final de la fila con la otra. En marcha, entonces.

Siguieron la luz como mariposas dormidas. El terreno estaba formado en su mayor parte por rocas grandes encajadas entre rocas gigantescas. Finalmente Harry se torció un tobillo.

—¡Por el amor de Dios! —le gritó a Oved—. Vaya más despacio, la gente se está quedando atrás.

—Casi hemos llegado a las escaleras. Allí es más fácil avanzar —repuso el guía.

En la ladera de la montaña habían sido colocadas unas losas, una encima de la otra. Oved les contó que los monjes se habían pasado la vida haciendo dos senderos en la cuesta más baja, uno para subir, de mil setecientos escalones, y uno para bajar, de tres mil cuatrocientos. Era una escalera que podía resultar una pesadilla para cualquier cardíaco. El ascenso era interminable.

Él era un buen corredor, pero ella no, y el ascenso resultaba difícil. Coincidieron en que se tomarían el tiempo necesario y que no les importaba en lo más mínimo la salida del sol.

El guía continuaba avanzando. Los escolares pasaban corriendo montaña arriba, y otros desaparecían como fantasmas. Unos minutos más tarde, a Harry le pareció que una de las figuras llevaba una linterna, y se preocupó al pensar que Avi había

decidido no vigilar a los rezagados.

Aún era de noche cuando llegaron al final de la escalera. El sendero de arriba era más ancho, y el cielo empezaba a iluminarse; en cuanto pudieron ver dónde pisaban, su ritmo mejoró. A pesar de que había renunciado, se dio cuenta de que quería ver la salida del sol desde el punto más alto. Cogió a Tamar de la mano para recorrer el último kilómetro, instándola a que avanzara.

La cima de la montaña era una meseta de piedra que abarcaba alrededor de medio acre, rodeada por otros picos. Harry sabia que eran montañas viejas y desgastadas. Pero lo único que pudo ver fue una sucesión de peñascos escarpados, solitarios, azotados por el viento y extraordinariamente hermosos. No resultaba difícil imaginar que estaban habitados por Dios.

—Gracias por hacerme venir aquí.

Ella lo besó.

El viento les golpeó la cara cuando se unieron a los demás. Nadie decía nada porque el sol había empezado a salir. La luz era hermosa, pero más pálida donde ellos estaban.

Se dio cuenta de lo reducido que había quedado el grupo.

—¿Dónde están los demás?

—Nosotros somos los únicos que lo logramos —apuntó Shimon.

Harry se acercó a Oved.

—Será mejor que baje. Tiene a los turistas esparcidos a lo largo de varios kilómetros.

—Siempre hay un grupo que decide retroceder —dijo Oved, que estaba cómodamente instalado—. Encontrarán el camino de regreso al monasterio.

Harry lo miro.

—Creo que será mejor que vayamos. Este cabrón nos causará problemas —le dijo Avi, en hebreo.

—Será lo más prudente —repuso Harry, también en hebreo. Los dos hombres empezaron a bajar lentamente por el sendero.

—Yo voy con ellos —le dijo a Tamar. Ella lo siguió. Unos metros más abajo encontraron al guía y al conductor, que ayudaban a subir a una pareja de mediana edad.

—Dicen que son los últimos. Todos los demás han regresado a Santa Katerina —anunció Avi.

—Bajaré un poco más. Por sí acaso.

Le pareció que no había nadie más. Pero Tamar le tocó el brazo.

—Allí. Más lejos. ¿Ves?

Bajaron el sendero a toda prisa.

Era la anciana israelí, que estaba sentada en una roca. Tamar se detuvo.

—Es una viejecita orgullosa. Creo que sólo uno de los dos puede ayudarla.

Harry asintió.

—Espera aquí.

Al acercarse a la anciana vio que estaba pálida.

—¿Va todo bien, *chavera*?

Ella lo miró furiosa y se puso de pie con dificultad.

—Sólo estaba descansando antes de llegar a la cima.

—Por supuesto. ¿Puedo caminar con usted?

Después de subir dos escalones, se apoyó pesadamente en él. Cuando llegaron a la cima, la anciana jadeaba como una bestia de carga.

Lo apartó de un empujón. Se notaba que estaba haciendo un esfuerzo. Caminó vigorosamente hasta donde estaban los demás y no pronunció ni una palabra de agradecimiento.

Cuando regresaron al monasterio, Tamar fue directamente a la cama de campaña que había despreciado la noche anterior. Harry no tenía sueño.

En el jardín encontró a un monje que pasaba el rastrillo. No había hojas caídas, ni piedras, ni basura. Estaba trazando líneas onduladas en la tierra, como las de la arena de un jardín japonés.

—¿Habla inglés?

—Un poco.

—¿Existe alguna posibilidad de visitar la biblioteca?

—Casualmente yo soy el bibliotecario. Me llamo Pater Haralambos. —Hablaba un inglés excelente.

—*Haralambos*, «radiante de alegría». Yo soy Harry Hopeman, Pater.

—¿Habla griego?

—*PoIi oligon*, no demasiado.

El monje dejó el rastrillo y lo condujo hasta una de las pesadas puertas que se parecía a las demás. En el interior, las paredes de yeso blanco estaban cubiertas de libros.

—¿Puedo ver la copia del *Codex Sinaiticus*?

Pater Haralambos cogió el ejemplar de la vitrina y lo puso sobre la mesa. Harry lo abrió con sumo cuidado. Era exactamente igual que el original que él había visto en Londres: letras griegas unciales escritas a mano sobre vitela, con tinta de color pardo. Las primeras líneas traducidas como un Antiguo Testamento que acababa de ser publicado por la Asociación de Publicaciones Judías: «En el principio, Dios creó el cielo y la tierra…».

Levantó la vista y vio que el monje lo observaba.

—¿Lleva aquí mucho tiempo, Pater?

—Mucho tiempo.

Haralambos tenía un rostro estrecho y apacible. Harry pensó que había algo poderoso en los brillantes ojos pardos; enseguida se dio cuenta de que era su profunda serenidad. Se preguntó si él podría haber alcanzado una tranquilidad semejante si no hubiera abandonado la *Yeshiva*.

—¿Alguna vez tiene nostalgia del mundo exterior? —preguntó, llevado por un impulso.

El monje sonrió.

—No es una de mis tentaciones. No me gusta lo que nos llega desde el exterior.

—¿Por ejemplo?

—Esta mañana, en la azotea, encontramos uno de esos artilugios que se utilizan para el control de la natalidad. ¿Qué clase de personas son las que se comportan de esa forma… en un sitio como éste?

—Personas que no creen que sea algo malo, Pater. —Volvió a concentrarse en el *Codex*.

—Creo que así debieron de comportarse los romanos antes de que cayera su civilización. Lo mismo que los griegos y los hebreos. ¿Se da cuenta del paralelismo?

—Procuro no hacerlo —respondió Harry.

Mientras él esperaba fuera de los muros para subir al autocar, la anciana —sin pronunciar una palabra— le puso en la mano el trozo de coral que había encontrado en el mar Rojo. Él empezó a protestar, pero Tamar le tocó el brazo.

—Debes aceptarlo —le indicó.

Agotados, permanecieron en silencio mientras el autocar hacía el camino de regreso. Cuando llegaron a la costa, una brisa entró por las ventanillas abiertas, añadiendo arena al malestar. A última hora de la tarde, Avi detuvo el autocar en una estación Paz para cargar combustible. Mientras los demás entraban a los lavabos, Harry hizo una llamada telefónica.

No había ninguna carta de Mehdi. El empleado de la oficina de American Express le informó que no había llegado ningún tipo de correspondencia para el señor Hopeman.

Cuando llegaron a Tel Aviv, varias horas más tarde, huyeron de la prisión del autocar azul con sus ridículos neumáticos.

—Nunca había estado tan cansada —comentó ella en el taxi que los llevaba a Jerusalén.

—Yo tampoco.

—Es culpa mía.

—Tienes toda la razón.

Rieron durante un rato.

—Eres divertido, Harry.

En el hotel experimentó la misma sensación de lujo que había tenido en Masada,

pero esta vez fue mejor.

Tomaron una interminable ducha caliente y se lavaron mutuamente. Ella quedó horrorizada cuando él se mostró sensible al paño caliente y enjabonado sobre su cuerpo. Harry la tranquilizó: la carne estaba bien dispuesta, pero el espíritu era débil. Ella se puso la bata de él para cenar. Harry observó con satisfacción que el camarero del servicio de habitaciones no le quitaba los ojos de encima a Tamar.

Estaban demasiado cansados para terminar el postre.

En algún momento antes del amanecer, él se despertó y se quedó muy quieto, pensando en montones de cosas. De pronto percibió un olor espantoso que lo llevó hasta su bolsa. El coral que la anciana le había regalado evidentemente contenía minúsculos animalitos que se estaban vengando. Lo puso en el alféizar, donde sólo podía molestar a los pájaros, y cerró la ventana.

Ella estaba desnuda, con la sábana enredada entre las piernas. De pronto Harry supo qué quería hacer con el granate; fue hasta el cajón de la cómoda y lo cogió de debajo de las camisas.

Lo puliría. Le haría un engaste sencillo. Lo colgaría de una cadena de oro…

Ahí.

—Déjame en paz —dijo ella en hebreo.

Apartó la piedra de donde él la había colocado, entre sus pechos, y la hizo caer y rodar sobre la alfombra.

Harry se hundió en una silla y observó la luz cada vez más intensa que jugaba sobre el cuerpo de Tamar. Fue una visión que lo conmovió más que la salida del sol en el monte Sinaí.

17
EL JOVEN RABINO

Se puso los pantalones y las zapatillas de deporte, envolvió la ropa sucia y escribió la dirección de Della. Tamar seguía durmiendo cuando él salió de la habitación. Después de despachar el paquete a Nueva York, se quedó al sol, mirando a un chico que vendía galletas tostadas en la puerta de correos.

—*Chaver*, ¿dónde puedo encontrar un sitio en el que pulan piedras? Piedras para joyas, claro.

—Hay una tienda en las afueras de la Ciudad Vieja. Hacen cosas con piedras de Eilat. Está cerca de la Puerta de Jaffa.

—*Todah rabah*. —Se alejó corriendo. No era lo mismo correr en Jerusalén que en Westchester. En las aceras tuvo que abrirse paso entre una multitud de sacerdotes, viejos judíos, niños, y un árabe que empujaba una carretilla cargada de rocas. Al cruzar las calles avanzó lentamente; incluso con la protección del semáforo, había terminado por sentir terror por los conductores de Jerusalén.

Había empezado a hacer calor. Cuando encontró la tienda, estaba empapado de un agradable sudor. El propietario acomodaba anillos y brazaletes en distintas bandejas.

—¿Vienes desde los Juegos Olímpicos a comprar mis cosas?

—¿Me venderá un poco de polvo de carborundo?

—¿Para qué quieres carborundo?

—Para pulir piedras, lo hago como pasatiempo.

—¡Cómo pasatiempo! Trae la piedra y yo te la puliré por poco dinero.

—Quiero pulirla yo mismo.

—Yo no uso polvo sino un paño de carborundo.

—Mejor aún, si le sobra un poco. Y necesito ácido acético.

—Sólo tengo oxálico.

—Fantástico. ¿Y alúmina levigada, para el acabado?

—Mira, esto es valiosísimo. No me queda mucha, y tengo que ir a Tel Aviv para conseguirla. Yo vendo joyas, no materiales.

—Sólo necesito una pizca. Le pagaré lo que me pida. El hombre se encogió de hombros y buscó las cosas. Escribió algunos números, luego los sumó y le entregó el papel a Harry.

—Es fantástico. Le estoy muy agradecido. —Harry le pagó en dólares y añadió —: La primera venta del día.

El hombre pulsó el botón de la caja registradora.

—¿A esto le llamas venta? —preguntó.

Cuando volvió a entrar, creyó que Tamar aún dormía.

Aplicó unas pocas gotas de ácido al granate. Después de dejarlo actuar, empezó a frotar enérgicamente la piedra con el paño de carborundo.

—¿Qué estás haciendo?

—Puliendo.

Tamar se levantó y se puso la bata de él. Luego se llevó la ropa y el cepillo de dientes al cuarto de baño. Él siguió puliendo mientras ella se duchaba.

—Te regalo la bata —le dijo cuando salió de la ducha—. Te queda mejor que a mí.

Ella frunció el ceño.

—No seas tonto. —La colgó en el armario de él—. ¿Realmente puede haber sido una piedra bíblica?

—Sin pruebas, eso no tiene importancia.

—Si lo fue… ¿cómo debieron de usarla?

—Podría haber formado parte del tesoro del Templo, o pertenecido a uno de los reyes. La única piedra que se describe en la Biblia y que coincide con el color de ésta es la esmeralda del Pectoral.

—Esta no es una esmeralda.

Él rió entre dientes.

—No, pero las clasificaciones que hacían solían estar equivocadas. La piedra de la tribu de Levi probablemente se parecía mucho a ésta.

—Oh. Me gusta pensar que era la piedra de la tribu de Levi. Mi familia es levita.

—La mía también.

—¿De veras? —Se sentó a su lado. Olía al jabón de él—. ¿No es extraordinario? Mira lo oscura que se ve mi piel junto a la tuya.

—Sí.

—Hablamos idiomas distintos. Tenemos costumbres distintas. Y sin embargo, evidentemente, hace miles de años, nuestras familias salieron de la misma tribu.

Él se puso de pie y dejó correr el agua del lavabo sobre la piedra. El ácido había eliminado parte de la capa exterior arenosa.

—Te haré un broche —dijo, sosteniéndola en alto. Ella se quedó quieta.

—Harry, no quiero tu bata. Ni un broche.

—Quiero regalarte cosas.

—Y yo no quiero nada de ti.

Sabía lo que ella le estaba diciendo. Le acarició el pelo.

—A veces sí.

Ella se ruborizó.

—Eso es diferente. —Los dedos largos y morenos le sujetaron el brazo—. No es por ti. No volveré a abrir mi corazón a nadie. No puedo arriesgarme a otro

sufrimiento.

Había llegado el momento de retirarse. Empezaba a comprenderla, a captar su temor.

—¿Ni siquiera puedo invitarte a desayunar?

Ella pareció aliviada.

—Claro que puedes invitarme a desayunar.

—Aún es temprano. Lamento haberte despertado.

—No, ya me había levantado. Estuve hablando por teléfono con Ze'ev. Encontraron al hombre por el que me preguntaste, Silitsky.

—¡Ah, Pessah Silitsky! ¿Dónde está?

—En Kiryat–Shemona.

—Creo que será mejor que se lo diga a David Leslau —dijo Harry.

—Por favor, Harry —dijo Leslau, nervioso—. Debes hacerlo por mí.

Estaban sentados en sillas de tijera, en una desaliñada tienda de campaña, al pie de la más pequeña de las dos colinas cercanas a Ein Gedi. Harry oía el ruido de las excavaciones, una serie de zanjas poco profundas que marcaban con cuadros la ladera más baja. El campamento lo decepcionó; los hombres de las zanjas podrían haber estado instalando las alcantarillas. Leslau le había dicho que hasta el momento no habían descubierto absolutamente nada que tuviera interés arqueológico.

—Tú tendrías que ir a Kiryat–Shemona. Eres tú el que quiere casarse con la señora Silitsky.

—Precisamente por eso. Su esposo me guarda rencor, seguramente. No conseguiré que cambie de idea y le conceda el divorcio. Cualquier cosa que yo le diga a las autoridades será sospechosa, porque no soy una parte desinteresada. —Cogió su libreta y escribió algo—. Este es el número de la escuela al aire libre de la Asociación para la Conservación de la Naturaleza. Puedo estar toda la tarde junto al teléfono.

Esperó ansiosamente.

Harry lanzó un suspiro y cogió el papel con el número.

—Jamás lo olvidaré —le aseguró Leslau.

El monte Hermon surgió como un fantasma en el horizonte noroeste mientras el coche se acercaba al valle Hula. Afortunadamente, la carretera era recta; él no apartó la vista del pico nevado que se hacía cada vez más grande contra el cielo gauguiniano.

Kiryat–Shemona resultó ser una población pequeña y agrícola, con edificios nuevos de apartamentos y casas viejas y destartaladas. Abordó a un hombre que iba a cruzar la calle.

—*Sleekhah*, ¿sabe dónde puedo encontrar un rabino?

—¿Un rabino askenazí, o un rabino sefardí?

—Askenazí.

—El rabino Goldenberg. Dos calles más abajo, a la izquierda. La tercera casa desde el extremo, a la derecha.

Era una casa pequeña, con la pintura verde desconchada. El hombre que abrió la puerta era joven y corpulento, y lucía una barba castaña y lisa.

—¿Rabino Goldenberg? Me llamo Harry Hopeman.

La mano del rabino envolvió la suya.

—Adelante, adelante. ¿Norteamericano?

—De Nueva York. ¿Usted?

—Recibí el *smicha* en la Yeshiva *Torah* Vodaath. Está en Flatbush.

Harry asintió.

—Estudié durante un tiempo en la Yeshiva *Torat* Moshe, en Brownsville.

—¡La *Yeshiva* del rabino Yitzhak Netscher! ¿Cuándo la dejó?

—Hace años. Duré sólo unos meses.

—Ah, la abandonó antes de tiempo. ¿Y adónde se pasó?

—A Columbia.

El rabino Goldenberg sonrió irónicamente.

—Un lugar más grande, pero una facultad más débil. —Le ofreció una silla—. ¿Qué le trae por Kiryat–Shemona?

—Busco justicia —apuntó Harry.

—¿Le traigo una lámpara?

—Lo digo en serio. Tengo una amiga que es una *agunah*.

La sonrisa se desvaneció.

—¿Muy amiga?

—No. Ella y un amigo mío son muy amigos.

—Comprendo. —El rabino se pasó los dedos por la barba—. ¿El esposo de esta mujer era soldado y desapareció en acto de servicio?

—No, simplemente se fue de casa.

El rabino lanzó un suspiro.

—No puede haber divorcio, a no ser que él lo decida. Es uno de los pocos defectos de un maravilloso conjunto de leyes antiguas. A menos que usted logre localizarlo, no puedo hacer nada.

—Pensamos que está en Kiryat–Shemona. Se llama Pessah Silitsky.

—¿Silitsky? —Levantó la voz—. ¡Channah–Leah!

Apareció una mujer dándole el biberón a un niño. Tenía unas manchas de humedad en el hombro de la bata, donde el bebé había dejado sus babas, y a pesar del calor llevaba un pañuelo atado a la cabeza. No miro a Harry.

—¿Conoces a alguien llamado Pessah Silitsky? —le preguntó el rabino en yidis.

—¿Aquí, Herschel?

—Sí, aquí.

Ella se encogió de hombros.

—Peretz, el de la oficina municipal, podría saberlo.

—Sí, Peretz lo sabrá. ¿Quieres llamarlo de mi parte?

Ella asintió con la cabeza y se marchó.

—Peretz conoce a todo el mundo. —Se acercó a su librería—. Entretanto, veamos lo que dice Maimónides de este tipo de *tsimmes*.

—Perfecto, me gusta Maimónides. Estaba en mi profesión.

El joven rabino lo observó.

—¿Médico, abogado o filósofo?

—Diamantes.

—Ah, diamantes. ¿Hopeman’s? ¿En la Quinta Avenida?

Harry asintió.

—Veamos. —Volvió a concentrarse en sus volúmenes—. Aquí está, *El libro de las mujeres*. —Se sentó y empezó a girar las páginas y a canturrear. No era una melodía hebrea. Finalmente Harry reconoció los acordes de *Qué noche la de aquel día*.

Unos minutos después volvió a entrar su esposa.

—Peretz dice que es un contable de la oficina de la lechería.

El rabino Goldenberg asintió.

—Ah, la oficina de la lechería. Vayamos a verlo —propuso.

La oficina de la lechería resultó ser un lugar pequeño y atestado. En una de las mesas, una mujer trabajaba en un libro mayor. En la otra, un hombre delgado y de aspecto corriente seleccionaba una pila de formularios. Debajo de su *yarmulkah* asomaba una calva incipiente, pero su barba rubia aún era abundante. Parecía más joven que la señora Silitsky; Harry se preguntó si realmente era así, o si el estilo ortodoxo de la ropa de Rakhel Silitsky le había hecho pensar que ella era mayor de lo que era en realidad.

—¿Es usted Pessah Silitsky? —le preguntó el rabino Goldenberg en yidis.

El hombre asintió. Apareció un lechero por la puerta de la habitación contigua y colocó más formularios en el mostrador. Mientras la puerta estaba abierta, la pequeña oficina quedó invadida por los ruidos metálicos de los separadores de crema.

—Soy el rabino Goldenberg. Éste es el señor Hopeman.

—¿Cómo está? —dijo Silitsky.

—Bien de salud, gracias al Altísimo.

—Alabado sea Su nombre.

El rabino lanzó una mirada en dirección a la mujer que trabajaba en la otra mesa.

—¿Podríamos conversar afuera? Se trata de un asunto personal.

Silitsky adoptó una expresión cautelosa, pero se puso de pie y salió con ellos.

Los tres hombres se alejaron andando de la lechería.
—Se trata de su esposa —anunció el rabino Goldenberg.
Silitsky asintió; no pareció sorprendido.
—Este hombre dice que usted la ha convertido en una *agunah*.
Silitsky miró a Harry. Se acercaban a un banco, a la sombra de un pino.
—Sentémonos —sugirió Harry. Acabó sentado en el medio, un sitio incómodo.
—Es terrible convertir a una mujer en *agunah* —afirmó el rabino—. Es pecaminoso.
—¿Usted es el profesor norteamericano?
Harry se dio cuenta de que el hombre lo había confundido con David Leslau.
—No, no. Un amigo del profesor.
Silitsky se encogió de hombros.
—Yo también tengo amigos. Me cuentan cosas.
El rabino Goldenberg empezó a enroscarse la barba alrededor del dedo.
—¿Cuándo se fue de su lado?
—Ahora hace dos años. Aproximadamente.
—¿Le envía dinero?
El hombre sacudió la cabeza.
—¿Entonces —preguntó el rabino lentamente—, cómo sobrevive?
Silitsky guardó silencio.
—Creo que trabaja en una panadería —dijo Harry.
El rabino Goldenberg suspiró.
—Los sabios dicen que un hombre debe honrar a su esposa más que a sí mismo.
—La gente se reía porque yo no podía dominarla —dijo Silitsky—. Y los sabios también dicen que una mujer debe honrar totalmente a su esposo y mostrarle respeto. ¿No es así?
—Ah, ¿conoce la ley? —apuntó el rabino.
Silitsky se encogió de hombros.
—Entonces debe saber que cuando un hombre se casa, la ley judía le obliga a darle a su esposa diez cosas. Siete de ellas son ordenadas por los escribas. Pero la *Torah*… ¡*la Torah*!… dice que un esposo debe dar a su esposa alimento, ropas y vida sexual. —Se inclinó por delante de Harry—. ¿Quiere volver al lecho de ella en calidad de esposo?
Silitsky sacudió la cabeza.
—Entonces déjela libre —añadió el rabino.
Silitsky se miró los zapatos.
—Yo estoy dispuesto.
—¿Por casualidad no será usted un *Kohen*?
—Sí, soy un *Kohen*.

—Ah. ¿Sabe que una vez que un *Kohen* ha renunciado a su esposa no se le permite volver a casarse con ella?

—Claro que lo sé.

El rabino asintió.

—La próxima sesión del tribunal rabínico será este jueves por la tarde. ¿Se presentará ante el *Beth Din* a las dos en punto para divorciarse de ella?

—Sí.

—Ya huyó una vez. ¿Actuará pues como una persona valiente y no volverá a huir?

Silitsky lo miró fijamente.

—Nunca fue mi intención que esto se prolongara tanto tiempo. Al principio estaba furioso, y después… —Se encogió de hombros.

El rabino asintió.

—El tribunal rabínico se reunirá en mi sinagoga. ¿Sabe dónde está?

—Sí. Yo asisto a la sinagoga del rabino Heller, la pequeña *shul* polaca.

El rabino Goldenberg sonrió.

—Pero el jueves asistirá a la mía, ¿verdad?

—Estaré en su *shul*. —Silitsky se puso de pie, evidentemente aliviado, y les estrechó las manos.

Harry observó cómo se alejaba.

—¿Eso es todo? —Tenía las palmas de las manos húmedas.

—En modo alguno. Él ha aceptado, pero aún queda el asunto del divorcio.

—¿Será concedido?

—Es lo más probable.

—El *rebbe* de él en Mea She'arim…

El rabino Goldenberg escarbó en su barba con dedos nerviosos.

—Señor Hopeman, ¿acaso tenemos un papa? Su *rebbe* es un rabino, como lo somos mis colegas y yo. Ella recibirá un *get*, un certificado de divorcio, de un *Beth Din* autorizado; y noventa y un días después podrá casarse.

Regresaron al coche.

—¿Quiere oír algo descabellado, rabino? Hace unas semanas yo no conocía al hombre al que represento, al amigo de la señora Silitsky… ¿Qué estoy haciendo aquí?

El rabino sonrió.

—Eso convierte su misión en un *mitzvah* mayor, en una hazaña más meritoria.

Avanzaron por las calles silenciosas. Harry recordaba una visión diferente de la ciudad, la de las noticias de la televisión.

—El lugar en el que los terroristas asesinaron a todos esos niños, ¿está cerca de aquí?

—No muy lejos —dijo el rabino Goldenberg—. No hay nada que ver. Es un edificio de apartamentos. Los agujeros de las balas han sido rellenados y el edificio está pintado. Es muy importante dejar en paz a los muertos.

—Estoy de acuerdo —señaló Harry ansiosamente—. ¿Cree que se puede ayudar a alguien a hacer algo así?

El rabino sonrió.

—¿Otro *mitzvah*?

—No. Estrictamente como un acto de egoísmo.

—Creo que es algo que cada uno debe hacer por sí mismo.

Estaban delante de la casa verde destartalada.

—¿Alguna vez se unirá a una congregación de Nueva York?

—Estoy en casa, señor Hopeman —puntualizó el rabino. Bajó del coche y le estrechó la mano.

—Vaya con Dios.

—Siga usted con Dios, rabino Goldenberg.

Se alejó unas pocas manzanas hasta la oficina de correos. Había un teléfono público, pero era de los que nunca había utilizado. Tuvo que pagar la conferencia con fichas que compró en la ventanilla de los sellos. Cuando las dejó caer en la ranura, a través de una ventanita de cristal, pudo ver cómo cada ficha caía en la caja. Sin embargo, por alguna razón, no puso la cantidad adecuada y no obtuvo la señal correspondiente. Tuvo que pedir ayuda.

Finalmente oyó el zumbido. Cuando respondieron en la escuela al aire libre, tuvo que dar pocas explicaciones. «Aquí está su llamada, profesor», dijo alguien en hebreo.

—Hola, David. —Se dio cuenta de que tenía que esforzarse para no gritar—. *Mazel Tov*! —exclamó.

Cuando logró llegar a las oficinas de American Express en Jerusalén ya eran las últimas horas de la tarde. Una mujer estaba cerrando la puerta de cristal.

—No estará cerrando, ¿verdad?

—Ya hemos cerrado. No podemos tener abierto a todas horas.

—Estoy esperando una carta.

—¿Y? Venga mañana.

—Por favor, me llamo Hopeman. ¿No puede mirarlo? Es muy importante.

La mujer asintió.

—Recuerdo el nombre. Está aquí. —Abrió con llave. Un momento después regresó con el sobre. Rechazó la propina que él le daba—. Simplemente, déjeme ir a casa a preparar la cena, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Era la misma letra apretada. Abrió el sobre y leyó la carta allí mismo, de pie en la acera. Sólo decía que a las ocho de la tarde del día siguiente un

coche gris lo recogería cerca del molino de Yemin–Moshe. Encontró un teléfono en un restaurante y llamó a Tamar.

—He recibido la carta.

—Oh. ¿Cuándo te reunirás con él?

—Mañana por la noche.

—Perfecto.

—Sí. ¿Te quedarás conmigo esta noche?

—Me gustaría.

—¿Por qué no coges unas cuantas cosas, las suficientes para quedarte un tiempo conmigo? —Ella guardó silencio—. Tendré que marcharme en cuanto mi misión esté cumplida, Tamar. Sólo me quedan unos pocos días en Israel.

—De acuerdo. Ven dentro de media hora —respondió ella.

Esa noche se acostó y la contempló mientras ella se ponía esmalte transparente en las uñas de los pies con gran concentración. Lo primero que había notado en ella era lo bien que cuidaba su persona.

Le habló de los agujeros de las balas tapados con pintura que había visto en Kiryat–Shemona. Y de lo que el joven rabino le había dicho acerca de dejar en paz a los muertos.

Ella dejó de pintarse.

—¿Y qué?

—Eso es todo.

—¿Me estás diciendo que no dejo en paz a Yoel? Le dije adiós hace mucho tiempo. Y no es asunto tuyo. —Él la miró—. Dios mío. Sólo he compartido el sexo contigo —añadió ella.

—¿Y has disfrutado?

—Por supuesto —repuso Tamar en tono triunfal.

—Pero no te permitirás sentir nada más. Siempre fuimos tres en la cama.

Ella tiró el esmalte. El pequeño frasco le dio en la mejilla y luego chocó contra la pared. Intentó clavarle las uñas pero él la rodeó con los brazos y luego le sujetó las manos.

Ella lloraba de rabia.

—¡Suéltame, hijo de puta!

Pero él tenía miedo de que ella le arrancara los ojos o se marchara. Empezaba a dolerle la mejilla.

—No te quiero, sencillamente. ¿Es que no puedes entenderlo?

—Ésa no es la cuestión. Debes darte la posibilidad de sentir algo. Luego dime que me vaya, y no me volverás a ver nunca más.

—Estás loco. No me conoces en absoluto. ¿Por qué me haces esto?

—Creo que desde que él murió ha habido muchos hombres. Probablemente

demasiados para alguien como tú. —Ella lo miró furiosa, sin dar crédito a sus palabras—. Quiero que digas algo en voz alta. Quiero que digas: «Harry nunca hará nada que pueda hacerme daño».

—¡Te odio! ¡Jódete! —gritó.

Bienvenida a mi cultura, pensó él con tristeza. Ella tenía los ojos húmedos. Él se los besó. Mientras Tamar giraba la cabeza, él sintió una duda repentina. Era incomprensible que ella no compartiera lo que a él le hacía estremecer. No se movió, no la tocó; sólo le sujetó las manos. No intentó hacerle el amor, ni compartir sólo el sexo, ni hablar. Se concentro en lo que estaba experimentando y deseó transmitírselo a ella. Pero se dio cuenta de que era una especie de intento de violación, porque se quedó tendido junto al cuerpo rígido de ella e intentó —con su mente, con su voluntad, con su percepción extrasensorial o con sus plegarias— penetrarla profundamente con sus sentimientos.

18
EL COCHE GRIS

En cuanto la soltó, ella se vistió a toda prisa y se fue sin pronunciar una palabra. Él estuvo despierto toda la noche, y por la mañana se sentía terriblemente mal. Era una forma estúpida de prepararse para una negociación importante.

Salió y corrió hasta quedar exhausto. No había ningún terreno blando para correr; en Jerusalén casi todo era pavimento o piedras, y empezó a sentir agujetas. Cuando regresó al hotel se metió en la bañera con agua caliente y luego pidió que le llevaran huevos pasados por agua y tostadas. Antes de meterse en la cama, dejó el aviso de que lo llamaran a las cuatro de la tarde.

Logró dormir hasta entonces; tal vez el esfuerzo había valido la pena. Tuvo que afeitarse con mucho cuidado: tenía una horrible hinchazón morada en la mejilla.

A las cinco y media alguien llamó a la puerta; cuando la abrió, encontró a Tamar.

—Entra.

Ella se sentó en una silla y cogió un libro de su bolso.

—Me alegro de que hayas regresado.

—Prometí que iría contigo.

—No es necesario que lo cumplas.

—No te lo prometí a ti.

Él asintió.

Se concentraron en la lectura.

—¿Has comido?

—No tengo hambre.

—Yo tampoco. De todos modos, creo que sería una buena idea que comiéramos algo.

—Prefiero no comer, gracias.

Bajó solo al comedor. Se obligó a terminar un bocadillo de pollo, como si estuviera llenando un horno.

Luego subió y leyó un poco más. La habitación aún olía levemente a sexo, pero ahora estaban sentados como si se encontraran en una biblioteca pública.

Sólo había una corta caminata desde el hotel hasta el barrio conocido como Yemin–Moshe en honor a Moses Montefiore, el fundador de Nueva Jerusalén. El molino de viento parecía pertenecer a las tierras bajas europeas. Durante la encarnizada contienda librada antes de que alcanzara la categoría de Estado, se utilizaba como puesto de francotiradores. Finalmente los británicos hicieron volar la parte superior, maniobra que los judíos llamaron burlonamente Operación Don

Quijote. A partir de entonces, además de parecer simplemente inverosímil, el molino había quedado chato, cosa especialmente extraña.

Se encuentra en medio de una pequeña zona abierta, bordeada por tres calles distintas.

—No dijo en qué calle debía esperar —comentó Harry preocupado.

Se quedaron en Hebron Road. Los coches pasaban de largo. Empezaba a oscurecer, y pronto resultó difícil ver el tránsito con claridad.

Un Peugeot avanzó en dirección a ellos.

—Creo que es azul —señaló ella.

Era gris, pero pasó de largo. Lo mismo hicieron unos cuantos más.

Pocos minutos después de las ocho, surgió un coche de la oscuridad, como si fuera una aparición. Harry supo lo que era cuando vio el tubo de escape en forma de cuerno de carnero, pero le resultó difícil de creer. El coche frenó junto al bordillo. En los asientos delanteros viajaban dos hombres. Descendió uno de ellos, menudo y con bigote.

—¿Señor Hopeman?

—Sí.

El hombre miró a Tamar.

—Señor, nos dijeron que vendría solo.

—Está bien. Ella viene conmigo.

—Sí, señor —respondió el hombre con vacilación. Abrió la puerta trasera. Harry pensó que sería más acertado decir que el exterior era de color perla. Dejó que Tamar pasara primero y luego se instaló en la suave tapicería, una especie de gamuza de color castaño.

La puerta se cerró con un ruido sordo y se alejaron impulsados por el sereno motor del que tanto había oído hablar.

Había un armario refrigerado al alcance de la mano. Contenía agua, pero nada de vino ni licor; tal vez Mehdi era un musulmán practicante. Había fruta y queso, y Harry se arrepintió de haberse esforzado en comer el bocadillo de pollo en el hotel.

Cogió el tubo acústico. A través del cristal que separaba los asientos vio que el hombre que iba sentado junto al conductor se enderezaba y prestaba atención.

—¿Señor?

No parecían árabes.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Harry.

—¿Mi nombre? Soy Tresca, señor.

—¿Tresca? ¿Es un nombre griego?

El hombre lo miró fijamente.

—Tal vez es un nombre judío —dijo. Su compañero se echó a reír.

Harry sonrío.

—Tresca. ¿Me equivoco, o este automóvil es un Duesenberg modelo SJ?

La sonrisa del hombre dejó a la vista sus dientes blancos.

—No se equivoca, señor —le aseguró.

Harry pensaba que iban hacia el sur y estuvo completamente seguro al reconocer los sitios por los que pasaban. Era la misma carretera que él había recorrido para visitar la excavación de Leslau, y el mismo camino que habían hecho con el autocar de la excursión.

—Bonito coche —comentó Tamar.

Harry se puso de mal humor. El propietario del coche había conseguido algo que él no había logrado. Eso modificaba toda su actitud con respecto a Mehdi.

Pasaron a pocos kilómetros de Ein Gedi. La carretera dejó de trazar curvas como un río y se volvió completamente recta; a ambos lados se extendía el desierto negro. Sin aminorar la velocidad, atravesaron un par de poblaciones separadas por varios kilómetros de terreno yermo; en ambas vislumbraron fachadas bajas, manchas de luz amarilla y algunas personas, siempre árabes.

En dos ocasiones pasaron junto a camiones del ejército israelí, y una vez junto a un jeep. Los hombres que viajaban en los asientos delanteros no mostraron ningún tipo de reacción. Harry estaba seguro de que tenían todos los papeles en orden.

Mientras se acercaban a otra población, el conductor frenó inesperadamente pero sujetó bien el volante y la disminución de la velocidad fue suave. Tresca abrió la guantera y Harry tuvo una visión momentánea del cañón grueso y negro de un arma.

Un camión de carga se había detenido formando un ángulo a un lado de la carretera, que estaba obstruida por una multitud de hombres que gritaban. Tresca abrió la puerta y bajó.

Regresó y guardó el arma.

—El camión ha matado una cabra. Ahora el camionero y el cabrero discuten el precio.

El conductor hizo sonar el claxon. La multitud se apartó. El maravilloso automóvil pasó junto a la res bañada en sangre y por la ventanilla trasera Harry vio desaparecer la población. Nadie los seguía.

Cuanto más avanzaban, más calor hacia. Llevaban menos de dos horas viajando pero Harry tenía la ropa pegada a la piel. Tamar dormía en el otro extremo del asiento. Observó el rostro de la joven y vio que la noche anterior le había dejado oscuras ojeras.

Exactamente después de que las luces de Eilat aparecieran a lo lejos, el conductor aminoró la marcha. Giró a la izquierda por un camino lleno de baches. El Duesenberg avanzó dando bandazos hasta quedar oculto detrás de unas altas dunas, y luego se detuvo.

Tresca volvió a meter la mano en la guantera y a Harry le empezó a latir el

corazón aceleradamente, pero el hombre sólo cogió un destornillador y una matrícula enmohecida escrita en árabe. Bajó del coche y cambió las matrículas. Regresó minutos más tarde, secándose la cara con el pañuelo, y guardó en la guantera la matrícula azul de los territorios ocupados de Israel.

—Bienvenido a Jordania, señor Hopeman —anunció.

La casa de Mehdi se encontraba a veinte minutos de distancia por carreteras en mal estado. La sala tenía aire acondicionado pero estaba escasamente amueblada, para las costumbres occidentales. Escobas de junco y bandejas de cobre se sumaban a las colgaduras de tela de las paredes enlucidas. Había un cuenco con fruta en una mesa baja, cerca de un hervidor de pico largo que se calentaba sobre un brasero de carbón.

Mehdi los estaba esperando, a pesar de la hora. No pareció sorprendido por la presencia de Tamar. Con una sonrisa radiante en el rostro, les sirvió varias tazas pequeñas de café solo y amargo. Les llenó la taza tres veces antes de aceptar sus quejas de que ya tenían suficiente.

—Antes de examinar la piedra querrá descansar, ¿verdad?

Harry estaba impaciente por verla, pero se limitó a decir:

—Oh, sí, si no le importa. Necesito la luz del día.

—Lo sé —repuso Mehdi. Dio unas palmadas.

Tresca los condujo hacia la parte de atrás de la casa, hasta un ala que no tenía aire acondicionado. La habitación de Tamar estaba al lado de la de Harry.

Ella le dio las buenas noches y cerró la puerta.

El cuarto de baño estaba en el pasillo. No había agua caliente para ducharse, pero en realidad el agua fría salía tibia. No era muy correcto usar tanta agua, hasta que se dio cuenta. Mientras se secaba, por la ventana abierta vio las luces de un barco en el mar Rojo.

El colchón no era nuevo ni mucho menos, y tenía un hueco en el centro. Harry se quedó tendido en la oscuridad, desnudo y empapado en sudor, pensando en el diamante amarillo. Estaba casi dormido cuando notó que se abría una puerta.

Alguien atravesó la habitación y se tendió a su lado.

—Qué alegría, Tamar —susurro.

Sintió una repentina felicidad cuando una mano suave le tocó la pierna.

Entrechocaron la nariz. Él percibió un olor picante y peculiar, y sus manos encontraron unos hombros muy delgados y pechos como minúsculas frutas carnosas.

Buscó la lámpara a tientas.

Ella no tenía más de doce años. Comprendió aturdido que se trataba de la hospitalidad de Mehdi.

Acusado por el delgado cuerpo de ella, se levantó de la cama y abrió la puerta. La niña se quedó petrificada, observándolo, y sus ojos pardos le recordaron a alguien.

—*Saidi*? —musito.

—Fuera.

Los ojos de ella se convirtieron en una línea, sus rasgos se disolvieron y empezó a llorar como lo que era: una criatura. Harry vio que tenía miedo de moverse; se acerco a ella, la cogió de la mano y la llevó hasta el pasillo. Con la esperanza de que no fuera castigada o privada de su paga, cerró la puerta y se dejó caer sobre la cama.

Un instante después se levantó y golpeó suavemente la puerta que separaba ambos dormitorios.

Tamar se acercó y abrió una rendija.

—¿Qué ocurre?

—¿Te encuentras bien?

—Por supuesto. Esta es una casa árabe. Nuestro anfitrión nos protegerá con su vida mientras estemos aquí como invitados suyos.

Cuando se cerró la puerta, volvió a acostarse. Enseguida oyó que se abría de nuevo.

—Gracias por preocuparte por mí.

Él le respondió que no tenía por qué dárselas.

Por la mañana lo despertó un gemido rítmico que finalmente identificó como una radio encendida a todo volumen. El calor era insoportable, y la soprano ululaba interminablemente. Sintió una terrible urgencia por encontrar a Mehdi y pedirle que le mostrara el diamante, pero se puso los pantalones cortos y las zapatillas deportivas. Tresca, vestido con chaqueta blanca de algodón, estaba en el comedor, preparando la mesa.

—Pensé que podía ir hasta la playa. ¿Está permitido?

—Por supuesto, señor. —Dejó una bandeja con vasos en la mesa y siguió a Harry hasta afuera.

A lo lejos se veía una barca blanca de pesca incrustada en el agua azul. No había otras señales de vida. Harry caminó hasta un punto en que la arena se volvía compacta y luego empezó a correr. Detrás de él corría Tresca, vestido con su chaqueta blanca.

—Ahora volvamos —le dijo Tresca después de correr unos ochocientos metros.

Harry se entrenaba con un rival imaginario. Consideró brevemente la posibilidad de lanzarle una amable finta a la cabeza, tal vez un pequeño amago.

Tresca ni siquiera estaba agitado. Harry tuvo la sensación de que, si se lo proponía, el otro hombre podía hacerle mucho daño. Se volvió obedientemente y empezó a correr de regreso a la casa.

Media hora más tarde se sirvió un buen desayuno veraniego: verduras cortadas y yogur, khumus y tekhina, pan, queso y té.

—Coman en nombre de Dios —les dijo Mehdi.

—*Bismillah* —repuso Tamar. Se notaba que estaba tensa porque hablaba más de lo habitual. Harry la observó mientras Tresca, que se había refrescado y cambiado la chaqueta, iba a buscar más café para ella.

—Es un criado excelente —comentó.

—Sí, por supuesto.

—No es egipcio.

—Albanés —señaló Mehdi—. Yo tengo antepasados albaneses. Lo mismo que Faruk, ¿sabe?

—¿Y cuándo se hicieron egipcios? —preguntó Tamar.

—A principios del siglo diecinueve. Los mamelucos se alzaron contra el imperio otomano en Egipto, y los turcos enviaron contra ellos tropas de choque albanesas al mando de un joven oficial llamado Mehemet Alí. Él sofocó la rebelión y luego les dio la espalda a los otomanos y se autoproclamó soberano de Egipto.

—¿Usted es descendiente de uno de esos hombres? —preguntó ella.

—Mi bisabuelo fue uno de sus soldados de infantería. Antes de ser derrotados, invadieron Nubia Sennaar y Kordofan, construyeron Khartum, tomaron Siria y, cuando Alí Pasha era un anciano, derrotaron a los turcos de los que en otros tiempos habían recibido órdenes. El hijastro y sucesor de Alí fue Ibrahim, cuyo hijo era Ismail, cuyo hijo fue Ahmed Fuad, cuyo hijo fue Faruk.

Tamar parecía a punto de hacer otra pregunta.

—Creo que tendría que aprovechar la buena luz natural —comentó Harry, como de paso.

Mehdi asintió.

—Tendrán que disculparme.

Bebieron café en un tenso silencio hasta que regresó Mehdi. Llevaba una pequeña caja de madera de olivo. En el interior había un calcetín marrón de hombre. Sujetó el calcetín de lana por la punta y lo sacudió, y de su interior salió rodando uno de los diamantes más grandes que Harry había visto jamás. Incluso bajo la escasa luz del comedor, relumbraba junto a una mantequera. Harry lo cogió procurando que la mano no le temblara.

—Necesitaré una mesa delante de una ventana del lado norte de la casa.

Mehdi asintió.

—Tendrá que ser en mi dormitorio —dijo en tono de disculpa.

—Si no le importa…

—Claro que no. ¿Necesita algo más?

—¿Se podría apagar la radio? —preguntó Harry.

Tendría que haberles pedido que hicieran la cama. La luz del norte entraba por las ventanas de una habitación en la que aún había un camisón de color púrpura entre las sábanas arrugadas.

Pero lo habían dejado solo. Se hundió en una silla y miró fijamente el diamante.

Quedó completamente desarmado. Su faceta de historiador aplastó al experto en diamantes, y se estremeció al pensar en los años y los acontecimientos a los que la piedra había sobrevivido.

Un instante después se acercó a la ventana y vio a Tresca sentado afuera, a la sombra, pelando pepinos. El otro criado, al que llamaban Bardyl, se encontraba detrás de una pared baja de la azotea. Cuando Harry abrió la ventana, Tresca continuó concentrado en su tarea, pero la mano de Bardyl quedó detrás de la pared, fuera del alcance de la vista.

Se sintió satisfecho. Se encontraba más cómodo cuando se tomaban medidas de seguridad.

De su bolsa sacó un bloc de papel muy blanco, un paño de gamuza y un sobre marrón pequeño que contenía un diamante canario de medio quilate y de un color extraordinariamente atractivo. Frotó los dos diamantes con el paño de gamuza y los colocó sobre la hoja blanca de tal modo que la superficie del papel captó suavemente la luz adecuada y la introdujo en las piedras.

El matiz del diamante más pequeño era perfecto. De la bolsa cogió un frasco de yoduro de metileno que había sido diluido con benceno en Nueva York hasta alcanzar exactamente la misma densidad del canario de medio quilate. Puso parte de la solución en un recipiente de cristal y dejó caer el diamante de medio quilate en su interior. Este desapareció ante sus propios ojos. El índice de refracción del líquido era igual que el de la piedra, de modo que en lugar de desviarse, los rayos de luz pasaban en línea recta a través del líquido y de la piedra, haciendo que ésta se volviera invisible.

Cuando metió el Diamante de la Inquisición en el recipiente no desapareció tan completamente como el diamante más pequeño. En el interior había burbujas congeladas y cierto color lechoso, pero una nube se habría destacado como un faro en una noche oscura. Enseguida resultó evidente que el diamante no tenía ninguna imperfección.

«Tendría que habértelo dicho», había musitado su padre.

—Maldita sea, papá. —Se permitió ponerse furioso con el hombre por el que aún guardaba luto—. ¿Qué es lo que tendrías que haberme dicho?

Retiró los dos diamantes de la solución y los secó, luego cogió sus instrumentos y preparó todo para hacer mediciones. El Diamante de la Inquisición rodó en la palma de su mano, magnifico, pesado y esplendoroso bajo la luz refractaria.

Pasó los dedos por el *briolette*.

¡Esto lo había creado uno de sus antepasados!

En la base de la piedra había pequeñas muescas cortadas con precisión. Recordó que éstas habían sido hechas por otro antepasado suyo, el que había engastado el

diamante en la mitra de Gregorio.

19
LA FUNDICIÓN DE CAÑONES

Cada vez que Isaac Hadas Vitallo iba al palacio ducal daba su nombre completo, y cada vez oía que lo anunciaban como el joyero judío de la aldea de Treviso. Los olores del lugar y de la piedra húmeda, y los hedores corporales imperfectamente ocultos por perfumes demasiado fuertes y polvos toscos lo invadían y le revolvían el estómago.

El dux lo escuchó con sonrisa cálida y mirada fría.

—Te aprovechas de nuestra bondad —le dijo, como si estuviera regañando a un niño estúpido—. Gracias a nuestro amor, no estás obligado a llevar el gorro amarillo. A ti y a tu familia se os permite vivir en una casa bonita, como si fuerais cristianos, en lugar de hacerlo en el ***Gietto****. Pero esto no es suficiente. Tienes que seguir incordiándome con los judíos muertos.*

—Las procesiones fúnebres son atacadas entre el ***Gietto*** *y nuestro cementerio en el Lido, Excelencia —protestó Isaac—. Ni si quiera podemos enterrar a nuestros muertos al amparo de la noche, ya que según la ley las tres puertas del* ***Gietto*** *se cierran con llave al anochecer y no se abren hasta que suenan las campanas de la mañana en el campanario de San Marco. Necesitamos la protección de nuestros soldados.*

—Eso es sencillo —comentó el dux—. Ponte en contacto conmigo cada vez que muera uno de los tuyos.

—No querríamos molestaros tan a menudo —repuso Isaac.

Ambos sabían que semejante acuerdo supondría un cuantioso soborno cada vez que muriera un judío.

—Sería mejor que simplemente dierais la orden de que se nos proporcione un guardia para cada funeral. ¿No creéis, Excelencia?

—Hmmm. —El dux lo observó—. Me han dicho que quien lleva un anillo de jacinto en el dedo no puede ser víctima de la plaga ni de las fiebres. ¿Sabes algo de esto, joyero?

Isaac reprimió un suspiro de alivio.

—Eso he oído decir. Sé dónde conseguir un bonito jacinto. Con él os haré un anillo.

—Si lo deseas… —dijo el dux en tono despreocupado—. De cualquier manera, tal vez no tengas que preocuparte más por los funerales en el Lido. La ***condotta*** *expira a finales del año.*

La ***condotta****, o «conducta», era el contrato gracias al cual a los judíos se les*

permitía vivir en Venecia. Durante varios siglos había sido renovado periódicamente, por lo general después de cierta reticencia por parte de las autoridades y del consecuente pago de sobornos.

—Excelencia, ¿no habrá problemas con respecto a la ***condotta****?*

—La iglesia ha beatificado a Simón de Trento.

Isaac quedó petrificado.

—Se han producido milagros en la tumba. Los sordos, los ciegos y los paralíticos han sido curados, la vida ha sido devuelta a los muertos. Ahora, el niño es san Simón.

Más de cien años antes, un apasionado predicador antisemita había pronunciado el sermón de cuaresma en Trento, en la frontera alemana al norte de Venecia. El sacerdote había dicho a los campesinos que los judíos que vivían entre ellos practicaban el asesinato como parte de sus rituales, y les habían advertido que vigilaran a sus hijos porque se acercaba la Pascua.

El Jueves Santo había desaparecido un niño de veintiocho meses llamado Simón. Las casas fueron registradas pero no hubo rastros del niño hasta el lunes de Pascua, cuando algunos judíos aterrorizados descubrieron su pequeño cuerpo flotando en el río. Hombres, mujeres y niños fueron torturados hasta que algunos de ellos aceptaron a gritos que el niño había sido asesinado para que su sangre pudiera ser utilizada durante la Pascua. Los líderes de la comunidad judía fueron arrastrados hasta la pila de la iglesia local, bautizados y luego cruelmente asesinados, y una ola de terror asoló Europa. Más de cinco años después del incidente, en Portobuffole, una población cercana a la cuna de Isaac, tres judíos fueron acusados de cometer un asesinato como parte de sus rituales, y murieron en la hoguera.

—Debes de comprender al senado —razonó el dux—. Aunque no se hiciera esta beatificación, hay muchas personas piadosas para las que la sola presencia de judíos supone una afrenta.

Mientras atravesaba el Fondamenta della Pescaria, el viejo mercado de pescado lindante con el río Canareggio, Isaac contempló el perfil desigual del barrio amurallado y pensó que la gente tendría que luchar para seguir viviendo como prisioneros. Era una isla pequeña e insalubre rodeada de canales. En otros tiempos había sido el emplazamiento pantanoso de ***Gietto Nuovo****, «la nueva fundición del cañón», que le dio su nombre. Cuando se decidió que los judíos se quedaran allí, los propietarios de la isla levantaron a toda prisa unas construcciones desvencijadas. Hacía tiempo que habían sido privados del derecho a la propiedad; los alquileres en el* ***Gietto*** *eran el treinta por ciento más elevados de los que los cristianos pagaban por viviendas mejores en cualquier otro sitio. El barrio era demasiado pequeño y pronto se había extendido a una zona adyacente,* ***Gietto Vecchio****, «la fundición vieja», y luego no había quedado sitio salvo hacia arriba. Las casas que*

originalmente eran de madera se hicieron más altas, se levantó un piso desvencijado tras otro hasta que se convirtieron en trampas sin salida de incendios, que se estremecían y balanceaban cuando soplaba el viento. Las estrechas y sinuosas calles daban a callejones en los que había media docena de fuentes públicas, la única provisión de bebida para casi mil doscientas personas.

Isaac avanzó por el pequeño puente de la entrada del ***Gietto*** *y saludó al guardián con una inclinación de cabeza. Había cuatro guardianes, todos cristianos. Se encargaban de que ningún habitante saliera por la noche, de que todos usaran el gorro amarillo que constituía la señal de calumnia de los judíos, de que los hombres no tuvieran nada que ver con las mujeres cristianas, y de que se ciñeran a los tipos de interés aceptados si prestaban dinero.*

Entró en la sinagoga y se sentó en la antesala mientras el macera salía a toda prisa para llevar a cabo su tarea. Cuando los líderes de la comunidad entraron en la shul y se sentaron, algunos de ellos miraron a Isaac con resentimiento; él y el médico del dux eran los únicos judíos de Venecia que estaban autorizados a vivir fuera de la Fundición del Cañón. Pero él tenia la conciencia limpia. A pesar de sus privilegios, siempre había trabajado para ellos. Se inclinó hacia delante y los miró.

—Tenemos problemas graves —anunció.

El monte se inclinaba caprichosamente, percibiendo la sensación de alivio de Isaac, que regresaba a Treviso. Sus tierras se encontraban en el otro extremo de la ciudad, que tenía la costumbre de rodear. Eran tierras pobres de piedra caliza, parte de la llanura adriática que se extendía desde la costa hasta los Alpes Venecianos de color púrpura, que se alzaban a lo lejos. La lluvia penetraba en el suelo gredoso y se escurría hacia el mar de modo que durante el verano Isaac y su familia tenían que regar constantemente. Le alquilaban la tierra al dux, que había tenido la certeza de que allí nadie podría cultivar nada.

Elijah estaba en la viña, arando. Cultivaban durante todo el invierno, que era benigno, e intentaban convencer a la tierra de que retuviera parte de la humedad. Al llegar la primavera, las vides echaban zarcillos verdes y absorbían la fortaleza mineral de la tierra débil, llena de caparazones de antiguos moluscos de tierra, de huesos de animales, trozos de metal romano y conchas quitinosas de innumerables generaciones de insectos. De alguna manera, cuando llegara el otoño habría abundantes racimos de uvas enormes y misteriosas, casi negras y con un fino y quebradizo brillo azul, rebosantes de zumos dulces y almizcleños: la única sangre, pensó, que necesitaban o querían para celebrar la Pascua.

Elijah saludó a su padre con la mano y tiró de las riendas de los bueyes. No solía sonreír e Isaac lamentó devolver la tristeza a su rostro contándole los acontecimientos del día.

—No me importa —dijo Elijah, sorprendiéndolo—. Quiero ir adonde podamos

poseer tierras.

—No existe tal lugar. Para nosotros las cosas son mejores aquí de lo que serían en cualquier otro sitio. Aquí soy el joyero del dux.

—Tienes algo de dinero, ¿verdad?

—¿Entonces?

—Debe de existir algún estado. Algún país.

—No. Y aunque existiera, ¿qué me dices de los demás, los que están en el ***Gietto****? La mayoría de ellos no tienen nada, o muy poco.*

Pero el muchacho no iba a conformarse.

—Podríamos ir al este.

—Ya he estado allí. Ahora, con los turcos, la vida es un infierno.

—Más al este.

Isaac frunció el ceño. Seguir la ruta de Marco Polo había sido un sueño pueril de Elijah, pero ahora su hijo era casi un hombre.

—Los Polo llegaron a Cathay hace trescientos años, no ayer —dijo bruscamente —. Los occidentales que se arriesgan a ir allí son condenados a muerte, sean cristianos o judíos. Tendrás que conformarte con lo que tenemos. —Cambió de tema —: ¿Nos queda algún jacinto?

Elijah apartó la mirada.

—No lo sé.

—Pues deberías saberlo —puntualizó—. Arar la tierra es un placer, un embellecimiento. Las piedras preciosas son nuestro oficio. Necesito un jacinto para el dux. Mira si tenemos alguno y dímelo enseguida.

Mientras cabalgaba hasta la casa delante de los bueyes, se arrepintió de haber hablado tan duramente. Deseaba poder estrechar a su hijo contra su pecho, expresarle su amor. Las cosas nunca habían sido fáciles para Elijah. Poco después de que él naciera, Isaac había abandonado Venecia para emprender su primer viaje largo para comprar diamantes. Había recorrido el Levante —Constantinopla, Damasco, El Cairo, Jerusalén— y había regresado con algunas de las gemas más hermosas que jamás había visto, joyas que le habían permitido librarse de esa especie de cárcel que era la Fundición del Cañón. Pero para conseguirlas había tenido que estar alejado del hogar durante más de cuatro años. Cuando regresó, su joven esposa era una mujer, una desconocida, y su hijo pasó varias semanas chillando cada vez que él se acercaba. Después había hecho otros dos viajes, pero no se había ausentado más de dieciocho meses cada vez. Luego habían llegado otros tres hijos y dos hijas: Fioretta, Falcone, Meshullam, Leone y la pequeña Haya–Rachel, todos bastante seguidos, de modo que compartían mutuamente sus cosas. De todos sus hijos, Elijah, el primogénito, era el único que no tenía compañía. Elijah solo tenía los dos bueyes y aquella débil tierra alquilada, y sus sueños delirantes.

¿Tan delirantes eran esos sueños?

En mitad de la noche, Isaac se enfrentó al hecho de que estuviera o no de acuerdo con el deseo de su hijo de marcharse, los judíos habían recibido órdenes de abandonar el lugar.

Se levantó en silencio, para no despertar a su mujer. No había luna, y a pesar de la hora no se habría arriesgado a que alguien viera al judío de Treviso cavando la tierra cerca del corral. Lo que había enterrado allí era exactamente una pequeña bolsa de vejiga de carnero; en su interior estaba la enorme piedra amarilla que había comprado en su tercer viaje. La piedra representaba las ganancias acumuladas de generaciones de comerciantes de diamantes llamados Vitallo. Era una fortuna más modesta que las acumuladas por otras personas acaudaladas, incluso por un buen número de judíos, aunque representaba riquezas mayores de las que cualquiera de sus antepasados había imaginado. Lo había comprado a bajo precio, en un país y un año en los que había estado disponible a un precio mucho menor de su valor real. Sin embargo, había tenido que utilizar casi todo su capital de reserva. Poseerlo le daba la posibilidad, en caso necesario, de coger su fortuna y huir. También podía quedarse sin nada debido a un simple robo, y de vez en cuando comprobaba la bolsa enterrada para asegurarse de que no había sido tocada.

Si tenían que abandonar Venecia, ¿esto le permitiría comprar algún tipo de seguridad?

Después de que los judíos fueran expulsados de España, ochocientos mil de ellos habían salido de aquel país sin tener adónde ir. Algunos alcanzaron la costa de África, donde los árabes secuestraron a sus mujeres, y pensando que se habían tragado las cosas de valor destriparon a los hombres. Otros se fueron a Portugal, donde compraron el derecho a existir con todo lo que poseían, y sus hijos e hijas fueron arrastrados al bautismo ante sus propios ojos. Miles de ellos fueron vendidos como esclavos, y miles se suicidaron. En el puerto de Génova se había negado la entrada a la ciudad a varias flotas que llevaban exiliados muertos de hambre. Ricos o pobres, los judíos habían muerto de hambre en el puerto. Sus cuerpos putrefactos habían causado una plaga que se cobró la vida de veinte mil genoveses.

Isaac se estremeció. Guardó el diamante en la bolsa y volvió a enterrarla, sin dejar de disimular las señales de la cava.

Muchos rezaban frenéticamente. Algunos ayunaban, como si mediante la privación pudieran forzar a Dios a que se apiadara de ellos. Isaac sabía por experiencia que no tenía sentido escuchar a aquellos que se retorcían las manos y perdían el tiempo lamentándose de su destino. Se reunió con algunos hombres sensatos que sabían cuál era el peligro.

—¿Crees que esta vez hablan en serio? —le preguntó el rabino Rafael Nahmia.

Isaac asintió.

—Yo también lo creo —opinó Judah ben David, el médico del dux.

—Lo han dicho en otras ocasiones —comentó el rabino.

—Nunca lo han dicho después de la beatificación de Simón de Trento —puntualizó Isaac—. Nunca lo han dicho en el año de su Señor de mil quinientos ochenta y ocho.

Los bancos eran su mayor esperanza.

Los judíos habían vivido en las ciudades–estado desde los tiempos de los romanos, cuando no habían padecido ninguna restricción. Habían sido granjeros, peones, mercaderes y artesanos, pero mientras surgían los grandes centros italianos de comercio y manufactura, los trabajadores cristianos empezaron a sentirse molestos y temerosos por la competencia que suponían estos enérgicos infieles, y los gremios estaban constituidos como sociedades semirreligiosas. Lenta pero inexorablemente, los judíos fueron obligados a abandonar la competencia y a aceptar trabajos tan sucios y humillantes que nadie más los quería, o tan esotéricos y especializados —como la medicina y el comercio de diamantes— que sus servicios eran ávidamente requeridos.

Mientras esto ocurría, la Iglesia empezó a reconocer que la usura cristiana era un problema espinoso. Aunque el préstamo estaba prohibido como pecado, los mercaderes, príncipes y hombres de la Iglesia caían en él con mucha frecuencia, y los tipos de interés eran opresivos, en ocasiones hasta del sesenta por ciento. Toda la sociedad dependía de los préstamos. Los campesinos pedían dinero prestado cuando había una mala cosecha, la gente de la ciudad cuando surgía una enfermedad, o para celebrar una boda. Al tiempo que condenaba el prestar dinero para obtener beneficio, la Iglesia no estaba dispuesta a prestarlo sin interés, aunque reconocía que los préstamos eran esenciales para la supervivencia de los pobres.

La mayoría de los judíos de la época, desterrados del comercio y con la prohibición de vender mercancías nuevas, vivían en condiciones precarias como comerciantes de segunda mano y traperos. La Iglesia invitó a algunas de las familias judías más antiguas, que en otros tiempos se habían dedicado con éxito al comercio, a que se convirtieran en banqueros prestamistas, arreglo en el que encontraban numerosas ventajas. Los usureros cristianos no arderían en el infierno. Los banqueros judíos eran controlables porque sus libertades civiles eran mínimas. La ciudad recibía un impuesto anual de aquellos a los que se les concedía el privilegio de hacer funcionar los bancos, y la Iglesia obtenía un pago sustancial de los banqueros cada vez que se renovaba la ***condotta****.*

Se estableció un nuevo tipo de interés del cuatro por ciento, pero pronto resultó obvio que con los sobornos y pagos necesarios, eso no permitiría que los bancos subsistieran, y el interés se elevó al diez por ciento con garantía y al doce por ciento sin ella, un porcentaje justo de la economía veneciana. Al cabo de pocos años, tanto

la gente como la Iglesia habían olvidado el tipo de interés inicial del sesenta por ciento, y se unieron en su odio y desprecio por los usureros judíos. Pronto ejercieron tanta presión que los tipos de interés descendieron gradualmente hasta alcanzar el cinco por ciento, y lo que se había ofrecido a las familias antiguas como un privilegio se convirtió en una carga insoportable. Dado que los tres bancos de Venecia eran la razón por la que los judíos eran tolerados en la ciudad, la gente del ***Gietto*** *consideró que el mantenimiento de los bancos era un impuesto especial y elevó anualmente cincuenta mil ducados para capitalizar préstamos de tres ducados a los cristianos pobres.*

—¿Están dispuestos a arreglárselas sin los bancos? —preguntó el rabino.

—Nos odian a nosotros más de lo que aman nuestros préstamos —reflexionó Isaac.

Cerca de allí, el sonido de las oraciones alcanzó un renovado frenesí.

—Necesitamos un milagro —señaló amargamente el rabino—. Algo que iguale lo que sucedió en la tumba de san Simón de Trento.

Al día siguiente, Isaac fue llamado al palacio ducal.

—¿Excelencia?

—En la colección del Vaticano hay un diamante amarillo. Es una piedra grande y absolutamente inusual. Se llama el Ojo de Alejandro, por el papa Alejandro VI, padre de los Borgia.

Isaac asintió.

—Uno de los grandes diamantes. Lo conozco, por supuesto. Fue tallado por mi antepasado.

—El Vaticano desea que se haga una mitra para el papa Gregorio, en la que se engastará el Ojo de Alejandro. La habilidad de mi joyero es bien conocida —afirmó el dux, orgulloso—. Me han pedido que te asigne a ti esta tarea.

—Es un gran honor Excelencia. Estoy profundamente apenado.

El dux lo miró.

—¿Por qué apenado?

—A los judíos se nos ha ordenado que nos marchemos.

—Tú puedes quedarte y cumplir mi encargo, por supuesto.

—No podría.

—Te quedarás. Es una orden.

—Quedarme cuando los demás se marchan sería una muerte en vida para mí y para mi familia. —Miró al dux a los ojos—. Otras formas de muerte no serían más terribles para nosotros.

El dux se volvió y caminó hasta la ventana, desde donde contempló el mar.

El tiempo pasaba. Isaac esperaba, consciente de que no había sido despachado. Más allá de la cabeza del dux, tocada con el gorro de seda correspondiente a su

autoridad, vio infinidad de puntos de luz del sol que danzaban sobre el agua. ¿Cuántos quilates había en el mar? Dios era el perfecto hacedor de facetas. Ningún mortal que tallara diamantes podía hacer algo más que emular modestamente ese diseño.

Finalmente, el dux se volvió.

—Es posible que yo ayude a tus judíos. Algunos miembros del senado lamentarían el cierre de los bancos. Yo puedo ejercer influencia sobre los demás.

—Excelencia, nuestra gratitud…

El noble alzó la mano.

—Entiéndeme bien, Vitallo. Me importa un bledo vuestra gratitud. Exijo un trabajo que me granjee la gratitud del Vaticano por haber proporcionado el artesano. —Movió la mano en un gesto de desdén, indicándole que se retirara.

Isaac fue corriendo al ***Gietto****. Se dirigió a la sinagoga y buscó al rabino Nahmia.*

—Tenemos el milagro —anunció en tono exultante.

Para buscar un orfebre, Isaac recurrió a Nápoles. Salamone da Lodi era un judío de gran talento que había trabajado de aprendiz con Benvenuto Cellini durante los últimos años de la vida del maestro. Cellini lo había elegido como gesto de gratitud hacia su propia etapa de aprendiz con Graziadio, que había sido judío, y muchos consideraban que Da Lodi era el sucesor de su maestro. El napolitano era un hombre gordo, un borracho desaliñado que conocía los granos de todas las furcias, pero a Isaac le resultaba más cómodo trabajar con un judío. Juntos elaboraron un diseño basado en la mitra que había sido utilizada en el templo por el Sumo Sacerdote. Se sentían incómodos por la cantidad de oro que necesitarían, pero cuando llegó el momento se les proporcionó el material sin ninguna queja. Para que los costes siguieran siendo reducidos y para que la mitra no resultara muy pesada para el papa Gregorio, Da Lodi fundió el oro y lo convirtió en hebras que tejió formando una corona antes de que los hilos sueltos se enfriaran por completo. El resultado fue una mitra de tal delicadeza y suntuosidad que Isaac quedó maravillado al pensar que Dios trabajaba misteriosamente y había creado esta belleza gracias al miedo de él, a la ambición del dux y a la fealdad de Salamone da Lodi.

La mitra deleitó al dux, que la colocó bajo custodia y ordenó a Isaac que realizara el engaste del diamante en el palacio ducal.

—Yo sólo trabajo en mi taller Excelencia —argumentó Isaac con firmeza. Era una escaramuza que había tenido lugar con anterioridad.

—Entonces tu taller y tu casa deben trasladarse al ***Gietto****.*

—Yo no puedo vivir en el ***Gietto****, señor.*

—No puedo garantizar la seguridad de tu hogar de Treviso —repuso el dux.

Isaac pensó que exageraba, pero reconoció que la violencia flotaba en el ambiente. Con la llegada de la Semana Santa, el fervor conmocionó a la población.

Los sacerdotes del lugar pronunciaban sermones sobre el propósito asesino de aquellos que habían matado a Jesús. Por todas partes se veía gente con medallas y escapularios que mostraban el inocente retrato del martirizado bebé de Trento cuya muerte era llorada como si se hubiera producido el día anterior y no un siglo antes, y los judíos provocaban miradas siniestras cada vez que se aventuraban fuera del **Gietto**. *Surgió la apremiante demanda de que todos los judíos de Venecia debían ser obligados a asistir a los sermones sobre la conversión, lo mismo que en otras ciudades–estado.*

El dux publicó una proclama.

> Se han adoptado medidas para asegurar que los no cristianos no empañarán la importante solemnidad del año católico. Las puertas del *Gietto* permanecerán cerradas con llave y custodiadas desde la salida del sol del Jueves Santo hasta la tarde del sábado siguiente, a las nonas. Durante ese tiempo, todas las ventanas del *Gietto* que dan fuera del mismo serán cerradas herméticamente, y a ningún judío se le permitirá salir durante la época de la Pasión, bajo la aplicación más severa de la ley.

Se apostó una guarnición en las cercanías de la granja de Treviso. Isaac detestaba tener guardias tan cerca, siempre en medio del camino. Una semana antes de que llegaran desenterró la pequeña bolsa que tenía escondida cerca del corral. No quería exponerse a que ningún soldado desenterrara su diamante amarillo mientras removía la tierra en busca de gusanos para pescar truchas en uno de los arroyos próximos.

Un día después de que le fueran entregados la mitra y el diamante llamado Ojo de Alejandro, Isaac llamó a su hijo al taller y cerró la puerta con llave. Sacó los dos diamantes y los puso uno junto a otro en su mesa de trabajo y sonrió al ver la expresión de su hijo.

—¿Dos? —preguntó Elijah.

—Éste es mío. Algún día será tuyo, y de tus hermanos y hermanas.

—¡Cuánta tierra podría comprarse con él! —Elijah tocó el precioso diamante que constituía su herencia—. Son casi iguales.

—Sin embargo uno es mucho más valioso. ¿Cuál?

Isaac había instruido al chico en el conocimiento de las piedras, como en la Gemara, desde muy pequeño. Elijah se sentó en el suelo junto a la silla de su padre y se colocó la lupa de joyero en el ojo.

—El de ellos —dijo, decepcionado—. Salvo por un punto oscuro en el **culet**, *una nube perfecta. Es el mejor que me has enseñado jamás.*

—Has aprendido la lección. Y debes aprender más. Todo lo que tengo para

enseñarte.

Elijah no respondió.

—A partir de ahora —dijo Isaac suavemente—, trabajarás menos la tierra y estudiarás las gemas. Tendrás poco tiempo para la tierra.

El chico apoyó la cabeza en las rodillas de Isaac, que quedó sorprendido.

—Lo que yo quiero es la tierra —dijo con desesperación, y su voz quedó amortiguada contra el muslo de su padre.

Isaac tocó la cabeza desgreñada de su hijo.

—Debes aprender a usar el peine. —Le acarició el pelo—. Ellos tienen infinidad de personas que trabajan la tierra pero saben muy poco de las gemas. El saber es nuestro único poder Tu única protección. —Levantó el rostro de Elijah y le mostró el diamante del Vaticano—. Este fue tallado por tu pariente, Julius Vidal. Un maestro.

—¿Dónde vive?

—Murió hace mucho tiempo. Tres generaciones antes de que yo naciera. —Le contó que Vidal había huido de Gante después de que el terror de la Inquisición llegara allí, y que se había trasladado a Venecia y encontrado refugio en el ***Gietto****—. Le enseñó el arte de tallar los diamantes a tu tatarabuelo.*

—¿Cuál de nuestros parientes es descendiente de él?

—Ninguno. Hubo una plaga en la ciudad. Por alguna razón, sólo se libraron los que vivían en el ***Gietto****. El resentimiento llevó a algunas personas a arrojar cosas por encima de la muralla, montones de ropas infectadas con las pústulas de la plaga. En el atestado* ***Gietto*** *murieron centenares de personas, incluido Vidal, su esposa y sus hijos.*

—¡Cabrones!

Rodeó a su hijo con sus brazos y lo sostuvo. Los hombros del chico iban a ser más anchos que los suyos. El rostro húmedo contra su mejilla le produjo una gran impresión.

—¿Por qué no nos dejan en paz? —gritó Elijah.

—Ellos dicen que es porque Jesús ya no vive.

—¡Yo no lo maté!

—Yo tampoco —dijo en tono áspero.

Aquel año, el decimoquinto día del mes de Nisan cayó temprano con relación al calendario cristiano, y la Pascua judía llegó un mes antes que la Semana Santa. El día anterior a la fiesta, la granja estaba escrupulosamente limpia, los platos y los cubiertos de Pesach habían reemplazado a los que se utilizaban el resto del tiempo, y el pan ácimo de la panadería del ***Gietto*** *había sido guardado en la cocina, cubierto con paños limpios, en espera de la puesta del sol y la seder. Del horno salían los aromas de budines, aves de corral y de un cordero pascual que se asaba con especias y hierbas. Durante todo el día habían estado llegando judíos con toneles y botellas*

en los que llevarse el fantástico vino de Pascua que los Vitallo habían preparado prensando sus propias uvas el otoño anterior.

Era miércoles de ceniza. Los hombres de la guardia se turnaban para ir a la iglesia de la aldea a recibir la bendición. Isaac y Elijah se afanaban ante el tablero de dibujo mientras las primeras moscas de la temporada anunciaban el calor de la primavera con frenéticos zumbidos. Isaac hacía los bosquejos preliminares, planificando los detalles del engaste. Incrustar el diamante en la mitra no resultaría difícil, pero él estaba trabajando de forma metódica, con sumo cuidado.

Elijah, aburrido, se asomó a la ventana y contempló las verdeantes colinas.

—Si no podamos las viñas ahora, después será demasiado tarde.

—Vete —gruñó Isaac.

El chico hizo una pausa para coger la podadera que guardaba afilada como una navaja y salió corriendo hacia el viñedo.

Un rato más tarde, Isaac lanzó un suspiro y dejó el carboncillo en el tablero. Era un día demasiado hermoso para quedarse dentro de la casa. Afuera, el sol era cálido y la suave brisa arrastraba el olor del mar Trepó por una pequeña colina que había detrás de la granja y desde la que le gustaba contemplar su finca. En el corral, sus hijos más pequeños ayudaban a su madre a vender el vino. Los guardias se paseaban por el lugar probando la cosecha, e Isaac sonrió al ver que su esposa los vigilaba atentamente; Fioretta, su hija mayor mostraba las señales propias del crecimiento.

Había unas nubes blancas y altas, y una sensación de vida que empezaba a despertar en todo lo que él veía. La tierra estaba húmeda, pero se sentó para observar a su hijo que podaba las viñas de la ladera opuesta.

En lo alto de la colina aparecieron dos niños corriendo. Se encaminaban directamente a las viñas.

A continuación apareció un anciano que corría tras ellos. ¿Por qué los perseguía, y por qué llevaba una guadaña si esos meses se dedicaban a la preparación del heno?

Isaac vio a los niños claramente, incluso percibió las manchas de ceniza en sus frentes. Corrían directamente hacia donde estaba su hijo y al parecer intentaron golpearlo. Elijah los sujetó fácilmente, esperando que llegara el anciano.

En lo alto de la colina aparecieron hombres de todas las edades, que corrían a toda prisa.

—¡No! —gritó Isaac.

En el corral, Fioretta dejó caer una botella de vino. Los soldados cogieron sus armas.

Isaac había echado a correr.

Vio que el anciano llegaba a donde se encontraba Elijah. La hoja de la guadaña resplandeció, más brillante que el sol sobre el mar Elijah no hizo amago siquiera de

usar su podadera. Cuando la guadaña volvió a destellar su brillo fue del color del rubí, la faceta más terrible de todas.

Elijah fue enterrado el tercer día de la Pascua en el cementerio del Lido. Los guardias los proporcionó el dux, que pasó por la granja pocos días más tarde.

—No será que no te lo advertí, Vitallo.

Isaac lo miró.

—Aunque es de lo más lamentable, por supuesto… El hombre que te cortó el hombro, el que ellos hirieron… Murió, ¿sabes?

Isaac asintió.

El dux se encogió de hombros.

—Un viejo campesino. —Parecía incómodo; estaba acostumbrado a ver cenizas en la frente de los cristianos una vez al año; evidentemente, las cenizas en la cabeza de los judíos envueltas en arpillera parecían un ejemplo de su barbarie.

—¿Esto retrasará las cosas?

—Treinta días, Excelencia.

—¿Tanto tiempo?

—Sí, Excelencia.

—Entonces quiero el trabajo terminado en cuanto pasen esos treinta días, ya me entiendes.

En cuanto el dux abandonó la casa, Isaac se sentó en el suelo y empezó a orar.

La herida del hombro le dolía pero podía mover el brazo. En la mañana del trigésimo día apartó la arpillera y se afeitó la barba. Cerró con llave la puerta de su taller y colocó la mitra en la mesa. Luego permaneció un largo rato con la mano apoyada en la silla vacía, mirando la colina a través de la ventana.

Finalmente cogió la piedra y la engastó en la mitra de Gregorio.

Dos días más tarde fueron desalojados de la casa. No pudieron llevarse todas las cosas que habían acumulado durante el tiempo que vivieron en Treviso. Un caballo tiraba del carro que contenía las pertenencias que se llevaban; mientras lo seguían, pasaron junto a la viña en la que ya estaban trabajando los campesinos del dux.

El nuevo sombrero era el más fino que había podido comprar Tal vez era su imaginación, pero cuando llegaron a la ciudad le pareció que el caballo y el carro, y él, su esposa, Fioretta, Falcone, Meshullam, Leone y la pequeña Haya–Rachel se disolvían en el aire. Lo único que el guardián vio fue el color amarillo del sombrero mientras ellos atravesaban el pequeño puente y la puerta del ***Gietto****.*

CUARTA PARTE

EL HALLAZGO

20
LA GEMATRÍA

—¿Dos millones trescientos? —El tono de desesperación de Saúl Netscher llegó a sus oídos a pesar de la mala calidad del sonido.

—Probablemente nuestro amigo no vendería aunque pudiéramos pagar tanto. Creo que quiere algo más. Tal vez un perdón de Egipto. Tal vez incluso un puesto en el gobierno de ese país.

—¿Cómo lo sabes?

—Es lo que yo querría si estuviera en su lugar.

—Tú no eres él. Sigue intentándolo, Harry. Ofrécele cualquier cosa razonable. Quizá le gustaría ser alcalde de Nueva York.

Harry sonrió.

—Creo que no. Es un hombre muy inteligente. Oye, ¿mi hijo está contigo?

A casi diez mil kilómetros de distancia, Netscher lanzó un suspiro.

—No cuelgues.

—¿Papá?

—Jeff. ¿Cómo te encuentras?

—Trabajar es mejor que ir al campamento.

—¿Cómo te trata Saúl?

—Muy bien. —Su hijo adoptó un tono cauteloso—. Tenías razón.

—¿Cuándo te dije que te haría trabajar como un burro?

—Sí.

Se echaron a reír.

—Bueno, parece que estás bien. Recuerda simplemente que las piedras preciosas y los diamantes industriales son asuntos diferentes.

—¿Cuándo regresarás?

Harry vaciló.

—No tardaré mucho. —Tamar lo estaba observando—. Dale recuerdos a tu madre, hijo.

—De acuerdo, papá. Adiós.

—Pórtate bien, Jeffie.

Cuando colgó, se quedaron mirándose. En Nueva York eran casi las once de la mañana, y aquí aún no eran las cuatro. Los habían llevado en coche a Jerusalén en medio de la oscuridad, medio dormidos y deprimidos.

—Cuando hablabas con él, te cambió la cara. Y tu voz era más cálida.

Él refunfuñó. El comentario lo hizo sentirse incómodo.

—¿Crees que podrías encontrar otra vez la casa de Mehdi? —preguntó Tamar.

Él la miró atentamente.

—¿Por qué?

—Por nada.

—Aunque tus amigos pudieran cogerlo, yo no colaboraría. No soy traficante de objetos robados.

—Fuimos a Entebbe a rescatar a los judíos; no invadimos para apoderarnos de un diamante. Simplemente se me ocurrió que yo no podría encontrar la casa aunque quisiera.

—Yo tampoco. —No podría hacerlo desde la carretera, pero sí desde la playa. Cuando le permitieron salir a correr por la playa, supo que Mehdi abandonaría la mansión en cuanto ellos se fueran.

—Hablé con la chica árabe mientras esperaba en la casa.

—Ah.

—Me dijo que la echaste.

—¿Cuántos años tiene?

—Quince.

—Parece más joven.

Tamar se acercó a él.

—Eres un hombre fantástico.

—¿Porque no follo con criaturas?

—Porque eres un hombre fantástico.

—Gracias. —Le gustó oírselo decir.

—Regresarás a tu casa.

—Dentro de pocos días. Después de asegurarme de que no existe posibilidad de comprarlo.

Tamar cogió el rostro de él entre sus manos.

—Yo dejaré de trabajar para Ze'ev. Llevémonos bien, Harry Hopeman. Para que cuando te vayas seamos dos buenos amigos diciéndonos adiós.

Él la miró con expresión pensativa.

—Sí.

Ella lo besó. Harry desnudó a su querida amiga y la llevó a la cama, medio dormida.

Por la mañana ella salió a correr con él, vestida con los pantalones cortos que había llevado en Masada y una camiseta vieja a la que le habían quitado las mangas y que tenía letras hebreas esparcidas que él tradujo con deleite: Propiedad del Departamento de Educación Física. Ella no le contó quién le había regalado la camiseta. Sabía respirar y no se cansaba de correr; y se reía muchísimo, haciendo que su maravillosa dentadura blanca iluminara su rostro oscuro. Harry tuvo que

concentrarse para correr sin mirarla. Se la veía muy saludable, y cuando corría todo se movía: su pelo flotaba y saltaba, sus pechos subían y bajaban como la marea, sus largas piernas la impulsaban una y otra vez mientras avanzaba junto a él entre el tránsito y la multitud. Pasaban junto a chicos burlones, viejos judíos escandalizados, árabes incrédulos, tenderos que interrumpían sus discusiones y los observaban perplejos, vendedores ambulantes que los miraban de reojo, y diversos clérigos desdichados que nunca llegarían a conocer a mujeres corrientes, y mucho menos a una belleza como Tamar Strauss.

Finalmente entraron corriendo en un pequeño parque y se desplomaron a la sombra de unos altos cactus.

Ella se secó la humedad de la cara con el brazo desnudo.

—Escucha —dijo—. Anoche dije que deberíamos llevarnos bien y no discutir más. Pero tengo que decirte una cosa.

Harry se tendió de espaldas y cerró los ojos.

—¿Hmmm?

—Yo no soy una furcia.

Él abrió los ojos.

—¿Quién te ha dicho que eres una furcia?

—Tú lo dijiste la noche que me puse tan furiosa.

—No. Estás equivocada.

Ella apoyó la cara en una mano.

—En una cosa tenías razón. Desde que perdí a mi esposo he tenido miedo de permitirme… tener sentimientos. Creo que debo enfrentarme a ello. Y hacer algo al respecto.

—Me alegro.

—Pero soy una viuda de veintiséis años. ¿Crees que debo vivir como una doncella?

—Dios no lo permita —repuso Harry.

—Hablo en serio. Los hombres norteamericanos vivís obsesionados por el sexo, pero en el fondo queréis que vuestras mujeres sean vírgenes.

Él levantó la mano.

—Lo único que yo dije fue…

—Dijiste que había estado con demasiados hombres. «Para alguien como tú», creo que fueron tus palabras.

—Todos nos estamos convirtiendo en unos malditos autómatas del sexo. Ya no hay pasión en nuestra pasión, para no hablar del amor. Sólo movimientos mecánicos.

—Creo que tienes razón —reconoció ella serenamente—. Pero… —sus ojos pardos se clavaron en él—. ¿Cómo sabes que ha habido más hombres en mi vida que mujeres en la tuya?

Él se la quedó mirando.

—Piénsalo —sugirió ella.

Tamar fue a su apartamento a coger algunas cosas. Cuando él llegó al hotel, encontró algunos mensajes. David Leslau había llamado dos veces pero no había dejado ningún número de teléfono; volvería a llamar. Monseñor Peter Harrington le había telefoneado desde Roma.

Respondió inmediatamente a la llamada de Peter, pero cuando se comunicó con el museo del Vaticano, le informaron que monseñor Harrington estaría fuera toda la tarde.

Cogió el granate y pasó casi dos horas puliéndolo. Empezaba a brillar como una enorme gota de sangre. Cuando sonó el teléfono, él estaba intentando decidir si se lo daría sin engastar antes de irse, o si se lo enviaría por correo como parte de un broche.

Era Leslau.

—¿Qué novedades hay, David?

—Noticias buenas y malas.

—¿Has encontrado el *genizah*?

—Esa es la mala noticia.

—¡Mierda! ¿Qué queda de bueno?

—Rakhel acaba de recibir su *get*, es una mujer divorciada. Vamos a casarnos en cuanto sea legal, aproximadamente dentro de tres meses.

—Ya lo creo que es una buena noticia. *Mazel Tov*.

—Gracias. ¿Querrás comer con nosotros? Para celebrarlo.

—Iré con una mujer —señaló Harry.

La ortodoxia de Rakhel Silitsky había sobrevivido a todos sus problemas. Por consideración a ella comieron en un restaurante *kosher* en el que los recipientes con yemas de huevo se alineaban en un mostrador detrás del cual los hombres preparaban la comida.

Muy pronto los cuatro conversaban con la familiaridad con que lo hacen los amigos.

Leslau escuchó con actitud filosófica los detalles de la transacción del diamante.

—La excavación también es un fracaso. No hemos encontrado ni rastro de lo que buscamos.

—¿Podría ser que sencillamente no está allí? —preguntó Rakhel.

Leslau apoyó su mano en la de ella.

—Está allí, cariño, casi puedo sentirlo. Escondido hace mucho tiempo. Tan bien escondido por esos inteligentes *momser*, que sencillamente no logramos encontrarlo.

—Tal vez estamos pasando por alto algo que aparece en el manuscrito —sugirió Harry—. Una clave que abre todos los pasos. Hay tantos números… medidas,

cantidades de objetos. ¿Podrían haber estado jugando con la *gematría*?

—¿Qué es la *gematría*? —preguntó Tamar.

—Un antiguo método de criptografía judía —explicó Harry—. A cada letra del alfabeto se le asigna un valor numérico: *aleph* es el uno, *bet* el dos, *gimel* el tres, y así sucesivamente, y a las combinaciones de letras se les asigna valores más altos. Los eruditos inventaron la *gematría* para hacer interpretaciones místicas de pasajes bíblicos, y con ella hicieron cosas increíblemente complejas. En la *Yeshiva* solíamos jugar con ejercicios sencillos. Por ejemplo, cojamos tu nombre —le dijo a Tamar—. El valor numérico de sus letras es seiscientos cuarenta. Podríamos buscar el versículo seiscientos cuarenta de la Biblia para ver si contiene un mensaje especial para ti. —Todos se echaron a reír al ver la expresión de Tamar—. Para ponerte un ejemplo más claro: el libro del Génesis tiene exactamente mil quinientos treinta y cuatro versículos. En la *Yeshiva* solíamos recordar ese dato memorizando la expresión *Ach ladhashem*, Por el Señor, porque las letras de la expresión tienen un valor numérico total de mil quinientos treinta y cuatro.

»O cojamos la palabra hebrea *herayon*, que significa embarazo. Tiene un valor numérico de doscientos setenta. Son necesarios nueve meses para dar a luz a un hijo, ¿no? Y un mes solar tiene treinta días. O sea, treinta multiplicado por nueve equivale a *herayon*, o embarazo.

—No hay *gematría* en el manuscrito de cobre —protestó Leslau—. La *gematría* no se utilizó realmente hasta la época de los cabalistas, cientos de años después de que se ocultaran los tesoros del Templo.

—Para detectar la falsificación de una obra de arte, a veces se llevan a cabo pruebas muy complicadas —comentó Tamar—. ¿Estáis haciendo lo mismo? ¿La respuesta podría ser muy simple?

—Eran hombres listos y hábiles —opinó Harry—. Mira cómo dispusieron los dos escondites de Achor, con la *genizah* que contenía el diamante amarillo colocado superficialmente y los objetos religiosos enterrados muy profundamente. Tal vez aquí invirtieron todas las direcciones. El pasaje del manuscrito decía que la *genizah* está colocada cerca del pie de la menor de las dos colinas. Quizá en realidad está cerca del pie de la colina más alta.

—Excavamos allí. No hay nada. A veces salgo de mi tienda —les contó Leslau— y le hablo al desierto, dirigiéndome a esos individuos que escondieron todas esas cosas. Les digo: ¿Qué demonios ocurre con vosotros? Ya sé que teníais que esconderías bien. ¿Pero a qué jugáis? ¿No queréis que las encontremos nunca?

Nadie sonrió.

—¿Estamos celebrando un compromiso matrimonial —intercaló Harry—, o un funeral?

A Leslau se le iluminó el rostro.

—Es un compromiso matrimonial. De eso no cabe duda.

—Besó a Rakhel en la mejilla.

Harry echó la silla hacia atrás.

—Entonces vayamos a celebrarlo —propuso.

El teléfono estaba sonando cuando él puso la llave en la cerradura, pero se interrumpió antes de que lograra abrir la puerta.

Los dos se descalzaron.

—Ah —se quejó Tamar.

Habían ido a un club nocturno. Habían bailado y habían bebido mucho vino. La moda de la nostalgia había llegado a Israel bajo la forma de un resurgimiento yidis, y habían pasado horas cantando canciones yidis con algunos soldados, melodías que Harry había olvidado que conocía.

—Una fiesta de locura.

—Una locura —coincidió ella—. Es una pareja encantadora.

—Tienen suerte de haberse encontrado.

—Sí.

Él la observó mientras ella se sentaba delante del espejo y empezaba a cepillarse el pelo.

—Quiero que estés conmigo.

Ella ahogaba un bostezo.

—De acuerdo —dijo en tono afable.

Él se quedó de pie detrás de ella y la miró a los ojos a través del espejo.

—Para siempre.

—Harry, es el vino.

—No.

—Olvídalo. Ninguno de los dos se sentirá incómodo por la mañana.

—¿Alguna vez has querido algo con tanta intensidad que no has podido soportar la idea de no tenerlo?

—Sí —reconoció ella.

Él le acarició el cuello.

—Tú no me quieres de la misma forma.

Ella sacudió la cabeza.

—Pero… —le cogió la mano—. He estado pensando que la vida será mucho menos alegre cuando tú te vayas. Me has hecho… revivir.

—¿Entonces por qué iba a dejarte?

—¿Cómo podría funcionar? Tú y yo. *Ya Allah*! Somos de diferentes planetas —replicó ella.

Sonó el teléfono. Era Peter Harrington.

—¿Harry?

Él no quería interrumpir la conversación para hablar con Peter Harrington. Pero ella le envió un beso con la mano y se fue a ducharse.

—Hola, Peter.

—Aún estás ahí. Lo cual significa que me has vencido, ¿no?

—¡Qué va! Sólo significa que has perdido menos tiempo que yo.

—Lo siento, Harry… Qué hipócrita soy. ¿Te das cuenta de que intento disimular la alegría de mi voz?

Harry sonrío.

—No te sientas culpable. Incluso los monseñores son humanos. ¿Estás definitivamente fuera de este asunto?

—Jamás estuve realmente dentro.

—Peter, tengo la impresión de que yo tampoco.

—Sigue siendo una mercancía robada, Harry.

—Fue una mercancía robada en la época de la Inquisición —puntualizó en tono airado. Estaba cansado de discutir.

Lo mismo que Peter, evidentemente.

—Si tú no pudiste comprarlo, ¿quién soy yo para sentirme incapaz? Ven a Roma, Harry. Te llevaré a los restaurantes nuevos.

—Procuraré hacerlo pronto. ¿Aún estoy en la lista negra del cardenal Pesenti?

—Está más tranquilo. Pero tiene mucho interés en lo que está ocurriendo.

—Dile a Su Eminencia que no está ocurriendo nada. Parece que se ha estropeado. Cuando lo sepa definitivamente, te haré una llamada.

Peter vaciló.

—Que Dios te bendiga, Harry.

Era lo más parecido a un apretón de manos por teléfono, y Harry lo aceptó agradecido.

—*Ciao*, mi buen camarada sacerdote.

Colgó el auricular. Cogió la Biblia del hotel, empezó a hojearla, y tomó nota del número de versículos que contenía cada capítulo del Génesis.

El versículo 640 estaba en el capitulo 24, versículo 48. Fue absolutamente decepcionante: «E incliné la cabeza y me postré ante el Señor, y bendije al Señor, Dios de mi maestro Abraham, que me había guiado por camino de verdad para tomar la hija del hermano de mi maestro para su hijo».

¿Qué podía eso tener que ver con Tamar? Demasiado para la *gematría*.

El versículo número 650 habría sido mejor: «Y llamaron a Rebekah, y le dijeron: “¿Irás tú con este varón?” Y ella respondió: “Si, iré.”».

Pero el versículo 650 no era el versículo 640, y él se sintió defraudado y dejó la Biblia.

Ella salió del cuarto de baño secándose con una toalla. Aún tenía la piel húmeda y

resbaladiza, y su boca sabía a agua fresca y a dentífrico norteamericano.

—¿Funcionaría? —preguntó ella. Sus oscuros ojos yemenitas estaban resplandecientes.

Él tenía que ser tan honesto como ella.

—No lo sé. —Cogió la toalla y empezó a hacerle fricciones.

—De una cosa estoy segura. —Ella lo rodeó con sus brazos—. Harry nunca hará nada que pueda hacerme daño —afirmó.

21
ROSH HA'AYIN

Fue como despertarse cuando era niño, cuando se quedaba en la cama sintiéndose maravillosamente bien sin saber por qué, y luego recordaba que las clases habían terminado el día anterior.

Se mostraron despreocupados. Aparentemente, ésta era como todas las mañanas que habían pasado juntos.

Mientras leía el *Jerusalem Post* con el café del desayuno, vio un artículo en el que se citaba a un ministro del gabinete llamado Kagan, que criticaba la corrupción de *Mifleget Ha'avoda*, el partido laborista.

—Este político tiene el mismo nombre que tu amigo Ze'ev.

Tamar echó un vistazo al periódico.

—Es su padre.

—¿Es miembro del gabinete? ¿Podría llegar a ser primer ministro algún día?

—No tiene ninguna posibilidad. Se ha ganado demasiados enemigos políticos. Es uno de los viejos líderes Irgun en el *Likud*, el partido de la unidad. —Untó una tostada con mantequilla—. Creo que algún día Ze'ev podría llegar a ser primer ministro.

Harry sonrío.

—Ze'ev sólo es un oficial superior del ejército.

—Ya está en el peldaño más bajo de la escala. Su predecesor pasó a ser ministro de la policía. Una vez que se convierte en miembro del gabinete, depende de cada uno. Y su padre tiene muchos amigos, además de enemigos. Aún existe la posibilidad —argumentó ella.

Ninguno de los dos mencionó el tema del que habían hablado la noche anterior.

Viajaron en el Ford inglés alquilado por la antigua carretera de Tel Aviv hasta Beit Jimal, donde ella conocía un monasterio de salesianos que elaboraban y vendían vino. Mientras recorría los viñedos en los que los monjes trabajaban bajo el sol, se preguntó qué había en su alma sensual y judía que tanto disfrutaba del rígido ambiente de la vida monástica.

Un joven fraile norteamericano les hizo probar los dos tipos de vino, el tinto y el blanco, ambos secos y de buena calidad.

Era un hombre tranquilo y divertido, natural de Spokane, y él y Harry conversaron de política norteamericana.

Los monjes elaboraban un queso parecido al muenster, pero más amarillo. Harry compró cuatro botellas de vino y un trozo de queso tan grande que Tamar se quejó.

—¿Y qué hace un fantástico joven demócrata en un sitio como éste?

—Vine en busca de algo.

—¿Lo ha encontrado?

—Creo que sí —respondió el fraile.

—Qué suerte. ¿Le gusta esto?

—Me encanta, salvo en invierno. Todo el mundo tiene la garganta irritada y la nariz roja. Estuve a punto de colgar un letrero que dijera: «Si ama a Jesús, toque la bocina».

—¿Por qué no lo hizo?

—Usted no conoce a nuestro prior. No soy loco, sólo un fanático religioso.

No paró de reír hasta que llegaron al coche.

—¿Adónde vamos? ¿Quieres internarte en las montañas de Galilea?

—Harry, no creo que exista la menor posibilidad —dijo ella serenamente.

Él comprendió.

—Anoche te permitiste pensar que era posible.

—Creo que te llevaré a Rosh Ha’ayin.

—¿Qué es eso?

—Es donde vive mi familia —aclaró ella.

—Podemos llevarles vino y queso —dijo él mientras viajaban.

—No, mis padres son *kosher* Si quieres, podemos parar y comer en Petah Tikva y comprarles un poco de queso *kosher*.

—Yo podría coger una botella de alguna bebida buena para tu padre. ¿Qué le gusta beber?

—Arak. Pero mi padre es alcohólico —apuntó ella.

Cuando llegaron a Rosh Ha’ayin, ella lo guió por calles sin pavimentar y pasaron junto a casas desvencijadas.

—Durante la Segunda Guerra Mundial, esto fue un campamento del ejército británico —le explicó ella—. Luego se convirtió en un *ma’barah*, un campamento transitorio para inmigrantes yemenitas. Pocos años antes de que nosotros llegáramos aquí, el gobierno hizo del campamento transitorio una ciudad permanente.

Harry aminoró la marcha. Una niñita de unos cuatro años estaba sentada en la calle, metiendo los dedos en el polvo.

—Para aquí —le pidió Tamar. Bajó del coche—. Habiba, ¿cómo estás, cariño? —dijo en hebreo—. ¿Has sido una niña buena?

A la niña le colgaban los mocos. A Harry eso no le molestó, pero sí la mosca que le caminaba por la mejilla, en dirección al ojo izquierdo. Tamar cogió un pañuelo de su bolso y le limpió la nariz a su sobrina, y con la mano apartó la mosca.

—Yo solía sentarme exactamente aquí. Me imagino que me parecía mucho a ella.

—Entonces, Habiba, vas a ser una mujer fantástica, una mujer muy hermosa —

dijo él.

La pequeña le sonrió insegura, consciente de que le hablaba a ella, pero incapaz de comprender el inglés. La mosca regresó, o tal vez era otra, que salía del cubo de la basura de la casa vecina.

Tamar cogió a la niña de la mano. Ambas lo condujeron calle abajo hasta una casa de piedra con techo de hojalata y un huerto de pimientos y hierbas. Una mujer gorda que ponía a secar la colada dejó caer la prenda húmeda que estaba a punto de colgar y los saludó con alegría.

Tamar la presentó como *ya umma*, que en árabe significaba «la madre». A él le gustó la expresión, y la mujer. Ella los condujo al interior de la casa y los agasajó con pasteles de mijo endulzado y con un café dulce, llamado *quishr*, preparados con la cáscara en lugar de la semilla. Habló a toda velocidad con Tamar en hebreo mientras tenía a la inquieta Habiba sentada en sus rodillas y le limpiaba la cara con un trapo húmedo. No miraba a Harry al hablar, pero él la sorprendió lanzándole rápidas y atentas miradas de inspección cuando creía que él no se daba cuenta.

—Tiene una nieta encantadora.

Ella le dio las gracias tímidamente.

—Es la hija de Yaffa, mi hija más pequeña. La cuido mientras Yaffa trabaja en Petah Tikva. —Miró a su hija—. ¿Te quedarás a cenar y verás a tu padre?

Tamar asintió.

—Y llevaremos a Habiba a dar un paseo, así podrás trabajar tranquila.

Su madre estaba radiante.

—Que tus labios se cubran de besos.

Tamar llevó a Harry hasta el río Yarkon, que estaba cerca de allí.

Se sentaron en la orilla y miraron a Habiba, que arrojaba piedras al agua de color verde. A él no le pareció un río excepcional, pero ella le tenía mucho cariño.

—Es el segundo río más grande de Israel —le informó en tono solemne—. Ahora está totalmente contaminado por las aguas residuales de Tel Aviv. Conducen por tubería una parte tan grande de su caudal que al pobrecillo no le queda lo suficiente para desaguar en el mar. Pero yo solía sentarme aquí y mirar como jugaban mi hermano y mi hermana. Imaginaba los sitios por los que pasaría el río, la gente que bebería sus aguas, los campos que regaría.

—¿Fuiste una niña feliz?

Ella observó a Habiba.

—Sí. No sabía que en otros lugares las mujeres llevaban una vida distinta.

—Tu madre parece feliz.

—No, sólo es su manera de ser. Cuando nació mi hermana le extirparon la matriz, y se la considera desgraciada por tener sólo tres hijos.

Habiba se acercaba demasiado al agua para tirar las piedras. Su tía le hizo una

llamada de advertencia.

—Cuando llegamos aquí —continuó Tamar— no había ni seis mil personas. Hasta entonces casi no había existido inmigración yemenita. Todos los años hay hombres y mujeres que abandonan este lugar, como yo misma hice. Sin embargo ahora hay una población de casi trece mil habitantes, porque cada familia tiene muchos hijos.

—¿Tu hermana vive aquí?

Tamar asintió.

—Ella y su esposo, *Shalom*, viven a una calle de distancia de casa de mis padres. Trabajan en la misma fábrica de jerséis.

—¿Y tu hermano?

—Ibrahim vive en Dimona. Conduce un camión de las minas de fosfato Oron. —Vaciló—. ¿Has oído hablar del movimiento de los Panteras Negras?

Harry asintió.

—Ibrahim es un Pantera Negra. Probablemente es menos feliz que todos nosotros.

—¿Y tu padre?

—*Ya abba*? —Tamar sonrió y apoyó la palma de su mano cálida en la mejilla de él—. Ya lo verás.

El padre era un Gunga Din yemenita. Su cuerpo, menudo y flaco, revelaba unos músculos duros como pequeñas cuerdas bajo una piel oscura que el sol aún había oscurecido más.

—Yo soy Yussef Hazani. Bienvenido a mi casa, en el nombre de Dios —dijo mientras lo observaba y aceptaba la mano extendida de Harry como si hubiera estado sumergida en un exótico veneno occidental. Le preguntó algo a Tamar en un rápido árabe. La única palabra que Harry reconoció fue *Nasrani*, que sabía que significaba «cristiano».

—No; es judío —dijo ella en hebreo, irritada—. De Estados Unidos.

Él se volvió hacia Harry.

—O sea que tú también eres judío.

—Sí.

—¿Entonces por que no vives aquí?

—Porque vivo allí.

Ya abba asintió con expresión de disgusto y entró en la habitación contigua. Todos se sentaron y esperaron mientras él se lavaba ruidosamente, salpicando y resoplando.

La llegada de Yaffa y *Shalom* fue una distracción bien recibida. El grito de alegría de Yaffa fue el eco del saludo de su madre. Mientras ella abrazaba a Tamar, Harry vio que su embarazo debía de estar en el cuarto o quinto mes y que su cuerpo era agradable aunque amplio; las mujeres Hazani mostraban tendencia a la suntuosidad.

Tenía las uñas pintadas de dos colores, rojo y plateado, y un esposo de sonrisa nerviosa.

Hazani volvió y bendijo la mesa, dando por comenzada la comida; y fue un buen comienzo. Harry supuso que estaban comiendo el pollo del *Sabbath* con unos días de anticipación; estaba guisado con una salsa que le pareció muy buena pero demasiado condimentada, como era de esperar. También había maguey fresco y ensalada de tomates maduros, lechuga y una de sus debilidades: aguacate cortado en trozos grandes. Cuando hizo un comentario sobre la ensalada, Hazani asintió.

—Es del kibbutz Einat, donde yo trabajo. Cojo lo que podemos comer. Lo único que necesitamos cultivar aquí en Rosh Ha'ayin son pimientos picantes y hierbas, las cosas que no crecen en el kibbutz.

—¿Qué hace en el kibbutz Einat?

—Lo que haga falta.

—Los demás hombres dicen que *ya abba* es el mejor agricultor de Israel —intervino Yaffa.

—No sabía que los *kibbutzim* contrataran gente.

—Antes no lo hacían —aclaró Hazani—. Actualmente no cuentan con suficiente gente joven, por eso tienen que pagarle un salario a algunos como yo. —Levantó los puños—. ¡Yo trabajo la tierra del *Eretz*!

Harry asintió.

—Eso debe de proporcionarle placer.

Hazani sonrío con desdén.

—Aquí todos somos judíos. A los árabes les gustaría matarnos; pero si vienen, los judíos lucharemos codo con codo. En Teman, cuando corrían por las calles matando judíos, nosotros nos quedábamos en nuestro apartamento, sin nada que comer y temblando detrás de la puerta atrancada. Eso es lo que recordamos.

—Mi padre tenía recuerdos parecidos.

Hazani hizo una pausa.

—¿De qué país?

—De Alemania.

—Vaya. Otro *yecheh*. —Él y su hija mayor intercambiaron una fría mirada. Luego el hombre se volvió hacia Harry—. ¿Y cogió un avión a Estados Unidos?

—Se fue en barco.

—Ah. Nosotros cogimos un barco de Hodeida a Adén. ¿Te acuerdas? —preguntó, dirigiéndose a su esposa.

Ya umma asintió con una sonrisa.

—Salimos de Sana'a con una caravana de camellos que transportaba café a Hodeida. Mi esposa y yo caminábamos llevando en brazos a nuestro hijo Ibrahim, que entonces era un bebé. Ésta —dijo señalando a Yaffa— aún no había nacido, ella

es nuestra israelí. Sentamos a Tamar en el lomo de un camello y viajó encima de una bolsa de granos de café que dejaron marcas en su pequeño *takhat*.

Se miraron sonrientes; evidentemente se trataba de un relato que habían escuchado muchas veces. Harry estaba fascinado.

—¿Durante cuánto tiempo caminaron?

—Sólo durante un día. Tuvimos problemas. La primera vez que se detuvieron a rezar en dirección a la Meca, se dieron cuenta de que nosotros no nos arrodillábamos. Hubo cuchicheos y yo estaba seguro de que nos iban a robar y a matar. Cuando llegamos a una ciudad, compré una buena cantidad de *kat*, y los guías se lanzaron sobre la hierba y masticaron hasta quedar atontados. Luego pasó un camión y le pagué al conductor un *riyal* para que nos llevara a Hodeida.

—¿Y se libraron de los problemas?

Hazani sonrió.

—No, no. Pero al menos ya no estábamos solos, parecía como si todos los *Yehudi* de Teman estuvieran en Hodeida. La Agencia Judía había dicho que si lográbamos llegar a Adén por nuestros propios medios, ellos nos llevarían a *ha–aretz*. Así que entre unas cuantas familias reunimos algo de dinero y contratamos un hombre que tenía una barca para que nos llevara por la costa del mar Rojo.

—Ay —dijo *ya umma*—. Demasiada gente para una barca tan pequeña. El mar nos hizo vomitar. Vimos tiburones. Tardamos cincuenta y tres horas y nos quedamos sin gachas de mijo. Las madres que tenían leche suficiente daban de mamar a niños desconocidos hasta que quedaban secas. Y cuando por fin llegamos a Aden, *ya fakri fakra*, pobres de nosotros, lo que tuvimos que pasar.

Ya abba bebió su café.

—Los de la Agencia Judía nos llevaron en unos camiones hasta un campo enorme. ¡Allí había un monstruo plateado con forma de pájaro! ¿Quién había oído hablar de una cosa así? Abrieron un agujero en un lado del monstruo y nos ordenaron que entráramos. Nos dijeron que eso nos llevaría a la Tierra. ¡Volando! Casi nos morimos del susto.

—¿Pero usted subió? —preguntó Harry, que estaba disfrutando con el relato.

—¿Estás loco? Yo era el más asustado de todos. Los de la Agencia Judía seguían insistiendo en que entráramos. Decían que Egipto no toleraría la presencia de *Yehudi* en el canal de Suez. Si no dejábamos que esa cosa nos llevara volando, nunca podríamos llegar a *Yisrael*.

»Con nosotros se encontraba un conocido *mori*, como nosotros llamamos a nuestros rabinos. Su nombre era Shmuel y después fue rabino aquí durante años; ahora está muerto, Dios lo tenga en la gloria. «*Mori* —dijimos—, ¿qué debemos hacer?» Él se tocó la barba —dijo Hazani tocándose la suya.

»“Llegaré a *Eretz Yisrael* —dijo el rabino—, de la misma forma que mi abuelo,

que en paz descanse, solía describirme. Entraré allí en compañía de todos los Yehudim del mundo, danzando detrás de un asno blanco sobre el que irá montado el Mesías”.

»Imagínate. Nos quedamos de pie bajo el sol ardiente, como idiotas. Entonces un hombre dijo… un sujeto insignificante, un cabrero, no sé qué fue de él… dijo: «Por mi honor que no seré apartado de *Eretz Yisrael* por los cuentos de un abuelo o una abuela. Voy a subir a esta cosa voladora, en nombre de la *Torah*. ¿Acaso no está escrito que el Sagrado *Shekhinah* le dijo a Mosheh: “¿Has visto lo que hice a los egipcios, y cómo te llevé en las alas del águila y te traje hasta mí?”» Y el cabrero cogió a su sollozante y temblorosa esposa y a sus hijos, y entraron.

»“Así está escrito”, dijo *ya mori*. Y él también entró.

»Entonces entramos todos corriendo, por miedo a quedarnos atrás. Los de la Agencia Judía nos ataron a los asientos hasta que todos estuvimos prisioneros. Se oyó un ruido como el que haría el Todopoderoso si decidiera rugir. Las enormes tripas de esa cosa voladora se sacudieron y retorcieron como si, después de tragarnos, nos estuviera digiriendo y fuera a cagarnos con nuestros aullidos y nuestras súplicas sobre el campo quemado por el sol. La cosa se movió. Se precipitó hacia delante. ¡Y de un salto quedó en el aire!

»¿Qué puedo contarte? Al cabo de una hora sobrevolábamos Hodeida, desde la que habíamos tardado dos días en barca. Entonces, entre toda clase de ruidos crujientes, una voz colosal como la de un ángel nos dijo que estábamos volando por encima del desierto por el que nuestros antepasados habían avanzado tan penosamente hacia más de tres mil años. Antes de que pudiéramos tragarnos la bilis, habíamos sido trasladados a la Tierra en las alas de un águila.

Todos mostraban una expresión satisfecha. Harry miró a Tamar.

—Qué manera tan maravillosa de llegar a Israel.

Hazani se inclinó hacia delante.

—Deja que te diga una cosa, americano. Cualquier manera de llegar a Israel es maravillosa.

Mientras las mujeres levantaban la mesa, el padre de Tamar encendió un *nargillah*. Le ofreció la pipa a Harry, que sacudió la cabeza, y se preguntó si su negativa sería interpretada como una descortesía. Se sintió aliviado al ver que *Shalom* también la rechazaba.

—¿Y qué haces tú? —preguntó el anfitrión.

—Vendo joyas.

—Ah, vendedor. ¿En una tienda?

—A veces —respondió, divertido.

—En Teman yo hacía joyas. Mi familia siempre se ha dedicado a eso.

—¿Y por qué ya no se dedica?

Hazani hizo una mueca.

—Cuando llegué aquí, la Agencia Judía me consiguió un trabajo. Un sitio de Tel Aviv en el que hacen filigranas de cobre. La mayor parte de los trabajadores son mujeres. Trabajan con máquinas pequeñas que producen rápidamente imitaciones de las joyas de Teman. Le dije al jefe que yo podía hacer la pieza auténtica a mano. Me preguntó por qué iba a pagarme para hacerlas de una manera lenta si los turistas americanos compraban por mucho dinero las que estaban mal hechas.

»“Porque las mías son hermosas”, le dije, pero se echó a reír. —Hazani se encogió de hombros—. No me gustaban las máquinas, y además el viaje en autobús era largo. Tuve suerte de conseguir el trabajo en el kibbutz, cerca de aquí. Ellos me vienen a buscar en el camión y me traen de vuelta a casa.

—¿Tiene algo de lo que ha hecho?

—Sí. Yo sé dónde —intervino *Shalom*. Salió de la habitación y regresó con dos piezas hechas por su suegro: un broche de cobre y unos pendientes de oro.

Harry los examinó.

—Maravillosos.

—La gente no nota la diferencia.

—Algunos sí. Hay gente que aún está dispuesta a pagar lo que vale una artesanía. Tal vez pueda ayudarlo a encontrar a esa gente.

Tamar, que estaba detrás de su padre, sacudió la cabeza.

—Si encuentro a alguien, se lo haré saber —le aseguró Harry.

Hazani asintió con expresión escéptica.

—Yo puedo ayudarlo a vender sus cosas. ¿Por qué me desanimaste? —le preguntó a Tamar más tarde, en el coche.

—Déjalo en paz, por favor. Ha llegado a aceptar su vida. Tiene salud, trabaja al aire libre. Si empezara a ganar más dinero, se lo gastaría en arak.

—Si hiciera el trabajo que más le gusta, sería más feliz.

—Lo que lo hace desdichado es algo más que el trabajo. Y yo colaboro.

Harry le acarició la mejilla.

—¿Por qué tú lo haces desdichado?

—«La *Torah* es un disparate para las mujeres», solía decirme. Me prohibió abandonar Rosh Ha’ayin. En otros tiempos, eso habría resuelto las cosas, la palabra del padre era ley. Yo lo desafié y fui a la universidad. Pasó dos años sin dirigirme la palabra.

—Sí, pero ahora… Dios mío. Una conservadora de museo. Debe de estar loco de orgullo.

Ella sonrió.

—Está perfectamente cuerdo. Durante mi segundo año en la universidad abrigó alguna esperanza. Benyamin Sharabi, el sobrino de un viejo amigo suyo, quería

casarse conmigo. Tenía su propio taxi, era un buen partido. Solía ir a visitarme con regalos: higos, naranjas, panecillos de mijo con *hilbeh*. Siempre era algo para comer. Pero yo lo rechacé. Él se casó con la hija de un rabino y pensé que mi padre iba a morirse. Detestaba tener a Yoel cerca porque no era yemenita.

—Ese es su problema —razonó Harry—. Tú no tienes por qué aceptar sus prejuicios. —Se sintió impotente. Quería consolarla—. Además, tiene otros dos hijos.

—Todos lo hemos traicionado. Vio a Yaffa bajo el *chupeh* de la boda, con una sonrisa forzada, cuando ya llevaba a Habiba en su vientre. En otros tiempos, eso habría significado su perdición, su ruina; era algo impensable. Ahora está casi olvidado. Y su único hijo varón, Ibrahim, lleva pancartas en las manifestaciones de protesta del *Sabbath* en lugar de ir a la sinagoga. —Sacudió la cabeza—. No entiende lo que le ha ocurrido a su vida.

Harry aparcó el coche y apagó el motor. Se encontraban en un barrio industrial de las afueras de Tel Aviv, frente a una fábrica de aspecto sórdido.

—¿Por qué me llevaste a tu casa?

—Quería que vieras lo que soy, además de conservadora de adquisiciones.

—Me di cuenta de lo que eres. —Por la ventanilla del coche miró la fábrica, que parecía de plásticos. Había elegido un sitio poco adecuado para aparcar: era tan romántico como la industrial Nueva Jersey—. Puede funcionar.

—¿Y tu esposa?

—A ella no le gustará —dijo Harry en tono sereno—. Pero no será una sorpresa.

—Estoy preparada para volver a casarme, Harry.

—Lo sé.

—Sí. Pero estoy asustada. Quiero que me prometas que somos libres de cambiar de idea. Si alguno de los dos lo hace, el otro debe aceptar esa decisión sin protestar. No soporto las escenas.

—Por Dios, Tamar… De acuerdo. Te lo prometo.

—Otra cosa. Mi esposo jamás tendrá que inquietarse por mí. Ya lo sabes. Ni por un instante.

—Tampoco tendrá que hacerlo una mujer que se convierta en mi esposa.

Ella sonrió.

—Que tus labios se cubran de besos —dijo, repitiendo las palabras de *ya umma*.

—Esa me parece una idea sensacional —repuso él.

22
El Golán

Esa noche, tendido junto a ella, escuchó su respiración y pensó en Jeff.

Tendría que encontrar otra casa, no podía llevar a Tamar a la enorme casa colonial holandesa de Westchester. Ésa era la casa de Della. Aunque allí vivía él, y no Della, ésta había elegido los muebles, las cortinas. La mesa de plata estaba diseñada por ella. Incluso los criados eran de ella.

Una casa más pequeña sería agradable.

También podían viajar.

Estuvo dando vueltas, sin poder dormir. En el techo oscuro se vio flotando con ella por el río Amarillo en un junco, caminando por la Gran Muralla, aprendiendo cosas de una cultura antigua que era desconocida para los dos, no para uno solo.

—¿Te gustaría ir a China? —le preguntó a la mañana siguiente.

—Por supuesto. —Tenía los ojos cansados y vidriosos, pero no de pasión; ella tampoco había dormido bien.

—Lo digo en serio. Te llevaré si tú me llevas hoy a un sitio fresco.

Se dirigieron al norte. El calor los acompañó durante todo el camino. El Golán era bonito pero oscuro. Pasaron junto a dos campamentos del ejército. De vez en cuando encontraban algún vehículo, por lo general militar.

Cuando llegaron a un terreno más alto, empezó a refrescar. A medio camino del Golán, él detuvo el coche en un terreno de cuestas empinadas y comieron lo que ella había preparado. Todo estaba muy silencioso, excepto por el canto de los pájaros, y parecía imposible que aquel lugar hubiera conocido algo distinto a la paz. Pero antes de terminar los bocadillos, oyeron un disparo.

—Esta carretera se considera segura —dijo ella preocupada, pero no hizo ningún movimiento para recoger sus cosas, de modo que él tampoco se movió. Siguieron sentados y terminaron de comer.

Entonces apareció ante ellos un hombre armado con una escopeta. Sobre la tosca camisa llevaba dos cinturones entrecruzados a los que había atado varias perdices muertas, y tenía una banda de pájaros más pequeños colgados de la cintura. Harry reconoció los tordos y las alondras.

—Es un druso —comentó ella. Lo llamó en árabe, y le preguntó si quería algo para refrescarse. El cazador rechazo cortésmente el ofrecimiento y se alejó.

Pronto oyeron otro disparo.

—No me gusta que maten a los pájaros —protestó ella.

—No.

—¿Sabes lo que son las codornices?

—Sí. —Harry sonrió—. Nosotros tenemos codornices.

—Todos los meses de agosto vuelan grandes bandadas de codornices desde Europa hasta el Sinaí. Siempre lo han hecho; aparece descrito en la Biblia. Cruzan todo el Mediterráneo. Es un vuelo largo para aves de ese tamaño. Cuando por fin llegan a la orilla, están exhaustas. En el–Arish, los árabes extienden redes para cogerlas. Después las matan y las venden. Las codornices luchan duramente para sobrevivir al cruce del mar, pero no pueden librarse del hombre.

—Algún día no quedarán pájaros para coger.

—Eso ya ha ocurrido con algunas especies. En Sinaí solía haber montones de íbices… la cabra montés, ¿sabes? Ahora casi han desaparecido, junto con las gacelas y los antílopes, a causa de la caza. Pero en el Negev, donde están protegidos por la ley israelí, los rebaños están creciendo.

—¿Cómo sabes tanto de fauna?

—Ze'ev caza —dijo ella. Lo miró con expresión impasible.

Su desgracia siempre había sido sentirse atraído por las mujeres sinceras.

A lo lejos apareció el monte Hermon, como un punto blanco en el cielo. El punto fue creciendo hasta que por fin estuvieron lo suficientemente cerca para ver que el macizo tenía una serie de picos, y que sólo uno aún seguía cubierto de nieve.

—Vayamos a ése, el que está nevado.

—No podemos. Está en Siria —apuntó ella.

Al pie de la montaña había campos sembrados y huertos, y varias aldeas de drusos y alawíes. Ella le indicó a Harry que siguiera colina arriba, hasta un *moshav shitufi*, o núcleo rural, llamado Neve Ativ.

—La gente viene a esquiar aquí en invierno —le informó ella.

En el mes de agosto, el lugar se encontraba casi desierto; estaban solos en el restaurante, donde tomaron café y contemplaron la ladera de la montaña sembrada de rocas. Hacía calor, pero por la ventana abierta entraba una brisa fresca.

—Pasemos aquí la noche —sugirió él.

—De acuerdo.

El hombre que les había servido el café estaba sentado ante una mesa, reparando las sujeciones de unos esquís. Harry le alquiló una habitación y cogió la llave, pero dijo que la verían mas tarde.

—Primero iremos a caminar.

—¿Adónde? —preguntó ella cuando salieron.

—Subamos. Quiero encontrar nieve.

—Estamos en pleno verano.

—Los israelíes no saben nada de la nieve. Si piensas en la nieve, la encuentras.

Subieron por debajo del telesquí. Las rocas habían sido retiradas de la ladera en la

que se practicaba el esquí, y la caminata resultó fácil. Cuando llegaron a la parte superior de la zona de esquí, el suelo se volvió más duro.

Cuanto más ascendían, más fuerte soplaba el viento. No había árboles. En distintos puntos, diminutos montones de tierra albergaban una planta o una flor; el resto era la roca pelada, los huesos de la montaña y la carne arrancada. Un rato después llegaron a un camino mejor, y la caminata resultó más ligera.

Dos soldados se acercaron en un jeep a toda velocidad.

—*L'ahn atem holcheen*? ¿Adónde van? —preguntó el que iba sentado junto al conductor.

—A la cima —respondió Harry.

—No es posible, señor. Esta es una zona de seguridad militar. Está prohibido el paso a los civiles.

—¿Hay nieve ahí arriba?

—Sólo en las oquedades, donde el sol no puede fundirla.

—¿Hay algún socavón cerca de aquí, donde se nos permita pasar?

—En aquella dirección.

—Todah.

El soldado miró a su compañero y sonrió. Los dos se quedaron mirando al loco norteamericano que se alejaba con la chica.

—¿Qué es lo que no quieren que veamos? —le preguntó Harry a ella.

—Supongo que el equipo electrónico de vigilancia, pero también nos están protegiendo. Líbano y Siria tienen tropas en esta montaña. Los musulmanes y los cristianos están luchando a pocos kilómetros de aquí.

Llegaron a una oquedad. No había nieve, pero cerca de la base húmeda crecía una única flor azul. Harry trepó y la cogió para ella.

Tamar apenas la miró.

—No voy a abandonar Israel.

Emprendieron el camino de regreso a Neve Ativ.

—Creo que Estados Unidos te encantaría.

—¿Sabes cómo llamamos a los israelíes que se marchan? *Yordim*. La palabra significa aquellos que comienzan un declive espiritual. Eso es lo que representaría para mí.

—No tendríamos que vivir en Nueva York. Podríamos viajar durante un tiempo y hacer planes. Podríamos ir a China, como te dije esta mañana.

—¿Lo dijiste? —Lo miró fijamente, desconcertada.

Él le habló del Palacio del Museo de Pekín, de las colecciones de gemas imperiales.

—Podrías estudiar el arte chino y escribir sobre el tema.

Ella sacudió la cabeza.

—Tú no me conoces, no quiero escribir nada. Hemos sido como dos chiquillos que se enamoran por primera vez. No nos hemos molestado en pensar si podemos vivir juntos.

Buscó la victoria en el fracaso.

—¿Estás realmente enamorada de mí?

Ella no respondió. El viento empezaba a soplar otra vez y sacudía sus ropas. Él la rodeó con sus brazos.

—Claro que te amo —dijo ella con voz temblorosa. Se aferró a él—. ¡Te amo, Harry! —Él percibió una terrible alegría en la voz de ella, y una especie de sorpresa.

Como no podían subir por la montaña, bajaron en coche hasta una población llamada Majdal Shams. Se detuvieron en una granja cuyo propietario era el anciano más guapo que Harry había visto jamás, un druso de ojos azules, nariz recta y rostro cincelado. Tenía una abundante cabellera blanca que cubría con un fez rojo, y un bigote con forma de manillar.

Había un huerto con dos tipos de manzanas, unas rojas y otras amarillas, un viñedo y algunos pistacheros. Las manzanas eran raras, más redondas y más blandas que las Macoun, las MacIntosh y las Deliciosas que crecían en la casa de Westchester. Probó una y le pareció que era de muy buena calidad. Era el principio de la temporada, demasiado pronto para que hubiera manzanas excelentes.

—¿Éstas como se llaman?

—*Hmer*.

—¿Y éstas?

—*Sfer*.

Tamar sonrío.

—*Hmer* significa rojo —dijo serenamente—. Y *sfer*…

—¿Amarillo?

—Sí.

En el almacén de las manzanas se veía clavado un círculo de hojalata en el que había pintada una manzana de excepcional belleza, como si de un modelo de Modigliani se tratara, extremadamente larga y estrecha, de color amarillo mantequilla con un arrebol carmesí.

—*Turkiyyi* —dijo el granjero.

Los condujo hasta la parte de atrás del huerto, donde había tres manzanos turcos cargados; aún faltaba un mes para que la fruta madurara, pero ya se notaba claramente su forma alargada. Harry arrancó una, dura como una porcelana verde. Compró un cesto de las otras, las *Hmer* y las *sfer* y un buen racimo de uvas, de las que el druso sólo cultivaba blancas.

Subieron la montaña con el cesto hasta llegar a Neve Ativ. La habitación de la posada resultó ser limpia pero sin adornos, y las paredes y el suelo aún olían

débilmente a madera nueva. Harry puso la manzana turca de color verde y la piedra roja de Levi en el alféizar de la ventana; formaban una agradable composición. Se tendieron en la cama y disfrutaron de la naturaleza muerta.

—¿Podrías vivir aquí? —preguntó Tamar.

—No lo sé.

Ella levantó su pequeño pie izquierdo, y él puso su pie derecho debajo.

—¿Qué estás haciendo?

—Te sirvo de sustento.

—Puedo sustentarme sola.

Ella apartó el pie, pero él lo siguió con el suyo.

—Me proporciona placer servirte de sustento. —La punta de su pie se anticipó, acariciándole apenas la planta—. Podríamos vivir seis meses aquí y seis meses allí.

—Para eso hace falta mucho dinero. ¿Tienes más de lo que necesitas?

—Sí. ¿Te molesta?

—Muy poco. Disfrutaría gastando dinero. Sólo que…

—¿Qué?

—Siempre compras demasiado de todo —dijo ella con perspicacia—. Demasiado vino, demasiado queso, demasiadas uvas, demasiadas manzanas.

—No son demasiadas manzanas. —Se levantó y llevó el cesto a la cama. Le abrió las piernas y empezó a colocar manzanas a su alrededor, contorneando su cuerpo con *Hmer* y *sfer*.

Puso las uvas blancas sobre su pelo oscuro, como un adorno.

—Tienen la misma forma que tus pechos y tu *takhat*. Me gustaría tener algunas peras, son las más eróticas. ¿Existe alguna palabra hebrea que designe a alguien que tiene una indigestión de peras?

—Le llamamos *pri*, una fruta —respondió ella. Su risa estalló junto a la boca de él. Lo besó apasionadamente, y él protegió las uvas.

Ambos se pusieron serios y se concentraron. Ella lo acarició con ternura, como si buscara a tientas alguna herida. Los músculos de sus muslos empezaron a tensarse, sus pezones adoptaron la apariencia del Hermon, y sus ojos se convirtieron en una estrecha abertura.

—*Akhshav* —dijo ella, pero la palabra hebrea pasó inadvertida y él prosiguió su tarea.

Ella lo cogió con fuerza.

—Dejemos que mi amado entre en el jardín.

No estaba mal; una parte de él logró pensar con admiración: juego sexual bíblico.

—Subiré a la palmera —dijo, y sus ojos quedaron fijos en los ojos cálidos del rostro moreno.

Ambos vacilaron y quedaron inmóviles. Luego, una a una, las manzanas fueron

cayendo de la cama. Toc. Toc. Toc–toc. Toc. Y rodaron, formando un dibujo espontáneo en el suelo.

Más tarde se ofrecieron uvas mutuamente, y *él* cogió una manzana roja y ella una amarilla. La habitación olía a Tamar, a fruta y a madera nueva de pino.

—Tengo que quedarme aquí, en este país —dijo ella.

—¿Israel fracasará sin ti?

—Podría ser.

—Tendrás que explicármelo. Estoy perdiendo el sentido del humor.

—Israel puede ser como esas codornices que llegan a la playa de el–Arish. El esfuerzo puede agotarlo, dejarlo indefenso.

—Por lo que he visto, Israel no está indefenso —comentó él en tono áspero.

—Las malas viviendas y los harapos pueden hacer lo que las balas no logran, Harry. Es más la gente que huye que la que viene.

Empezaba a oscurecer. El se incorporó y encendió la lámpara, y ella se levantó y bajó la persiana. Se puso el albornoz y regresó junto a Harry. Él había sudado mientras hacían el amor, pero ya se había enfriado. Le abrió el albornoz y se apretó contra ella, pero no había tela suficiente para cubrir a los dos.

Notó en el cuello de Tamar un débil latido en el que antes no había reparado.

—Vive aquí conmigo —dijo ella. Se miraron fijamente—. No digas nada, piénsalo simplemente —añadió Tamar—. La vida sería muy dura en Israel —aclaró —. Si vives aquí, en Estados Unidos algunos te llamarán opresor.

—Eso me importa un bledo.

—Es algo difícil de soportar. El mundo entero sabía que los primeros pobladores eran héroes porque ellos también lo sabían. Eso les daba coraje para luchar, incluso a los ancianos y a los niños. El padre de Ze'ev, que era huérfano, vino aquí cuando tenía doce años, y a esa edad ya luchaba.

—¿Por qué estás siempre hablando de Ze'ev?

—No hablo siempre de él.

—Hazme un favor, ¿quieres? No me interesa hablar de Ze'ev Kagan. Ni de sus aficiones, ni de sus esperanzas y ambiciones políticas, ni de su padre.

—Hazme un favor tú a mí. Vete a la porra. O vete a Nueva York. —Cerró los ojos, y guardaron silencio.

Ella le calentaba la parte delantera del cuerpo; el albornoz sólo le cubría un costado y tenía carne de gallina en la espalda.

—Voy a ducharme —dijo él por fin. De los dos grifos del cuarto de baño salía agua fría. Se quedó debajo de la ducha, temblando, hasta que el agua se llevó cualquier sensación placentera.

Cuando salió, ella estaba arrodillada en el suelo, recogiendo las manzanas.

—Déjalas donde están.

—Son comida.

Él la ayudó a recogerlas.

—No vamos a desperdiciarlas. —Tardó unos minutos en darse cuenta de que ella estaba llorando.

—Tamar.

Ella lo miró.

—¿Por qué tenías que enredarte conmigo? —dijo en tono amargo.

Durante la noche él se despertó y se sintió sobrecogido por un sentimiento de amor tan intenso que quedó desconcertado. Era distinto a lo que sentía por ella; hacía tiempo que había admitido que la amaba.

Israel.

¿Por qué no?

Aún era joven. Podía llegar a formar parte de esto.

Vio su vida como si se tratara de una diapositiva proyectada en el oscuro techo. Se ganaría la vida de alguna manera en el mercado de diamantes de Ramat Gan. Tal vez consiguieran un trozo de tierra cerca de allí, desde donde él podría ver el monte Hermon y cultivar manzanas turcas.

El latido del cuello de Tamar se acentuó cuando él lo rozó con sus labios, y ella se movió.

—Duerme —le susurró en hebreo.

23
EL POZO DE GHAJAR

Por la mañana se despertaron con el sonido de un bombardeo en el Líbano. Se marcharon temprano de Neve Ativ y bajaron en coche hasta Ghajar, donde desayunaron en un café al aire libre y contemplaron lo que parecía ser toda la población. Algunas personas les devolvían la mirada, pero la mayoría observaba atentamente el pozo de la población, al que había bajado un hombre.

El propietario del café les explicó que el trabajador estaba limpiando el cieno acumulado en el fondo, para que el pozo pudiera contener la mayor cantidad posible de agua de la inundación de la primavera siguiente. Cuando ellos empezaban a tomar el café, desde el fondo del pozo subían cubos llenos de agua turbia, en lugar de lodo. Todos los presentes sonreían y asentían aprobadoramente.

—Son alawíes, una gente encantadora —comentó Tamar.

—¿Musulmanes?

—Una ramificación. Adoran a Alí, el yerno de Mahoma.

—Le explicó algunos de los dogmas de la religión.

—¿Qué es lo que miras con tanta atención?

—Creerás que soy una tonta —repuso.

—Aprende a confiar en mí.

Tamar sonrió.

—Muy bien. Mira ese niño.

Cada vez que vaciaban el cubo utilizado para limpiar el pozo, un niño construía montículos de tierra. No todos los cubos de agua turbia golpeaban sus pilas, pero como él las levantaba donde aquéllos se vaciaban, de vez en cuando, para deleite suyo, un pequeño diluvio destruía uno de sus montículos.

—Supongamos que hace mucho tiempo quedó erosionada la más pequeña de las dos colinas que excava David Leslau.

—Allí todavía hay dos colinas, no una —le recordó él.

—Este país está lleno de *tels*. Colinas artificiales que se elevan como generaciones sucesivas, construidas sobre los escombros del pueblo que había vivido antes allí. La excavación de David está exactamente al este del manantial, donde habría sido natural que tuviera lugar ese tipo de asentamiento. Supongamos que la colina que menciona el manuscrito ha sido erosionada y que él ha estado cavando cerca de un *tel* que creció cerca de allí. —Le brillaban los ojos—. ¿Qué opinas?

—No creo que seas una tonta. Pero…

Ella se sirvió más café mientras los que estaban junto al pozo subían al joven

cubierto de barro, que parecía feliz de volver al mundo.

—Me llevarás a Ein Gedi, ¿verdad? —preguntó Tamar—. Quiero hablar con David Leslau.

—No.

—Si me llevas, después te haré muy feliz —dijo en tono travieso—. Lo que tú quieras. Sandías. Granadas. Dos tipos de cítricos…

—El humor israelí es muy divertido.

—Harry…

—No puedo. Mi entusiasmo de aficionado ya le ha costado tiempo y un montón de dinero a David. De todas formas, después me harás muy feliz porque yo te haré muy feliz.

Él le cogió la mano, pero ella se apartó.

—A los alawíes no les gusta que una mujer sea acariciada en público.

—Es una lástima.

—Me llevarás a Ein Gedi. —Le sonrió suavemente, hermosa y saludable bajo el sol de la mañana—. Me llevarás porque me amas —concluyó.

De la excavación quedaba muy poco. La tienda de campaña de Leslau seguía en pie, pero las otras dos ya no estaban. El arqueólogo les dijo que había enviado a los dos hombres de regreso a Jerusalén con el camión que transportaba la mayor parte del equipo.

Los ayudantes que le quedaban, un estudiante inglés de una escuela para graduados y dos peones árabes, echaban paladas de tierra mezclada con rocas en las zanjas que habían sido excavadas al pie de la colina más pequeña.

—Dejadlo tal como lo encontrasteis, ¿de acuerdo? —dijo Leslau.

—David —lo saludó Tamar.

Él la escuchó atentamente, dando chupadas a la pipa, mientras ella le explicaba por qué habían ido a verlo.

—Ésta no es una maldita montaña, te lo aseguro —dijo él mirando la más pequeña de las dos colinas—. ¿Pero por qué íbamos a suponer que es un *tel*?

—Sería fácil averiguarlo, ¿verdad, David? —preguntó ella.

—Mi querida Tamar, no sería terriblemente difícil. Pero reconozco que esta decepción me ha provocado una falta de entusiasmo por las conjeturas hechas al azar —suspiró—. Bueno, ya no importa, seamos tontos una vez más.

Lo siguieron por el terreno abierto. Harry estaba empapado en sudor y furioso por haber permitido que ella lo convenciera.

—Lo siento, David —musitó.

—Comprendo —le aseguró Leslau.

Avanzaron tras él, tropezando. Harry empezaba a marearse. Pensó que la frontera entre individuos delirantes e ingleses era absolutamente precisa.

—Una búsqueda inútil.

—¿Qué? —preguntó Leslau.

—Una maldita búsqueda inútil.

—Oh —dijo Leslau, distraído. Se había detenido y empezó a recoger rocas, a examinarlas y a tirarlas para coger otras.

Miró a Tamar con expresión extraña.

—Vamos —gruñó Harry.

—¿Harry? —dijo Leslau.

—¿Qué?

—*Schweig*.

Lo siguieron otros treinta metros.

—¿Sabéis que hay debajo de nuestros pies? —preguntó Leslau.

—No —respondió Harry, intentando no mostrarse malhumorado.

—El lecho de un río seco —contestó ella.

—Sí, el lecho de un río seco. —Los condujo hasta el lugar en el que había recogido las rocas—. ¿Lo ves? —le dijo a Harry.

Él intentó verlo, pero le pareció que tenía el mismo aspecto que el resto del desierto. Sacudió la cabeza.

—El río seco solía pasar por aquí, hace mucho tiempo.

—Leslau cogió una roca y se la enseñó.

—Lo único que veo es un trozo de piedra caliza —señaló Harry—. En medio de un desierto de piedra caliza. ¿Qué indica un trozo de piedra?

—En realidad bastantes cosas —afirmó el arqueólogo—. La mayor parte de la piedra caliza de estas colinas del cenomanense o turonense se formó hace aproximadamente ciento treinta millones de años, en la era cretácea. Es durísima, y muy duradera. Incluso tu ojo inexperto puede notar que esta piedra caliza, en comparación, es más blanda. Esta probablemente se formó hace unos cincuenta y cinco millones de años, en el período eoceno. O tal vez con el senoniense, no importa exactamente cuándo. Lo importante es que el agua del invierno, fluyendo siglo tras siglo contra una colina de esta piedra caliza, la destruyó fácilmente. Y está esparcida aquí, donde el agua la dejó; es fácil darse cuenta.

Harry se secó el sudor.

—Por el amor de Dios, ¿me estás diciendo que ella tiene razón?

Leslau miró a Tamar.

—No.

—Bueno, ¿qué demonios estás diciendo?

—Que en otros tiempos hubo aquí otra colina, no cabe duda. Lo cual podría significar que originalmente hubo tres colinas, y no dos, y que hemos estado cavando en el sitio incorrecto. Pero… —Respiró a fondo—. Esa pequeña colina podría

resultar un *tel*. —Cogió las manos de Tamar entre las suyas—. Y si es un *tel*, entonces tú estás absolutamente en lo cierto —comentó—. Absolutamente. Y tal vez yo me encuentro más cerca que nunca.

Esperaron en la tienda. Al principio, después de la tortura del sol, el interior parecía una cueva fresca.

—Lo siento —dijo Harry.

Ella lo besó.

—¿Cómo es posible que vieras un niño jugando en el barro y…?

—Es lo que suele suceder en mi trabajo. Yo no llego a la conclusión, sino que ésta llega a mí. De todas formas, no estamos seguros de que yo tenga razón, ¿no?

—Así es.

Leslau había estudiado cuidadosamente la superficie de la colina más pequeña. Había hecho que el estudiante y los dos peones abandonaran la tarea de rellenar las zanjas y les había indicado que cavaran en tres sitios diferentes de la ladera norte, cada uno de los cuales se encontraba cerca de un pequeño hueco.

Les explicó que ese tipo de hendidura en la superficie podía indicar que en algún punto, más abajo, la tierra se había asentado junto a un objeto o estructura sólida.

—¿Esto llevará mucho tiempo? —preguntó Tamar.

Leslau se encogió de hombros.

—Tal vez horas, tal vez días. En un *tel*, cada capa se forma encima de las ruinas que dejan los humanos. Las casas pueden derrumbarse, pero el material queda. La lluvia y el viento acarrean desperdicios hasta el lugar, y la mezcla se enriquece mediante una sucesión de vegetación en descomposición. Cuando el hombre vuelve a ocupar el emplazamiento, construye una segunda capa sobre el humus que cubre la primera, y así sucesivamente. El grosor de las capas varía. Si esta pequeña colina es un *tel*, y las huellas de su más reciente habitación están cubiertas por una capa delgada, entonces podemos tener la suerte de encontrarlas rápidamente. Si el estrato del sitio en el que cavamos es muy grueso… podría llevar mucho tiempo.

Harry y Tamar decidieron quedarse allí el resto del día y observar.

Ella logró relajarse gracias a la lectura. Él estaba nervioso y se dedicó a lustrar el granate, aunque ya lo había pulido transformándolo en una belleza roja. Él y Leslau hablaban de vez en cuando, pero ninguno de los dos tenía ganas de entrar en conversación. Se sentaron en las sillas de tijera alrededor de la bolsa de lona para el agua que colgaba de un caballete de la tienda, como si fueran tres taciturnos habitantes de Nueva Inglaterra alrededor de una salamandra. De vez en cuando, uno de los que cavaban entraba en la tienda, sudoroso y maloliente, para beber y hacer un descanso. El estudiante de la escuela para graduados y uno de los árabes eran jóvenes, pero Leslau dijo que el árabe de mediana edad era el que trabajaba mejor.

Cuando el mayor de los peones entró en la tienda para descansar, Harry le dijo

que se quedara un rato.

—Yo ocuparé su lugar.

—No —dijo Leslau en tono brusco. Él y Harry se miraron—. Ellos están acostumbrados a esto, y tú no —añadió Leslau.

Harry tampoco estaba seguro de que fuera una buena idea, pero ya había salido y empezaba a subir la colina. El árabe salió y se sentó a la sombra de la tienda, sonriente.

Al principio no le fue mal, pero enseguida se dio cuenta de que tenía problemas.

Hacía años que no manejaba un pico y una pala. Recordó que mantener un ritmo ayudaba. El pico se elevaba y caía.

Para empezar, tenía las palmas de las manos suaves. La respiración no suponía un problema porque respiraba como un corredor, pero para correr empleaba un conjunto diferente de músculos.

Y el sol suponía una gran diferencia. Poco después, cuando levantó la vista, el paisaje adoptó un aspecto mate y desvaído, como una mala película en una vieja pantalla de televisión en blanco y negro.

Finalmente, Leslau subió por la colina.

—Acabemos con esta tontería —dijo. Siguió a Harry hasta la tienda y lo vio desplomarse sobre la alfombra de rezo hecha jirones, donde se quedó mientras se le secaba el sudor. Tenía la impresión de que lo habían sumergido en sal, y en las palmas de las manos le salieron unas ampollas que parecían uvas cortadas por la mitad.

Ella lo observaba, no con preocupación sino con un interés contemplativo que a él le pareció un tanto inquietante.

Leslau había despachado la mayor parte de las provisiones, pero aún le quedaba un par de latas de pollo, y compartieron las manzanas que con el calor se habían vuelto harinosas.

El alboroto que llegó desde la colina les hizo abrigar esperanzas, pero sólo se trataba de una discusión del estudiante con los árabes, que no querían volver a trabajar después de comer, a menos que pudieran tomar café. Finalmente el mayor de los dos peones lo preparó en un hornillo de campaña, dentro de un hermoso cazo abollado con pico alargado, tan viejo que el cobre aparecía por debajo del níquel gastado.

Harry le preguntó al hombre si quería vendérselo, y Tamar dijo algo en árabe.

—¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que eso vale mucho dinero, y le he aconsejado que no lo venda demasiado barato.

El hombre preguntó en árabe si Harry le pagaría lo suficiente para que pudiera comprarse una casa nueva.

—Sólo quiero comprarle el cazo. No quiero casarme con su hermana.

Evidentemente, el peón entendió lo que decía porque respondió de inmediato.

—El cazo, como su hermana, perteneció a su padre —tradujo Tamar—. Dice que no venderá ninguno de los dos.

El café era bueno y la respuesta lo hizo aún mejor. Pero poco después de que se reanudara la tarea, Harry se dio cuenta de que se había hecho tarde.

—Debo regresar a Jerusalén —anunció. Miró a Leslau con cierta inquietud. Algo bueno se había estropeado entre ellos cuando él decidió subir la colina.

Leslau sacó una botella de whisky de debajo de su cama y se la ofreció.

—¿Un poco, antes de marcharos?

Tamar sacudió la cabeza.

—Yo tomaré un poco —aceptó Harry.

—¿Estás seguro de que te has recuperado del calor? —le preguntó Tamar—. De lo contrario es lo peor que puedes hacer.

—Estoy muy bien.

Bebieron en vasos de plástico. Harry estaba muy bien, pero el alcohol lo afectó de inmediato, tal vez a causa del calor. Pensó que seguramente por eso aquí bebían tan poco whisky de cereal; por eso y por el precio.

Leslau volvió a llenar los vasos y siguieron bebiendo.

—¿El lavabo? —preguntó Harry.

—Yo te acompañaré.

Las sombras empezaban a alargarse.

—¿Por qué tenías que hacer el trabajo de ese pobre peón? —le preguntó Leslau. En parte era el alcohol el que hablaba—. ¿No podías dejar que él hiciera su insignificante experiencia sin intentar apropiarte de ella? ¿Qué clase de enfermedad tienes?

—No es una enfermedad —puntualizó Harry.

Se alejaron un poco más y permanecieron uno junto al otro mientras orinaban.

Harry se sacudió las últimas gotas.

—Lo que ocurre, simplemente, es que a veces no puedo resistir la tentación de ser un imbécil.

Se miraron.

Leslau sonrió burlonamente.

—Creo que aún te quedan esperanzas.

Cuando regresaron a la tienda, todo volvía a estar bien entre ambos.

Pero en la ladera de la colina volvía a producirse un verdadero alboroto. Los otros dos excavadores estaban arrodillados junto a la excavación del árabe más joven.

—¿Qué ocurre ahí? —exclamó Leslau, y ambos se precipitaron colina arriba.

Nadie respondió. Ahora los dos árabes estaban en la cavidad, trabajando

enérgicamente, haciendo saltar la tierra.

La excavación tenía casi dos metros de profundidad, pero Harry no pudo ver bien el fondo hasta que subió el hombre más joven. El mayor de los árabes trabajaba cuidadosamente con el pico, y pronto lograron ver unas rocas talladas, casi en forma de adoquines, primero una capa y debajo de ésta una segunda, y más abajo la parte superior de una tercera fila de piedras, donde unas manos las habían puesto alguna vez, aún intactas y a plomo.

Era una pared.

Harry, Tamar y David caminaron por el desierto.

—Pensadlo —dijo Leslau entusiasmado—. Después de todo, tal vez podamos encontrar su legado. ¿No es casi como si los vierais? Mientras un ejército enemigo se acercaba a toda velocidad, ellos se llevaron las cosas más valiosas del Templo, riquezas tales como el diamante amarillo que tú buscas, Harry, y los objetos más sagrados los ocultaron bajo tierra y registraron los escondites en un manuscrito de cobre.

—Y dos mil quinientos años más tarde, tú sacas el manuscrito de debajo de la tierra —agregó Tamar.

—¿Crees que han sido violados muchos *genizot* como el del valle de Achor, donde fue escondido el diamante? —preguntó Harry.

—La mayor parte de los objetos aún están bajo tierra. Lo sé, lo siento en los huesos. Pero estoy seguro de que una serie de escondites están en territorio ocupado. Si se produce un giro inesperado de la situación, podría quedar establecido allí el estado de Palestina, y en ese caso nunca más podría volver a excavar en busca del legado. Por eso tengo que cavar a toda prisa ahora, cuando de repente, gracias a Tamar, tenemos un mapa que nos llevará a un *genizah*. Señaló el punto en el que las rocas esqueléticas de la colina de piedra caliza se esparcían por el desierto. —El agua fluía en una dirección, y podemos seguir el detrito hasta el punto en que empezó. Cuando sepamos dónde estaba el pie de la colina, nos encontraremos ante una red arqueológica sobre la que podremos trabajar. Allí abajo, en algún lugar, a unos veintitrés codos, está la primera de las cosas que estoy buscando.

Contempló las colinas de color púrpura. Levantó un puño.

—*Hehrt*, *alte momserim*! ¡Escuchadme, malditos cabrones! —gritó—. ¡Voy a encontrarlos! —Volvió a levantar los puños, dirigiéndolos hacia… ¿hacia dónde?

—¿David? —dijo Tamar suavemente.

Leslau parpadeó. Dio media vuelta y regresó a la tienda.

Más tarde, cuando Harry le preguntó si les permitiría echar un vistazo al original del manuscrito de cobre, quedó desconcertado.

—Ahora no es necesario. Debemos darnos una oportunidad y hacer una excavación.

Harry sacudió la cabeza.

—No se trata de tu trabajo. Es por el diamante. Quiero analizar el fragmento que describe el *genizah* donde fue escondido ese diamante. Parte de la reproducción fotográfica que he utilizado es ilegible.

Leslau se encogió de hombros.

—John —llamó al estudiante—, vuelve a Jerusalén con esta gente y consígueles lo que necesitan. Y dile a aquéllos que quiero tener ese camión aquí por la mañana.

24
TIBERÍADES

El manuscrito de cobre había sido minuciosamente limpiado y pulido. Aunque, las inscripciones no eran tan claras como si estuvieran recién hechas, Tamar y Harry pudieron descifrarlas con facilidad. Se inclinaron sobre el manuscrito en el pequeño y sucio despacho de Leslau como si estuvieran en un lugar sagrado, y ella leyó en voz alta el primer fragmento.

Las palabras de Baruc, el hijo de Nenas de los sacerdotes que habitaban en Anatoth, tierra de Benjamín, a quien el mandamiento de guardar los tesoros del Señor le llegó por intermedio de Jeremías, hijo de Hilcías el Kohen, en los tiempos de Sedecías, hijo de Josías, rey de Judá, en el año noveno de su reinado.

Cuando encontraron el pasaje dedicado al *genizah* del valle de Achor, la breve descripción del diamante que no se podía leer en las copias resultó bastante legible.

Las palabras que describían el diamante eran *haya nega*.

—*Haya nega* significa «cosa defectuosa» —explicó ella.

—Lo sé. —Harry lanzó un suspiro entrecortado; era reacio a admitir lo obvio—. ¿Puede existir alguna duda?

—No, Harry —le aseguró ella—. Esto describe un diamante que tiene un defecto grave.

—Dios mío —exclamó él desesperado—. ¡Estoy metido en una búsqueda inútil! El diamante que Mehdi ha puesto en venta no tiene defectos graves. Y eso significa que el diamante de Mehdi no es la piedra descrita en este manuscrito, el diamante que fue sacado del Templo de Jerusalén y escondido.

En el hotel le esperaba la nota, y reconoció la letra desigual —¿aprendida de una maestra o una institutriz inglesa? —incluso antes de abrir el sobre.

Mi querido señor Hopeman:

¿Puedo pedirle que nos veamos una vez más?

Soy plenamente consciente de que es usted quien ha venido a verme en repetidas ocasiones, a veces soportando grandes molestias. Le aseguro que esas circunstancias eran necesarias. En las futuras transacciones a largo plazo, que confío en que llevemos a cabo, le prometo que me trasladaré yo siempre que sea

posible.

Por favor vaya a la estación de autobús de Eilat el miércoles a las dos de la tarde.

Reciba un cordial saludo.

YOSEF MEHDI

—Supongo que no vas a ir —comentó Tamar.

—Creo que sería mejor que lo hiciera.

—Si la piedra de Mehdi no es el Diamante de la Inquisición, entonces no es el diamante que te han encargado comprar. ¿Para qué molestarte?

—Es un diamante amarillo muy valioso. Y yo soy comerciante en diamantes. ¿Comprendes?

Ella asintió.

—Pero tienes que levantar el ánimo —le dijo.

A pesar del beso de Tamar, él veía pocos motivos de alegría.

—Creo que ni siquiera voy a conseguir la piedra que no corresponde. Me parece que Mehdi tiene otro comprador.

—Entonces, ¿para qué quiere verte? —preguntó Tamar.

La referencia de la nota a las «futuras transacciones a largo plazo» le proporcionaron la clave.

—Esta reunión final no es para darme otra oportunidad con el diamante amarillo. Sólo es para que nos despidamos en buenos términos, para que podamos hacer otros negocios algún otro día. U otro año.

Volvió a leer la carta, con la esperanza de que su impresión inicial fuera equivocada; pero reaccionó de la misma manera.

—Esto significa que tengo que esperar otros cinco días.

—Quedémonos en Jerusalén —propuso ella.

Percibía el fracaso, y era una impresión que nunca le había gustado. El hecho de estar un viernes por la tarde en Jerusalén le levantó el ánimo: era lo mismo que ver cómo Estados Unidos se preparaba para la Navidad. Se veía el ajetreo de último momento en las tiendas. Las oficinas y las tiendas cerraban temprano para que los trabajadores llegaran a su casa al anochecer, y la gente corría por las calles cargada con botellas de vino y flores para la mesa. Era impresionante ver cómo la antigua ciudad aceleraba la marcha y luego, repentinamente, se detenía. No funcionaban los autobuses y las calles quedaron desiertas. Prácticamente todo el mundo compartía la cena del *Sabbath* con sus amigos o su familia. Los no creyentes seguían la agradable tradición, y los ortodoxos se preparaban para ir a la sinagoga a recibir el *Sabbath* por excelencia.

A la mañana siguiente las tiendas permanecieron cerradas, pero los judíos de

Jerusalén habían salido a la calle: los amantes paseaban, las familias empujaban cochecitos de, bebés, los ancianos caminaban sosegadamente bajo el sol. Él y Tamar fueron hasta la Ciudad Vieja, donde los comerciantes árabes abrían sus tiendas como de costumbre para una numerosa clientela judía, de la misma forma que sus colegas judíos abrían las suyas para los árabes cuando llegaba el viernes —el *Sabbath* de los musulmanes— y las tiendas de la Ciudad Vieja cerraban sus puertas.

Fueron al antiguo barrio judío. Cuando los árabes lo tomaron, durante la guerra de la independencia, las sinagogas y las casas de piedra quedaron destruidas. Ahora habían sido reconstruidas en todos sus detalles, y para Harry fue como caminar en otro tiempo y en otro lugar, mucho más bonito que el crecimiento vertiginoso que se producía en algunas zonas de Nueva Jerusalén.

Guardó un prolongado silencio.

—Imagina que conseguimos uno de esos maravillosos edificios de piedra —dijo por fin.

—¿Para vivir? Necesitaríamos una familia numerosa, o una casa mucho más pequeña.

—No, no para vivir.

Se detuvo en medio de la calle y contempló las construcciones del barrio.

—Tendría que ser un edificio soberbio. O una antigüedad que ha sobrevivido a todo, o una buena reproducción, como éstos. En el interior, todo sencillo y muy al estilo de Oriente Medio. Detalles de lujo, sólo los suficientes para suavizar la rigidez. Ni un solo letrero en la puerta, para que todo el mundo tenga que descubrir por su cuenta la forma de llegar a Alfred Hopeman & Son, Jerusalén… No sé. Tendría que ser algo muy especial.

Ella lo ayudó a superar la terrible decepción que le producía el que la piedra amarilla de Mehdi no fuera el Diamante de la Inquisición. Rememoraron el triunfo de ella en Ein Gedi, hicieron el amor, comieron muchos dátiles, y planificaron la joyería más elegante del mundo. Pero el lunes por la mañana ella se mostró irritable.

—Voy a tener la regla —dijo por la tarde—. Creo que me voy a ir a mi apartamento, Harry.

Él pensó que esa era la razón de su malhumor.

—No, quédate conmigo —propuso, acariciándole el pelo y besándole la cabeza —. Yo te cuidaré, haré que te sientas mejor. Vayamos a Tiberíades y quedémonos hasta mañana por la noche. Comeremos pescado, será fantástico. Puedes chapotear en el lago.

Ella lo miró, divertida.

—Puedo nadar.

—Entonces aún será mejor.

—¿Sabes qué es lo que me gusta especialmente de esta relación?

—¿Qué?

—Que es muy reposada —concluyó ella.

Había varios balnearios modernos frente al lago Kinneret, pero se quedaron en uno de los antiguos hoteles de lujo.

Cuando llegaron ya había oscurecido, y desde la ventana del dormitorio, gracias a la luz de las farolas del rompeolas, Harry vio que había habido un nido de algún tipo de insecto. A lo largo de la costa, las aguas estaban salpicadas de peces recién capturados.

Esa noche a Tamar le dolían los pechos y tenía calambres, y él estaba preparado para la abstinencia porque Della siempre perdía el interés antes de menstruar.

—Quiero hacerlo —dijo ella, y lo sorprendió con su actuación.

Después él se quedó dormido con la mano apoyada en el vientre de ella; por la ventana abierta entraba la brisa casi húmeda que se levantaba desde el mar interior. Por la mañana, la ventana dejó a la vista muelles de piedra, largos dedos grises que se internaban en el lago, y una enorme barca de pesca que pasaba resoplando como si fuera una ilustración salida de un libro infantil.

Ella se alegró con el sol. Nadaron desde uno de los muelles, que según les contó el recepcionista había sido construido por los romanos. Era un día excelente, no demasiado caluroso, de un cielo azul veteado de blanco.

Sólo vieron a algunos huéspedes más; la mayoría parecían israelíes. Un anciano barrigudo nadaba plácidamente, y Tamar lo identificó como un famoso general. Por la tarde apareció una pareja acompañada de dos magníficos perros lobo Borzoi. La dueña de los perros era menuda y delgada, de pechos minúsculos y trasero pequeño pero firme, y coincidieron en que los músculos de sus pantorrillas eran de bailarina.

—Son ricos —comentó Tamar—. Tú debes de pasar mucho tiempo con los ricos.

—No es un castigo. Son interesantes.

—Los pobres son más interesantes —sonrió—. Por eso Israel es un país tan interesante.

Esa noche, a la hora de la cena, los acomodaron en la misma mesa que ocupaban el general, los dueños de los Borzoi y una pareja que tenía una agencia de viajes y que, cogidos en sus propias redes, habían pasado el día viajando; le contaron a Harry más de lo que quería saber sobre la tumba del martirizado rabino Meir.

Comieron un pescado con forma de róbalo y carne parecida a la de la trucha, el pescado de san Pedro, propio de la zona. El general les informó que se reproducía por la boca.

—Qué inteligente —murmuró Tamar, que cada vez tenía más calambres.

Los agentes de viajes parecían sentirse cómodos en el caro hotel de Tiberíades, mientras los dueños de los perros se habrían sentido más cómodos en Mónaco. La mujer era una refugiada rusa, ex componente del Ballet Kirov de Leningrado. Había

emigrado pensando que se vería enfrentada a una lucha espantosa y a un choque con la nueva cultura, y en cambio había encontrado a un hombre rico que fabricaba aparatos de televisión. La conversación se centró en los productos que fabricaba su esposo. Los domingos por la noche, todo Israel corría a ver *Todo queda en familia*, con subtítulos en hebreo.

—¿Cómo es posible que lo entiendan? —preguntó Harry, divertido.

—Lo entendemos perfectamente: habla de los temores de un fanático muy simpático que se preocupa porque su hija está casada con lo que él llama un polaco. En todo Israel los fanáticos viven preocupados. Algunos askenazís, por poner un ejemplo, se preocupan porque sus hijas están casadas con judíos de Marruecos. —El industrial estudió la oscura piel de Tamar—. Aunque los marroquíes son un pueblo maravilloso —añadió.

—Lo mismo que los yemenitas —repuso ella serenamente.

El hombre levantó su copa.

—Al final, nuestros tataranietos serán una amalgama judía —dijo la rusa.

—No, no serán como el resto de los judíos —apuntó Harry.

Todas las miradas se clavaron en él.

—¿Cree que acabaremos pareciéndonos a los musulmanes? —le preguntó en tono sumamente cortés el dueño de la agencia de viajes—. ¿O quizás a los cristianos?

Él sacudió la cabeza.

—Ustedes ya son israelíes, es decir, muy diferentes de los demás judíos. —Siguió comiendo el pescado.

El general pareció interesado.

—Díganos en qué sentido somos diferentes.

—Son vencedores. Y para existir, tendrán que seguir venciendo. Los demás pertenecemos a una larga sucesión de perdedores. Nuestras emociones viscerales provienen de un pueblo que contenía la respiración cada vez que la autoridad llamaba a la puerta. Ese es el tipo de pueblo que desarrolla el amor por la justicia social.

Todos los comensales guardaron silencio.

—Nosotros salimos de ese mismo pueblo, tenemos los mismos sentimientos viscerales. ¿Cree que porque sobrevivimos hemos olvidado lo que significa no poder controlar el propio destino?

—No creo eso en absoluto. Lo que pienso es que es un riesgo del que debemos protegernos.

—Si está tan preocupado por la personalidad de Israel —intervino el industrial en tono jovial—, ¿por qué no vive aquí?

—Estoy pensando en hacerlo, precisamente —respondió Harry con serenidad. El murmullo de aprobación fue como un aplauso.

—Dígame, señor Hopeman, ¿tiene hijos? —le preguntó el general.

—Un hijo.

—¿Y lo sacrificaría? ¿Lo sacrificaría para seguir siendo un ser humano sensible?

—No creo en el sacrificio. Si la historia de Abraham e Isaac es auténtica, creo que Abraham era loco, no religioso.

El general asintió.

—No debemos inmolar a nuestros hijos para conservar nuestra humanidad. Debemos estar preparados. Debemos perder la menor cantidad posible de hijos. Pero los judíos del mundo entero seguirán sabiendo que existe un Israel al que pueden venir si es necesario.

—¿Cuántos años tiene su hijo? —preguntó la esposa del agente de viajes.

—Casi trece.

—Los nuestros son adolescentes. Si se instala en Haifa, póngase en contacto con nosotros. Le recomendaremos algunas buenas escuelas.

—Es muy amable. —Se sintió obligado a continuar—. Él se quedará en Estados Unidos. Si yo vengo aquí, será por decisión mía. Él tendrá que elegir por sí mismo más adelante.

—¿Israel no le ofrece lo suficiente para que usted tome la decisión por él? —preguntó amablemente el fabricante de televisores.

—Yo soy lo que solía llamarse un liberal —explicó Harry—. He protestado. He desfilado con pancartas. He criticado mucho a Estados Unidos. Pero en los momentos más negros de su historia, nunca dejó de ser el mejor, el más estimulante y el más prometedor de todos los países del mundo para cualquiera, incluido un chico de trece años.

Tamar se había puesto pálida, y enseguida se disculpó y se retiro.

Cuando él llegó a la habitación, la encontró acostada en posición fetal.

—¿Llamo a un médico?

—No seas tonto. Ya he empezado a menstruar. Siempre me pasa lo mismo.

—¿Quieres quedarte aquí esta noche? —le preguntó él, inquieto porque sabía que tenía que estar en Eilat al día siguiente.

—No. Por favor, llévame a Jerusalén.

Ella hizo el viaje de regreso con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento.

Él la miró y vio que lo observaba.

—Lamento que no hayas encontrado el Diamante de la Inquisición, Harry.

Él le apretó la mano.

—¿Crees que aún existe?

—No lo sé.

Tamar le pidió que la llevara a su apartamento.

—Tenemos mucho de qué hablar.

—Siempre y cuando no sea esta noche.

—Te llamaré en cuanto regrese —le prometió. La acompañó hasta la puerta y la besó suavemente—. *Shalom–shalom*. Ponte bien, Tamar.

—*Shalom*, mi querido Harry —se despidió ella.

25
EL SJ DUESENBERG

Había dejado una nota en la recepción para que lo despertaran a las seis de la mañana. Tuvo la impresión de que el teléfono lo despertaba demasiado pronto y se quedó en la cama aturdido, y luego estuvo demasiado rato bajo la ducha, pero la pesadez abandonó sus párpados y por fin se despertó. Le esperaba un viaje de cinco horas, y decidió no conducir. Después de desayunar salió a la calle y llamó al primer taxi que pasaba.

—A Eilat.

El conductor abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Puedo llamar a mi esposa?

—Dos minutos.

Regresó en menos de dos minutos, radiante de alegría. Harry ya se había estirado en el asiento.

—Le daré una buena propina si no habla ni enciende la radio. Quiero dormir.

El conductor hizo girar la llave de contacto.

—*Ai–la–lu–lu* —canturreo.

Faltaban ocho minutos para las dos cuando vio al hombre de Mehdi en la estación de autobuses de Eilat.

—Tresca. Aquí.

El albanés sonrió como si se tratara de un viejo amigo.

—Buenas tardes, señor. —Harry lo siguió hasta la calle, ansioso por ver el Duesenberg, y fue conducido hasta un Chrysler igual al suyo, pero de otro color. Un año más nuevo, pensó.

—¿Ocurrió algo con el otro coche?

—No, señor. No lo usamos cuando tengo que aparcar en la ciudad. Lo cuidamos muy bien.

—Hmmm.

Tresca condujo por el mismo camino por el que había llegado el taxi. Viajaron durante más de una hora y luego abandonaron la carretera; pero esta vez no hubo necesidad de cambiar la matrícula. Siguieron internándose en el Sinaí israelí, traqueteando por el camino lleno de baches, y finalmente llegaron a una pequeña casa azotada por el viento que combinaba con las desoladas colinas. El Duesenberg estaba aparcado a la sombra de la casa, en el lado norte.

—Amigo mío. —Mehdi lo esperaba en la puerta.

—¿Cómo encontró esta casa? —le preguntó Harry mientras le estrechaba la

mano.

—Yo no la encontré —aclaró Mehdi—. La encontró Bardyl. Él encuentra todas mis casas.

—Aquí no hay nada.

—Absolutamente nada —coincidió Mehdi—. Sólo una pequeña fábrica de objetos de cobre, nueve kilómetros más al sur.

Apareció Bardyl, que les sirvió menta con limonada y saludó a Harry tímidamente. Este bebió tres vasos mientras Mehdi le daba la bienvenida al estilo árabe y le preguntaba por los detalles del incómodo viaje.

—Piensa venderle esa piedra amarilla a otros, ¿verdad?

Mehdi lo observó.

—¿Está dispuesto a pagar el precio que pido, amigo?

—No. Es demasiado elevado.

—No es un precio demasiado elevado para un diamante con la historia que éste tiene.

—No conozco la historia de éste, pero estoy seguro de que su piedra no es el Diamante de la Inquisición.

Harry estaba seguro de que el sobresalto de Mehdi era auténtico.

—Eso es indigno de alguien como usted, señor Hopeman.

—La verdad nunca es indigna de nadie —puntualizó Harry.

—¡Esta es la piedra Kaaba!

—No.

—¿Qué pruebas tiene?

—La Kaaba tiene una nube. Es un defecto grave. Su diamante no lo tiene.

—¿Cómo sabe lo del defecto?

—No puedo decírselo. —Mehdi resopló—. Tiene que ver con un importante proyecto arqueológico que se está llevando a cabo. No puedo decirle nada más sin violar un secreto.

Mehdi sacudió la cabeza.

—Lo lamento, amigo. Si me presentara alguna prueba… Pero la gente a la que voy a venderle el diamante sabe que es el Kaaba. Y yo lo sé.

—Será una venta fraudulenta.

—Esa es su opinión, nada más —señaló Mehdi, inflexible—. Sus dudas me molestan, por supuesto. Pero no son importantes para la venta de la piedra. Afortunadamente, no se la venderé a usted.

—Usted nunca tuvo la intención de vendérmela a mí —dijo Harry—. Me ha hecho venir aquí por otro motivo.

—Así es.

—¿El resto de las piedras que le entregó Faruk?

—Me gustaría que me dijera cuándo puedo desprenderme de ellas. Quiero que me trace un programa, y estoy dispuesto a pagarle muy bien su consejo.

—Sin embargo, cuando intento dárselo gratuitamente con respecto al Kaaba, usted no lo acepta.

Mehdi guardó silencio.

Harry prosiguió:

—Yo no vendo mis consejos. ¿Está pensando en venderme el resto de las gemas a mí?

—Confío en ello.

—Entonces es así como me ganaré el dinero. ¿Puedo verlas?

—No, ahora no. Pero he obtenido una tasación para cada una —puntualizó Mehdi, y señaló unos papeles que había sobre la mesa.

La colección era más importante de lo que él había imaginado. Mehdi era un hombre inteligente y cauto. Las tasaciones habían sido hechas por una serie de personas de distintas partes del mundo, y la mayoría de las firmas que respaldaban la autenticidad correspondían a nombres conocidos y respetados. Harry se tomó su tiempo y leyó atentamente la descripción de cada piedra, teniendo en cuenta cuándo había sido hecha la tasación y qué había ocurrido desde entonces con los valores como resultado de las fluctuaciones del mercado.

Mehdi había incluido copias de las tasaciones hechas por los cuatro joyeros a los que ya les había vendido, y los precios que había obtenido.

Harry le comentó que en dos de las transacciones había salido perdiendo.

Él asintió.

—Lo sé. Por eso valoro su servicio.

—Es difícil hacer un programa para venderlas de una en una —le aseguró Harry —. Depende de la necesidad de dinero que usted tenga. Para mucha gente, vender una sola de ellas sería suficiente para vivir cómodamente el resto de su vida.

—Toda mi vida he vivido como un rey. ¿Por qué iba a dejar de hacerlo ahora, porque el rey ha muerto y yo todavía estoy vivo? Y lo que es más importante, las circunstancias poco seguras a veces convierten mi existencia en un producto muy costoso.

Así, como un agente de seguros que planifica un sistema de pagos anuales, Harry elaboró un programa de adquisiciones, la primera de las cuales comenzaría al cabo de tres años.

—Por supuesto, le supondría una gran ventaja venderlas todas de una vez —comentó Harry—. Podría morir antes de tener vendida toda la colección.

—Si muero, no echaré de menos el dinero.

—Ah, pero yo sí —repuso Harry.

Mehdi rió como un niño.

—Usted me cae bien, señor Hopeman.

—Y usted a mí, señor Mehdi. —Era verdad, a pesar de que el egipcio no confiaba en él con respecto al diamante amarillo—. No sé si me habría caído bien cuando estaba usted con Faruk. Pero ahora sí.

—No, en aquel entonces no le habría caído bien —reconoció Mehdi serenamente —. Al final, nosotros mismos no nos gustábamos; sabíamos que éramos un par de libertinos gordos y hartos. Pero al principio… Al principio éramos totalmente maravillosos. Cuando éramos unos muchachos y estábamos juntos en la Academia Real Militar, en Inglaterra, los mejores hombres, las mentes más respetadas de toda Europa, iban a Woolwich y se quedaban en nuestras habitaciones hasta altas horas de la noche, ayudándonos a planificar una monarquía egipcia mejor. No dejaban de decirnos que estudiáramos el caso de Suecia.

—¿Y que ocurrió con todos los planes?

—No me gustaría oír la historia, y mucho menos contarla. —Mehdi le dedicó a Harry una extraña y amarga sonrisa—. Pero hubo un tiempo en que fuimos como leones jóvenes —afirmó.

Bardyl les sirvió una cena excelente regada con tres vinos diferentes. Concluida la transacción, pudieron relajarse por primera vez. El egipcio era una compañía excelente y Harry casi lo lamentó cuando supo que no pasarían la noche allí.

—Le dejaremos en un hotel confortable. Por hoy ya ha viajado bastante —anunció Mehdi en actitud comprensiva.

—No, quiero regresar a Jerusalén. Por favor, déjeme donde pueda conseguir un taxi, simplemente.

—Oh, podemos hacer algo mejor que eso. Nosotros tenemos que pasar por Jerusalén. Le llevaremos hasta allí.

Se despidieron de Bardyl, que ordenaría la casa y cogería el Chrysler. Pero cuando salieron, Harry pareció reacio a subir al Duesenberg. Caminó alrededor de éste, admirando el diseño que Detroit había intentado imitar durante décadas.

No pudo resistir la tentación.

—¿No ha pensado en vender el coche?

Mehdi se mostró encantado.

—He esperado con impaciencia que me lo preguntara. Estoy contentísimo de que por fin lo haya hecho. —Ni siquiera se molestó en negarlo—. El coche es el motivo por el que acepté un precio tan bajo por la primera piedra.

—¿El rubí? ¿El Catalina II?

—Sí. Este coche estaba en Egipto. Había estado en un campo, cocinándose al sol, durante cuatro años; era un nido de urracas. Ni siquiera lo habían levantado, seguía apoyado sobre los neumáticos destrozados. Bardyl tuvo que untar las manos de unos cuantos. Fue desmontado hasta la pieza más pequeña y cada una transportada por

separado. Un trabajo enorme. La carrocería sola pesa dos toneladas y media.

—¿Puedo conducirlo?

—Debe hacerlo —dijo Mehdi—. Yo me sentaré junto a usted. —Sostuvo abierta la puerta de atrás para que entrara el chófer—. Por esta noche, Tresca será el amo.

Se puso en marcha con un zumbido. Cuando Harry intentó mover el volante, le resultó tan difícil que no pudo creerlo. Hacía falta tener buenos músculos, era peor que conducir un camión pesado.

—El coche tiene que ir a la velocidad de un hombre —indicó Tresca ansiosamente desde atrás—. Después todo se mueve sobre los cojinetes de bolas.

Era cierto: cuando él lo dejó rodar, el coche avanzó con toda facilidad produciéndole una sensación especial. Tuvo conciencia de que estaba más arriba de la carretera que de costumbre. Los techos de los coches corrientes se acercaban a la parte superior de las puertas del SJ. Harry lo condujo con cuidado y muy lentamente al principio, porque el camino estaba lleno de piedras y en malas condiciones. Pero el Duesenberg parecía abrirse camino por encima de las rocas.

Cuando llegaron a la carretera pavimentada, los neumáticos se agarraron al suelo y el coche respondió maravillosamente bien. Enseguida alcanzaron los ciento cuarenta por hora, sin que casi tuviera que apretar el acelerador. El motor apenas zumbaba.

—Puede alcanzar el doble de esta velocidad —comentó Mehdi.

—Si frena muy bruscamente, señor, nos romperemos la cabeza —dijo Tresca en tono apremiante.

Harry frenó muy despacio. Mientras avanzaban en la oscuridad como una flecha, imaginó a Ben Hur conduciendo un carro enganchado a cuatrocientos veinte enormes caballos que corrían con la lengua afuera.

Al pasar por alguna población, Harry reducía la velocidad. Cuando llevaba alrededor de una hora conduciendo, vio las luces de una ciudad y volvió a pisar el freno.

Mientras se acercaban, un rebaño de fantasmas grises se arremolinó en la carretera.

—¿Y ahora qué ocurre? —preguntó Mehdi.

—Creo que son ovejas —repuso Harry al tiempo que apagaba el motor para ahorrar combustible.

Al otro lado del rebaño, un camión de carga avanzó lentamente, tirando de una cuerda que quedó atravesada en la carretera y que en el otro extremo iba atada a un Land–Rover. Parecía que al camión le resultaba difícil tirar del coche más pequeño.

Tresca se estiró hasta el otro lado del asiento trasero.

—¿Recuerda este lugar? —le preguntó a Harry—. Cuando yo lo llevaba a Jordania, también nos detuvieron aquí.

Harry lo recordaba: un camión había matado a una cabra en la carretera, interceptando el tránsito.

—Esto no me gusta —le comentó Tresca a Mehdi—. Que nos detengan dos veces en el mismo sitio… Tal vez le están buscando a usted. Dos veces es mucha casualidad.

Mehdi abrió la guantera en la que estaba guardada el arma.

Harry estiró el cuerpo para ver mejor. En la periferia de la luz que arrojaban los faros, las ovejas empezaban a separarse; entre éstas avanzaban unos hombres. Logró distinguir seis o siete figuras. Un momento después pudo ver que uno de los hombres llevaba un turbante de algodón blanco con rayas oscuras. Un poco más atrás había otro con un gorro de tela perfectamente encasquetado. El hombre del turbante parecía nervioso o asustado. No dejaba de mirar hacia atrás, como si quisiera asegurarse de que los demás estaban detrás de él.

Entonces Harry pudo verles las manos.

—Oh, Dios mío —dijo.

Tresca dijo algo en árabe y Mehdi dio un manotazo para coger el arma de la guantera, pero el hombre del gorro de tela ya había lanzado algo contra el coche; el objeto chocó contra el parabrisas. El cristal se resquebrajó pero sin romperse, y la granada rebotó. Todo ocurrió al mismo tiempo.

Harry se estiró más allá del asiento de Mehdi y abrió su puerta, luego puso el pie en el costado del hombre y empujó, arrastrándose detrás de él hasta que ambos quedaron tendidos en el suelo. Había sido un acto puramente instintivo. No sabía de qué lado del coche había caído la granada, por lo que podría haber empujado a Mehdi exactamente encima de ella.

Pero estalló en el otro lado, en el mismo momento en que se desataba un rugido terrible. Todos los árabes estaban disparando sus armas sobre el Duesenberg.

Harry cogió a Mehdi y se alejaron del coche a todo correr. Cogidos de la mano como niños, precipitándose a ciegas en la oscuridad. Mehdi no se movía bien, ni siquiera como haría cualquier hombre gordo. Apenas podía correr; Harry tuvo la sensación de que se movían sobre una superficie encolada, y temió que el hombre sufriera un ataque al corazón. Entre el sonido de los disparos pudo oír el fuerte silbido de la respiración de Mehdi.

Cayeron sobre una valla de alambre de púas, y Harry se hizo un corte en el brazo. El alambre parecía viejo y oxidado. Sin duda había sobrevivido a una de las guerras, y él pensó en el tétanos mientras se desplomaba entre dos hileras de alambres, arañándose aún más.

El alambre de púas se enganchó en la ropa de Mehdi, y Harry se esforzó en liberarlo.

—¡Alá! —jadeó Mehdi. Finalmente se le desgarró la camisa. Entretanto, a treinta

metros de distancia, los hombres disparaban sobre el coche.

El depósito de gasolina estalló en el momento en que Mehdi se zafaba de la alambrada, y ambos se aplastaron contra el suelo en un intento de quedar fuera del alcance de la deslumbrante luz.

Harry vio que Mehdi llevaba encima la pistola de cañón grueso de Tresca. Tuvo miedo de que el hombre disparara y pusiera al descubierto su escondite, pero cuando intentó hacerse con el arma no pudo quitársela de la mano.

—No la use —le dijo, pero sus palabras quedaron ahogadas por un estallido de disparos.

Dio un pellizco a la mano regordeta de Mehdi y susurró:

—No use el arma.

Mehdi lo miró aturdido.

Harry intentaba mantener la cabeza baja, detrás de unas rocas que bordeaban la valía. Suponía que tarde o temprano lo encontrarían. Cuando aún era un niño se había enterado de la existencia del hombre que había compartido el apellido con su padre, y durante varios años tuvo una pesadilla en la que él se escondía en el sótano del edificio en el que vivía mientras Bruno Hauptmann iba a raptarlo. Era como si el sueño sólo hubiera cambiado ligeramente.

Pero en lugar de ver a Hauptmann oyó el discordante sonido de unos vehículos y enseguida se intensificó el tiroteo. Levantó la cabeza el tiempo suficiente para ver que los árabes ya no disparaban al coche envuelto en llamas. Abrían fuego hacia el otro lado, pero lo más importante es que otros disparaban contra ellos. Harry sólo pudo ver a dos, pero mientras él los miraba fueron derribados por las balas. Los dos hombres se quedaron quietos, pero el que les había disparado siguió haciéndolo, y cada vez que una bala los alcanzaba el impacto los hacía sacudirse, de modo que los dos cuerpos parecían retorcerse.

Desde el borde de las sombras, otro árabe dio media vuelta y corrió directamente hacia ellos. El hombre era presa del pánico, y cuando se acercó pudieron oír el silbido de su respiración y luego un gruñido, casi encima de ellos, cuando chocó con la alambrada. La atravesó con la cabeza y el pecho, como había hecho Harry.

Levantaron la vista y vieron que él los miraba.

Mehdi levantó la pistola con sus dos manos regordetas, la sostuvo junto al cuello del hombre y disparó.

Harry rodeó al hombre gordo con los brazos.

—Nunca tuve la intención de vendérselo a nadie —musitaba Mehdi—. Sólo quería dárselo a mi pueblo. Para devolverles una parte de su patrimonio. —Parecía que estaba sufriendo una forma serena de histeria—. Y sin embargo no me permiten volver. Nunca me han perdonado —se lamentó el egipcio. Había perdido su fez.

—*Haim atah margish beseder*? —les preguntó un soldado—. ¿Se encuentran

bien?

Harry asintió.

—*Kayn* —respondió, mirando como rociaban el coche con productos químicos.

Lo que después lo hizo sentirse molesto, lo que lo avergonzó y lo llenó de pánico, fue que, aunque Mehdi temblaba en sus brazos, el lugar estaba sembrado de cadáveres, y lo que poco antes había sido Tresca aún seguía sentado en el llameante asiento del coche de su amo, él fue capaz de sentir una pena abrumadora porque ahora sólo quedaban veintinueve SJ Duesenberg en todo el mundo.

26
SUERTE Y BENDICIÓN

Fueron trasladados a un campamento militar e interrogados por un joven comandante de piel morena que tuvo la paciencia de repetir las mismas preguntas una y otra vez hasta que tuvo redactado un informe minucioso del ataque desde el punto de vista de ellos. El oficial no les hizo preguntas de carácter personal; Harry estaba seguro de que conocía todos los detalles de la vida de ambos.

Sólo dos de los agresores habían sobrevivido. Uno de ellos había sido trasladado en avión a Jerusalén para someterlo a una intervención quirúrgica. Los llevaron a ver al otro, que estaba en una celda.

—¿Lo conocen?

Era un árabe de unos diecinueve años, vestido con zapatos de trabajo, pantalones de algodón marrón y camisa azul. Tenía el pelo revuelto, ojeras y una magulladura en la mandíbula sin afeitar.

Sacudieron la cabeza.

—Eran once. Todos estudiantes universitarios egipcios. —El comandante miró a Mehdi—. Creían que era a usted a quien estaban matando cuando dispararon al asiento de atrás del Duesenberg.

Mehdi asintió.

—Dicen que le está vendiendo un objeto musulmán sagrado a los no creyentes.

Todos los rasgos del muchacho estaban relajados, excepto sus ojos.

—Jamás lo vendería fuera del islam —dijo Mehdi en árabe.

—Claro que lo haría —intervino el joven—. Regatea con ellos como una furcia enferma, vendiendo nuestra alma. Negocia una parte de la mezquita de Acre con los cerdos cristianos, con los hijos de puta judíos que cogen, cogen y cogen lo que es nuestro. Lo hemos visto, hemos estado vigilando.

—No se lo vendí a ellos. Tenía otros planes.

El comandante asintió.

—Los dos prisioneros tenían información de que usted también estaba negociando su reincorporación al gobierno.

El chico volvió a dirigirse a Mehdi.

—Sabíamos que no vendría. No habría durado ni unas horas.

—¡Calla, idiota! Nueve hombres jóvenes han muerto. ¿Y para qué? Ni uno solo de vosotros había nacido cuando yo abandoné Egipto.

—Nuestros padres lo recuerdan muy bien —señaló el joven.

No les diría nada más.

—¿Dónde estaban las fuerzas de seguridad? —le preguntó Harry al comandante mientras salían del recinto de la prisión.

—Llegamos enseguida.

—Eso no es seguridad. Si hubiéramos estado en el asiento de atrás…

El comandante se encogió de hombros.

—Tuvieron suerte. Cualquiera que diga que la seguridad puede detener las balas, miente.

Cuando el comandante concluyó la entrevista les preguntó si querían ser trasladados en helicóptero al Hospital Hadassah. Mehdi sacudió la cabeza enérgicamente.

—No —respondió Harry.

Un médico del ejército le dio a cada uno dos tabletas de cinco miligramos de un tranquilizante.

—No las necesito —le aseguró Harry.

El médico se las puso en la mano.

—Son gratuitas —aclaró.

Fueron trasladados en un coche del estado mayor hasta un motel de Dimona. Cuando llegaron eran casi las dos de la mañana y las calles estaban desiertas. Harry se alegró de ver una patrulla militar motorizada.

Cuando por fin estuvo a solas en su habitación, Harry empezó a temblar. Intentó detenerse, pero no pudo controlarse. Tomó una de las pastillas y empezó a desvestirse. Luego tomó la otra y se tendió en la cama en ropa interior, y esperó que le hicieran efecto.

Por la mañana, él y Mehdi pidieron un abundante desayuno y comieron con un sentimiento de culpabilidad.

—El cadáver —reflexionó Mehdi—. Tengo que conseguir que las autoridades me lo entreguen. —Jugueteó con los huevos del desayuno—. Mi pobre Tresca. He telefoneado a Bardyl.

—¿Eran parientes?

—Más que parientes: amigos.

—Ahora todo ha cambiado para usted, ¿verdad?

—Nunca me permitirán regresar. Bueno. En el trabajo que el gobierno había aceptado concederme, habría sido poco más que un funcionario. Sin duda me habría cansado de él. —Suspiró y dejó a un lado los huevos.

—La ironía —comentó Harry— es que intentaban matarlo por miedo a que usted vendiera el Kaaba. Y sin embargo usted no tiene ese diamante. —Mehdi hizo una mueca—. Es la verdad.

—No quisiera ofenderlo, mi querido amigo, pero…

—¡Ya se lo he dicho, el Kaaba tiene una nube! Es un defecto grave. Tiene que

existir alguna manera de que pueda confirmarlo.

El egipcio lo miró con los ojos entrecerrados.

—Hay unos registros enormes en la mezquita de Acre. Tal vez allí haya una descripción del diamante que en otros tiempos adornó el *Maksura*. Pero compréndalo, si esa descripción no menciona ninguna nube, la nube no existe.

—¿Puede conseguir que alguien tenga acceso a esos registros?

Mehdi se encogió de hombros.

—Para un creyente todo es posible —afirmó.

Mehdi actuó con rapidez. Telefoneó a Harry exactamente antes de las diez de la noche y volvieron a reunirse en la cafetería.

—¿Ha hecho comprobar los registros?

El egipcio asintió.

—Es como usted decía —anunció lentamente.

Harry sintió un ligero mareo.

—El Kaaba tiene una nube grande. El diamante que yo poseo no es la piedra que los cruzados sacaron de la mezquita de Acre.

—Entonces… ¿es usted libre de venderlo?

—Ya no estoy condicionado por motivos religiosos. No es una reliquia. Si logramos ponernos de acuerdo, se lo venderé a usted.

Harry tuvo el buen cuidado de no dar el profundo suspiro que deseaba.

—Como usted dice, no es una reliquia. Sólo puedo pagarle lo que vale como gema —dijo cauteloso.

—Y vale mucho. Usted y yo lo sabemos.

—Su calidad no es tan elevada, pero el tamaño lo compensa. —Mehdi esperó—. Un millón cien.

Mehdi asintió.

—Le deseo la mejor de las suertes con el diamante, señor Hopeman. —Le ofreció su mano.

Harry la estrechó con fuerza.

—*Mazel un Brocha*, Bardissi Pasha —dijo.

Cada vez que compraba un diamante pensaba en el oro que Maimónides había tenido que transportar, volviéndose vulnerable a los bandidos durante su viaje. La tecnología había aliviado esa carga. A la mañana siguiente, en el Chase Manhattan Bank, a petición de Saúl Netscher, un especialista pulsaba los botones adecuados. Introducía en un ordenador las cifras correspondientes a una carta de crédito que Netscher había dispuesto, luego añadía un mensaje en clave y el número de identificación de una cuenta que Mehdi tenía en el Credit Suisse de Zurich, y el dinero quedaba transferido electrónicamente desde Nueva York a la cuenta de Suiza. En Dimona, Harry había redactado un contrato de compraventa que firmaron él y

Mehdi.

Una operación simple y limpia. Pero aún compartía con Maimónides el problema que suponía llevarse a casa el diamante adquirido.

Era casi mediodía cuando entró en su habitación del hotel de Jerusalén.

Vio la nota casi en cuanto entró. Ella era una persona práctica, la había pegado en la puerta del lavabo.

Mi querido Harry:

Perdóname por esperar a que te hubieras ido.

Me he dado cuenta de que no funcionaría, pero soy muy cobarde y no soporto las escenas.

Sentí la gran tentación de intentarlo, porque eres un hombre adorable, pero todo habría terminado al cabo de un año. Prefiero el recuerdo.

Si sentías lo mismo que yo, no intentes buscarme. Te deseo muchos años llenos de otras alegrías.

T.

Se sentó y marcó su número de teléfono, pero no obtuvo respuesta. En el museo le informaron que la señora Strauss había prolongado sus vacaciones.

No, no sabían dónde estaba. Se le ocurrió dónde podía encontrarla, pero cuando colgó el teléfono se quedó quieto durante veinte minutos y se obligó a serenarse.

Se ocupó metódicamente de todo lo que tenía que hacer. Llevó el Ford inglés a la agencia de alquiler de coches y pagó la cuenta. Envolvió la ropa sucia y la despachó por correo, y luego se detuvo en la oficina de líneas aéreas del vestíbulo y compró dos billetes para un vuelo que salía del Aeropuerto Ben Gurion a ultima hora de la tarde. Le quedaba poco tiempo, pero hizo las maletas rápidamente y se marchó del hotel.

Cogió un taxi y le pidió al conductor que lo llevara a Rosh Ha'ayin.

La niñita estaba sentada en la calle, como cuando él la había visto por primera vez. Harry le pidió al conductor que frenara.

Se acercó a la pequeña y se arrodilló junto a ella.

—*Shalom*, Habiba. ¿Te acuerdas de mí?

Ella lo miró sin expresión en el rostro.

—¿Está aquí tu tía Tamar?

La niña señaló la casa de su abuela.

Cuando llegó, golpeó la puerta de tela metálica y las dos personas que había dentro se lo quedaron mirando.

—Pase si quiere —dijo *ya umma*. Estaba de pie, con la espalda contra la pared. *ya abba* estaba sentado a la mesa, bebiendo arak.

—Quiero hablar con Tamar —anunció Harry. Nadie le respondió. Detrás de la puerta cerrada de la otra habitación, alguien lanzó una risita. Oyó que Tamar decía algo conciso pero brusco, y la risita cesó.

Ya abba sacudió la cabeza.

—Ella no quiere —dijo en inglés.

—Deje que me lo diga ella —repuso Harry.

—Hay tres cosas que no entiendo —comentó *ya abba* en hebreo—. Sí, cuatro cosas que no entiendo: la manera de actuar de un águila en el aire, la manera de actuar de una serpiente sobre una roca, la manera de actuar de un barco en el mar, y la manera de actuar de un hombre con una muchacha.

—Apuró la bebida y se sirvió mas arak de una botella y agua de una jarra. Todos observaron como los dos líquidos incoloros se mezclaban en el vaso y adoptaban una tonalidad lechosa.

Harry se acercó a la puerta cerrada y golpeó.

—Tamar —llamó. Hubo silencio.

—Bueno —dijo—, por lo menos podríamos hablar de ello.

Ella no respondió.

—Tengo que abandonar el país enseguida, esta misma tarde. Tengo un billete de avión para ti. —Esperó.

—Dime algo, Tamar. ¿Te pones así cada vez que tienes la regla?

Oyó el crujido de una silla y enseguida sintió un golpe. Cuando se volvió, *ya abba* estaba a punto de golpearlo otra vez.

—¡Eh! —El anciano era fuerte. Harry abrigó la esperanza de no tener la mandíbula rota. Pero el hombre estaba borracho, y Harry lo mantuvo a distancia—. Apártelo —dijo. *ya umma* empezó a ulular como una mujer árabe de duelo—. Apártelo de mi lado.

Afuera, el taxista tocó el claxon mientras *ya abba* era conducido otra vez a su silla.

—¡Maldita sea! ¿Es que no lo comprendes? ¡Te amo! —gritó Harry delante de la puerta cerrada.

Finalmente se abrió la puerta.

La hermana de Tamar salió lo más rápidamente que le permitió su vientre preñado. El rostro de Yaffa estaba radiante de excitación. Le entregó una nota, y él la desplegó y suspiró.

«Harry nunca hará nada que pueda hacerme daño».

Levantó la vista y vio que Yaffa lo miraba con una compasión interesada que le molestó más que el dolor de la mejilla.

—*Shalom* —musitó *ya umma* al tiempo que él salía.

En la puerta se habían reunido tres mujeres yemenitas que murmuraron algo

mientras lo seguían con la mirada. La niñita seguía sentada en el suelo de tierra. Tenía una mosca en la mejilla y Harry se la apartó con la mano antes de meterse en el taxi e indicarle al taxista que lo llevara al aeropuerto.

27
LA NUBE

Fue como si hubiera pasado años sin darse cuenta de que tenía membranas delante de los ojos y en los oídos; pero desde su regreso las había perdido y por primera vez veía y oía a su país muy claramente, los campos y los bosques que rodeaban su casa de Westchester, los pollos, el grito de los urogallos, el gruñido de una sierra a lo lejos, la forma y la altura de los edificios de Manhattan, el ruido del tránsito fuera de la tienda, más delirante que el de las calles de Jerusalén, pero casi reconfortante porque eran una pieza que formaba parte de su rompecabezas.

El punto de la mejilla en el que *ya abba* lo había golpeado había adoptado una tonalidad magenta, y se lo masajeó suavemente con crema.

Della le miró la magulladura cuando se reunieron para comer, pero no hizo preguntas.

—He conocido a alguien, Harry.

—¿Es algo… serio, Della? —Se sintió indecente, como si estuviera espiando.

—Queremos casarnos. —Ella estaba pálida.

—Me alegro por ti. —Era verdad, pero no lo expresó bien. Resultaba sorprendente: estaba un poco afectado.

La semana siguiente cenaron los tres juntos, civilizadamente y muy incómodos. El hombre se llamaba Walter Lieberman. Era analista de seguros de Wall Street. Divorciado. Tenía buenos ingresos y el pelo fino. Su rostro lucía una expresión un poco ansiosa, como la de John Chancellor. Era amable y sereno. En otras circunstancias, a Harry podría haberle caído bien.

Fue muy sencillo. Ella presentaría la demanda de divorcio y Harry no se opondría.

—Me gustaría quedarme con la casa —sugirió Harry.

Ella también adoraba esa casa, pero asintió de buena gana y elogió la consideración y el tacto de Walter al decidir que no asistiría al *bar mitzvah*.

El *bar mitzvah* dominó la vida de todos. Della se había ocupado de cada detalle: la sala de actos del templo ya estaba reservada, el menú había sido elegido y el proveedor de éste contratado. Todo estaba preparado, salvo Jeffrey Martin Hopeman, que repetía torpemente la *haftorah* como si jamás fuera a aprender la metáfora, los símbolos musicales con los que estaba marcado el manuscrito. Con un sentimiento de culpabilidad, Harry comprendió que mientras él se encontraba lejos, persiguiendo dioses extraños, su hijo lo había necesitado. Se pusieron a trabajar juntos en la *haftorah*. Se trataba de una lectura especial que se canta sólo cuando el *Sabbath* cae

durante el *Sukkot*, la fiesta de la cosecha. El fragmento describe la guerra de Gog y Magog, y a Jeff incluso la traducción le resultaba incomprensible.

—¿Quién era Gog?

—El jefe de un ejército enemigo que invadió Israel desde el norte —le explicó Harry.

—¿Y quién era Magog?

—No quién, sino qué. Magog era el país del que provenía Gog. Es posible que ni siquiera fuera un país real. Tal vez sólo representa a todos los enemigos de Israel.

—¿Ni siquiera están seguros de qué trata mi fragmento?

—Una gran parte del significado se perdió a lo largo de los siglos, es un misterio —comentó Harry—. Es demasiado antiguo. Y ahí está lo realmente extraño. En contar una historia que ocurrió hace tanto tiempo.

Jeff refunfuñó.

Pero le gustaron los gorros que Harry había comprado en Mea She’arim y eligió uno azul bordado con flores pastel.

—¿Le compraste un *tallit*? —le preguntó Della.

—No se me ocurrió —admitió él.

Ella lanzó un suspiro.

—Tienes que conseguirle un *tallit*.

Así que fue a una librería judía del Lower East Side y le compró a su hijo un chal para el servicio religioso hecho en Israel.

Lo que Jeff quería como regalo para su *bar mitzvah* era evidente. Harry tropezó en diversos lugares de la casa con hojas arrancadas de revistas, que habían sido abandonadas allí para que él las descubriera: anuncios a cuatro colores que cantaban las excelencias del Remington 2436 mm, del Savage 250–3000, y del Roberts 257 mm.

—No te compraré un rifle para cazar venados —le advirtió Harry.

—¿Por qué no? Si no eliminamos a los venados, en el invierno se morirán de hambre.

—Los depredadores vuelven a aparecer. Ellos son más eficaces.

—Mucha gente se dedica a la caza.

—Algunos necesitan la carne. En ese caso lo apruebo. Si tú quieres cazar por deporte, espera hasta que yo no sea responsable de tus actos.

Le regalaron una máquina de escribir portátil. Después a Harry se le ocurrió comprarle también una caña de mosca de bambú, una maravilla que sólo pesaba aproximadamente un kilo y medía unos dos metros; pero no estaba seguro de que eso contentara a un chico que soñaba con ser cazador de ciervos.

Empezó a prestar atención a las noticias del *Times* que unos meses antes podría haber pasado por alto. En Argentina, las bandas neonazis ametrallaban y ponían

bombas en sinagogas y tiendas judías, y habían secuestrado a dos familias judías para exigir el rescate. En Baviera, jóvenes antisemitas se entrenaban en grupos paramilitares. El gobierno soviético seguía enviando judíos disidentes a los manicomios. Un profesor de Wisconsin había escrito un libro en el que calificaba el holocausto de gran mistificación judía.

El Presidente condenaba a Israel por instalarse en los territorios ocupados y se unía a los rusos para exigir la creación de una patria para los palestinos. El día que se publicó la declaración conjunta, Harry fue a la caja acorazada y sacó el recipiente de vaselina en el que estaban ocultos los seis diamantes pequeños de color amarillo. Lo guardó en el mismo sitio en que lo tenía su padre. Era otro escritorio pero, al igual que Alfred Hopeman, él utilizaba el segundo cajón de la derecha para guardar sellos, clips, gomas elásticas y esos pequeños caprichos amarillos que podían salvarle la vida a uno si tenía que huir en plena noche.

La ropa sucia que había despachado en el correo de Jerusalén llegó al cabo de cinco semanas. Desenvolvió el paquete y saco el diamante amarillo de su escondite entre un maloliente calcetín y un par de calzoncillos Jockey con una mancha vergonzosa, y a la mañana siguiente fue a visitar a su agente de aduana y rellenó el formulario 3509 del gobierno de Estados Unidos, el anuncio de entrada formal, y lo llevó junto con un cheque certificado al despacho de un funcionario de la aduana llamado McCue, que se encontraba en el World Trade Center.

Al verlo, McCue sacudió la cabeza.

—¿Sigue contrabandeando, señor Hopeman?

Había hecho lo mismo varias veces. Aunque técnicamente violaba la ley, la aduana comprendía que lo hacia por razones de seguridad, y Harry siempre se presentaba a pagar los aranceles de importación, el cuatro por ciento del precio de compra en el caso de las piedras de menos de medio quilate, y el cinco por ciento del precio en el caso de gemas más grandes.

Acto seguido se reunió con Saúl Netscher, que examino la gema con tristeza.

—¡Ah, qué grande! ¿Estás seguro de que no es el Diamante de la Inquisición?

Harry asintió.

—¿Entonces dónde demonios está ese diamante?

—No lo sé.

—¿Qué le digo a la gente que puso el dinero?

—La verdad. Yo puedo devolverles el dinero ahora, o ellos pueden esperar a que yo venda este diamante. Si deciden lo último, deduciré mis gastos y compartiré los beneficios con ellos —sugirió con aire taciturno.

Llovió durante cuatro días seguidos; fue una incesante lluvia de otoño. Luego, la subida del barómetro arrastró el aire frío desde Canadá, y cuando salió el sol volvió el verano. Lo que había sido verde se llenó de color. Harry sintió un repentino deseo de

ver un ciervo. El huerto estaba salpicado de manzanas caídas, fermentadas como les gustaban a las collalbas. Había huellas por todas partes, y excrementos que indicaban que se estaban alimentando bien, pero esa mañana recorrió el sendero del río sin ver nada más que pájaros y ardillas; los ciervos eran como los policías: nunca los encuentras cuando los necesitas.

Su hijo salió de la casa y lo encontró sentado cerca de orilla, apoyado contra un árbol. Todo iba bien entre ellos. Él y Della habían compartido la difícil tarea de explicarle la situación. En la medida de sus posibilidades, Jeff comprendía lo que le estaba ocurriendo a la familia y qué cosas no cambiarían. El chico se sentó a su lado. Las hayas se habían vestido de color pardo, los abedules y los álamos de amarillo. Los robles y los arces estaban salpicados de rojo y naranja, y un montículo de ceniza blanca se había vuelto casi púrpura, y se veían zumaques esparcidos en distintos sitios, como antorchas. Todo quedaba reflejado en las aguas en movimiento.

—He estado pensando en lo que haría si alguna vez intentaran arrebatarnos este lugar porque somos judíos —dijo.

Jeff pareció confundido.

—¿Lo harían?

—No lo creo —tiró una piedra al agua—. Pero en otros sitios ha ocurrido, y muchas veces. En Israel aprendí algo. Si alguna vez ocurriera aquí, te compraría ese rifle Y otro para mí.

—Yo no lo usaría contra la gente.

—Para eso son los rifles —reflexionó en tono sereno—. Matan a los animales y matan a la gente. —Para un padre era terrible ver lo que estaban haciendo sus palabras, pero miró el rostro de Jeff.

—¿Quieres decir que no les permitirías hacernos lo que quisieran, como ocurrió en Europa?

Harry asintió.

Jeff metió la cabeza entre los hombros.

—Sería mejor luchar. No me gustaría… Pero querría estar contigo —tocó el brazo de Harry—. De veras, papá.

—Lo sé.

Cuando regresaron a la casa, había decidido coger los seis diamantes pequeños de su escondite y venderlos. Los hombres que estaban dispuestos a morir para defender su tierra no necesitaban hacer planes de huida.

Esa noche cubrió la mesa de lapidario con una toalla para protegerla de la grasa y sacó el tarro de vaselina del cajón del escritorio. Las seis piedras eran pequeñas y su color hacía que resultara más difícil encontrarlas entre la vaselina, de modo que tuvo que emprender la sucia tarea de buscarlas con los dedos. El enorme estrás estaba exactamente debajo de la superficie, como un guardián; lo cogió, hundió los dedos

alrededor del hueco y, uno a uno, recuperó los diamantes.

Eran muy bonitos. Se venderían muy bien para hacer sortijas de compromiso.

Al limpiarlos descubrió que la vaselina dejaba una película nebulosa que nublaba su fuego. La única nafta que tenía era el combustible del encendedor; puso un poco en un bol y la película se separó perfectamente. Estaba secando los diamantes cuando por alguna razón el estrás le llamó la atención.

La mitad inferior estaba pintada de dorado y cubierta de grasa, pero enseguida vio algo que no le había resultado evidente cuando tenía doce años y encontró por primera vez el recipiente de vaselina.

No era un estrás.

Se quedó de pie delante de la piedra, canturreando, y tuvo miedo de cogerla.

Apenas pudo controlar su ansiedad lo suficiente para retirar la vaselina de la piedra.

Había sido tallada como un encantador *briolette*. La disposición de las facetas era muy parecida al diseño del haz de la piedra de Mehdi. Pero este diamante había sido tallado incluso antes que el de Mehdi, en una época anterior en la que no sabían mucho sobre técnicas sofisticadas.

Las dos terceras partes inferiores de la piedra estaban cubiertas por la pintura; con mano temblorosa, Harry raspó la capa dorada de la base, haciendo una abertura, y la lavó rociándola con la nafta.

Cuando encendió la lámpara de la base del microscopio y sostuvo la piedra por encima de ella, la estructura interna del cristal llenó la lente.

El color era soberbio, dorado pero más cálido que el oro.

Intenso como la luz del sol. Condensado en la piedra.

Un fuego maravilloso.

Pureza.

Terminaba en una súbita tonalidad lechosa y una brutal oscuridad que atravesaba el *culet*.

Antes de ver la nube supo qué diamante era.

—¡Esto es lo que intentabas decirme! —le dijo a su padre.

Se sentó ante la piedra.

Y la tocó.

Y a través de sus dedos se puso en contacto con el recuerdo y la promesa del Templo de Jerusalén.

Con el prolongado silencio de la *genizah* del valle del Achor.

Con la sagrada *Maksura* de la mezquita de Acre.

Con el pecado de sangre de la Inquisición española.

Con la sagrada majestad del pontificado.

Todo eso, suspendido y contenido, durante más tiempo del que había vivido su

padre, en un recipiente de gelatina.

Enseguida se dio cuenta de que estaba haciendo ruido.

Sonidos delirantes.

En la planta superior se abrió la puerta de la habitación de los Lawrenson.

—Te digo que es él. Tal vez está enfermo —oyó que el ama de llaves le decía a su esposo.

Oyó los pasos de Sid Lawrenson, que bajaba la escalera.

A pesar de la hora que era, Harry cogió el teléfono.

—La piedra de Mehdi es la que fue robada del Museo del Vaticano —le informó a Saúl.

—¡Dijiste que no era el Diamante de la Inquisición!

—Y no lo es. Se trata de dos diamantes distintos. Quiero devolver éste a Roma. ¿Tu gente volvería a donarlo al Vaticano? Yo renuncio al dinero de mis gastos.

Netscher estaba indignado.

—¿Qué estás pidiendo? Ellos estuvieron de acuerdo en comprar algo importante para la historia de los judíos. Me dirán que vaya a buscar un puñado de católicos ricos.

—Escucha, Saúl, obtendrán más de lo que pagaron por él.

—Siguió hablando en tono convincente.

—Hay catorce donantes —dijo Netscher por fin, mareado—. Con doce de ellos tal vez pueda hacer algo, aunque me resultará difícil. Pero hay dos que no querrán donarlo a la Iglesia católica bajo ningún concepto.

—Entonces yo pondré las dos partes que faltan —afirmó Harry.

—Eso es mucho dinero. ¿A ti qué te importa si vuelven a poner o no el diamante en la mitra del papa?

—Después de todo, es una propiedad robada. Es… una obligación de la familia. —Detestó a Peter Harrington por haber evaluado su conciencia con tanta precisión—. Diles que serán admitidos en una ceremonia papal. Tú puedes convencerlos, Saúl —insistió Harry suavemente.

Netscher lanzó un suspiro.

Monseñor Peter Harrington se reunió con él en Roma y lo llevó directamente a la Santa Sede.

Harry había enviado un telegrama al cardenal Pesenti, comunicándole simplemente que un grupo de filántropos había comprado el diamante amarillo robado y que él había ido para devolverlo al Museo del Vaticano.

El cardenal Pesenti se acercó majestuosamente para recibirlo.

—*Molte grazie* —murmuró—. ¡Qué generoso y amable! —Los hizo pasar a su despacho. Cuando estuvieron sentados ante la mesa del refectorio, y Harry sacó el diamante de su maletín, el cardenal lo sostuvo con expresión casi incrédula—. Le doy

gracias a Dios porque Él lo ha enviado para devolver el Ojo de Alejandro a la mitra de Gregorio, señor Hopeman.

—No es el Ojo de Alejandro, Eminencia.

El cardenal quedó desconcertado.

—En su telegrama decía que nos devolvía el diamante robado.

—Esta es la piedra que yo compré en Israel… el diamante que los ladrones de joyas arrancaron de la mitra que estaba en su museo. Pero no es el diamante que fue tallado por Julius Vidal, mi antepasado, y luego donado a la Iglesia.

—No comprendo.

—El diamante que tiene usted en la mano había sido utilizado para sustituir al original, Eminencia. Mucho tiempo antes del robo moderno.

Lo miraron fijamente, desalentados.

Peter Harrington sacudió la cabeza.

—Llevamos excelentes registros descriptivos. Me resulta difícil creer que pudiera realizarse semejante sustitución.

—El diamante salió del Vaticano sólo en dos ocasiones —comentó Harry—. Una de ellas fue cuando mi padre reparó la mitra en Berlín y volvió a engastar la piedra. Los registros que llevan ustedes confirmarán que la gema que él devolvió a través de la firma de joyeros Sidney Luzzatti & Sons, de Nápoles, era este diamante, el mismo que le había sido enviado a él. En ese momento él supo que no era el Diamante de la Inquisición, que estaba en su caja fuerte. Pero en su diario describió la gema sin defectos de la mitra como si fuera el Diamante de la Inquisición, aceptando su parte de responsabilidad en una farsa de trescientos cincuenta años de antigüedad.

»La sustitución sólo pudo haber sido hecha en esa otra ocasión, alrededor de mil quinientos noventa, por otro de mis antepasados, Isaac Vitallo de Venecia, el joyero que engastó el diamante cuando la mitra estuvo hecha.

Les contó lo que había descubierto en su taller dos noches antes.

—Tal vez Vitallo era un ladrón común. Tal vez sintió que tenía motivos suficientes para hacer lo que hizo. Yo sólo sé que desde entonces mi familia guardó su secreto, y el diamante.

—Durante mucho tiempo —dijo Harrington.

Harry asintió.

—A lo largo de épocas que fueron terribles para los judíos. Es posible que les consolara haber elaborado una pequeña venganza personal.

—¿Por qué tu padre no te lo dijo?

—Esperó demasiado tiempo. Creo que había llegado a ser una vergüenza para él, un anacronismo. —Se encogió de hombros—. La venganza es un anacronismo. Ya es hora de sacarla de su escondite.

El cardenal Pesenti estaba fascinado.

—Esta piedra es incalculablemente valiosa —dijo, sosteniéndola en alto—. Por lo tanto, el diamante que Vitallo sustituyó, el auténtico Ojo de Alejandro, tiene muchísimo más valor, ¿verdad?

—Es literalmente inestimable.

—Y usted tiene la intención de devolverlo a la Iglesia —añadió enseguida el cardenal Pesenti.

—No, Eminencia.

Harry y el cardenal se sentaron y se miraron fijamente.

La atmósfera cambió ligeramente.

—Fue robada a la Santa Madre Iglesia. A usted se le ha encargado que nos devuelva esta piedra menos valiosa. Somos los propietarios legítimos del Ojo de Alejandro, ¿no es así?

—Nosotros le llamamos el Diamante de la Inquisición. Antes de que pasara a manos de la Iglesia, perteneció a un hombre que murió en la hoguera porque era judío.

En medio del silencio, Peter Harrington carraspeó.

—¡No tienes derecho, Harry! —dijo en tono áspero.

—Tengo todo el derecho. A diferencia de lo que ocurre con Jerusalén, es posible dividir la propiedad de un diamante. He tomado las medidas pertinentes para entregarlo al Museo de Israel, al Museo del Vaticano, y al Museo de Jordania, en Ammán. Será exhibido durante cinco años en cada museo, en un sistema de rotación permanente.

La boca del cardenal se había convertido en una cuchillada. Tenía la mandíbula rígida. Pero al ver que luchaba por dominar sus emociones, Harry percibió maravillado que lo que brillaba en los ojos del prelado no era la ira.

El cardenal Bernardino Pesenti asintió.

—Ya es hora.

Extendió la mano y tocó la de Harry.

—Ya es hora de cerrar las heridas, señor Hopeman —añadió.

28
EL GUARDIÁN

Telefoneó a David Leslau y pasó unos prolongados y costosos minutos respondiendo a sus preguntas de entusiasmo.

Finalmente, David empezó a reír.

—Repítemelo otra vez. ¿Dónde dices que lo encontraste? ¿En un recipiente de qué? Dios mío, ahí es donde me equivoqué. Nunca se me ocurrió excavar en mi patio de Cincinnati.

En cierto modo, no disfrutó con el regocijo de Leslau.

—¿Cómo va la excavación? —logró preguntar por fin.

—Promete. Estamos encontrando todo tipo de señales. Pero nada decisivo.

—¿Qué tipo de señales?

—Te escribiré. Te enviaré un informe completo.

Intentó recuperar la rutina del trabajo. Las noticias sobre robos a museos provocaban más robos, y los tres museos querían que la publicidad sobre el Diamante de la Inquisición se realizara con suma cautela y que quedara bajo su control.

Harry aprobaba esta decisión: la publicidad era buena para los negocios, pero a ningún diamantista le gusta que su fotografía aparezca en los periódicos, exponiéndolo a los ataques.

Empezó a pasar más tiempo del necesario en la calle Cuarenta y siete, retrocediendo a sus comienzos. Al atardecer, cuando los talleres y las tiendas estaban cerrados y sólo quedaban los bichos raros de costumbre, se sentaba con ellos, tasaba sus piedras cuando se lo pedían, y escuchaba y contaba anécdotas sobre diamantes. Conoció gente a la que nunca había visto. Daba la impresión de que todos eran israelíes; en la Cuarenta y siete oyó hablar en hebreo más de lo que había oído en su vida.

Supo lo que tenía que obligarse a hacer. En la Asociación de Diamantistas conoció a una mujer que olía deliciosamente a jabón y apenas a algo más, y la invitó a comer en dos ocasiones.

Cuando le pidió que se fuera unos días de viaje con él, ella aceptó sin vacilar. Fueron hasta Pensilvania, a una posada cerca de las granjas Amish que parecían a punto para salir en una postal. Ella se estaba preparando para obtener su título de abogada en Fordham y quería que en la asociación la transfirieran de Investigación a Leyes. Le dijo sin tapujos que le gustaría que la ayudara.

Hablaba mucho del lugar que ocupaban en la industria las demandas por agravios. Su cuerpo delgado resultaba atractivo, pero su piel era pálida, lo mismo que su

personalidad.

En el viaje de regreso se detuvo a comer en Newark y vio que el ángulo superior izquierdo de la portada de *The New York Times* estaba ocupado por la noticia de que hacía tan sólo unas horas, David Leslau, miembro del Hebrew Union College, había encontrado uno de los querubines del templo de Salomón.

No era un cupido. Se trataba de una figura pequeña, de unos cuarenta centímetros de altura, mezcla de ser humano y bestia, con cara de hombre, cuerpo de león y alas de águila caídas que en otros tiempos —¡y eso era lo increíble!— seguramente había ocultado el arca de la alianza.

Había sido tallada en un tipo de madera que aún no había sido identificada porque se deshacía cuando la tocaban. Alrededor de la madera había una piel de oro batido. El *Times* citaba a un metalúrgico de la Technion que calculaba que dicha capa contenía un cuatro por ciento de plata como impureza natural y que se había añadido otro diez por ciento de cobre para lograr la resistencia y rigidez. La aleación de oro era lo suficientemente pura para que casi no hubiera oxidación, aunque de la superficie se estaba retirando una película de decoloración parda que se creía que eran sales químicas. Harry sintió el impulso de coger el primer avión. Pero en lugar de hacerlo envió a Leslau un telegrama de dos palabras: *Yasher koach*. Bien hecho. Luego volvió a concentrarse en los informes del periódico.

El querubín había resultado abollado por la pala de uno de los excavadores, y un antiguo corte desigual del borde inferior demostraba que en otros tiempos había estado unido a algo, seguramente a la tapa del Arca. No se hacía mención del manuscrito de cobre ni de otras personas que hubieran trabajado en el proyecto, pero esa misma tarde Harry empezó a recibir llamadas de periodistas y escritores. Él los remitió al Hebrew Union College. Algunos días más tarde fueron revelados todos los detalles, incluida una descripción del manuscrito. Resultaba evidente que David había sido generoso, pero el *Time* hablaba de «Harry Hopeman, comerciante en diamantes y erudito aficionado». El *Newsweek* se refería a él como aficionado a la criptografía.

El U.S. News & World Report informaba que el profesor Leslau reconocía el mérito de Tamar Strauss–Kagan, esposa del director general del Ministerio del Interior, al colaborar en la localización del *genizah*.

Se había casado.

Intentó no pensar, pero su subconsciente se negaba a renunciar a ella. Unos meses antes no habría creído en la posibilidad de semejante dolor.

AI 138 BZ LB NY NOTICIAS PERIÓDICOS APESTAN STOP AFICIONADO COMA NO STOP MUCHO TRABAJO EXCLAMACIÓN VEN A AYUDAR

Querido David:

Esto y orgulloso de que hayas encontrado tu guardián del oro. ¿Estaba realmente enterrado a veintitrés codos? Es un detalle que los artículos no mencionan.

No es necesario que te diga que tendrás que enfrentarte a varios problemas. Dudo de que exista una llave maestra para descifrar el manuscrito de cobre. Cada ***genizah*** *tendrá que ser abordado como un rompecabezas independiente. Leí que descubriste el querubín con la cara hacia el norte. Sin duda, la otra figura está enterrada con la cara hacia el sur y el Arca está oculta en algún lugar entre los dos* ***genizot****. Pero el segundo querubín puede estar lejos de Ein Gedi… por ejemplo en el monte Hermon. Eso reduciría tu búsqueda a todo el maldito país.*

Los chacales de la erudición intentarán desmentir la autenticidad del querubín; un «experto» ya está diciendo que se trata de una figura babilónica. Debes empezar a escribir tus informes a las sociedades de eruditos.

La cuestión es que vas a necesitar un equipo formado por los mejores especialistas. Gente eficaz. Y la verdad sea dicha, como erudito soy un aficionado que ha hecho su descubrimiento más importante en el cajón de su propio escritorio. Como comerciante soy un profesional (apellido, Hopeman; profesión, diamantista), lo que Dylan Thomas solía llamar con tanto desprecio «un maldito viajante de comercio». No es que quiera hablar mal de los muertos, pero él era un estúpido con talento. El mundo necesita comerciantes, además de poetas.

Durante un momento de tristeza e ilusión, cuando recibí tu amable telegrama, pensé que podría ir a trabajar para ti el verano próximo. Pero alguien tiene que cuidar de la tienda, y el verano que viene le enseñaré a mi hijo a pulir diamantes.

Espero ansiosamente veros a los dos cuando vengáis a Nueva York. Hasta entonces, dale mis recuerdos a Rakhel.

Tu amigo,
HARRY

Le resultaba difícil olvidar. En una frutería de Madison Avenue vio unas manzanas largas y estrechas de diseño Modigliani, con la piel de arrebolada porcelana amarilla, exactamente iguales a las que aparecían en la placa de hojalata de la granja del druso, en Majdal Shams.

Cuando le preguntó a la empleada, lo único que supo decirle fue que eran turcas. Pero en el almacén conocían la variedad. Kandil Sinap. Incluso el nombre le gustó. Llamó a Cornell, y un especialista le dijo que era difícil conseguirlas en el estado de Nueva York, y le dio las señas de un vivero de Michigan en el que podría comprar

patrones para injertos enanos. Harry encargó tres árboles para plantarlos en su huerto esa primavera.

Una mañana, mientras subía por Park Avenue, vio a Tamar. Los gobiernos siempre enviaban funcionarios al extranjero. Y los funcionarios viajaban con sus esposas.

Se zambulló entre la multitud y se abrió paso a empujones. Volvió a verla: era Tamar. Estuviera donde estuviese, toda su vida recordaría esa forma de caminar. «¡Eres alta como una palmera, y qué maravillosos son tus pasos en sandalias, oh, hija del príncipe!».

Ella se detuvo a mirar los vestidos de un escaparate y él se acercó desde atrás, le tocó el brazo y pronunció su nombre. Una mujer de rostro moreno a la que jamás había visto lo observó en silencio durante un momento y se alejó.

Se sentaron en la primera fila de la sinagoga. Della tenía guardadas algunas sorpresas: le había permitido a Jeff nombrar a las personas que recibirían los honores, y Saúl Netscher fue llamado a recitar las bendiciones del patriarca en lugar de sus difuntos abuelos. Harry sólo sintió un enorme placer cuando él mismo fue llamado. Los nervios empezaron con la *haftorah*, pero su hijo cantó la historia de Gog y Magog ardiente y dulcemente, como si en ello le fuera la vida. En la mitad de la ceremonia, la mano de Harry buscó la de Della. Qué demonios, Walter Lieberman no estaba. Siguieron cogidos de la mano, incluso cuando el rabino les pidió que se pusieran de pie y repitieran la oración: «Bendito seas, oh, Señor, Rey del universo, que nos has mantenido con vida, nos has sustentado, y nos has permitido llegar a este día feliz».

Por la mañana, Jeff lo despertó temprano y cogieron la caña de pescar nueva y fueron al río. Bajaron hasta las rocas y Jeff ató un gallardete rojo y blanco. Tenía el viento a su espalda, y cuando echó el anzuelo por segunda vez alcanzó una buena distancia. El río estaba empañado. Un animal pequeño —¿un zorro?— recorría la orilla opuesta; Harry no sabía que su hijo lo había visto.

—Pum —dijo suavemente el chico, y se echó a reír.

—Qué día fantástico el de ayer —comentó.

—Hmmm… —Jeff retiró el sedal—. ¿Sabes qué es lo que no entendí? ¿Por qué fuiste llamado a la *Torah* en segundo lugar?

—Yo pertenezco a la tribu de Leví.

—¿La tribu? ¿Quieres decir como los indios?

—Exactamente, como los indios. —Le explicó que las doce tribus originales habían quedado reducidas a tres—. Los kahanes, descendientes de los sacerdotes, son citados primero. Luego los levitas, cuyos antepasados eran oficiales, poetas y músicos del templo. Y luego los israelitas; todas las otras tribus se fundieron en una sola.

Jeff volvió a arrojar el sedal.

—¿Cómo sabes que eres un levita?

—Mi padre me lo dijo. Su padre se lo dijo a él.

—¡Eh! —Jeff sacó un pez, que enseguida se le escapó. Poco después volvió a picar otro. Esta vez levantó el extremo de la caña y dejó que el pequeño pez se cansara.

—Tiene un buen tamaño, ¿no te parece?

—Lo prepararemos para la comida.

—Yo se lo diré a mi hijo. —El chico le pasó el pez. Durante un instante lo sostuvieron entre ambos, sintiendo su cuerpo duro, frío y vivo, casi como si fuera un rito.

—Eso espero —repuso Harry.

En noviembre llegó una carta en la que le solicitaban que remitiera un depósito a la Corporación del Diamante por el siguiente envío, y le indicaban las fechas en las que tendrían que ser recibidos los depósitos durante el año siguiente. Eso significaba que lo habían seleccionado para suceder a su padre como miembro de los Doscientos Cincuenta. Nunca supo por qué la decisión no se había tomado antes, ni sobre qué base se habían decidido finalmente por él, pero sí sabía que a partir de entonces su vida estaría marcada por la llegada de paquetes desde Londres, por correo regular, diez veces al año.

No se sentía culpable por la vida que llevaba, ni por su buena suerte, pero se sintió perturbado al leer la noticia de otro ataque que había dejado más heridos en Kiryat Shemona. Recordó al rabino de Kiryat Shemona que lo había ayudado a encontrar al esposo desaparecido de Rakhel Silitsky, y abrigó la esperanza de que el rabino, su esposa y el bebé hubieran resultado ilesos.

Por la mañana, en lugar de ir directamente a la tienda de la Quinta Avenida, a veces aparcaba cerca de la calle Cuarenta y siete. Pasaba junto a parejas de hombres menudos y con barba que hablaban serenamente en las aceras o en las entradas de aspecto lamentable de sus oficinas, y que sacaban de los bolsillos maravillosas fortunas envueltas en sobres mugrientos. En la Asociación de Diamantistas pasó de largo por la sala de exposición, donde otros comerciantes examinaban las piedras bajo la suave luz del norte, y entró en la capilla. Algunos *hasid* celebraban el servicio todas las mañanas en los autobuses alquilados que los llevaban a la calle Cuarenta y siete desde sus modernos guetos, pero en la capilla siempre había los suficientes para formar un *minyan* de diez hombres para rezar las oraciones por los muertos. Para Harry no tenía sentido rezar el *kaddish* por su padre de una forma irregular, pero no se sentía especialmente atraído por la lógica.

El invierno se volvió crudo y el país consumía petróleo árabe de forma imprudente. En las mañanas heladas, él y Sid Lawrenson cortaban leña y podaban las

ramas de los manzanos del huerto. Eso le dio la posibilidad de elegir los sitios en los que plantaría los nuevos árboles, los Kandil Sinaps. Se sentía como un árbol que finalmente ha echado raíces.

Su vida estaba marcada y jalonada por las piedras. En el cementerio vio que otros visitantes habían dejado siete guijarros en la tumba de su padre, donde él levantaría una marca en la primavera, cuando el tiempo era cálido. Decidió regalarle el granate a Jeff; tal vez la piedra de su tribu pasara de una generación a otra abiertamente, lo cual sería una tradición más saludable. Casi nunca pensaba en la gema amarilla que había comprado en Israel, y que volvía a estar a salvo en la mitra de Gregorio. Pensaba más a menudo en el Diamante de la Inquisición y se preguntaba si a veces la mujer de piel morena se detendría a mirarlo cuando se dirigiera a su trabajo en el museo. En las horas de insomnio en las que temores sin nombre salían arrastrándose de las eras y de sus genes, y él se estremecía con un escalofrío sin razón, acosado por gritos que jamás había oído, pensaba en los seis diamantes de Alfred Hopeman. Pero nunca lamentó que ya no estuvieran en el escritorio de la vieja casa de Westchester County.



NOAH GORDON, es un escritor norteamericano de best–sellers, en los que predomina el drama histórico y algún aspecto de la medicina.

Nacido en una familia de origen Judío, Noah Gordon cursó estudios de medicina, pero los abandonó en favor de la carrera de periodismo. Ese primer interés por el tema médico influyó, sin duda, en su obra posterior.

Tras trabajar en distintos medios como freelance, Gordon volvió a su ciudad natal donde, además de su trabajo como periodista, comenzó a escribir artículos sobre medicina que fueron publicados en diversas revistas.

Con su primera novela, *El Rabino* (1979), logró unas buenas ventas, pero fue con *El Médico* (1986) —primera parte de la trilogía de *Los Cole*, junto con *Chamán* (1992) y *La Doctora Cole* (1996)— el detonante de su carrera como autor superventas, tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo.

Tras varios libros más dedicados al mundo médico, con *El Último Judío* (1999) cambió de registro para contarnos la historia de un Judío en el Toledo del S.XV. Su última novela, *La Bodega* (2007), se centra en el mundo del vino y la enología.

Ha manifestado su reticencia a embarcarse en una nueva novela por temor a dejarla inconclusa debido a su avanzada edad.